DIEGO GENOUD

EL ARRIBISTA DEL PODER

La historia no publicitaria de Massa

siglo veintiuno
editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Dedicatoria

1. La entrega anticipada

2. Los inicios

La nueva derecha en el horizonte

1991. La Juventud Provincial de la UCeDé

La conversión al menemismo

3. El salto del Tigre

Un hada madrina del PJ

La avenida de Palito

El peronismo de la reconciliación

4. La plata de los jubilados

El primer kirchnerista

La marca de la gestión

El dream team

Un mundo en tus manos

Del trabajo a casa

El que venía con la carpetita

5. Llegar, por todos los medios

Los dos Sergios

Vengan por las llaves del Grupo

El clan mendocino

Rendito

“Dales una señal”

Audiencia con el diablo

6. Quién lo banca

El pretendiente del establishment

La liga de los anfibios

7. La Miami del Conurbano

El barco del futuro

Nordelta y la senda del pasado

La fe de los emprendedores

El peor escenario

8. El falso profeta

Todos menos tú

“Te felicito, Oscar”

La foto que no llega

9. La emancipación

“Los titulares”

Los candidatos

10. La guerra contra los delincuentes

La saga de los implacables

La agenda de la gente

El crimen de Urbani

Cuchillo de palo

“Perdiste, Peti”

11. La Embajada

WikiLeaks, la madre de la mala leche

La cena de los Yacochuya

La convicción de Massa

El peronismo de Biden

12. La desconfianza

La ruptura

“Ofreceme una rotonda”

La rotonda

13. El impostor

El plan B

“Ventajita”

Horacio y María Eugenia

14. El arribista del poder

El conquistador

El conspirador

15. El tiempo de Massa

El nuevo orden

Pagar por oxígeno

La coherencia

Ministro y candidato

Agradecimientos

Diego Genoud

EL ARRIBISTA DEL PODER

La historia no publicitaria de Massa

Genoud, Diego

El arribista del poder / Diego Genoud.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2023.

Libro digital, EPUB.- (Singular)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-240-7

1. Política. 2. Política Argentina. 3. Biografías. I. Título.

CDD 320.82

© 2023, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Foto de cubierta: Tomás Cuesta, Getty Images News

Diseño de cubierta: Ana C. Zelada

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: abril de 2023

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-240-7

A Paula Puebla, mi mujer.

A Vicen, el grande.

A mis viejos.

1. La entrega anticipada

–Vení para Libertador que estoy con Olmos.

–Dale, paso por lo de mi vieja y voy.

En circunstancias no deseadas, el día que tanto esperaba había llegado. El país estaba pendiente una vez más de su nombre. La renuncia de Martín Guzmán, uno de sus más grandes enemigos dentro del gobierno, le había dado la oportunidad que había perseguido desde el minuto cero de la gestión accidentada del Frente de Todos. Sergio Massa no se había quedado esperando. Al contrario, había trabajado sin respiro desde el arranque de la presidencia de Alberto Fernández y había creado las condiciones para lograr sus objetivos: primero, recuperar la confianza de Cristina Fernández de Kirchner, y segundo, convencer a la cúpula del gobierno de que el inexperto Guzmán llevaba al peronismo a estrellarse en una crisis terminal.

Guzmán había hecho pública su renuncia el sábado 2 de julio de 2022, en medio de un acto homenaje a Juan Domingo Perón que tenía a la vicepresidenta como oradora principal en la localidad de Ensenada. La herejía había terminado de enfurecer a Cristina y a su grupo de colaboradores más cercanos, pero además había dejado a Alberto desnudo como nunca en su fragilidad. Fernández había perdido su gran pararrayos, el funcionario sobre el que impactaban todos los misiles que apuntaban a Olivos.

La presión devaluatoria había escalado, la corrida cambiaria llevaba varias semanas y el ministro de Economía no solo no lograba frenarla: también tenía en contra a más de la mitad de la coalición oficial, que le reclamaba en público y en privado que diera un paso al costado.

Paralela al desgaste fenomenal del discípulo de Joseph Stiglitz y como parte de una misma coreografía, se multiplicaba la cadena de oraciones por la asunción de un Massa todopoderoso. Las consultoras del mercado, la amplia facción del establishment que lo respaldaba, medios de comunicación de todos los tamaños y los formadores de opinión que militaban por la suba de sus acciones habían desplegado un operativo formidable para convertir al presidente de la Cámara de Diputados en sinónimo de salvación e imponer su llegada como inevitable.

Las turbinas del portaaviones que Massa piloteaba se habían encendido con más fuerza que nunca y no había cómo desactivarlas. Las insistentes versiones de que el exintendente de Tigre asumiría al frente de un superministerio para revertir la crisis gobernaban la discusión política, mientras Fernández se aferraba a su ministro de Economía en un intento de preservar la cuota ínfima de autoridad que le quedaba.

El domingo 3 de julio, desde bien temprano, el gobierno de unidad peronista estaba en una emergencia que hacía temer el peor desenlace y toda la expectativa estaba concentrada en Massa.

Ese día, el entonces presidente de la Cámara de Diputados, que había sido el último en sumarse al Frente de Todos y había logrado constituirse en un actor imprescindible de la coalición, llegó a la Quinta de Olivos unos minutos después de las 11 de la mañana. Con los canales de noticias en la puerta de la residencia presidencial y la transmisión centrada en las definiciones que pudieran surgir del encuentro entre dos viejos conocidos, Fernández y Massa estuvieron reunidos durante casi tres horas y media, en una negociación tensa, hasta que decidieron entrar en un cuarto intermedio.

Pero poco después de las 14.30, cuando Massa se fue de Olivos por el túnel de la avenida del Libertador, la certeza de que algo no cerraba se expandió dentro y fuera del gobierno.

Ese domingo, como tantas veces, la negociación no era entre iguales. Fernández había tenido una relación ambigua con Massa en los quince años previos y había pasado de subestimarlo en forma manifiesta a cortejarlo en varias oportunidades. En efecto, estaba en una posición de fuerza cuando, tres años antes, había cerrado el pase del exintendente al Frente de Todos, pero ahora revelaba su extrema debilidad ante un obsesivo del poder que había visto elevar sus acciones en medio de la debacle de su propio gobierno.

Fernández era el presidente, pero era, sobre todo, un rehén: de sus propios errores, de sus socios políticos y de la negación que lo había llevado a no ver el callejón sin salida en el que se había ido encerrando desde antes de la derrota del peronismo en las fatídicas PASO de 2021.

El presidente no había logrado entablar un vínculo político con su gran electora, había pretendido negarle su enorme fortaleza relativa y se había encerrado en un grupo de leales a los que, sin embargo, tampoco prestaba demasiada atención. Treinta meses después de

asumir la presidencia, se había aferrado a Guzmán como su última tabla de salvación y había resistido de mil maneras todas las presiones para entregar la cabeza de su ministro más importante. Pero, como en tantas cosas, se había quedado a mitad de camino y no le había dado tampoco las herramientas que el encargado de reestructurar la deuda y cerrar el pacto con el Fondo le venía reclamando desde hacía meses.

Massa emergía como el único actor capaz de asumir la crisis en medio de un inédito vacío de poder. Había contenido su ambición y había sabido ubicarse a resguardo, a la espera de su oportunidad. Guzmán había llegado al gobierno como producto de un punto ciego que la alianza todista tenía en un área crucial, y las mismas características que le habían permitido ocupar un lugar central –pese a haber sido un recién llegado– le jugaban en contra cuando sus planes empezaban a chocar con los límites de la realidad.

En un movimiento que le sirvió a toda la conducción del oficialismo para culpar a Guzmán y que todavía hoy se repite como explicación funcional al desastre general y la falta de política, Fernández había dejado trascender que su ministro más leal no le había avisado de su renuncia y le había clavado una puñalada a traición. No era cierto. El presidente había sido alertado en varias oportunidades y había recibido un ultimátum la noche del jueves 30 de junio, cuando Guzmán le advirtió en Olivos, durante dos horas, que, si no había cambios, se iba del gobierno.

Fernández no entraba en el papel de víctima en el que había intentado ubicarse después de la renuncia de Guzmán, en una construcción que contaba con el apoyo excepcional de Cristina y de su hijo Máximo. Había asumido la responsabilidad de ser candidato a presidente sin haber ganado nunca una elección, sin haber conducido nunca nada y sin haber construido jamás poder propio. Pero una vez en el gobierno, había insinuado movimientos de autonomía que no se correspondían con su base de adhesiones ni con los apoyos de los dirigentes que lo respaldaban. Peor aún. Alberto sabía que la pesadísima herencia de inflación, deuda y recesión que había dejado la aventura de Mauricio Macri obligaba a discutir a fondo un programa económico, pero había subestimado de manera temeraria el tema, igual que lo había hecho toda la cúpula del Frente de Todos, en un acto de irresponsabilidad casi imperdonable. Ese desdén avalado con liviandad le había costado caro a todo el gobierno, pero a Fernández más que a nadie. En julio de 2022, ya era tarde. Fernández no podía darle a Guzmán lo que quería, porque también él había perdido el apoyo de Cristina.

Sentado frente a frente con un Massa que se había preservado de la

confrontación interna y había logrado mantener su juego a dos puntas, Alberto era un actor que veía el precipicio a sus espaldas. Massa tenía casi todo para condicionarlo y podía exigirle todas las garantías que quisiera, porque el presidente estaba arrinconado y el tiempo le jugaba en contra. Ya tenía el Ministerio de Transporte, la caja de Aysa y el botín de Diputados, pero exigía mucho más. El exintendente quería absorber el Ministerio de Desarrollo Productivo y humillar a un Daniel Scioli que un mes antes había dejado la comodidad de su embajada en Brasil para acudir al llamado de Fernández y probarse demasiado rápido el traje de presidenciable. Pedía quedarse con el Ministerio de Agricultura del experimentado Julián Domínguez, pedía tener a su cargo todo lo relacionado con la energía –cuando se especulaba con la creación de un ministerio en el área–, pedía la cabeza de Miguel Pesce en el Banco Central, pedía copar la AFIP y la Aduana, pedía jubilar a Gustavo Beliz de su rol de embajador paralelo ante Washington.

Y sin embargo, en ese instante, Massa no podía todo lo que quería. Por eso, el operativo salvación se demoraba. Entre las ofertas más tentadoras que el diputado hizo ese día en Olivos y no pudo concretar, estaba la de llevar con él al Gabinete a Emmanuel Álvarez Agis, un economista que era pretendido por todas las alas del Frente de Todos. “Yo lo convenzo”, repetía. Ya Santiago Cafiero, Leandro Santoro y una larga lista de enviados –incluidos algunos que actuaban en nombre de Cristina– habían intentado sin éxito incorporar al exviceministro de Axel Kicillof en el Palacio de Hacienda. Pero ese domingo Massa insistió tanto que hasta logró generar, en el mundo de celestinos que iba de Alberto a Cristina, la sensación de que Álvarez Agis iba a asumir la misión que le encomendaban.

Al caer la tarde, durante el segundo encuentro de Massa con Fernández, la versión corrió de manera muy intensa. Alberto llegó a decirle a Cafiero, su mano derecha, que la operación era inminente: “Él lo convence”, le aseguró. El canciller ya tenía su propio no y no creía que nada pudiera hacer cambiar de opinión al director de la consultora PxQ. Sin embargo, la hipótesis circulaba cada vez más fuerte y llegó a C5N poco antes de las nueve de la noche. Por precaución, esa vez nadie la difundió.

Álvarez Agis diría que no y permanecería en su rol de consultor del establishment. Pero su rechazo a la oferta en medio del tembladeral sería atribuido a distintas razones. Con diálogo regular tanto con Alberto como con Cristina, el exviceministro estaba convencido de que solo era posible hacerse cargo de Economía con un respaldo político de los dos socios principales de la alianza. Sin embargo, según repetía

a quienes lo consultaban, la oferta que provenía desde Olivos podía resumirse en tres palabras: “Es sin Cristina”. Los colaboradores de Alberto y el propio Massa lo habían llamado de manera incesante durante veinticuatro horas para sellar su pase, pero, como lo veían millones de personas a través de los canales de noticias, la vicepresidenta no estaba en la mesa de las negociaciones. Agis no estaba dispuesto. Al contrario, decía que la única manera de pasar una temporada en el quinto piso del Palacio de Hacienda era sentarse con un programa claro en Olivos en forma previa para someterse al escrutinio cruzado de Alberto y Cristina. Massa, un político, podía, en cambio, saltarse esa instancia y llegar con apenas un par de medidas pensadas para paliar la emergencia.

La corrida cambiaria que llevaba más de tres semanas había potenciado al máximo la campaña de promoción del titular de la Cámara de Diputados como el hombre destinado a ocupar un superministerio, pero la ofensiva para darle plenos poderes no era nueva. El propio Massa la había iniciado con apoyo de La Cámpora en una fecha muy precisa, septiembre de 2021, después de la catastrófica derrota del Frente de Todos en las PASO y del truculento acting de renuncia de todos los funcionarios nacionales que respondían a Cristina, con Eduardo de Pedro a la cabeza.

Massa invocaba la escuela económica de Roberto Lavagna en el pasaje armonioso del duhaldismo al kirchnerismo, pero se imaginaba con un poder similar al que había logrado acumular Domingo Cavallo durante el apogeo menemista. Quería ser un interventor del gobierno, más que un primer ministro, y concentrar casi todo el poder que se repartían entonces las distintas tribus de una alianza disfuncional.

Pero en aquel septiembre de 2021, las condiciones no estaban dadas para que el peronista que enunciaba parte de los mismos postulados que la oposición asumiera un mayor protagonismo. Confiado en que la historia le iba a dar la razón, autopercibido como un líder que podía decir que no, y sin querer ceder ante la presión de sus aliados, el presidente le envió en ese momento a su vice un mensaje fulminante, con un intermediario: “Avisale que yo a Massa no lo quiero en el Gabinete. Es como dormir con el enemigo”. Era su pensamiento más íntimo, porque conocía al personaje y porque todavía se creía en una posición de fuerza.

Desde entonces, las diferencias internas no habían hecho más que agigantarse. Mientras al lado del presidente remarcaban el repunte de la actividad económica, de la industria y la creación de empleo –muchas veces, de baja calidad–, desde la trinchera de la

vicepresidenta disparaban con todo lo que tenían contra el ajuste que llevaba adelante Guzmán sostenido por Fernández. Alberto no escuchaba a sus enemigos íntimos, veía a Sergio diluido ante la expansión económica y se desligaba de un cuadro en el que su debilidad política era flagrante.

Cuando Massa se fue, en ese mediodía del 2 de julio, Fernández se quedó solo, rodeado de todos los fantasmas que lo remitían a finales traumáticos de presidentes vaciados de poder y de un grupo de incondicionales: amigos de toda la vida, políticos que tenían la suerte atada a la suya y funcionarios que debían permanecer a su lado por cuestiones operativas. Por distintos motivos, Santiago Cafiero, Julio Vitobello, Claudio Ferreño, Gabriela Cerruti y Gustavo Beliz estaban en ese grupo.

Sin hablar con la vicepresidenta desde un lapso de tiempo a esa altura incomprensible, Fernández comenzó a buscarle un sucesor a Guzmán y comprobó que no sobraban voluntarios para poner la cabeza en la picadora de carne de un gobierno que atravesaba una situación crítica en medio de una feroz disputa interna.

Cuando Massa volvió a Olivos, pasadas las cinco de la tarde y tras dos horas y media de ausencia, la esgrima que había protagonizado con Fernández durante la mañana se reeditó, a la orilla del abismo. La diferencia más grande no era por las fabulosas atribuciones que reclamaba Massa –Alberto estaba dispuesto a darle casi todo–, sino porque había algo esencial que seguía ausente de manera inexplicable: el aval de la vicepresidenta, socia fundadora y dueña de un incomparable caudal electoral dentro del peronismo y la base del triunfo del Frente de Todos.

Como en un juego de chicos en el que nadie cedía, Cristina llevaba meses sin hablar con el profesor de Derecho Penal al que había convertido en presidente, y reclamaba estar sentada a la mesa de las decisiones. Sin embargo, para Alberto las consecuencias de la ruptura eran más nocivas, porque no tenía la fuerza suficiente como para fingir demencia y seguir adelante con una cuota reducida de poder.

Entre la mesa de negociaciones de Olivos y la vicepresidenta había entonces un nexo principal: Máximo Kirchner. El líder de La Cámpora se había enemistado en forma absoluta con el presidente, pero mantenía con Massa una alianza fundamental, que se había constituido en una de las vigas del gobierno en el primer año de Fernández y había mutado después de su renuncia a la jefatura del bloque de diputados oficialista. El paso al costado del hijo de Cristina

en rechazo al acuerdo que Guzmán había firmado con el Fondo había tenido múltiples consecuencias y había exhibido la fisura enorme entre los socios de la coalición. Pero en el terreno de la práctica había representado un paso atrás para Máximo –que era parte de la mesa más chica del poder desde diciembre de 2019– y le había hecho un enorme favor a un Massa que se había agigantado en su centralidad política y había quedado como único puente entre albertismo y cristinismo.

Las crónicas coinciden. El domingo 3 de julio Massa y Máximo hablaron varias veces por teléfono. El presidente y su círculo de colaboradores narraban la escena de una manera muy precisa. Decían que Fernández le había ofrecido al titular de la Cámara de Diputados que asumiera al frente de Economía y solo rechazaba entregar la cabeza de Pesce en el Banco Central. Lo que le pedía como condición sine qua non para entregarle la formidable parcela de poder que Massa reclamaba era una sola cosa: lo que él mismo no tenía.

–Traeme el apoyo de Cristina.

La coartada de Massa para asegurar que la venia de la vicepresidenta ya estaba dada era el diálogo permanente que había mantenido con Máximo durante las horas frenéticas de ese domingo. Pero desde el cenit del poder, Cristina exigía que la llamara el presidente y repetía un mensaje terminante a cada una de las personas que buscaban indagar en su postura: “No acepto intermediarios”. Ni siquiera su hijo valía en esas circunstancias en el rol de mediador o celestino. La jefa no objetaba a Massa como interventor del gobierno, pero no iba a convalidar ningún movimiento por parte de Fernández si no era consultada en forma directa.

Las versiones difieren en algunos aspectos, pero todavía hoy Fernández asegura que Massa llamó desde Olivos a Cristina en más de una oportunidad y la vicepresidenta no lo atendió.

Mientras toda la expectativa estaba en el respirador artificial que el presidente buscaba bajo la operación de relanzamiento del gobierno, la opción Massa se diluía. Con 50 años –treinta y cinco de ellos, ligado a la política–, Massa era el único político capaz de arrojarse sobre la granada de la economía, con una corrida espiralizada y un gobierno dividido.

La vuelta al mundo de la política que Sergio había dado en tiempo récord, tomado por su ambición ingobernable, lo había dañado en el aspecto vital que lo hacía diferente: su capital electoral. El mal cálculo

de lanzarse a presidente en 2015 y no comprender que dos años atrás había sido apenas un vehículo para expresar el hartazgo y la rabia antikirchnerista había dejado al profeta de la avenida del medio licuado en la polarización y como socio menor de las dos fuerzas principales que dominaban la escena política.

Massa había pasado, sin escalas, de actuar como verdugo de Cristina a ser el jefe a medida que Macri soñaba para el peronismo, para después regresar diluido al útero materno del cristinismo. Dentro de una clase política dañada por el enfrentamiento endogámico y permanente en contextos de deterioro crónico para la mayor parte de la población, Massa se distinguía para mal. Su imagen estaba entre las peores y a la gente de a pie que alguna vez lo había votado le costaba horrores creer en su palabra. Los especialistas en marketing electoral analizaban resultados de focus groups y coincidían: ver a Massa en televisión alcanzaba para generar desconfianza.

Sin embargo, el destino, su resiliencia o su capacidad extraordinaria para reciclarse lo habían puesto una vez más en el centro. La oportunidad que había imaginado desde el minuto cero de la gestión Fernández le había llegado finalmente, pero en una instancia de pura emergencia. Faltaban dólares, el mercado asfixiaba al gobierno con la presión devaluatoria, la economía se había quedado sin precios y existían dudas sobre cómo haría el peronismo para seguir adelante. Con un ADN a prueba de balas y la intención de resucitar su chamuscado proyecto presidencial, Massa era el único que quería ser protagonista de lo que venía y confiaba en sus propias fuerzas. Tras los años largos del kirchnerismo en el poder, el interregno traumático del macrismo y la deriva accidentada del peronismo de la unidad, la asunción de Massa encarnaba para muchos la última chance de la clase política tradicional para gobernar la crisis. La última estación antes de un desenlace fatal. Más aún, la singularidad de ese político que intimaba como pocos con el poder empresario y la Embajada de los Estados Unidos lo convertía en el último esfuerzo de las élites dirigentes para eludir el colapso y el ajuste de shock que Javier Milei llamaba a ejecutar sobre las cenizas de la casta y la partidocracia. Para lograrlo, ese domingo 3 de julio, solo necesitaba lo que le reclamaba Alberto Fernández: llevar el apoyo de Cristina.

El exintendente de Tigre no lo consiguió durante toda la jornada. Cuando todas las alquimias fracasaron y se comprobó por enésima vez que la vicepresidenta no iba a delegar su autoridad para una reestructuración que no la tuviera en el centro de la mesa de decisiones, las tratativas entraron en un punto de estancamiento y Massa abandonó la residencia de Olivos pasadas las siete de la tarde.

Afuera su nombre se utilizaba como sinónimo de salvación a los dos lados de la polarización mediática. Desde eventual jefe de Gabinete de un nuevo elenco de ministros hasta superministro de Economía, cualquier rol que fuera a ocupar sería positivo para la Argentina, se decía.

Dispuesto a conseguir lo que quería, apenas salió de la quinta presidencial, Massa comenzó a hacer llamados para completar su operativo de llegada a la cima del poder. Todavía creía que su alianza con la familia Kirchner y la debilidad del presidente lo ubicaban como número puesto para asumir. Entonces, marcó una vez más el teléfono de Máximo.

Massa estaba acompañado por Juan Manuel Olmos, uno de los políticos más poderosos del PJ porteño. Con una influencia que iba desde las esferas judiciales al mundo de los negocios y capacidad como para entenderse mano a mano con Horacio Rodríguez Larreta, el binguero Daniel Angelici y hasta el propio Macri, Olmos calzaba a la perfección en la descripción que el propio Máximo había hecho en el Congreso a fines de 2020, cuando afirmó que al jefe de gobierno porteño –que era muy antiperonista en el interior– le brillaban los ojos cuando veía a los dirigentes del PJ de la Ciudad. Olmos expresaba el vaivén del peronismo no kirchnerista: había estado enfrentado con La Cámpora, pero había sellado después un fuerte entendimiento con Mariano Recalde, se había acercado a Massa en su tiempo de antikirchnerista y se había reconciliado con Alberto Fernández justo antes de que fuera designado candidato a presidente por el dedo de Cristina. Esa tarde del 3 de julio, sin embargo, comenzaba a evidenciar lo que sería su comportamiento de ahí en adelante. El jefe de asesores del presidente olía que el poder pasaba a manos de Massa y se movía en esa dirección.

–Vení para Libertador que estoy con Olmos –le dijo el exintendente al hijo de la vicepresidenta.

Se refería a las oficinas que el Frente Renovador tenía a metros del Patio Bullrich desde el tiempo en que Massa predicaba por la avenida del medio y que habían estado a punto de cerrar cuando la debacle electoral golpeó al candidato en 2017.

Del otro lado de la línea, Máximo respondió enseguida.

–Paso por lo de mi vieja y voy.

Pero el líder de La Cámpora nunca llegó. Massa y su equipo de

colaboradores lo esperaban para seguir diseñando un operativo que se demoraría más de lo previsto y tardaría un mes hasta llegar a consumarse. “Cristina lo bajó a Sergio”, recuerda uno de los íntimos amigos del superministro sobre ese día crucial.

Si Máximo pasó o no por lo de su madre, resulta anecdótico. La primera ofensiva de Massa para asumir funciones plenas de interventor en el gobierno había fracasado, pero no alteraba la cuestión de fondo. En ese vínculo estaba la llave del exintendente de Tigre para trepar a lo más alto.

Con el argumento de la afinidad generacional y el sedimento único de las relaciones de poder, Massa y Máximo habían sellado un pacto societario desde el primer minuto del gobierno del Frente de Todos, que sería decisivo en el tramo final de la gestión Fernández y abriría un escenario nuevo para un peronismo que durante dos décadas había quedado siempre subordinado al apellido Kirchner. Sin reparar en esa relación, no es posible entender cómo Massa recuperó, con esfuerzo y disciplina, la confianza de una Cristina que lo había visto operar en su contra en todos los frentes durante el auge de Macri.

Un rato más tarde, alrededor de las 20.15, Fernández produciría lo que a todas luces era un hecho excepcional y lograría finalmente, después de muchísimo tiempo, entablar una comunicación telefónica con su gran electora. Encerrado en su despacho de Olivos, el presidente le informó a su vice cuál era el menú de alternativas que tenía sobre la mesa, y el nombre que emergió de ese intercambio no fue el de Massa, sino el de una mujer, de historia militante y perfil técnico, que estaba dispuesta a poner la cabeza en la picadora de carne del todismo. Algo había cambiado en cuestión de minutos.

Silvina Batakis asumiría un papel ingrato, porque los mismos que la habían designado para hacerse cargo de la crisis económica en un contexto crítico muy poco después se revelarían dispuestos a destratarla de la peor manera. Las consecuencias no serían solo para Batakis, sino para la sociedad en su conjunto, porque, sin respaldo político, la ministra sería utilizada como un parche y su despido intempestivo, sumado a la renuncia de Guzmán, contribuiría a marcar el récord de inflación del 7,4% en julio de 2022.

A partir de las 21.30, cuando se supo que la encargada de conducir el Ministerio de Economía sería una mujer, el estupor fue generalizado. En C5N, los animadores amigos del presidente, que habían presentado durante todo el día el nombramiento de Massa como el ingreso al paraíso del volumen político, pasaron a festejar la designación de

Batakis y se olvidaron al instante del superministerio. El optimismo como religión, la negación como bandera.

Casi como si se tratara de un armisticio entre dos países en guerra, se dijo que Estela de Carlotto había sido la encargada de lograr el acercamiento entre Alberto y Cristina. Pero la realidad era otra. La presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo había sido una de las personas que le había pedido al presidente de mil maneras que retomara la conversación con la jefa política que lo había llevado a ocupar la responsabilidad más alta de su vida pública. Pero no había sido la única. Todo tipo de dirigentes le había suplicado a Alberto que recapacitara, después de haber quedado debilitado como nunca.

También desde la oposición reclamaban lo mismo. Lo incomprensible de la ausencia de comunicación entre los dos socios principales de un gobierno que iba camino a una crisis múltiple demandaba grandes personajes y hasta una pizca de épica para disimular el desastre gubernamental en las alturas.

Si Cristina repetía que no aceptaba intermediarios, Fernández no se quedaba atrás y especulaba con estirar su propia agonía y decretar un feriado cambiario para acoplarse al Día de la Independencia que se celebraba ese lunes en los Estados Unidos.

Distintas voces en el gobierno afirman que el diálogo se dio porque Cristina temió que Fernández renunciara a su cargo, una amenaza que más de una vez le escucharon al profesor de Derecho Penal sus colaboradores más cercanos.

Otros que ese día estuvieron junto al presidente en Olivos difunden una visión distinta de ese juego temerario. Un funcionario que conoce muchísimo a Fernández desde los tiempos del primer kirchnerismo lo definió así: “Ella entiende el poder como nadie y juega al poder en serio. Viene a 170 kilómetros por hora y vos ves que se va a matar. Entonces, sos vos el que tiene que volantear”. En esa hipótesis, Fernández se vio cayendo al vacío desde lo alto y cedió para negociar con quien, después de haberle dado todo, había decidido negarle el saludo.

Massa quedó por un tiempo al margen de la escena principal. Sin embargo y como siempre, no se quedó quieto. Al presidente de la Cámara de Diputados, el tándem que Batakis insinuó de entrada con Daniel Scioli no le gustaba en lo más mínimo y comenzó a trabajar para dar el salto.

Tres días después, mientras la exfuncionaria de Scioli en provincia de Buenos Aires intentaba hacer pie en medio del tembladeral que habían provocado la renuncia de Guzmán y las horas posteriores de negociaciones inviables en Olivos, Alberto y Cristina se volvieron a reunir durante tres horas. Pero no lo hicieron con Batakis, sino con Massa. Del contenido de la reunión trascendió poco, porque tanto el presidente como el exintendente se allanaron a la lógica de la vicepresidenta y se resignaron a no difundir sus consideraciones entre periodistas amigos, como hicieron durante casi toda su vida. Sin embargo, las cuatro semanas de Batakis en el quinto piso del Ministerio de Economía sugieren que esa noche el trío de Olivos decidió tener la charla que el domingo no había logrado entablar y enterrar el proyecto de un sciolismo económico.

Batakis asumió funciones y contó con el apoyo inicial de distintos sectores del oficialismo que recordaban su gestión bonaerense, su condición de militante y su rol como número dos del camporista De Pedro en el Ministerio del Interior. Era extraño, tal vez una incongruencia más en la maquinaria narrativa de un oficialismo tomado por la contradicción, porque el discurso de la nueva ministra no se diferenciaba demasiado del de Guzmán. Al contrario, venía a iniciar un proceso de ajuste por decreto con el congelamiento de personal en el Estado y licuación de ingresos, un rumbo que la sobreviviría por mucho y que Massa llevaría a su punto más alto para cumplir con las exigencias del Fondo.

La ministra del impasse llegó a viajar incluso a los Estados Unidos para reunirse con las autoridades del Fondo Monetario Internacional y funcionarios del Departamento del Tesoro. Aterrizó en Washington el 24 de julio y hasta tuvo su encuentro mano a mano con la directora gerente del Fondo, Kristalina Georgieva. La agenda que diseñaron el embajador argentino Jorge Argüello y el director por el Cono Sur en el organismo de crédito, Sergio Chodos, buscaba transmitirle al poder económico internacional la sensación de que Batakis era un proyecto serio.

Socio principal de la gestión Guzmán, Chodos había subsistido una vez más en un cargo que, en su caso, parecía nobiliario. Lo había ocupado durante el primer kirchnerismo, como línea de continuidad entre Amado Boudou y Axel Kicillof, y lo volvería a ocupar durante los cuatro años de los Fernández en el poder.

Bajo la creencia de que Batakis sería la ministra en la etapa que se iniciaba, Chodos convenció a Georgieva para que se quedara en Washington en los días finales de julio. Al final de la temporada en el

norte, la economista búlgara tenía todo organizado para iniciar sus vacaciones en Grecia, pero la gravedad de la situación en la Argentina –tal vez el país que más la había ayudado cuando a fines de 2021 una investigación interna del FMI apuntaba a desplazarla de su sillón– la decidió a suspender su descanso por unos días.

Grandísimo responsable del endeudamiento demencial que contrajo Macri gracias a Donald Trump, su exsecretario del Tesoro Steve Mnuchin, y la gestión de Christine Lagarde y David Lipton en el organismo, el Fondo solo mantenía una línea de coherencia que se advertía en dos constantes: cobraba siempre lo que prestaba incluso de manera irregular, pero no quería quedar asociado a un nuevo desenlace traumático en el fin del mundo.

Con esa ventaja y un chiste que hacía alusión al origen griego de la sucesora de Guzmán, Chodos convenció a su amiga Georgieva para que aplazara el viaje a Grecia y escuchara a la mujer que –según decía la publicidad oficial– contaba con el apoyo de todos los sectores del peronismo.

La sucesora de Lagarde, una economista de especial llegada al papa Francisco, la recibió con el objetivo de estirar su sobrevida sin imaginar que, en Olivos, el trío que la había dejado a cargo de la bomba hacía apenas veinticinco días la estaba sacando por la puerta de atrás.

Apenas cuarenta y ocho horas después de la reunión Georgieva-Batakis, Massa desmintió las versiones insistentes que lo señalaban como el nuevo ministro, a través de su cuenta de Twitter. “Veo muchos rumores y versiones. No tuve ningún ofrecimiento y recién quedé en charlar con el presidente @alferdez sobre la agenda de trabajo entre viernes y sábado”, afirmó. Una semana después, en un ejercicio de massismo explícito, asumió en el Palacio de Hacienda en medio de la euforia de sus seguidores.

Fue el 3 de agosto cuando Massa accedió al escalón más alto al que podía aspirar bajo el esquema del Frente de Todos. Lo hizo en un contexto endemoniado, con todos los desequilibrios a la vista y con una brecha cambiaria que rondaba el 120%. La devaluación que exigía el mercado –y Massa tantas veces había promovido en privado como salida virtuosa ante la crisis– esta vez era lo único que tenía vedado por la vicepresidenta. “Este barco se está hundiendo y yo no tengo escapatoria. Me voy a jugar para sacarlo a flote”, le dijo el nuevo ministro en esas horas cruciales a uno de los economistas que no quiso acompañarlo. Era una parte de la verdad.

La otra se podía advertir en las imágenes virales de la militancia del Frente Renovador, que se entregaba al clima de fiesta en la Casa Rosada. Era un contraste violento con la crisis que vivía el país y con la cara del presidente Fernández, invitado a lo que parecía ser su propio funeral político. Pero expresaba con nitidez la ocasión excepcional ante la que el massismo se encontraba finalmente, producto de la debilidad general de una sociedad de gobierno inviable, que ya había quemado todas las naves.

El presidente había rechazado el empoderamiento de Massa todo lo que había podido, consciente de que la asunción del exintendente era la consagración de su propio fracaso. Ambicioso, audaz y calculador, Massa tenía entre sus méritos el de haberse sentado a ver cómo Fernández se desangraba, mientras se resistía sin método ni astucia a ceder lo que le quedaba de poder. Ahora asumía en un rol que excedía al del primer ministro y se parecía al de un interventor con plenas funciones que arrancaba, al mismo tiempo, con el apoyo del poder económico y del Senado.

Era el gobierno por default del que había esperado su oportunidad agazapado, mientras los socios principales de la alianza se dañaban entre sí, sin beneficio de inventario. Era la entrega anticipada del poder que la vicepresidenta le obligaba a hacer a su elegido Fernández en manos de Massa, el político que tenía la ambición de ser candidato a presidente desde una década atrás, pero había cometido la herejía de emanciparse de CFK. Era la posibilidad cierta de que el peronismo de Cristina girara sobre sus propios pasos en la historia y comenzara a desandar el camino de dos décadas en la política. Era el salvoconducto para que la jefatura de La Cámpora dejara de denunciar el ajuste de Guzmán y pasara a fascinarse con la estampa de ese Massa que se movía como dueño entre las mesas del establishment escoltado por un fotógrafo propio. Era el pasaje de un populismo de larga duración a un experimento de poder que estaba dispuesto a arriar casi todas sus banderas con tal de no regresar a la intemperie.

Con Massa, el kirchnerismo renunciaba por un tiempo indefinido al ideario de los salarios altos y el repunte del consumo como motor del mercado interno y se rendía ante la necesidad de cumplir con las exigencias del Fondo que hasta muy poco antes maldecía. La fuerza que había dominado la política desde 2003 y que había resistido todos los ataques desde el exterior se reseteaba para transformarse en otra cosa de la mano del superministro.

Massa podía adjudicarse una mayor coherencia que la de sus aliados en el Frente de Todos, pero sobre todo podía afirmar que por fin había

encontrado la manera de superar al kirchnerismo. No se trataba de denunciarlo desde el bando enemigo ni de atacarlo con las consignas de consumo fácil en el circuito chico del prime time. Massa había encontrado la piedra movediza casi sin quererlo. Producto de sus fracasos electorales y sus errores políticos, había regresado a la costa de Cristina y había alumbrado una nueva fórmula, que nunca nadie había utilizado antes para sepultar al kirchnerismo duro. La manera de exterminarlo era opuesta a la que recomendaban los estrategas de Juntos por el Cambio y a la que él mismo había ensayado, por todos los medios, durante seis años. No se trataba de demonizar al cristinismo, sino de asociarse con él en su momento de mayor vulnerabilidad y decirse dispuesto a cumplir sus designios. Llevar a los leales de CFK a rendirse ante la lógica del poder por el poder mismo. Dejar de combatir el espacio de la vicepresidenta con armas trilladas y abrir paso a una nueva experiencia de seducción: prometerle la salvación y destruirlo desde adentro.

2. Los inicios

La prehistoria de Sergio Massa no figura en su plataforma electoral. Como muchos dirigentes que se adaptaron al kirchnerismo sin mayores traumas, el líder del Frente Renovador acredita su formación y su militancia inicial en las usinas del liberalismo argentino. Comparte esa condición con una camada de políticos que incluye a funcionarios de relevancia durante la era kirchnerista, como Amado Boudou, Ricardo Echegaray o Diego Bossio, intendentes como Fernando Gray y Francisco Durañona y Vedia y exsenadores como el dueño de Aceitera General Deheza, Roberto Urquía, por citar algunos. También, con colaboradores que pasaron media vida a su lado, como su secretario privado Ezequiel Melaraña, su contador Alejandro "Chipi" Decuzzi y su secretario de Gobierno Eduardo "Yugo" Cergnul.

Hay que bucear en la memoria selectiva de la política para saber cómo era Massa en sus inicios. Algunos, que lo quieren bien, dicen que militaba en la Unión del Centro Democrático (UCeDé) de Álvaro Alsogaray como podría haberlo hecho en el Partido Comunista. Eso afirma, por ejemplo y sin despeinarse, su suegro Fernando "Pato" Galmarini, con el aval de una vida surfeando en el ancho peronismo. "Cuando vos sos pendejo y querés militar, te prendés de lo primero que pasa", explica. Otros que compartieron aquellos comienzos sostienen que su caso podría ser comparable a los de Diego Santilli o Cristian Ritondo, que hoy integran el espacio del PRO, pero se ubican siempre en la franja del peronismo ortodoxo. Se trata de casos distintos que apuntan a lo mismo. Según estas hipótesis, Massa se habría dejado llevar por una suerte de emoción violenta que lo impulsó a la arena del compromiso político sin medir consecuencias ni reparar en opciones ideológicas. Un ADN que, de ser así, no haría más que tornarlo impredecible de cara al futuro.

Por su condición social, podría haberse enamorado de la primavera radical, como su madre. Por haber nacido en San Martín, podría haberse incorporado al peronismo bonaerense. Pero no: siempre fue distinto.

Sergio hoy ni siquiera se detiene a hablar de eso, porque prefiere mirar hacia delante y considera esa experiencia apenas como un pecado de juventud que sus detractores buscan magnificar. Es cierto

que era muy chico cuando se acercó al partido que orientaba Álvaro Alsogaray, el capitán ingeniero que fue funcionario de la Revolución Libertadora, ministro de Economía de Arturo Frondizi y José María Guido y embajador de la dictadura del general Juan Carlos Onganía en los Estados Unidos. Massa se convirtió en uno de sus seguidores hace más de treinta años, al final del alfonsinismo, cuando tenía 15 o 16 años.

Pero también es preciso señalar que militó intensamente en la UCeDé durante seis años, por lo menos; un período comparable al que permaneció luego dentro de las filas del kirchnerismo. En ese tiempo, fue cumpliendo metas a gran velocidad. Fue presidente de la Juventud Secundaria Liberal de San Martín en 1988 y 1989, y vicepresidente de la Juventud Liberal de la provincia de Buenos Aires entre 1991 y 1993. Según testimonios que coinciden sin contradicción, ese último año, cuando el desbande en el partido que nutrió de cuadros al menemismo se había tornado irreversible, Massa asumió como presidente de una Juventud Liberal bonaerense que agonizaba. Ese período aparece hoy brumoso porque, como afirma otro exliberal que también se incorporó al peronismo, Sergio borró todo vestigio de su pasado ucedeísta, pese a que en esa sociabilidad inicial entre los ochenta y los noventa encontró incluso a una de sus primeras novias, Lorena Martos, por entonces vicepresidenta de la Juventud Secundaria Liberal de San Martín.

Alejandro Keck, el hombre clave que puede contar los primeros pasos políticos del candidato del Frente Renovador, evoca: “A Sergio lo conocí un día que fui a dar una charla al Colegio Agustiniano con representantes de distintos partidos políticos. Sería el año 87. Yo tenía 23”.

Massa cursó su secundario en esa institución católica tradicional, a la que asistían solo hombres. Era un establecimiento privado que, sin embargo, resultaba accesible para la clase media de San Andrés y que –como muchos durante el alfonsinismo– abría las puertas a la política.

La UCeDé había salido cuarta en las elecciones presidenciales que ganó Raúl Alfonsín y se había ubicado tercera en las legislativas de 1985. Llegó a tener trece diputados nacionales. En 1987, aquella juventud era una de las novedades que había parido el regreso de la democracia. La Unión Para la Apertura Universitaria (UPAU), brazo universitario de la UCeDé, había alcanzado el pico de su poderío con triunfos en los centros de estudiantes de Derecho, Arquitectura, Veterinaria e Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Dentro de esa geografía política, que intentaba trazar nuevas

coordenadas, la UCeDé de la Capital gozaba de un signo distintivo que solo se repetía en algunos municipios acomodados de la provincia de Buenos Aires. En la ciudad, el partido estaba dominado por figuras que marcarían una época, como Adelina Dalesio de Viola y María Julia Alsogaray. Pero además libraba una dura interna entre la juventud –Unión Liberal–, que entonces presidía Pedro Benegas, y la avanzada liberal de Carlos Maslatón, Juan Curuchet, Guillermo Riera y Oscar Jiménez Peña. En la provincia, en cambio, los jóvenes que se acercaban a la UCeDé no necesitaban acreditar portación de apellido: se toleraba una militancia de clase media que tenía más que ver con aquel Conurbano.

A ese pelotón se incorporó a fines de 1987 un chico de San Martín –hijo de un empresario constructor que siempre había hecho obras para el municipio– que ya entonces decía que quería ser presidente. Sergio no tenía historia de conservador, como su padre, Alfonso ("Fofó"), sino que ya había repartido volantes por Raúl Alfonsín, el candidato que le gustaba a su mamá, Lucy Cherti. No había tenido la formación ideológica que constituía a las generaciones anteriores de la UCeDé ni tampoco la instrucción que, a criterio de los mayores, era necesaria para integrar un partido que venía a redimir a la derecha vernácula de su pasado y a clausurar, por lo menos por un tiempo, el atajo golpista para llegar al poder.

Cuatro años le bastaron para pasar a formar parte del triunvirato que presidía la Juventud de la UCeDé en la provincia. Massa sabe que si el exconcejal Keck y algunos otros memoriosos no existieran todavía por fuera de su estructura –si no hubieran tenido las diferencias que tuvieron–, nadie estaría dispuesto a reparar en aquellos días en los que el menemismo aparecía en el horizonte con la fuerza de la transformación. Su debut en las huestes de Alsogaray sería algo apenas distinguible de un rumor.

"Cuando terminó la charla, se acercó un grupo de chicos entre los que estaba él. Era un discurso bastante ideológico el mío. Los jóvenes éramos liberales, hablábamos de libertad política y libertad económica y nos quejábamos de los mayores de la UCeDé que simpatizaban con el gobierno militar. La mayoría de nosotros pertenecíamos a la clase media y nos preocupaba lo social", me dijo Keck una mañana de 2014, sentado en la oficina de un pequeño despacho dentro de lo que entonces era el Ministerio de Desarrollo Social porteño, con vista a la avenida Entre Ríos. Un edificio pintado de amarillo por el PRO, que pudo haber sido un hospital y que estaba a años luz del piso 17 de la Torre de las Naciones, en Tigre, donde atendía Massa por entonces.

La nueva derecha en el horizonte

Todo fue vertiginoso. A fines de 1989, cuando egresó del Colegio Agustiniano con el título de bachiller, Sergio ya era un joven liberal que trabajaba para el concejal Keck –recién electo– y buscaba un perfil propio para trascender. Con 17 años, ya cobraba un sueldo por su militancia partidaria, mostraba su vocación de parricida en la política y disputaba espacios con la generación de los que por entonces tenían 25 años. Como corriente interna de la UCeDé, Keck, Massa y Eduardo Cergnul –por entonces jefe de prensa del concejal, más tarde secretario de Gobierno de Tigre y finalmente secretario parlamentario de la Cámara de Diputados– se presentaban contra sus mayores en elecciones internas y pretendían enrolarse en lo que aparecía como una nueva derecha, exenta de complicidad con la dictadura militar y la recurrente tentación autoritaria. “Los más grandes empezaron a mirar la situación de Sergio con un poco de recelo, porque iba ocupando espacio. Siempre tuvo mucha ambición y enseguida demostró su pasta de liderazgo. Tenía facilidad, aprendía rápido y terminó desplazando a todos y quedándose con el manejo de mi oficina”, recuerda Keck.

Keck y Massa no eran una excepción. En esos años, la UCeDé logró congregar una cantidad de jóvenes con ciertas características que los llevarían después –y todavía hoy– a figurar en la primera línea del poder. Un seleccionado en el que aparecen viejos amigos de Massa, como Guillermo Viñuales, la histórica mano derecha de Martín Insaurralde en Lomas de Zamora que por aquel tiempo militaba en la UCeDé de ese distrito y se incorporaría mucho después al PRO. O como Guillermo Gabella, el exucedeísta de Morón –fanático del horóscopo chino– que primero fue consejero vecinal porteño de la mano del poderoso Jorge Pirra y después llegó a ser el hombre fuerte de la empresa Boldt en la provincia de Buenos Aires, señalado casi como la personificación del demonio por Amado Boudou en el expediente Ciccone. El exvicepresidente de la Nación dijo más de una vez que Gabella operaba para Daniel Scioli, con quien había trabajado en 1997 en la Cámara de Diputados. Viñuales y Gabella no solo coinciden en el nombre de pila, en su amistad añeja con el líder del Frente Renovador y en su formación ideológica: además fueron estrechos colaboradores de Martín Redrado, el economista que la embajada de los Estados Unidos considera fuente de información

privilegiada y a quien Sergio Massa decía tenerle reservado un destino más generoso en un eventual gobierno.

En esos años, sin embargo, todos ellos conformaban todavía una "cooperativa de perdedores", como dice uno de los protagonistas, porque ninguno ganaba en sus distritos. El propio Massa experimentó su primera derrota en 1988. Ya había logrado convertirse en presidente de la Juventud Secundaria Liberal en San Martín, un partido en el que el liberalismo no tenía el mismo peso que en San Isidro o Vicente López. Entonces, organizó una reunión en su casa para elegir al presidente de la Juventud Secundaria Liberal de la primera sección electoral y perdió a manos de Eduardo Bevacqua, que ostentaba en San Isidro el mismo cargo que Massa.

Massa y Bevacqua –más tarde funcionario del macrismo en la ciudad y mano derecha del exministro bonaerense Santiago López Medrano– eran siameses del Conurbano. Los dos presidían las juventudes secundarias en sus municipios y, a partir de 1989, comenzarían a trabajar como asesores con los referentes de las juventudes en sus distritos que ese año fueron electos concejales, Alejandro Keck en San Martín y Claudio Fryda en San Isidro. La tercera figura de la UCeDé en la zona norte era Marcelo Bomrad, egresado del Liceo Naval Militar Almirante Brown y, por aquellos años, líder de la Juventud Liberal de Vicente López. Para adolescentes que tenían apenas 17 años, cobrar un sueldo por hacer política era una novedad que causaba cierta fascinación. Keck y Fryda eran, además, colaboradores de José María Ibarbia, quien, con 32 años, se había convertido en el diputado nacional más joven de la UCeDé.

Aunque en 1995 se retiró de la política para dedicarse al negocio agropecuario, Ibarbia es un nombre fundamental para una camada de imberbes que un cuarto de siglo después se preparaban para dar el gran salto. Miembro de una familia acomodada de San Isidro, abogado con estudios de Economía en los Estados Unidos, era líder de Nueva Generación, la corriente del sector denominado Integración Liberal. En 1987, triunfó en una elección interna y consumó el asalto al poder de la UCeDé, que hasta entonces estaba en manos de dirigentes que habían acompañado a la dictadura, con más o menos fervor. Igual que el PJ, la UCR, el PS, el MID, el PDP, pero con más convicción, los dirigentes que después fundaron la UCeDé habían ocupado cargos importantes durante el autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" y, como el propio Alsogaray, en las dictaduras anteriores.

En San Isidro, sin ir más lejos, estaba el coronel José María Noguer, que había sido intendente durante el "Proceso" y compañero de

promoción del general Santiago Riveros, uno de los jerarcas que encabezó el genocidio argentino y fue condenado a cadena perpetua en 2013. En Mar del Plata, el que conducía era Mario Roberto Russak, intendente "procesista" que volvería a gobernar el municipio en 1991, como candidato de la UCeDé.

En 1987, Ibarbia le ganó la candidatura a diputado nacional a Francisco Durañona y Vedia (padre), un exponente cabal de la gerontocracia, que entonces tenía como mano derecha al futuro ministro de Mauricio Macri, Emilio Monzó. Durañona fue ministro de Gobierno de Jorge Aguado en la provincia de Buenos Aires durante los dos últimos años de la dictadura. Más tarde alto directivo del Grupo Socma, Aguado había sido ministro de Agricultura durante la presidencia de facto del general Roberto Viola. Ibarbia, en cambio, encabezaba la corriente que tomaba su nombre de la agrupación juvenil del Partido Popular español, Nuevas Generaciones.

En contacto con esa fauna, se crió el animal político que en 2015 –con apenas 43 años– se lanzaría por primera vez a la disputa mayor, con el anhelo de ser presidente.

En aquel momento, los referentes de la UCeDé en la provincia eran Durañona y Vedia, Federico Clérici y Federico Zamora, todos diputados nacionales. Exempresario y representante de Helen Curtis en Argentina, electo en 1985, Clérici era el liberal moderno que recorría la provincia sin chofer. Todavía hoy algunos creen que podría haber sido algo similar a lo que significó Carlos "Chacho" Álvarez para el progresismo. Fue él quien dio libertad de acción y habilitó el salto de Ibarbia, proceso que abrió un canal en el que se enrolaron jóvenes impetuosos como Marcelo Elizondo, Alejandro Keck, Marcelo Daletto, Fernando Gray, Emilio Monzó, Sergio Massa, Santiago López Medrano –luego ministro de Desarrollo Social de María Eugenia Vidal en la provincia de Buenos Aires–, Guillermo Viñuales y Eduardo Bevacqua, entre otros. Nueva Generación era un nombre pretencioso que se convertiría en una de las ideas fuerza que Massa incorporaría desde entonces como parte de su envase de dirigente.

Los memoriosos afirman que la irrupción de Nueva Generación fue tan fuerte que obligó a Clérici a aliarse con Durañona y Vedia y Zamora en la llamada Apertura Liberal Argentina para balancear el equilibrio de fuerzas interno dentro de la UCeDé. También recuerdan una característica que Sergio conservaría hasta nuestros días: el coqueteo con las líneas internas opositoras, que lo llevaba, pese a ser la marca de lo nuevo, a sacarse una foto con Aguado, el futuro vicepresidente del Grupo Socma que cobró hasta 2007 una jubilación de privilegio

por sus años de servicio a la dictadura de Videla. Con él trabajaba el joven Marcelo Bomrad, un admirador de los comandantes del "Proceso". Aguado fue electo diputado por la UCeDé bonaerense en 1989. En esa campaña participó la mayor parte de aquellos jóvenes que, hoy veteranos, se reparten entre el massismo, el macrismo, el peronismo y el kirchnerismo.

Pese a todo, Keck y Massa tenían la edad de la inocencia y se identificaban con el diputado Ibarbia por una cuestión generacional e ideológica. Ibarbia, dice Keck, no era un conservador sino un "liberal verdadero". No estaba con la línea dura que integraban, por ejemplo, el protokirchnerista Ricardo Echegaray, su segundo en la Oficina Nacional de Control Comercial Agropecuario Emilio Eiras, y Bomrad. El titular de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) durante "la década ganada" no solo era egresado del Liceo Naval como Bomrad: además, su padre había sido suboficial de la Armada entre 1975 y 1980. Según coinciden los cuadros que después se integraron a los partidos tradicionales, esos sectores de la UCeDé formaron la secta llamada Campo Popular Unificado, iban a visitarlo a Videla y llegaron a viajar a Nicaragua con el propósito declarado de pelear junto a la Contra para derrotar a los sandinistas. De allí regresaron con varias fotos y algunos videos, pero sin rastros de haber participado en los combates.

En esos años, Massa conoció además a un dirigente que hizo un recorrido casi calcado al suyo en los siguientes veinticinco años, pero que, por alguna razón, decidió que 2013 no era tiempo para abandonar el barco del kirchnerismo: Fernando Gray. El intendente de Esteban Echeverría se había ligado también a Federico Clérici, el líder de la agrupación Liberal Independiente que se diferenciaba de las concepciones jurásicas de otros miembros de la UCeDé y era muy crítico del menemismo. Los que tienen la capacidad de evocar esos años dicen que Gray debutó en política como encargado de comprarle cigarrillos a Clérici. Era, sin embargo, el referente de la juventud del sector y también aprendía rápido.

En el universo de la nueva derecha, el trasvasamiento generacional incluía a Sergio Lapegüe, el lomense que les hacía guardia a Bernardo Neustadt y a su entonces jefe de producción Daniel Hadad, en busca de un primer trabajo en el mundo del periodismo. En esa franja se enrolaría más tarde Héctor Yemmi, otro bonaerense del Conurbano sur que combinaría su militancia con un aprendizaje vertiginoso en televisión junto a Neustadt. En la ciudad de Buenos Aires, la UCeDé contaba con un militante aguerrido que integraba el brazo universitario del partido y que incluso tenía local propio, Eduardo

Feinmann.

Massa, por su parte, se caracterizó en sus inicios por un trabajo territorial que se distinguía de la mera rosca que ejercitaba el resto de los jóvenes que ascendían en la provincia de Buenos Aires. Ya era, según los que lo recuerdan, una máquina de laburar. Era, si se permite semejante osadía, un peronista territorial con filosofía liberal.

1991. La Juventud Provincial de la UCeDé

El año 1990 no fue solo una bisagra entre la caída del muro de Berlín y el fin de la Unión Soviética. Fue, para los jóvenes de la UCeDé bonaerense, el año en que se libró una batalla fenomenal para impedir que Antonio Cafiero se perpetuara en el poder provincial. El gobernador peronista convocó a un plebiscito en busca de habilitar la reforma constitucional en ese distrito, y la UCeDé estuvo entre los sectores que encabezaron la campaña por el "No". Durante meses, los liberales activaron la militancia territorial con una consigna que, el 5 de agosto de 1990, resultó vencedora. Cafiero debió resignar su sueño reeleccionista y la UCeDé creyó que estaba a un paso de asaltar el poder en la cabeza del Leviatán bonaerense.[1]

Unos meses después, Massa intentó quedarse con el cargo de presidente de la Juventud Provincial. Estaba en juego el sillón de Marcelo Elizondo, que entonces dejaba su lugar para ocupar el segundo puesto en la lista de candidatos a diputados provinciales de la UCeDé. "Era el cargo más apetecible para nosotros en un escenario de expansión del partido", recuerda uno de los protagonistas de aquella disputa. Massa y su "media naranja" de San Isidro, Eduardo Bevacqua, querían ir en busca de un cargo al que visualizaban como un trampolín ideal en la carrera de un dirigente. Pero el joven de San Martín ya entonces acumulaba enemigos. Uno de ellos era Marcelo Daletto, un militante del interior de la provincia que tenía su propio camino recorrido y era dos años mayor que Massa. Daletto veía con preocupación el crecimiento de ese muchacho que siempre aparecía en los actos con la camiseta de Chacarita e inventando canciones. Daletto, además, tenía una dificultad extra para sacarlo de la cancha: estaba haciendo la "colimba" en la residencia de Olivos. Vestido de granadero, una tarde de 1991, Daletto convocó a Bevacqua en la estación ferroviaria de Olivos para proponerle un plan: postergar a Massa. El diagrama que finalmente se aprobó pretendía dar un equilibrio al poder liberal en la liga juvenil. Daletto quedaría como presidente, Massa como vicepresidente primero y Bevacqua como secretario. El vicepresidente segundo sería Gray, que se destacaría bastante después como hombre de Hilda "Chiche" Duhalde y Alicia Kirchner hasta llegar a la intendencia de Esteban Echeverría, pero que, en ese momento, era "ninguneado" por todos los protagonistas. Massa aceptó de mala gana la vicepresidencia, pero lo hizo con una

advertencia clara: “La próxima, soy yo”. Quería conducir a los jóvenes ucedeístas de su provincia.

En su campaña para ser el jefe, el “colimba” Daletto logró contener también a Viñuales, que por entonces manejaba la Universidad de Lomas de Zamora mediante la UPAU. Mucho antes de conocer a Insaurralde, Viñuales reportaba al diputado provincial Hugo Bontempo, miembro de la corriente liberal Unión Federal Bonaerense, en la que se destacaba el ya mencionado Mario Roberto Russak. En esa época, Massa comenzaría a conectar el norte y el sur del Conurbano en una alianza con Viñuales para horadar la conducción de Daletto, un “talibán” que, como Sergio, haría carrera después en las filas del menemismo y se convertiría en la mano derecha de Emilio Monzó.

En aquel 1991, Massa empezó a estudiar Derecho en la Universidad de Belgrano –tardaría veintidós años en recibirse, en 2013– y a ejercitar su militancia bonaerense desde el centro porteño. Como vicepresidente de la UCeDé provincial, apoyó enseguida a una figura destacada del pujante liberalismo argentino, Alberto Albamonte, un expolicía que ese año sería candidato a gobernador y a diputado nacional en la provincia. Albamonte –que por ese tiempo quiso incorporar al excomisario Luis Abelardo Patti a la UCeDé– ilusionaba a sus seguidores con una estrategia de dudosa eficacia: decía que quince días antes de la elección, iba a renunciar a su candidatura a diputado para catapultarse a la disputa por la gobernación, que estaba reservada para el peronista Eduardo Duhalde. Aunque en el camino desechó la pirueta y terminó electo para ocupar una banca, Albamonte logró convertir a su comité de campaña en un foco de atención por el que pasaba gran parte de la dirigencia liberal. Allí se instaló Massa durante los meses previos a la elección: iba todos los días, de lunes a viernes, entre las ocho de la mañana y las diez de la noche, de acuerdo con lo que afirman algunos que aceptan hurgar en sus recuerdos.

Según la memoria dispersa y difusa de los viudos de la UCeDé, en esa campaña Massa se asomó por primera vez a un estudio de televisión. El creador del Frente Renovador “madrugaba” a Daletto y asistía a los programas políticos en su rol de vicepresidente de la juventud liberal. Es posible que, como afirman algunos, haya debutado como invitado en Tiempo nuevo, el programa de Neustadt que producía Lapegüe. Como sea, lo central en este punto es que ya entonces Massa creía que era imposible hacer política sin incursionar en los medios y sin ser amigo de periodistas y dueños de empresas de comunicación.

La conversión al menemismo

Aunque insista en desdeñar su importancia, el compromiso de Massa y los muchachos que lo acompañaban fue más que una brisa de verano. Quedó demostrado en 1992, cuando Adelina Dalesio de Viola organizó un congreso de juventud para dar el salto orgánico hacia el PJ. Massa llevaba ya cinco años al lado de Alejandro Keck y fue parte del grupo que resistió y decidió quedarse. Si lo hicieron para defender sus convicciones o por un cálculo político que resultó errado, es materia de interpretación. La mujer que había debutado como concejal porteña de la UCeDé se había incorporado al menemismo de la mano de José Luis Manzano, que la había designado como su segunda en el Ministerio del Interior. Adelina asumió como funcionaria en agosto de 1991, en un acto al que asistió el dictador Isaac Rojas, y al año siguiente impulsó un congreso de la juventud liberal en el Hotel City junto al entonces concejal Jorge Pirra, el tucumano Pablo Walter, el abogado Juan Felipe Manavella y Enrique Braun, descendiente de los dueños del supermercado La Anónima y la estancia patagónica La Anita.

Los bonaerenses boicotearon el debate –en el que participaron catorce provincias y en el que ya se veía la mano del menemismo– que proponía la reforma de la Constitución. El resultado quedó inmortalizado en un documento en el que defendían a la UCeDé y a la Constitución nacional. Pero también en un cántico que –algunos afirman– había creado el propio Massa: “Adelina, Adelina, qué amargada se te ve,/ cuando vo’ te va’ al PJ, te robamos la UCeDé”.

Adelina dio el salto con un reducido grupo de leales y perdió en los cien metros de la política, pero se impuso en perspectiva histórica. Un año después, la mayor parte de los “partisanos” que resistieron el desembarco en el menemismo escrutaba canales posibles para llegar a las costas del PJ. Massa fue uno de ellos y lo sobrellevó sin traumas, como tantas cosas.

En el otro extremo de la historia está Keck, el jefe permisivo de Sergio hasta que atravesaron las compuertas del peronismo. Pero –ahora lo admite resignado– no estaba preparado para la conversión y quedó en el camino. Su experiencia aparece hoy como el reverso exacto de la del líder del Frente Renovador.

Como pasaría con los ejes programáticos de un sector del progresismo a partir de Néstor Kirchner, las ideas de la UCeDé llegarían al poder sin necesidad de ganar una elección presidencial. Menem las asumiría como propias en el marco de un cambio de época que habilitaban la caída del muro de Berlín y la teoría del "fin de la Historia" formulada por el atrevido Francis Fukuyama. Así se impusieron las relaciones carnales con los Estados Unidos, la reforma menemista del Estado, las privatizaciones, el endeudamiento, la impunidad para los militares, la desocupación y la modernización sin anestesia que, ante el reinado prolongado del kirchnerismo, unos cuantos peronistas comenzarían a extrañar.

El actual líder del Frente Renovador afirma que en ese entonces era "el morocho" de la UCeDé y asegura que militaba dentro de un ala que, por ejemplo, quiso poner límites a la creación de las Aseguradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP) que impulsó Domingo Cavallo y al artículo que convertía a todo indeciso en un afiliado del sistema privado. Otros, en cambio, sostienen que apoyó la privatización, que incluía la afiliación compulsiva, sancionada en septiembre de 1993.

"Disiento con Sergio cuando busca desligarse de la UCeDé porque nosotros nos pusimos la camiseta. No nos importó", diría Keck muchos años después, tomado por la nostalgia. Aludía a aquella militancia, a la entrega de una juventud liberal que fue la primera desde 1983, un antecedente más puro de lo que el PRO conseguiría emular en alguna medida antes de llegar al poder. "Militábamos porque creíamos y queríamos. Éramos irreverentes. Discutíamos la verdad. Queríamos cambiar el país. Soñábamos con lo que haríamos en el gobierno. La UCeDé era lo nuevo, algo en crecimiento". Keck afirma que en ese momento, en el peronismo, a alguien como Massa le tocaba ir al final de la fila. Ellos, en cambio, enseguida se sentaron a la mesa de discusión de un partido que llegó a ser la tercera fuerza electoral a nivel nacional. La UCeDé era una familia en la que primaba la cercanía. Keck se transporta a esos años en los que tomaban un colectivo con Sergio y viajaban a Capital Federal para sentarse a charlar con los diputados nacionales. Después, el diputado en cuestión incluso podía llevarlos de vuelta hasta su casa.

La ilusión de una derecha moderna quedó trunca cuando el menemismo se afirmó como el nombre del liberalismo en Argentina. En ese tránsito, la UCeDé se resquebrajó hasta extinguirse. Muchos piensan hoy que lo poco que quedaba del partido terminó de fenecer con la muerte de Federico Clérici el 31 de enero de 1993. Quizá era el último dique de contención que demoraba la incorporación de los

cuadros del partido de Alsogaray al gobierno de Menem. El presidente tenía todavía mucho futuro por delante: se aprestaba a reformar la Constitución, a ganar las elecciones presidenciales por segunda vez y a consumar la transformación política, económica y cultural del país que la dictadura militar no había logrado completar. Como tantos otros, Massa sería parte activa de la epopeya que estaba en marcha y con la camiseta del PJ.

▪

[1] La expresión pertenece al politólogo Natalio Botana.

3. El salto del Tigre

La incorporación de Adelina Dalesio de Viola –de la mano de José Luis Manzano, por entonces ícono de la renovación peronista– y de María Julia Alsogaray al gobierno de Carlos Menem abrió una herida profunda en las filas de la UCeDé. Habilitó el pase de cuadros intermedios del liberalismo a la estructura de un Estado que había decidido ir al desguace y generó una crisis de identidad mortífera para el partido de Alsogaray.

En ese desbande y después de la resistencia inicial, Sergio Massa, con casi 22 años, encontró su oportunidad. Coincidió con el fin de su mandato como vicepresidente de la Juventud de la UCeDé bonaerense y con la terminación del primer período de Alejandro Keck como concejal en San Martín. El liberalismo estaba de más en la escena partidaria y sus dirigentes hacían mucha falta dentro del gobierno. El salto de Massa nació desde el territorio: en un distrito que había sido gobernado por el duhaldista Carlos "Tato" Brown, la oposición peronista estaba encabezada por Luis Barrionuevo y Graciela Camaño, que ya eran parte activa del menemismo.

El periodista Andrés Fidanza y el sociólogo Lucas Rubinich contaron en una nota para la revista Anfibia cómo fue la incorporación de Massa a las filas de Barrionuevo:

Llegó a Punta Mogotes el sábado y todavía era de la UCeDé. Volvió a San Martín el domingo, tras un paso breve pero intenso por la casa veraniega de Luis Barrionuevo, y su nueva condición era la que había ido a buscar: peronista.

Manejó desde su casa, en San Martín, el Ford Escort negro de su papá Alfonso, un inmigrante italiano que progresó hasta convertirse en pequeño empresario de la construcción. En aquel viaje iniciático a Punta Mogotes lo acompañaba su amigo y concejal de la Unión de Centro Democrático, Alejandro Keck. Por voluntariosos y audaces, con Keck y otros jóvenes habían conseguido llamar la atención de los votantes y del establishment local.

A tal punto se habían vuelto visibles, que aquel sábado de febrero de

1994 en Mar del Plata tuvieron cita con otro vecino paradigmático de San Martín: el sindicalista gastronómico Barrionuevo.

A partir de ese sábado de 1994, Massa, Keck y su grupito de militantes de San Martín abandonaron el partido de Álvaro Alsogaray, donde participaban desde la época del Colegio Agustiniano. A cambio, se les otorgó una nueva identidad. Sus carreras y proyectos recibirían mayores impulsos y hasta se les asignaría algún dinero mensual para afrontar los gastos de la actividad política de tiempo completo.

Para Barrionuevo, según recuerda uno de los exucedeístas transferidos, el acuerdo implicaba sumar a bajo costo dirigentes populares y en ascenso. Líderes potenciales que, hasta ese momento, habían sido adversarios menores pero muy movedizos y molestos para su hegemonía municipal.

El propio gastronómico se lo había confesado en una reunión previa, en su mansión de San Martín, donde se amasó la transacción:

–Necesito de ustedes porque tengo todos los indios que quiero, pero me faltan algunos que se puedan poner saco y corbata.[2]

La discusión no era por el menemismo, al que todos apoyaban, sino por el peronismo, que para Keck era un límite difícil de superar. Los que conocen esa primera época que Massa parece haber olvidado coinciden en que era “recontramenemista”.

El pase de los jóvenes liberales al barrionuevismo tuvo efectos contrapuestos. Para Massa fue un paso adelante; para Keck, en cambio, fue el comienzo del fin: los vecinos distinguidos de San Martín que lo habían votado se sintieron traicionados. En la calle –donde todavía se veían los afiches de la campaña de la UCeDé con su cara– empezaron a maltratarlo, y en el peronismo le hicieron sentir el rigor de ser un extranjero. Massa no tuvo ese problema porque hasta ese momento tenía una bajísima exposición pública en su municipio.

A partir de entonces, Sergio se vinculó con un hombre del peronismo que pasó a formar parte de su círculo más estrecho: Alberto Ezequiel “Negro” Oliva, el jefe histórico del PJ de Vicente López. Oliva era entonces senador provincial, presidente del Club Colegiales y mano derecha de Barrionuevo. Quienes lo visitaban en esos años recuerdan que atendía en el Hotel Presidente.

Keck, que había sido el referente y jefe de Massa durante casi seis

años, se quebró en el camino. Mucho tiempo después todavía hablaba con un nudo en la garganta al recordar esos dos meses que pasó encerrado sin querer salir de su casa. Aunque también él retornaría en 2002 al círculo de Graciela Camaño como director de Empleo del Ministerio de Trabajo y a cargo del plan Jefes y Jefas de Hogar –fue procesado y tuvo que ir a juicio oral por el manejo de los subsidios–, Keck no tuvo la suerte ni la convicción de Massa para la etapa que se abría. Pero supo ver la transformación que su precoz lugarteniente iba a experimentar con el primer gran salto: “Él, cuando entró al peronismo, tuvo una liberación no solo de su ambición. En política, uno tiene que tener algún tipo de prurito ante las cosas que no se deben hacer. Y para Sergio, el peronismo era el mundo ideal. Todo lo poco cuidadoso que era Sergio, en el ‘viva la pepa’ que es el peronismo, él se sentía muy cómodo. Nosotros, no”.

Un hada madrina del PJ

Aunque el pase de Massa se firmó con Luis Barrionuevo, la figura clave en el popurrí de la política que ensayó desde entonces el líder del Frente Renovador fue Graciela Camaño. La madre política –que en forma cíclica volvería a aparecer para guiarlo y acompañarlo– lo arropó en su llegada al peronismo y lo dejó crecer. La exministra de Trabajo de Duhalde se acuerda bien del grupo que Massa acercó a su unidad básica, porque todos pertenecían a una clase social más alta, comparada con la mayor parte de sus militantes. “Nuestros cuadros provenían de los barrios más populosos de San Martín. Él era blanquito, el pelo limpio en medio de los pelitos chuzos de los demás”, dice.

Fue una adquisición interesante, porque eran jóvenes de San Andrés, la zona de clase media alta en San Martín. No era habitual que un militante tuviera un padre empresario y tampoco que estuviera estudiando en la Universidad de Belgrano. Camaño cree que Massa empezó a militar verdaderamente en el peronismo porque allí incorporó las tareas sociales, las charlas políticas y el adoctrinamiento.

“Yo tenía una agrupación y las decisiones se tomaban entre los militantes que tenían unidad básica. Y los que no tenían básica eran adherentes. Sergio quiso saber por qué él no participaba de las reuniones. Cuando le expliqué, fue, y a los veinte o treinta días armó su unidad básica, alquiló su lugar y puso a un peronista de vieja cepa, el famoso Camilo de Barbieri, y a partir de ahí empezó a hacer el trabajo territorial”.

Con 22 años, Massa inauguró su primera unidad básica en la intersección de las calles San Lorenzo y Castelli. Y se ganó la consideración de Camaño, la mujer que –junto con Malena Galmarini– lo conoce mejor que nadie.[3]

La avenida de Palito

Está a la vista: Massa supo moverse bien en las aguas tempestuosas del peronismo. Tuvo suerte, tuvo olfato y tuvo ganas. Escaló sobre la base de sus aptitudes para establecer relaciones y entrar rápido en los espacios donde había cosas en juego. En el camino, dejó un tendal de promesas y de aliados que caían en la intrascendencia. Pero, casi siempre, leyó con certeza las coordenadas de una geografía de apellidos que le permitirían arribar rápido a la figuración y al poder.

De la mano de Barrionuevo y su "recontraalcahueterismo" con el gobierno de Menem, Sergio llegaría a ser muy temprano parte activa de una campaña nacional para dar forma al candidato a presidente Ramón Ortega. A fines del siglo pasado, "Palito" fue el actor de reparto que el riojano imaginó en su desesperada lucha por impedir el ascenso de Duhalde a la comandancia del PJ nacional. Barrionuevo fue su jefe de campaña y Massa se incorporó de la mano del tucumano Pablo Fontdevila –exdirectivo de la Anses y luego funcionario de Daniel Scioli, pero de buen trato con Sergio– al difícil armado bonaerense.

El líder del Frente Renovador ya constituía una excepción, porque militaba en la corriente orteguista de un PJ en el que Duhalde era entonces amo y señor. Así, en 1996 conoció a otra mujer importante en su ascenso político: Marcela Durrieu, la madre de Malena Galmarini, una fervorosa militante del menemismo eterno. Convencida, Durrieu amaba a Menem como parte de un amor que se prolongaría en el tiempo hasta bien entrados los años kirchneristas. Por entonces, ya separada de Fernando "Pato" Galmarini, conservaba sin embargo una buena relación con el exministro de Duhalde y exsecretario de Deportes de Menem. Durrieu le presentó su hija a Massa, que estaba de novio con una chica que vivía en el barrio porteño de Flores. La llamaban "Picuchi", estudiaba con Sergio en la Universidad de Belgrano y los amigos del candidato recuerdan que el romance con ella estaba tan avanzado que incluso tenían elegidas las tarjetas de casamiento.

Mientras recorría la provincia con la camiseta de Palito –y forjaba una amistad con sus hijos–, Sergio comenzó a tender puentes con el poder central. Nunca le gustaron los intermediarios y su relación con Malena fue un trampolín que lo proyectó rápido a las ligas nacionales. "Un día

Male me dijo: ‘Lo voy a ver a Carlos’. Y Malena aterriza creo que con Sergio a verlo a Menem. Y le dice ‘Yo quiero trabajar en la Secretaría de la Juventud’, que recién había sido creada y dependía directamente de la Presidencia”, cuenta el “Pato” Galmarini.

Producto de la casualidad o el esfuerzo permanente para extirpar antecedentes incómodos de Google, la incorporación de Massa como funcionario en los años noventa y en la nonata juventud menemista es un dato que tampoco suele consignarse en su biografía. “Entran los dos a trabajar. Yo sé que a los seis meses ya era un quilombo porque ahí discutían la conducción con otros pibes del menemismo. Al poco tiempo, Sergio peleaba la jefatura, no sé si la chapa pero sí la jefatura, con los hijos de Carlos Corach. Porque Sergio es el jefe. De pibe ya demuestra que no era segundo de nadie”, agrega el suegro del candidato.[4]

La disputa con tambores de guerra en los altos mandos del menemismo era entre el ministro del Interior, Carlos Corach, y el secretario general de la Presidencia, Alberto Kohan, dos caras distintas pero complementarias –por trayectoria y visión de la política– del proyecto de Menem.

Malena, que tenía 22 años y estaba afiliada al PJ desde los 18, militaba con Antonio Riccillo, entonces subsecretario general de la Presidencia y mano derecha de Kohan, el hombre que comandaba el ala dura reeleccionista y tenía vínculos múltiples con el masserismo, como lo reveló en los noventa la periodista Susana Viau. Riccillo fue otro de los ultramenemistas que construyeron política para Massa: integró la denominada “Mesa de los 15”. Fue jefe de la campaña para la reelección de Menem en 1995 y lo acompañó incluso en momentos difíciles, como los 167 días de prisión domiciliaria que el expresidente cumplió en 2001 en la casa de su amigo Armando Gostanian. Riccillo se encargaba por entonces de la logística de los actos en los que se reclamaba la libertad de Menem en la causa en la que el juez federal Jorge Urso lo procesó por asociación ilícita, y se ocuparía mucho después de recorrer el país en nombre de Massa.

La juventud menemista estaba orientada por los hijos de Corach: Hernán –presidente de la Juventud Peronista (JP) a nivel nacional–, Andrés y Maximiliano; más tarde, este último se convertiría en convencido militante del PRO. Pero Malena tenía vocación de llegar a conducir. El 10 de febrero de 1998, como parte de su tardío intento de recuperar la iniciativa para conservar el poder, Menem renovó la Subsecretaría de Juventud de la Nación, que dependía del Ministerio del Interior y había quedado vacante con la partida de Julián Duhalde,

el sobrino del mendocino Eduardo Bauzá. El día anterior, Malena había ido a visitar al presidente para pedirle ese cargo. Los testigos de la escena se acuerdan de que la esposa de Massa esperó durante un buen rato en la secretaría privada. Menem adoraba a la hija de su exsecretario de Deportes y solía confesarle incluso sus más íntimos pensamientos políticos.

Después de escuchar a Malena, el riojano llamó tres veces por teléfono a Corach, el ministro que todas las mañanas le daba los buenos días al país en una tempestuosa conferencia de prensa en la puerta de su casa. Pero algo falló y la hija del "Pato" debió asumir como subdirectora nacional de Juventud de un viejo conocido de Massa, Marcelo Daletto, aquel dirigente de la UCeDé que había conspirado contra las aspiraciones de Sergio en la Juventud Liberal de la provincia de Buenos Aires.

La convivencia entre Daletto y Galmarini en la Subsecretaría duró un buen tiempo, hasta que la revista Tres Puntos publicó una denuncia contra Corach por el manejo de los Aportes del Tesoro de la Nación que la Casa Rosada repartía en forma discrecional entre las provincias. Astuto y experimentado, el ministro ordenó averiguar de dónde había surgido la información y descubrió que los llamados a la revista provenían del interno de Malena. Aunque la hija de Galmarini mantuvo su cargo, el equipo que la acompañaba –y que integraba Massa– sufrió una dura represalia. A fin de año, no le renovaron los cinco contratos de 980 pesos-dólares que tenía entre sus atribuciones. Solo ella sobrevivió hasta el final del gobierno de Menem.

El año 1999 sería el del acuerdo de Duhalde con Ortega para enfrentar a la fórmula De la Rúa-Álvarez y de la formación de un comando de campaña orteguista que integraban Massa, el chaqueño Jorge Capitanich y los protomacristas Diego Santilli y Horacio Rodríguez Larreta.

La mano derecha de Ortega era Fontdevila, casado por entonces con María del Carmen Lucila "Pimpi" Colombo, que después de deambular en el PJ porteño durante la década de los noventa se haría famosa como lugarteniente de Guillermo Moreno desde la Subsecretaría de Defensa del Consumidor en los años intensos del kirchnerismo.

A la hora de armar las listas del peronismo, en el último año del milenio, Sergio tuvo suerte por primera vez. La preeminencia del duhaldismo en la boleta era absoluta e indiscutible. El entonces gobernador bonaerense seguía peleando contra el pasado que Menem se negaba a encarnar y solo le concedió dos lugares al orteguismo: uno

en la lista de diputados nacionales para Fontdevila y otro en el séptimo lugar de la de diputados provinciales para Massa, que tenía 26 años y entró por la primera sección electoral. El candidato ya era conocido por un apodo que atravesaría la cortina de los tiempos: “Massita”.

Galmarini dice que estaba en Selquet, el restó en Figueroa Alcorta y La Pampa, cuando Sergio se lo comentó, y afirma –para darle relevancia a la decisión– que Duhalde no regalaba lugares. A nadie. Es decir que el futuro intendente de Tigre fue prontamente distinguido por la legión bonaerense.

La versión de aquella designación que circulaba en las filas del Frente para la Victoria es, por supuesto, otra. Sugiere que Massa no ingresó en la lista como resultado de un pacto de caballeros sino más bien por una combinación virtuosa de astucia y fortuna, un sello distintivo de su carrera vertiginosa. Astucia para estar atento al segundo en que se abre una oportunidad, fortuna para caer bien parado aun sin haber tomado las precauciones antes de dar uno de sus saltos ornamentales.

Según ese relato, a horas del cierre de listas, Fontdevila estaba en el búnker del orteguismo que funcionaba en el Hotel Alvear, cuando alguien lo llamó por teléfono desde el piso en la calle Colombres en el que Duhalde operaba por esos años en Buenos Aires. Aunque el mensaje lo obligaba a salir apurado, el tucumano alcanzó a comentarle a Massa que había problemas con el armado de las listas. Fue suficiente para que Sergio, en un instante, se ofreciera a llevarlo en su auto y, así, consiguiera colarse en la boleta del poderoso PJ bonaerense.

Unas horas más tarde, el sábado al mediodía, Rafael “Balito” Romá –vicegobernador bonaerense, hombre clave de Duhalde que coordinaba el armado en la provincia y, mucho más tarde, embajador kirchnerista en Paraguay– llamó por teléfono a la casa de Castelar en la que vivía el senador Horacio Román para comunicar una novedad que, a la vuelta de los años, resultaría determinante. Titular de la comisión bicameral de seguridad bonaerense, Román era un peso pesado que tenía aceitados vínculos con “la maldita” policía, tal como la inmortalizaron los periodistas Carlos Dutil y Ricardo Ragendorfer, y era un hombre de Duhalde.

“Balito” Romá le transmitió, lacónico, la decisión del gobernador:

–No va [Ricardo] “Lolo” Gómez, va Massa en el séptimo lugar.

Apenas cinco palabras le alcanzaron al senador para expresar el desprecio de la ortodoxia hacia los jóvenes intrépidos que habían nacido a la política en los círculos del liberalismo.

–Ese guacho de la UCeDé.

Hablaba de Massa, el político que recién nacía y daría la vuelta al mundo de las identidades políticas.

Es parte del anecdotario peronista. Preguntarle a Duhalde por aquellas circunstancias, una tarde de enero en el San Juan Tenis Club, no tiene demasiado sentido. El expresidente no recuerda, se hace el zonzo y, además, confunde las fechas. Aunque todavía tenga aire para llenar minutos de radio y televisión y convertirse en un link de los más leídos, sentado a una mesa de este predio que recuerda a las películas de Olmedo y Porcel, el exsenador parece irreversiblemente fuera de juego. No es algo nuevo, producto de haber cruzado la barrera de los ochenta años, sino una sensación que Duhalde transmite a sus comensales desde hace casi una década.

Lo importante para la historia personal de Massa y para la de todos nosotros es que el protagonista tuvo suerte de entrada. Dicen algunos que nadie soñaba una elección de esas características. El 24 de octubre de 1999 la Argentina eligió el agua y el aceite: a De la Rúa-Álvarez para gobernar el país y a Carlos Ruckauf y Felipe Solá para comandar la provincia. En territorio bonaerense, una banca quedó en discusión y, finalmente, por apenas 215 votos, la ganó el peronismo. A los 27 años, Sergio era diputado provincial en el distrito más grande de la Argentina. Ya atendía en La Calesita, el restaurante que quedaba en la intersección de la ruta Panamericana y la avenida General Paz.

El peronismo de la reconciliación

Apenas quince años después de aquellas circunstancias, Sergio Massa quiso ser el presidente que sintetizara desde el poder los vaivenes de la historia argentina reciente. Después de haber sido parte del menemismo, el duhaldismo y el kirchnerismo, creyó que podía ser el hombre que le permitiera al país empresario volver a confiar en un peronista, pero sin descuidar por completo la subsistencia de los sectores más necesitados. Porque el año 2001 le enseñó a la clase dirigente en su sentido amplio que un país que deja a la mitad de la población a la intemperie se vuelve, tarde o temprano, inviable para los sectores privilegiados. Estalla.

La candidatura de Massa en 2015 coincidió con la orfandad de una generación de políticos consumidos por el fuego de las últimas décadas, que entonces buscaban refugio y resurrección de la mano de una cara joven y con empuje. Massa –y también muchos de los que lo acompañaban– creía que la historia lo había puesto en ese lugar y que podía ser lo que Carlos Reutemann no se había animado a ser cuando Duhalde se lo propuso. Contaba para eso con el aval de intendentes de su misma edad que gobernaban una veintena de municipios y de una camada de dirigentes que ya entonces había vivido varias vidas. En esa liga de notables habitaban bajo el mismo techo desde exgobernadores como Reutemann, Solá, Jorge Busti, Mario Das Neves y Juan Carlos Romero hasta intendentes como Othacehé y Jesús Cariglino; desde economistas como Roberto Lavagna y Martín Redrado hasta peronistas del Conurbano como Camaño, Luis Barrionuevo y Juanjo Álvarez. Nadie, sin embargo, sería tan importante para la historia como el repentino jefe de campaña que se metió en la cocina del Frente Renovador para disgusto de Camaño y Álvarez. Alberto Fernández siempre se había creído más importante que Massa, pero –devaluado al rol de panelista televisivo tras su ruptura con Cristina– también él había recalado en Tigre.

Para Galmarini, habituado a protagonizar grandes epopeyas, Massa ya entonces contaba con todos los atributos necesarios. “Tiene muchas características que se necesitan para ser un jefe político, un conductor. Hizo las inferiores, tuvo evidentemente una inclinación muy temprana por el liderazgo y tiene vocación de poder. A nadie deja de escuchar, pero las decisiones son suyas. Esa también es una característica de los

hombres del poder, caso Carlos [Menem], hasta Kirchner, te diría. Nadie es igual a nadie, pero en términos generales yo diría que Sergio tiene las condiciones que tuvo Carlos, esta cosa de que la gente se le arrima, lo quiere, hay un vínculo de piel, que no es fácil de explicar, pero que uno lo nota. Yo lo notaba con Carlos hace veinticinco años y lo veo en Sergio. Y creo que también, cuando hay que decidir, cuando hay que definir temas, él lo hace", decía.

Hay otro instante clave en la vida de Massa en el que Menem estuvo cerca y dejó su huella: el casamiento con Malena, el 10 de marzo de 2001, después de cinco años de convivencia. El expresidente apareció junto a Cecilia Bolocco y a sus suegros trasandinos. Duhalde también estaba invitado, pero finalmente decidió no ir, amargado todavía por la campaña que había perdido más de un año atrás, entre otras razones, por el boicot persistente del riojano. El lomense llamó por teléfono diez o quince veces a Galmarini para saber si su archirrival había llegado. Ambos querían estar, pero Duhalde consideró que no había espacio para los dos. Y volvió a perder.

De las entrañas de esa historia de desencuentros entre los líderes excluyentes del peronismo de fin de siglo comenzó a nacer el proyecto de Sergio Massa.

▪

[2] Lucas Rubinich y Andrés Fidanza, "El candidato esponja: de liberal a conservador popular", Anfibia, 21 de octubre de 2013, disponible en <www.revistaanfibia.com>.

[3] Entrevista con el autor publicada en La Política Online el 19 de enero de 2014.

[4] El domingo 21 de diciembre de 2014, en un almuerzo con Mirtha Legrand, Massa afirmó que nunca había trabajado con Carlos Menem. Su suegro lo desmiente en la entrevista que le hice para este libro y también las fuentes del menemismo consultadas, que afirman que Massa trabajaba junto a su pareja, que había sido designada en un cargo de relieve por el expresidente. Lo más destacado, sin embargo, es que Massa militó activamente por el ideario de Menem y por la corriente orteguista que buscaba prolongar el proyecto menemista a través de Ramón "Palito" Ortega. Cuando Menem murió, en febrero de 2021, fue uno de los políticos que lo despidió con tristeza en las redes sociales y organizó el acto de homenaje al expresidente en el Congreso.

4. La plata de los jubilados

Potenciar al máximo los recursos propios y sacar ventaja de las limitaciones ajenas. La vertiginosa y accidentada carrera política de Sergio Massa podría leerse a partir de ese axioma. O de una frase que a él mismo le gustaba pronunciar en privado, ante su gente, durante su paso por el gobierno nacional: “Yo, con una idea prestada y dos palitos, voy para adelante”. Más sinceridad no se le podría reclamar al fundador del Frente Renovador.

Como haría después en Tigre, el joven que quiso ser presidente de la Nación desde la inmadurez de sus 43 años llegó a la Anses en 2002 con apenas 29 y, en muy poco tiempo, le dio visibilidad al organismo que había sido pulverizado durante la era menemista.

Lo primero que hizo fue formular una política hacia los medios de comunicación que, ya entonces, preanunciaba una forma de construirse a sí mismo. Massa incursionó muy rápido con un micro en el viejo Canal 7, los sábados a la mañana, y con otro en un programa de Radio 10 –la emisora líder que había fundado su amigo Daniel Hadad– conducido por Esteban Mirol. Las opciones que tenía a mano delineaban una incipiente estrategia de medios: rescatar lo público para justificar su rol de Estado y hacer canje con lo privado para lograr masividad.

La Administración Nacional de Seguridad Social, ese fósil que remitía a una Argentina extraviada en el pasado, volvió a ser de repente un faro para los jubilados y pensionados que habían sido confinados en la oscuridad durante los años noventa. La Anses resurgió durante el interinato presidencial de Eduardo Duhalde y se convirtió en un arma estratégica durante los gobiernos del matrimonio Kirchner. Massa fue factotum, hilo conductor y vértice de esa recuperación que redundaría en su mayor capital político por mucho tiempo.

Desde el organismo que había sido reducido a cenizas por el menemismo, advirtió rápido que –si hacía las cosas bien y encolumnaba a los empleados de la Anses– podía ganar la simpatía de millones de jubilados y el reconocimiento del presidente de la Nación. Contó para eso con el aval del hada madrina que siempre lo escoltó, la entonces ministra de Trabajo Graciela Camaño.

El paso siguiente fue trabajar para devolverle “cercanía” a la Anses. Mientras el asambleísmo gobernaba las calles y los ahorristas golpeaban con cacerolas las puertas de los bancos, el joven Sergio aparecía de traje en televisión con una netbook sobre la mesa y respondía en vivo las preguntas de los jubilados. Con Canal 7 llegaba a todo el país y con Radio 10 penetraba en la región metropolitana, donde Hadad había encontrado la fórmula imperecedera para el éxito, con eje en la inseguridad y la inmediatez.

Pero, además, Massa buscaba sostener esa imagen que transmitía desde los medios con el respaldo de su trabajo en la Anses. Sus amigos recuerdan que arrancó de muy atrás: su primera misión fue impedir que la multinacional alemana Siemens se llevara las PC que los gobiernos de Menem y De la Rúa no habían pagado.

Enseguida, puso en marcha un programa de capacitación del personal con el que comenzó a pasar el scanner sobre el organigrama de gerentes que tenía a su cargo. Bastante más tarde, después de cuatro paros organizados por la Asociación del Personal de los Organismos de Previsión Social (Apops), el sindicato que representa a los trabajadores de la Anses, se decidiría a blanquear por etapas a los cuatro mil empleados que llevaban años en negro. A diferencia de lo que siempre hicieron los políticos de todos los partidos, Massa no saturaba los cargos estratégicos con funcionarios de su riñón, sino que le daba aire al personal de carrera. Encontraba la forma de que los gerentes se pelearan entre ellos para cumplir con las órdenes del jefe. Aunque era claramente un político y no tenía nada de técnico, incentivaba a abogados, contadores y empleados administrativos: todos lo veían, sorprendidos, como un pibe voluntarioso –y con gran capacidad de trabajo– que le devolvía vida a un espacio inerte, como tantos en la esfera del Estado.

Al mismo tiempo, intentaba mejorar la atención al público con una receta que llevaba su sello. Los lunes a media mañana, respondía en persona los llamados de los abuelos que buscaban orientación para sus problemas. No solo eso. La sentaba a su lado a la ministra Camaño en las cabinas telefónicas del call center de la Anses, para que también respondiera dudas y preguntas. “Espere que le paso con la ministra”, le encantaba decir a Sergio.

Sin embargo, el ímpetu de Massa, la mejor predisposición y los buenos modales no alcanzaban todavía para provocar un hecho político de impacto social. La prueba de fuego de esos años era el ingreso de los jubilados, que había quedado congelado en 150 pesos/dólares durante la década de Menem en el poder.

Cuatro meses después de arribar al quinto piso del edificio de avenida Córdoba al 700, Massa entendió el problema principal y se propuso una tarea ambiciosa: lograr el primer aumento para los pasivos en un contexto en el que la prioridad la tenían los desocupados y los empresarios. Fue una mañana al Ministerio de Trabajo a verla a Camaño:

–Graciela, tenemos que aumentar las jubilaciones, urgente –le dijo.

–Pero, escuchame, Duhalde me va a sacar cagando con esto. ¿No ves que no paramos de apagar incendios?

–Yo ya tengo la solución. Voy a ir a hablar con Duhalde y le voy a llevar una encuesta.

–Sergio, hay gente que se suicida en las calles. Tenemos otras prioridades. Si querés, andá, pero sabé que no te va a dar nada –lo despidió Camaño.

Al día siguiente, Massa fue a la Casa Rosada a ver al presidente con una encuesta que arrojaba resultados contundentes. La enorme mayoría de los argentinos consideraba que un aumento de los haberes jubilatorios era impostergable. El exgobernador bonaerense entendió enseguida que se trataba de la medida que mayor consenso podía generar y ordenó el aumento, pese al rechazo del ministro de Economía Roberto Lavagna, que incluso había salido a desmentir el anuncio en público.

Al frente de un país en llamas y con la enorme responsabilidad de devolverle credibilidad a la política, el doctor Duhalde nunca se enteró de que el sondeo decisivo que Massa le había llevado era “trucho”: había sido garabateado por un consultor amigo, de los que Sergio tiene a patadas. Así arrancó la era de la movilidad previsional.

Los 735.000 jubilados que percibían el haber mínimo –de un total que entonces era de casi tres millones y medio– pasaron a cobrar 200 pesos a partir de aquel agosto de 2002. Era un incremento que llegaba después de nueve años de congelamiento, y la hendija por la que comenzaría a vislumbrarse una política para los viejos. “Cumplo con instrucciones del presidente y de la ministra de Trabajo. Hicimos un estudio en base al presupuesto de la Anses y concluimos que se podía otorgar un aumento sin necesidad de partidas extra”, dijo Massa, orgulloso, ante los medios, casi al borde del éxtasis, el 12 de julio de 2002. Así se impuso en su primera batalla intestina dentro del gobierno y logró una medida que le ganó la simpatía de un sector que

se convertiría en clave para su crecimiento político. Lo hizo, además, con una receta que perduraría en el tiempo, como fue dar a conocer la cifra que la suba representaría para el Estado todos los meses: 28 millones de pesos sobre una masa total de 1100 millones que se destinaba al pago de jubilaciones y pensiones. Casi como si fuera ya un ministro de Economía.

El primer kirchnerista

El primer aumento a los jubilados en muchísimo tiempo resultaba, además, muy oportuno para Duhalde. Era la posibilidad de anunciar una buena noticia, un mes después de la cacería que había desembocado en los crímenes de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki en el Puente Pueyrredón, el 26 de junio de 2002, el hecho de sangre que derrumbó el maquillaje de estadista del Mercosur que ensayaba el bonaerense y que lo obligó a asumir una salida anticipada del poder. Los protagonistas de aquel episodio aún tienen roles destacados en política: el entonces secretario general de la Presidencia, Aníbal Fernández; el entonces gobernador Felipe Solá –que fue el primero en admitir que la policía bonaerense había sido la autora de los disparos que mataron a los dos militantes del Movimiento Aníbal Verón–, y el entonces secretario de Seguridad, Juan José Álvarez, un exagente de inteligencia de la dictadura militar que en 2013 se convertiría nada menos que en el jefe de campaña de Massa y tiene una amistad estrecha con figuras destacadas de la historia kirchnerista.

Cuando Duhalde ungió a Néstor Kirchner como su delfín, Massa se compró un traje nuevo y pasó sin traumas del viejo duhaldismo al incipiente kirchnerismo. Solo en el inicio fue uno más de los funcionarios de una transición pactada con un gabinete de ministros que se repartía por mitades, entre bonaerenses que tributaban al padre de la criatura y santacruceños leales al nuevo presidente.

Con Kirchner, ese actor de reparto que llegó al poder cuando ni siquiera él lo esperaba, vendría la inclusión jubilatoria para dos millones de pasivos que no habían logrado completar sus aportes en toda una vida de trabajo y la decisión de 2007 de invertir la lógica de mercado por la cual si un trabajador no elegía explícitamente el sistema de reparto, caía de manera automática en la red de las AFJP, que no paraban de crecer y de facturar. Aunque no siempre las compartió, Massa fue el rostro de esas políticas.

Con Amado Boudou como titular de la Anses, llegaría también la ley de movilidad jubilatoria que, a partir de 2009, incrementaría los haberes dos veces al año –por encima de la inflación, hasta 2013–, y la trampa de igualar a la mayoría de los jubilados en la franja de los que cobran la mínima. El defensor de la Tercera Edad, Eugenio Semino,

suele recordarlo: cuando Kirchner asumió la presidencia, solo el 17% de los jubilados percibía el haber mínimo. En 2014 el Estado acumulaba todavía 340.000 juicios en su contra por parte de pasivos que pedían una actualización de sus haberes y contaban con dos fallos de la Corte Suprema que los habilitaban, Badaro (movilidad) y Eliff (haber inicial). En esas causas, la Corte ordenó reajustar los haberes de los jubilados un 88,3% por el período enero 2002 a diciembre de 2006, de acuerdo con la evolución de los salarios, y actualizar así el cálculo del sueldo de referencia para determinar el haber inicial, lo que implicaba jubilaciones más altas.[5]

La marca de la gestión

Los cuatro años de Massa al frente de la Anses se convertirían en su mejor credencial para llegar al municipio de Tigre en 2007. En ese período del kirchnerismo dorado, el pibe que había nacido a la política una década antes en la UCeDé de San Martín debutó como administrador y se probó el traje de conductor dentro de un espacio acotado pero emblemático.

Los gerentes de la Anses coinciden: a Massa le encantaba conducir en el desorden. “En las reuniones de gabinete se mataban”, traduce un exfuncionario que participaba de manera ocasional de los cónclaves. El titular de la Anses solía convocar reuniones largas los viernes a las 9.15 de la noche, cuando en sus oficinas solo quedaban los directivos que lo acompañaban.

Massa inauguró en esos años una característica que se iría profundizando a medida que su poder creciera: la impuntualidad como forma de disciplinamiento. Aunque estuviera en su despacho desde temprano, Sergio siempre hacía esperar a sus subordinados. A veces varias horas, como le gustaba hacer a Kirchner en la Casa Rosada. Para que tomaran conciencia de la importancia relativa que tenían frente al conductor. Lo que comenzaron a padecer los cuadros técnicos de la Anses lo sintieron después en carne propia diputados del Frente Renovador que se enorgullecían en aquel entonces por formar parte de un espacio nuevo, pero ya se quejaban de las horas de espera a las puertas del líder.

La amansadora en el quinto piso del edificio de la calle Córdoba era tan grande que el equipo de comunicación llegó a filmar un corto titulado “El tiempo muerto de Massa”. El argumento era lineal: un tipo que esperaba en los sillones de la Anses mientras el tiempo transcurría. Primero impecable, después con la corbata floja, más tarde transpirando, con barba, durmiendo y famélico. Hasta que Sergio aparecía, finalmente, espléndido y con una batería de proyectos para poner en marcha.

La comandancia massista en el organismo que manejaba la plata de los jubilados era un canto a la diversidad. Las peleas entre el gerente de Prestaciones, Alberto Freire, y el gerente de Normalización y Control, Miguel Ángel Fernández Pastor, eran de antología. Freire era

el nieto orgulloso del primer ministro de Trabajo y Previsión que nombró Perón, José María Freire –del Sindicato Obrero de la Industria del Vidrio y Afines–, y Fernández Pastor era un abogado de origen radical que había entrado al organismo de la mano de Melchor Posse. Entre sus amistades figuraban sus correligionarios Eduardo Santín, especialista en temas previsionales, y Leopoldo Moreau, un profesional de la supervivencia que fue capaz de combinar su proximidad a Daniel Vila y a José Luis Manzano con su asistencia a los estudios de 678 y su participación en la comitiva de Cristina presidenta en uno de sus últimos viajes a Nueva York para participar de la Asamblea de la ONU. A su manera, el diputado Moreau fue un adelantado que anticipó, una década antes, la alianza entre el cristinismo político y el massismo empresario.

Aunque Miguel Fernández Pastor –el padre del abogado Facundo Fernández Pastor– mantuvo el contacto con la Anses de Diego Bossio y Freire fue desplazado, el primero de los dos quedará para siempre ligado a Massa. Fue coautor del único libro que escribió el futuro ministro de Economía: De la exclusión a la inclusión social, reforma de las reformas [sic] de la seguridad social en la República Argentina. Los que subestiman la capacidad literaria de Massa afirman que el libro lo escribió Fernández Pastor y su jefe se limitó a firmarlo. Lo presentaron a fines de 2007 en la Facultad de Ciencias Económicas en un marco de unidad nacional, radicales y peronistas, a excepción del irreductible Freire. Massa estuvo acompañado por dos personas de trascendencia: Alberto Barbieri, un peronista amigo de los resabios de Franja Morada que entonces era decano de la Facultad y luego fue nada menos que el rector de la UBA, y el periodista de Página/12 Martín Granovsky, entonces titular de la agencia Télam.

El libro rescataba parte de lo que, seis años después, sería la plataforma del Frente Renovador para enfrentar al gobierno nacional en la provincia de Buenos Aires. Entre otras cosas, la Ley 26.222, de marzo de 2007, que terminaba con un cepo que gozaba de muy buena prensa y no recibía mayores críticas en los medios: el de las AFJP. La ley reabría hasta fin de ese año la opción entre los sistemas de reparto y capitalización, una posibilidad que había sido clausurada con la creación de las administradoras de fondos de jubilaciones y pensiones.

Massa, por supuesto, lo niega, pero la Apops lo señala como el adversario más duro contra la libre opción jubilatoria. “Atendía dos ventanillas, la estatal y la privada, por su íntima relación con las AFJP. Él defendía el sistema mixto mentiroso que pasaba compulsivamente al régimen privado a todos los que no elegían”, dice Leonardo Fabre, el secretario general de la Apops, un moyanista que

desde 2012 estuvo enfrentado al gobierno de Cristina. Fabre sostiene que el líder del Frente Renovador primero se resistió al cambio de lógica y después puso trabas burocráticas que dificultaban el regreso de los trabajadores al régimen de reparto. Pese a eso, volvieron dos millones y medio de afiliados.[6]

La Ley 26.222 establecía que los varones mayores de 55 años y las mujeres de más de 50 que –en aquel lejano entonces– tuvieran en su cuenta de AFJP menos de 20.000 pesos pasarían al régimen estatal, salvo que manifestaran su voluntad de quedarse en la AFJP. Pero lo fundamental era que invertía la concepción privatista de los noventa: a partir de ese momento, los nuevos trabajadores –que aportarían el 11% del sueldo– irían directo a régimen de reparto, salvo que se proclamaran partidarios de las AFJP. En las antípodas del criterio que estaba vigente. O casi.

El dream team

Pese a sus diferencias elocuentes, Fernández Pastor y Freire –que se sumaría después a las filas del Frente Renovador– integraban el núcleo de imprescindibles de Massa en la Anses, junto con el gerente de Asuntos Contenciosos y Jurídicos Gustavo Medone –después superintendente de Seguros– y con Isabel Lovrincevich, la gerenta de Investigaciones Especiales que debutó con cursos para prevenir fraudes y denuncias contra mutuales que estafaban a jubilados con descuentos injustificados en sus haberes. Pocos lo recuerdan, pero Lovrincevich, que era presentada como la marca de la transparencia en la gestión Massa, terminó bastante mal. En noviembre de 2013, la Sala I de la Cámara en lo Criminal y Correccional Federal confirmó el procesamiento de tres exgerentes de la Anses y cuatro miembros de la cooperativa Ferromar por estafas a jubilados que llegaron a los 4,5 millones de pesos. Entre ellos estaba Lovrincevich, junto con la gerenta de la Unidad Central de Apoyo, María Esther Rodríguez, y con Mariano Casabella, que se recicló después como director general de Ferias y Mercados de la Ciudad de Buenos Aires. Los tres cumplían funciones bajo las órdenes de Massa –la denuncia se inició en 2006– y fueron suspendidos de sus cargos por Bossio. En el fallo de primera instancia, la jueza federal María Romilda Servini de Cubría consideró que se trataba de una banda que había estafado por lo menos a setenta y siete mil jubilados en complicidad con funcionarios de la Anses.

“El responsable de todo eso era Freire, uno de los personajes más nefastos que hemos tenido en la Anses. Nada podía pasar sin que él se enterara. Era el gerente cuando Lovrincevich descubre las estafas y es el que involucra a María Esther Rodríguez, que es una víctima de Freire. Después, ella queda procesada porque a Freire lo cuidó Massa”, dice Fabre.[7]

Sin embargo, de todos los colaboradores que cosechó Massa en su paso por la Anses, hay uno que lo cautivó por sus conocimientos y sus vínculos: el eficiente abogado Gabriel Mihura Estrada. Respecto de este técnico, que conoce bien las reglas del Estado, podría destacarse que es sobrino del macrista Santiago de Estrada –el amigo íntimo del papa Francisco que fue secretario de Seguridad Social de Juan Carlos Onganía, Jorge Rafael Videla y Carlos Menem–. Sin embargo, el gerente de Asuntos Jurídicos de la Anses de la gestión Massa tenía ya

por esos años un camino recorrido que no era posible desdeñar.

Durante los años noventa había sido la sombra de Rodolfo Barra, aquel ministro de Justicia que quedó inmortalizado en la tapa de la revista Noticias haciendo el saludo nazi. Mihura Estrada lo acompañó en su paso por la Corte Suprema, por el ministerio y –en el rol de secretario de Legal y Técnica– por la Auditoría General de la Nación hasta febrero de 2002. Allí conoció a otra figura que atravesaría la cortina del menemismo para adaptarse al kirchnerismo en lugares relevantes, Javier Fernández, exjefe de Gabinete de Barra, que fue un grandísimo aliado de Antonio Jaime Stiuso y aún hoy resiste como auditor general en la AGN, y que intercedía con frecuencia ante la justicia en nombre del gobierno nacional. En 2016, a poco de iniciado el gobierno de Macri, Mihura Estrada también fue designado en nombre de Massa como auditor general de la nación, y todavía sigue allí. Él, Barra y Fernández estuvieron unidos aun en los peores momentos: eran parte de la comitiva que visitaba a Menem durante los días de su prisión domiciliaria en la quinta de Armando Gostanian, en Don Torcuato, a mediados de 2001.

Cuando Massa llegó a la Anses, Mihura Estrada estaba allí. Sergio lo llevó a la Jefatura de Gabinete de la Nación como vértice de un grupo de asesores entre los que se destacaba el empresario Jorge O'Reilly. A diferencia de lo que pasó con el dueño de Eidico, la relación con el discreto Mihura Estrada –que también tuvo un vínculo muy estrecho con Amado Boudou– se fortaleció. En las elecciones de 2013, el sobrino del "Obispo" De Estrada fue designado por Massa como uno de los apoderados del Frente Renovador junto con Eduardo Cergnul, casi la sombra de Massa desde que comenzaron a militar juntos en la UCeDé.

Cerca del exjefe de Gabinete admiten que Mihura Estrada fue la puerta que le permitió a Massa llegar al fuero federal y al fiscal Guillermo Marijuan, uno de sus amigos más cercanos en el ámbito de la justicia. En los barrios cerrados de Tigre, todos soñaban y apostaban a lo grande de cara a ese 2015. Mientras Massa contaba en los carteles de las autopistas los días que faltaban para asumir su hipotética presidencia, Marijuan ya se asignaba destino ante un eventual triunfo: el sillón de procurador general de la Nación que había ocupado Esteban Righi y que –tras el affaire Boudou-Ciccone– había pasado a manos de Alejandra Gils Carbó. No pudo ser y Marijuan tuvo que conformarse con liderar expediciones al desierto patagónico en busca del tesoro escondido de Lázaro Báez. Eso sí, bien rodeado de las cámaras de televisión –entre ellas, las infaltables de América– que le daban rienda al show de la corrupción kirchnerista.

Pese a su trabajo en el Frente Renovador, Mihura Estrada no descuidó su actividad en la esfera privada. Si él fue el colaborador más importante que Massa conservó de su paso por la Anses, el amigo más cercano que llegó a conocer muchos de sus secretos y a soñarlo –quizá antes que nadie– como futuro candidato a presidente fue el entonces gerente de Presupuesto y Control de Gestión, Amado Boudou. Este último era apenas un economista con doctorado en el CEMA que había nacido en Mar del Plata y que compartía con él un origen común: se había iniciado en la política en la UPAU.

El vicepresidente que el juez Ariel Lijo procesó en junio de 2014 por cohecho y negociaciones incompatibles con la función pública estaba desde 1998 en el organismo, pero su perfil se potenció como nunca antes con la llegada de Massa. Con esa capacidad de advertir a gran velocidad las cualidades de los demás, Sergio se respaldó mucho en Amado. Primero lo envió dos años como secretario de Hacienda al Partido de la Costa, donde gobernaba su amigo Juan de Jesús. Después, lo adoptó hasta confiarle las tareas más importantes de la Anses y promoverlo como nadie lo había hecho antes y solo el matrimonio Kirchner lo haría después. Uno de los nexos entre ellos era el entonces director regional de la Anses, Adrián Santarelli, sobrino de Osvaldo Mércuri y luego jefe de campaña de Martín Insaurralde[8] y que reemplazó a Boudou en el Partido de la Costa. Santarelli suele recordar las veladas en un yate –nunca supo quién era su dueño, dice– en el que, además de proyectar su futuro político, Sergio y Amado jugaban al truco largas horas durante los fines de semana.

Un mundo en tus manos

Desde la Anses, y con los jubilados como prioridad y excusa, Massa edificó un mundo de relaciones. Con intendentes, con gobernadores, con empresarios. Con banqueros como el omnipresente Jorge Brito, al que había tenido la fortuna de conocer a fines de los ochenta como presidente del Club de Paddle San Jorge gracias a los oficios de Marcelo Papandrea, la mano derecha de Brito.

El expresidente de Adeba murió en noviembre de 2020 en un accidente áereo en Salta y provocó una conmoción entre sus seres queridos, entre ellos, Massa, quien lo despidió en las redes muy emocionado. Cerca de Brito siempre lo negaron de plano, pero el líder del Frente Renovador lo benefició cuando decidió transferir el pago a jubilados a las sucursales de los bancos privados nacionales, en especial el Macro y el Supervielle. En paralelo, las dos entidades financieras comenzaron a pautar en los programas periodísticos de líderes de opinión que Massa estimaba de manera especial. Por esos años, además, Macro se convirtió en el sponsor principal de la camiseta de Tigre. Eran tiempos de armonía en los que Boudou figuraba como tesorero del club de Victoria, aunque no firmaba los balances. Brito, que se reconocía hincha de River –pero también de Tigre, por cercanía–, decía que no había nada raro en eso porque auspiciaba diez clubes de fútbol de todo el país. Tampoco en los otros fondos del sistema de reparto que la Anses de Massa comenzó a depositar en las entidades nucleadas en Adeba. El dueño del Banco Macro rechazaba que esos fondos fueran dinero barato para invertir en la Bolsa, como rechazaba también haber sido parte del sector más beneficiado durante los años del kirchnerismo.

Pero Fabre, el sindicalista de la Anses, todavía opina lo contrario: “Muchos bancos nuevos que arrancaron en su época eran financieras, de muy buena relación con él, que se transformaron en bancos. Massa comete un delito que nunca fue sancionado: le permite a estos nuevos bancos utilizar la imagen institucional de la Anses dentro del banco, que está prohibido por ley”.

Pese a la distancia y al enfrentamiento, Massa y Boudou se mantuvieron unidos varios años más por el puente de plata que representaba Brito.[9]

Del trabajo a casa

Como dijimos, a fines de 2007, Massa abandonó la Anses para ir como jefe comunal a Tigre. Privilegió la construcción territorial como punta de lanza de un proyecto que comenzaría a forjar desde los municipios unos años después. Lo hizo después de entender el rol preponderante que Néstor Kirchner daba a los intendentes del Conurbano bonaerense. Cuando Massa se fue, quiso nombrar en su lugar a Boudou, pero no pudo. Alberto Fernández, entonces un poderoso jefe de Gabinete, se impuso y logró designar en ese codiciado sillón a uno de sus grandes amigos, Claudio Moroni. El futuro ministro de Trabajo del Frente de Todos era –ya hace una vida– un albertista incondicional, y aterrizó en la Anses con el objetivo de desarmar el poder massista en el organismo. A poco de asumir, Moroni le transmitiría a la pareja presidencial las irregularidades que descubrió en el organismo, con eje en los depósitos que se hacían en el Banco Macro y en consultorías financiadas por el Banco Mundial.[10]

Es parte de una prehistoria que aún resuena en el presente. Moroni había llegado al kirchnerismo como titular de la Sindicatura General de la Nación. El gran periodista Julio Nudler lo definió como un títere de Alberto Fernández en una nota –que le costó la censura plena de Página/12 en 2004– en la que cuestionaba al entonces jefe de Gabinete y a su mano derecha por su rol en la Superintendencia de Seguros de la Nación durante el menemismo. El títere de Alberto duró apenas cuatro meses, porque la Resolución 125 hizo volar por los aires a Martín Lousteau del Ministerio de Economía. En abril de 2008, el silente y olvidado Carlos Fernández dejó la AFIP para ir al Palacio de Hacienda y Moroni tuvo que ir a tapar ese hueco. Boudou inició en ese momento su vertiginosa y accidentada carrera pública.

Desde aquella época, al lado de Massa hay quienes dicen que Alberto Fernández lo odió toda la vida. El esposo de Malena Galmarini fue convocado una madrugada por Daniel Muñoz, el secretario privado de Kirchner, para que fuera el ministro de Economía del primer gobierno de Cristina en reemplazo de Lousteau. Pero, desde la concepción que lo envolvía cuando tenía apenas 36 años, el intendente de Tigre dijo no. Quizá esperaba algo más, que llegaría muchísimo después y en circunstancias mucho más complicadas.

Mientras fue jefe de Gabinete, Alberto –que la noche del triunfo de

Massa en las elecciones de 2013 regresó sorpresivamente como vocero del Frente Renovador– resistió como pudo los impulsos de la presidenta por promover a Sergio y a sus colaboradores a lugares de mayor nivel de decisión. Cuando Alberto se fue, Cristina eligió reemplazarlo precisamente con Sergio. Fue la precuela de una extraña sociedad de tres que, mucho tiempo después, se vería obligada a unirse una vez más en el poder, como parte de una convivencia tensa y cambiante.

El que venía con la carpetita

El mes bisagra para muchos de los protagonistas de esta historia y para la historia argentina fue octubre de 2008. Massa ya era jefe de Gabinete y estaba en la cresta de la ola. Por primera vez, su nombre aparecía todos los días en las tapas de los diarios. Hablaba con periodistas e imponía temas en la agenda, como siempre, aunque con más facilidad y continuidad que nunca. Kirchner ya le desconfiaba. Pero Cristina lo defendía como un funcionario más joven, eficiente y leal que Alberto Fernández, considerado entonces el "disco rígido" del primer kirchnerismo y al que tardaría casi una década en perdonarle su renuncia.

Massa era un torbellino de iniciativa y –como le sucedería también en otros momentos de auge– casi no tenía tiempo para escuchar. Ni siquiera Amado Boudou lograba acceder a un momento a solas con él para contarle la idea que se le había ocurrido.

–Tengo que hablar con vos cinco minutos –le dijo en el Audi de Presidencia, el 15 de octubre, cuando viajaban hasta la CGT Azopardo que conducía Hugo Moyano para la cena del sindicato de camioneros.

–Bueno, dale, contame –respondió Massa, apurado porque llegaban tarde al asado de agasajo que preparaba el gremialismo oficialista.

–No. Necesito cinco minutos y que me prestes atención.

–Bueno, cuando volvemos, charlamos.

De regreso, los dos jóvenes funcionarios pararon en el restaurante que estaba en Carlos Pellegrini y Santa Fe, después de la medianoche. Se sentaron en una mesa alejada y comenzaron a discutir a un ritmo vertiginoso, con la adrenalina que les generaba la gestión. Los dos protagonistas todavía hoy lo recuerdan bien.

–Sergio, necesitamos financiamiento para afrontar la crisis financiera internacional. Hay que recuperar los fondos de las AFJP.

–¡Vos estás loco! ¿Estás tomando merca? ¡Nos peleamos con el campo y con los bancos!

–No, Sergio, es el momento. Esta crisis va a provocar una enorme

depresión de los activos financieros y los primeros damnificados van a ser los afiliados a las AFJP. La crisis lo justifica y el país lo necesita.

–Para mí, es algo inviable. Pero si vos se lo querés decir a Cristina, yo te llevo y vos te hacés cargo de la idea.[11]

Aunque estaba en total desacuerdo, al día siguiente Massa llevaría a Boudou a conocer la residencia presidencial. Sin saberlo, habilitaría de esa forma el ascenso de su colaborador más estrecho al firmamento de Olivos. En muy poco tiempo, los comportamientos opuestos de los dos funcionarios y la desconfianza creciente de Kirchner con respecto a Massa harían que los roles se invirtieran: Boudou pasaría a ser el defensor de Massa ante el matrimonio presidencial. El que le daría la oportunidad de que alguna idea suya fuera escuchada por la pareja.

La mañana del 16 de octubre de 2008, en Olivos, el entonces titular de la Anses le explicó a Cristina Fernández el contexto internacional y la oportunidad de erradicar la jubilación privada que había creado Carlos Menem. Le describió además los comportamientos especulativos de las empresas que habían comprado acciones de las AFJP, incluido el Grupo Clarín. La presidenta escuchó con atención y le pareció una idea atendible, que habilitaba un único llamado, apretar un botón del conmutador y decir solo dos palabras: “Kirchneeeer, vení”.

Boudou repitió la argumentación ante el expresidente.

–Te felicito, pibe. Hay que hacerlo cuanto antes y mantenerlo en secreto hasta que se anuncie –dijo el santacruceño, pivoteando con la mirada entre Boudou y Cristina–. Esto no puede salir de acá. No puede salir de acá hasta que se anuncie. Y si sale en algún lado –dijo sin mirarlo pero apuntándolo con el dedo–, fuiste vos, “Majita”.

Ese día, además, Kirchner descifró un mecanismo que hasta entonces no había logrado advertir en el organismo que consideraba la vedette de su gestión. “Ahora entiendo. Majita, vos venías con la carpetita amarilla pero el que pensaba era este”. Para Massa y para Boudou se iniciaba un camino que los llevaría a ubicarse en lugares que, a mediano plazo, se tornarían antagónicos. Para el economista que en 2011 llegaría a vicepresidente de la Nación fue un instante consagratorio, graficado con una frase contundente por uno de los hombres que más lo conoció: “Ahí arrancó la relación de Amado con el poder”.

La estatización de las AFJP, anunciada seis días después, implicó un

cambio radical con respecto al sistema que se había iniciado en 1994 y fue una inyección de fondos descomunal para el gobierno nacional. El jueves 21 de octubre de 2008 fue un día de fiesta para casi todo el kirchnerismo, salvo quizá para Sergio Massa, que estuvo descompuesto de los nervios durante toda la jornada y lucía pálido. Después del anuncio formal, al entonces jefe de Gabinete se lo veía fumar en la playa de estacionamiento de la Anses, como parte de una charla distendida con los periodistas acreditados en Casa Rosada. Pero antes del acto, los funcionarios que estuvieron con él recuerdan que Massa se sentía muy mal y que tenía incluso vómitos y mareos.

La erradicación de la jubilación privada representó una recaudación extra de más de 30.000 millones de pesos de ese entonces solo en los dos primeros años y permitió la creación del Fondo de Garantía de Sustentabilidad (FGS), que pasó a manejar recursos por 100.000 millones de pesos. Al frente del FGS, Massa y Boudou coincidieron en nombrar a un amigo común, Sergio Chodos, miembro del círculo de especialistas en finanzas del primer kirchnerismo. Chodos era el hijo peronista de un empresario de la construcción amigo de Macri y demostraría ser un funcionario adaptable a las diversas circunstancias y contextos. Pero se distinguiría por ocupar el sillón del representante argentino ante el FMI con ministros tan distintos como Axel Kicillof, Martín Guzmán y el propio Massa.

Con esa decisión, que el cuerpo de Massa registraba como una contradicción dramática, casi el 40% de los títulos de la deuda pública que estaban en manos de las AFJP quedaron bajo la órbita de la Anses. El Estado pasó a tener participación accionaria en doscientas veintiuna empresas de primera línea, como Consultatio, Irsa, Grupo Clarín, Macro, Edenor, Edesur, Gas Natural BAN, Techint, Arcor, Telecom, Los Grobo, Pan American Energy y Loma Negra.

Como contrapartida, muchos sindicalistas –opositores y oficialistas– que habían engordado sobre la base de los negocios que habilitaba el régimen privado se quedaron sin su AFJP: en la lista se distinguían los inoxidables Andrés Rodríguez, Gerardo Martínez, Luis Barrionuevo, José Luis Lingieri, el fallecido Oscar Lescano, Armando Cavalieri y Carlos West Ocampo, el poderoso padre político de Héctor Daer.

A la distancia, el balance del paso de Massa por la Anses es considerado positivo por casi todos. Para el líder del Frente Renovador fue muy beneficioso. Escaló en las encuestas que miden conocimiento e imagen positiva, construyó relaciones políticas y económicas que lo acompañan hasta el día de hoy y se probó el traje de la gestión, una marca que exhibiría siempre orgulloso como muestra de su

permanente plataforma electoral y en busca de votos.

Con el respaldo y la guía de Kirchner, Massa avanzó en la inclusión jubilatoria y contribuyó a erradicar a regañadientes la estafa consensuada de las AFJP que el mismo Kirchner había avalado en los años noventa con su propia afiliación al régimen privado. Instauró además una lógica que perdura: convertir a la Anses en un organismo que funciona con los criterios de una empresa privada. Una AFJP estatal, como la define Eugenio Semino. El defensor de la Tercera Edad se cansó de cuestionar la fórmula de la movilidad jubilatoria, el jeroglífico que redundó en aumentos para los pasivos por encima de la inflación entre 2009 y 2013. Pero que también le permitió al gobierno dar un aumento del 11% para el primer semestre de 2014, justo cuando la inflación se disparaba después del impacto de la devaluación de 23% en un día y 60% en un año. La década kirchnerista generó cambios notorios en materia previsional, pero no modificó la viga maestra del sistema: las leyes 24.241 y 24.463, que sancionó Domingo Cavallo y que sirven de base para calcular el haber de los futuros jubilados. En un país en el que el trabajo ya no financia la seguridad social –debido, entre otras cosas, a la altísima tasa de empleo no registrado de los años kirchneristas–, la recaudación de impuestos destinados a la previsión es regresiva. Eran dilemas que Diego Bossio solía minimizar en sus años de aguerrido funcionario kirchnerista y que, se sabía, tendrían consecuencias problemáticas. El dilema previsional se impuso como problema de primer orden a partir de 2015 y los trastornos incipientes dieron paso a años de ajuste y licuación de jubilaciones, un proceso que se confirmó como una constante tanto en la gestión de Cambiemos como en la del Frente de Todos.

▪

[5] Según Diego Bossio, titular de la Anses entre 2009 y 2015, la mayoría de esos juicios –que reclamaban una actualización de haberes acorde con la inflación entre 2002 y 2006, los años de Massa– se terminarían de pagar en 2016. A poco de asumir la presidencia, Macri firmaría la Ley de Reparación Histórica que benefició a alrededor de un millón de jubilados: el macrismo la vería poco después como un gesto populista de consecuencias letales.

[6] Durante el reinado de las AFJP, el sistema de reparto había quedado apenas con seiscientos mil beneficiarios y las administradoras llegaron a tener entre cinco y seis millones de clientes.

[7] El otro escándalo de esos años fue la venta de doce millones de datos de jubilados y trabajadores, en la que aparecieron implicados un gerente de la Anses y un empresario cordobés. Massa logró desactivar el caso con una presentación para cubrirse ante su amigo, el fiscal Guillermo Marijuan. La investigación corrió por cuenta del juez Julián Ercolini.

[8] El 28 de septiembre de 2014, Santiago Dapelo escribió en La Nación: “Un hombre de Boudou es el jefe de campaña de Insaurralde”.

[9] Véase el cap. 6, “Quién lo banca”.

[10] Federico Mayol, Amado, la verdadera historia de Boudou, Buenos Aires, Planeta, 2012.

[11] Maximiliano Montenegro, Es la ekonomía, estúpido, Buenos Aires, Planeta, 2011.

5. Llegar, por todos los medios

Los dos Sergios

A Sergio (Szpolski) le gustaba decir que nunca había tenido un amigo que llegara a presidente. Que a él habría podido beneficiarlo que Sergio (Massa) hubiera sido el sucesor de Cristina. Pero decía también, sentado en sus amplias oficinas del quinto piso en Puerto Madero, que su tocayo no iba a llegar y que él, jugado –como decía estar– con el proyecto kirchnerista hasta el último día, no pensaba en su beneficio personal.

Los dos Sergios se conocieron hace casi dos décadas en la casa de Enrique "Coti" Nosiglia, el dirigente radical que entiende como pocos el poder y armó con Luis Barrionuevo el Pacto de Olivos y unos cuantos emprendimientos más. El entonces dueño de las radios Rock and Pop y Vorterix y del Grupo Veintitrés fue a visitar al exministro del Interior de Raúl Alfonsín y se encontró con el joven que, diez años más tarde, lanzaría su carrera hacia la Casa Rosada.

Enseguida sintonizaron bien. Eran parte de esa generación de "jóvenes" que vio llegar el kirchnerismo desde posiciones de poder. Los dos habían recibido una educación política previa: el alfonsinismo, el menemismo, la democracia anterior a 2001.

A poco de andar en su carrera, Massa tenía buen vínculo con los periodistas que cubrían las noticias del Conurbano en la revista Veintitrés. Pero, además, como parte de una lógica que sigue vigente, lo tenía con el dueño de la revista. Con los trabajadores y con el patrón, para evitar malentendidos y hacer valer el criterio de las jerarquías.

No hay, a decir verdad, empresario de medios que no sea amigo de Sergio Massa. O que no esté en la lista de sus futuros amigos. Como en política, su radio de acción es mucho más amplio de lo que se supone. Por eso, están –cerca de él– los que dicen que Massa no le hace asco a nada.

A diferencia de la política kirchnerista de crear medios de escasa penetración o incentivar la compra de medios exitosos para tirarlos abajo en poco tiempo, Sergio fue siempre más astuto. Desde que se asomó a la rosca bonaerense como un pibe agrandado y canchero que resaltaba tanto en la Ucedé como en el peronismo de los barones, su

política consistió en forjar lealtades en forma personal para lograr un trato edulcorado hacia su figura. Raro privilegio para un emblema de la clase política, ese logro de Massa –que lo pinten como él dice que es– le costaría varios dolores de cabeza en un futuro adverso y una realidad que se le sublevaba. Sin embargo, ese es su origen y esa es su marca. Era apenas un diputado provincial y ya le daba resultados elocuentes. Años más tarde, el estallido de 2001 hizo volar casi todo por los aires y el candidato cayó en el sillón del titular de la Anses. Desde allí, volvió a ganar centimetraje en los diarios, espacios en la tele y poder en la agenda.

Apenas llegó a la intendencia de Tigre, Massa comenzó a repartir negocios entre sus afectos. A Daniel Hadad le concedió las cámaras de seguridad en sociedad con Mario Montoto. A Sergio Szpolski le entregó la señalética del municipio y la revista Veredas de Tigre. A Alberto Pierri le autorizó el cableado para su empresa, Telecentro, y le abrió la puerta al distrito cuando eliminó la exclusividad que tenía Cablevisión. Además, destinó un porcentaje elevado de su presupuesto a pautar en medios y espacios de periodistas amigos.

Signo de su capacidad para reírse de la polarización y negociar hasta con el diablo, el líder del Frente Renovador eligió a Szpolski para que llevara adelante el más ambicioso de sus proyectos: un estadio en Tigre para quince mil personas destinado a shows con artistas internacionales, que contaría además con un shopping y un estacionamiento para los asistentes.

Massa lo consideraba necesario en función de la instalación de su municipio como marca atractiva para el turismo y las clases medias con alto poder adquisitivo. Vislumbraba que Tigre podía ser una alternativa frente al estadio de River Plate, donde –repetía– la acústica era mala, y el Estadio Único de La Plata, que queda demasiado lejos del público de la zona norte.

Mientras estábamos sentados en los sillones de un hotel de Retiro y consultaba sus tres teléfonos, Szpolski me contó alguna vez su frustración de empresario nac&pop: me dijo que junto a su socio y rival Matías Garfunkel habían ganado la iniciativa privada para la obra en febrero de 2011 y se quejó de que el municipio de su amigo –aquel Massa antikirchnerista– nunca hubiera llamado a licitación. Entonces, no había quedado claro por qué. A partir de 2013, con el vuelo emancipador del ahora superministro de Cristina, los problemas comenzaron a ser otros. Más adelante, los roles de uno y otro se invertirían.

Vengan por las llaves del Grupo

De tan extraordinaria, la situación merece estar tallada en piedra como parte de la historia más gloriosa de aquel intendente que ganaba elecciones. La noche del cierre de las listas de candidatos a diputados nacionales por la provincia de Buenos Aires, Massa estaba en el cenit. Ese sábado 22 de junio de 2013, había logrado ese objetivo que todavía lo obsesiona: que la política y los medios lo tengan como foco de atención principal, casi excluyente. La boleta del Frente Renovador era una marquesina que encandilaba: Massa, la periodista de TN Mirta Tundis, el industrial olímpico José de Mendiguren, el sindicalista ortodoxo Héctor Daer, el exlilito Adrián Pérez, el exkirchnerista Darío Giustozzi –los dos, futuros funcionarios macristas– y varios pavos reales distinguidos de la política. Así y todo, a Massa ese pelotón de egos en el frente no le alcanzaba para el debut.

“Cuidado con lo que preguntás, porque tu jefe va en la lista”, le dijo el candidato cerca de la medianoche a una periodista de Tiempo Argentino que estaba cubriendo el cierre. Imantado por las luces del nuevo espacio, el sorprendente Garfunkel –ambicioso heredero y fugaz empresario de medios del ocaso kirchnerista– había llegado hasta la municipalidad de Tigre para saludar a Massa. Pero Sergio, con esa vocación de ser siempre el más rápido en una baldosa, quiso meter la contradicción al gobierno nacional en sus entrañas. En el búnker del massismo circulaba la versión –insistente y direccionada– de que el último eslabón de la dinastía Madanes iba en el puesto número 14 de la lista. La duda penetró incluso en la residencia de Olivos.

Sentado en la redacción de Tiempo Argentino, en el barrio de Palermo, Szpolski comenzó a notar que su teléfono rojo sonaba. Un llamado, dos, tres. Todos con origen en la misma terminal, algunos ya cargados de vehemencia.

–Fíjense en el Registro de Reincidencia que maneja La Cámpora. Si Matías es candidato, vengan por las llaves del Grupo –le tuvo que decir a Juan Manuel Abal Medina, entonces jefe de Gabinete, para despejar las sospechas.

Con domicilio en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el esposo de Victoria Vannucci no figuraba en el Registro de Antecedentes Penales, una instancia que debe atravesar cualquier candidato antes de

inscribirse en una lista. Todavía aturdido por el lanzamiento de Massa, el gobierno tardó en comprender que Garfunkel estaba en Tigre solo por esa condición irrefrenable de aparecer donde las cámaras se agolpaban. Había conocido a Massa a partir de las charlas con Szpolski y –antes– con otro amigo de todos, Daniel Hadad. Unos meses más tarde, Garfunkel seguiría desafiando a Szpolski y al kirchnerismo puro, pero desde otra vereda. A través de Twitter, en una voltereta repentina, Matías pasó a destacarse como escolta de Daniel Scioli en sus viajes al interior y detractor público del líder del Frente Renovador.

El exjefe de Gabinete que eligió Cristina para salir de la crisis con el ruralismo apelaría una vez más en público a su amistad con el empresario kirchnerista para acallar preguntas incómodas. A mediados de 2013, con Massa ya lanzado a las elecciones, los medios afines al gobierno nacional habilitaron finalmente a sus periodistas para que incursionaran en Tigre. El extitular de la Anses volvió a hacer el mismo chiste a un trabajador del Grupo Veintitrés. Fernando Amato quiso preguntar algo al candidato y se encontró con una respuesta similar a las que solía dar Néstor Kirchner cuando aceptaba preguntas en público.

–Decile a Sergito Szpolski que si no le gusta Tigre, que se mude.

–¿Por qué me dice eso a mí, Massa? Yo le estoy preguntando –respondió Amato.

El debate sobre el encolumnamiento de los periodistas tras la línea política o ideológica de los medios en los que trabajan es largo y comenzó a darse, sobre todo, a partir de que el kirchnerismo le dio aire a la Ley de Medios. Existen periodistas asalariados que coinciden –o son formados, incluso– con la ideología de sus patrones. Pero existen otros muchos –tal vez la mayoría– que no comparten el proyecto político o ideológico de los dueños de los medios donde trabajan. Como en todos los rubros, unos ponen el capital, otros trabajan, en un ámbito en el que la discusión sobre los contenidos se hace cuesta arriba.

A poco de andar, el kirchnerismo borró esa línea y, en su confrontación con el discurso mediático, se llevó puestos a trabajadores a los que pretendió negarles su condición. Aunque tenga otros modos y aparezca casi siempre como un invitado amable, Massa es hijo de esa concepción. Cree que los periodistas somos siempre –además de egos que deben ser masajeados– operadores de algún interés patronal. Por eso, ante preguntas imprevistas, se tienta con el

chantaje de invocar a sus amigos, los propietarios de los medios.

Las relaciones de aquel Massa antikirchnerista con el universo cristinista de medios no se agotaban en Szpolski. Incluían al empresario patagónico Cristóbal López y al contador mendocino Raúl Olmos, presidente del grupo dueño de Crónica y BAE. Con él Sergio compartía la pasión por Miami, a donde viajaron juntos en más de una oportunidad. Crónica conservaba además un suplemento dominical dedicado exclusivamente a Tigre. Cristóbal delegaba el vínculo con Massa en Fabián de Sousa, su mano derecha, un político formado en la Franja Morada, que había pasado de negociar paritarias con petroleros en Comodoro Rivadavia a conducir con la delicadeza de un mono en un bazar la programación de C5N y Radio 10.

Como lo evidencian las señales del Grupo Indalo, De Sousa y Massa todavía se entienden bien. Sin embargo, en aquel entonces, ni López ni De Sousa habían ido a la cárcel como producto de la revancha del macrismo: le debían mucho al matrimonio Kirchner y apostaban a Scioli para 2015, pero se esforzaban por pensar a mediano plazo y sabían que Massa era un político de larga vida. En aquellos años, la periodista Rosario Ayerdi reveló en Perfil que De Sousa se había acercado a Massa para ofrecerle financiamiento para su campaña en la provincia de Buenos Aires, en contra del kirchnerismo.

Aunque la Historia probablemente los juzgue como políticos en las antípodas, a Sergio Massa se lo podría definir con una humorada que en los años noventa se utilizaba para describir a Carlos “Chacho” Álvarez: “Cada vez que abre la puerta de la heladera y se enciende la luz, sonríe pensando que es una cámara de televisión”. En sus inicios, el líder del Frente Renovador armaba su construcción con base en los municipios y con la imprescindible ayuda de los medios de comunicación. Más allá de su deseo irrefrenable de figuración, Massa racionalizaba su apuesta por lo mediático. Consideraba que no había forma de hacer política sin la imagen, una consigna de hierro que se volvería en su contra casi como una maldición producto de sus volteretas de un lado al otro de la polarización.

El Massa virgen en frustraciones ideaba cada una de sus apariciones en función de la cobertura, igual que este veterano que todavía da pelea. A diferencia de Malena Galmarini, que prefería no ir a las giras en las que abundaban los periodistas, Sergio no iba a ningún lado sin la prensa o sin filtrar la información a través de algún periodista de su estima. Las anécdotas pueden contarse por decenas, pero con una alcanza. Como parte de su campaña electoral, el exintendente de Tigre tenía comprados micrófonos con los logos de los principales canales de

noticias. Era una inversión propia. Cuando viajaba al exterior, le pedía a su jefe de prensa, Claudio Ambrosini –el titular del Enacom del Frente de Todos–, que no olvidara los micrófonos. Lo hizo durante las giras con ínfulas presidenciales que emprendió en los Estados Unidos, en marzo de 2014, y en Brasil, al mes siguiente, ese mismo año. Ni TN, ni Crónica, ni Canal 26, ni siquiera América TV enviaron un cronista para acompañarlo. Pero las imágenes mostraban al candidato acosado por la requisitoria periodística. Las cámaras del Frente Renovador lo filmaban, los micrófonos del Frente Renovador registraban el audio y después los canales lo difundían. Las fotos de la visita de Massa a San Pablo, por ejemplo, mostraban que las manos del entonces subsecretario de Comunicación de Tigre, Santiago García Vázquez –un colaborador leal que todavía lo acompaña–, sostenían dos micrófonos. Estaba bien. El objetivo era que la gente se enterara.

El clan mendocino

El primer contacto de Massa en materia de contenidos fue Hadad. El exdueño de Radio 10 conocía a Fernando “Pato” Galmarini de los años menemistas, la era en la que comenzó su ascenso rutilante como empresario de medios. Y trabó en poco tiempo una relación de empatía con Massa, que se inició formalmente con el micro para jubilados que ideó el entonces titular de la Anses de Duhalde.

Más adelante, como ya se mencionó, el intendente Massa le retribuiría a Hadad el espacio con la habilitación para ese negocio redondo y estratégico en su construcción de marketing y poder: el de las mil cámaras de seguridad instaladas en Tigre. Hadad y Mario Montoto ingresaron a Tigre de la mano de Sergio. Aunque sus orígenes políticos son divergentes, los dos tenían ya una enorme cercanía con Scioli y capacidad para influir en las políticas públicas de la provincia de Buenos Aires a partir de 2007, el año del desembarco del exmotonauta como gobernador. Todos estaban unidos, además, por los tentáculos de la consultora de comunicación de Alejandra Rafuls.

El segundo contacto en el universo de los medios fue el que hoy más influye sobre Massa. Daniel Vila y José Luis Manzano formaron una dupla que hizo un aporte inestimable para el proyecto del líder del Frente Renovador desde su origen y lo sigue haciendo. Massa y Vila guardan en su memoria las fiestas y veranos que compartieron juntos en Pinamar durante casi dos décadas. Sergio alquiló durante años la casa del ministro de Justicia y Seguridad de Scioli, Ricardo Casal, a quien nombraría en 2022 como secretario Legal y Administrativo del superministerio que le otorgaron los Fernández. El esposo de Pamela David era dueño de un chalet que había pertenecido al excorredor de Turismo Carretera Juan María Traverso. Durante el día, el balneario CR los congregaba junto al fiscal Carlos Stornelli, el director de Contenidos de Radio Mitre Jorge “Pucho” Porta y el exvicepresidente de Argentinos Juniors, Daniel Guerra, amante reconocido de Miami, como Massa. A Vila solían acompañarlo su cuñado, socio y hombre fuerte de Rivadavia de Mendoza, Eduardo Carbini, y el extitular del Instituto de Casinos y Loterías de la provincia, Daniel Pereyra.

Quizá entonces no se lo propusieran, algo anestesiados por el optimismo que les generaba el prematuro proyecto presidencial de Massa, pero Vila y Manzano representaban un obstáculo gigantesco

para la armonía con el Grupo Clarín. Propietarios del segundo holding mediático de la Argentina, entonces acumulaban cuatro diarios, cinco canales de televisión abierta, veintisiete emisoras de radio AM y FM, seiscientos mil abonados a Supercanal –el segundo cableoperador del país, que vendieron en 2018–, y demasiados millones de publicidad oficial.

A partir de 2009 y después de algunos rodeos, los empresarios mendocinos se acoplaron al dispositivo del kirchnerismo para golpear al holding de Ernestina Herrera de Noble y Héctor Magnetto. Apoyaron con reservas la Ley de Medios y el Fútbol para Todos y apostaron fuerte contra Cablevisión, como ningún otro competidor se había animado a hacerlo antes. A fines de 2011, Supercanal inició en Mendoza una demanda para que se declarara nula la fusión entre Cablevisión y Multicanal que había aprobado Néstor Kirchner en su última semana como presidente de la Nación, cuando apostaba a Clarín como garantía y cobertura. La querella, que cayó en manos del juez mendocino Walter Bento, terminó con la Gendarmería en la puerta de la empresa durante un lapso tenso de tres horas. Los que conocen a Magnetto dicen que será difícil que olvide esa escena. Bento, por lo pronto, terminó asediado en el Consejo de la Magistratura con denuncias de enriquecimiento ilícito, lavado de dinero y asociación ilícita.

Vila y Manzano creían todavía que Cristina Fernández de Kirchner –no todos sus funcionarios, pero sí ella– estaba dispuesta a ir hasta las últimas consecuencias contra el multimedios más grande del país. Algo similar pensaba Massa cuando era jefe de Gabinete y se lo anticipó a Jorge Rendo, el director de Relaciones Externas del Grupo Clarín. Fue una de las primeras veces que se lo cruzó en la residencia de Olivos, un tiempo antes de asumir como ministro coordinador en el Poder Ejecutivo.

–El problema que tienen ustedes es Cristina. No es Néstor.

Hay quienes afirman que, en un primer momento, Clarín vio a Massa como un delegado de Hadad en las aguas de la política. Después no, claro. Empezaron a notarlo rodeado por el clan mendocino, lo cual era peor. Sergio heredó la relación con el Grupo cuando Alberto Fernández renunció, hastiado, al proyecto que más protagonismo le había concedido en su vida política y al que –es justo consignar– contribuyó como pocos.

También Clarín colaboró en esos primeros años de mandato de Kirchner, en los que obtuvo la prórroga por diez años de los canales

de aire, en 2005, y la apoteósica fusión de Multicanal-Cablevisión, en diciembre de 2007. Hasta marzo de 2008, la fecha de la Resolución 125, las partes pusieron su granito de arena por una Argentina viable. Un mes antes, el 3 de febrero de 2008, apareció esa tapa pactada en la que Kirchner y Roberto Lavagna se daban vuelta para sonreírle a un fotógrafo de Clarín –Google todavía conserva la foto–. En la nota, titulada "Acuerdo político de Kirchner y Lavagna para reorganizar el PJ", Julio Blanck afirmaba que se respetaría la diversidad en el partido y que la jugada "muy fuerte" estaba destinada a tener un "fuerte impacto en la opinión pública y en el escenario político nacional". En fin. Era una ilusión generosa, pero no pudo ser.

Aunque durante una década quedó devaluado al rol de panelista televisivo y militante de la queja, Alberto Fernández había sido un hombre importante durante los años del kirchnerismo arrollador. Volvió a serlo a partir de 2018 y 2019, cuando regresó al útero materno cristinista para asumir una función que supuso casi como un trámite y se lo terminó devorando por incapacidad propia, dificultades indudables y resquemores ajenos.

Para entender algunos comportamientos del presente, quizá sirva esta parte de la prehistoria del Frente para la Victoria. En aquel tiempo de convivencia con el Grupo Clarín, cuando Alberto era el dialoguista que podría entenderse con casi todos, Néstor Kirchner empezó a ponerse impaciente. Cuando comenzó a vislumbrar el enfrentamiento con Clarín como algo sin retorno, el santacruceño lo bautizó en la intimidad como "Paladino" Fernández, por aquel delegado de Juan Domingo Perón (Jorge Paladino) que terminó haciendo las veces de vocero del dictador Alejandro Agustín Lanusse.

Massa heredó de Alberto la relación con Rendo, el nexo fundamental y operador principal de Clarín. Se vieron por primera vez a solas en las oficinas del consultor en comunicación César Mansilla, poco antes de que el extitular de la Anses asumiera como ministro coordinador. La información fue filtrada por el propio Massa al efímero diario Crítica de la Argentina: Sergio quería que se supiera que su intención era firmar la paz con el Grupo. O, al menos, bajar los decibeles de la guerra.

Desde entonces, Kirchner comenzó a condicionar al segundo jefe de Gabinete de su esposa con un apodo que lo empequeñecía: "Rendito". Massa se reía del seudónimo con el que el santacruceño lo envolvía en las sobremesas tras los partidos de fútbol que se jugaban en Olivos, en esos encuentros en que el anfitrión lo ponía de arquero en el equipo rival y le amputaba a su sombra, Ezequiel "Kelo" Melaraña, el amigo

que conocía a Massa más, incluso, que Malena Galmarini. A Kelo, exjugador de fútbol y, con los años, hombre fuerte del club Tigre, Kirchner lo ponía en su equipo para asegurarse el triunfo.

Rendito

El período de Massa como jefe de Gabinete de Cristina Fernández duró un año. El 7 de julio de 2009, renunció y volvió a la intendencia de Tigre. El antecedente de Alberto Fernández como hilo conductor de los dos gobiernos Kirchner durante seis años era un contraste inapelable que le dejaba sabor a fracaso a la incursión de Massa. Algo no había salido como la presidenta pretendía y el futuro ministro de Economía lo recordaría durante años. Ya Sergio había quedado al margen de las decisiones importantes y había sido desplazado en la preferencia del matrimonio gobernante por Boudou, que todavía intentaba justificar a Massa ante las críticas que se cocinaban en la quinta de Olivos.

Massa afirmó durante mucho tiempo que se fue porque no pudo cambiar lo que pretendía y es probable que los cuatro millones de votantes que lo respaldaron en 2013 estuvieran de acuerdo, en líneas generales, con esa explicación. El gobierno nacional lo eyectó sin argumentos públicos, como hizo con tantos ministros, incluidos Fernández y Roberto Lavagna, los dos funcionarios que mayor peso específico tuvieron en la década ganada.

A Boudou –aquel amigo inseparable de Massa, que después se inmoló en la causa Ciccone– se le atribuía otra explicación. Sergio se había tenido que ir, decía, por su intento inconsulto de pactar con Clarín, el holding que abortó temprano las ilusiones políticas del entonces vicepresidente.

A fines de junio de 2009, en plena ofensiva por la Ley de Medios, el jefe de Gabinete de Cristina se reunió una vez más con Rendo y con un directivo periodístico del multimedios. De ese encuentro surgió un compromiso que Massa no llegó a cumplir: el respaldo del gobierno para el cableado subterráneo que proyectaba el Grupo. Doscientos cincuenta millones de dólares para inversiones.

–Tenemos asegurado nuestro futuro político de por vida –le dijo Massa a Boudou.

–¡Vos estás loco! Me vas a hacer explotar la relación con Kirchner –respondió el político que durante los años del macrismo caería víctima de la doctrina Irurzun, sería arrancado de su casa en piyama por orden

del juez Lijo y pasaría una temporada prolongada en la cárcel de Ezeiza.

Sergio supo, tiempo después, que Amado le contó esa escena a los hombres más influyentes del kirchnerismo y se la contó también a la presidenta. El extitular de la Anses, exministro de Economía y exvicepresidente argumenta que, si se hubiera hecho el distraído con ese tema, habría arriesgado el vínculo que había logrado en poco tiempo con el poder, la confianza que, dos años más tarde, lo convertiría en candidato a vicepresidente de la fórmula más votada desde el regreso de la democracia. Boudou lo contó y, queriéndolo o no, ejecutó un doble movimiento: clausuró los días de Massa en el Poder Ejecutivo y se ganó el cielo de Cristina. Por algún tiempo.

El exintendente de Tigre puede atribuir la historia de los 250 millones de dólares al rencor que Boudou incubó frente a la munición del programa de radio Mitre, Lanata sin filtro, y la sinergia con el Grupo, que fulminaron la carrera de Amado. Pero los diezmados altos mandos del kirchnerismo no tenían dudas. El martes 7 de julio de 2009, después de un año en la jefatura de Gabinete, Massa renunció a su cargo. Cristina ya había aceptado el error de nombrarlo: “No hay comunión. Vos pensás distinto”, le dijo en su despacho unos días antes. La desconfianza entre dos políticos de peso y con ambiciones propias de conducir el peronismo los llevaría a un distanciamiento de una década y permanecería siempre, incluso en los tensos momentos de 2022 en que se asociaron para forzar a Fernández a una entrega anticipada del poder luego de la renuncia de Martín Guzmán.

Con la muerte de Kirchner, quince meses más tarde de aquel episodio que marcó la ruptura de Cristina con Massa, Sergio se liberó del apodo “Rendito” y pudo seguir viendo a Rendo sin que nadie lo cuestionara por eso. Lo recibió, por ejemplo, el día en que Cristina Fernández estalló de ira en Tecnópolis después de perder las elecciones primarias con el Frente Renovador en la provincia.

Aunque el gobierno y la oposición lo tildaban de empleado de las corporaciones, Massa le decía a su círculo íntimo que él quería ser dueño. Como lo había sido Kirchner. Pese a que reclamaba seguridad jurídica para las inversiones que anhelaba para su hipotético gobierno y le hacía más guiños al empresariado que a los sindicatos, Massa decía que él quería conservar la autonomía que –entendía– el expresidente había ganado para la política. Con otros modales, con otros interlocutores, con otros objetivos, pero jugando de titular y de capitán.

Sus gestos y decisiones, sus alianzas y comportamientos, su sensibilidad promercado y su propio ADN pueden llevar a concluir que Massa es casi un delegado de una facción del poder económico. Sin embargo, el ministro de Economía de los Fernández tiene ambición de conducir al grupo empresario que viene adosado a su proyecto y puede incluso generarle algún disgusto, como cuando no se resistió al impuesto extraordinario a las grandes fortunas que Máximo Kirchner le hizo pagar por única vez a algunos de sus amigos. Es prematuro arriesgar sobre qué haría Massa si alguna vez cumple su sueño intacto de sentarse en el sillón presidencial. Pero vale tener en cuenta sus presunciones de independencia, porque es probable que vuelva a exhumar ese rasgo si en algún momento necesita contar con el voto de lo que fue el cristinismo.

“Dales una señal”

La reunión fue en la casa de Sergio en el country Isla del Sol, con Manzano y Vila, pocos días antes de que el intendente de Tigre confirmara oficialmente que iba a asumir el desafío de enfrentar al gobierno.

Ya el incansable Rendo había peregrinado hacia Tigre con un mensaje claro y, a la vez, sinuoso. “Vas a tener el apoyo del Grupo. Magnetto te quiere ver”. En aquel encuentro, el lugarteniente del empresario que el kirchnerismo denunció ante la justicia por la compra compulsiva de Papel Prensa durante la dictadura se sinceró ante Massa.

–El problema con vos son tus amigos Vila y Manzano.

Según me dijo Vila, con orgullo indisimulable, Massa respondió con un razonamiento que era difícil de refutar y lo situaba en un lugar de prescindencia con respecto al Grupo.

–Ustedes no van a elegir a mis amigos. Yo no elijo a los de ustedes. [12]

Con ese antecedente sobre la mesa, Massa reunió a los mendocinos en su casa para abordar un tema que hasta tenía título: ¿qué hacemos con Clarín?

La charla duró por lo menos dos horas, pero puede resumirse en tres posiciones. Manzano decía que Massa tenía que reunirse con Magnetto y sellar un acuerdo con el holding que fuera lo más duradero posible. Pero el todavía intendente de Tigre no estaba seguro: argumentaba que, después de haber visto cómo terminaba la amistad entre el kirchnerismo y Clarín, lo mejor para él era mantenerse lo más lejos posible de la influencia de un multimedios que seduce y presiona con la misma intensidad. “Sergio no quería saber nada”, recuerda Vila, que entonces dejó de lado por un rato su enfrentamiento con Clarín y buscó un lugar intermedio.

–No te podés pelear con ellos en este momento, pero tampoco los podés ignorar.

Entonces, el exministro del Interior de Carlos Menem tuvo una idea:

–Lo mínimo que tenés que hacer, entonces, es darles una señal.

–¿Qué señal? –preguntaron Vila y Massa a coro.

–Tenés que traerlo a Alberto Fernández.

Los rostros de la logia reunida en Tigre se encendieron con una sonrisa. Todos estuvieron de acuerdo.

–¿Cuál es el rol de Alberto? Es el embajador ante Clarín –decía Vila en los años en que amasaba el proyecto de un Massa antikirchnerista. Y después, aclaraba–: No sé si él lo sabe.

Quizá Fernández lo sabía y le servía para su propósito de entonces: mantenerse, de alguna manera, en las adyacencias del poder. Como otros políticos con experiencia, Alberto estaba incómodo en el massismo. Le costaba asumir que ese funcionario impetuoso que le había disputado protagonismo hasta que terminó reemplazándolo fuera su conductor. Sin embargo, en las mañanas de optimismo, era uno de los entusiastas que creía que el ensayo que conducía Massa podía tener un ala progresista, incluso con intelectuales al estilo Carta Abierta.

El exsuperintendente de Seguros de Domingo Cavallo se reía cuando le decían que su jefe era de derecha. "¿No recuerdan cómo era Néstor cuando llegó?", respondía. Decía que Sergio estaba decidido, era muy inteligente y se sabía elegido. Después, claro, Alberto diría tantas cosas desde los jardines de Olivos que aquellas observaciones terminarían relativizadas, como casi todas las suyas, producto de un presidente sin poder propio que devaluó muy rápido su palabra, lo más importante que tenía.

Más allá del rol de Fernández en el armado del Frente Renovador, Massa se enfrentaba como jefe al desafío de lograr autonomía ante medios que establecían relaciones asfixiantes con el poder político. La dificultad era mutua. Para él, el temor a ser deglutido antes de tiempo. Para Clarín, las malas compañías de Massa en el mundo de los negocios: Vila-Manzano en primer lugar, pero también por entonces el banquero Jorge Brito, íntimo amigo de Boudou y de Szpolski. Aunque figuraba en la lista de conspiradores del gobierno de Cristina, Brito pensaba lisa y llanamente que con Clarín era imposible vivir y convivir.[13]

En el primer semestre de 2013, mientras Massa hacía planes para

desafiar al kirchnerismo, Manzano en persona se reunió con Cristina Fernández para advertirle que el acuerdo con el holding que propiciaban Martín Sabbatella y Carlos Zannini por intermedio del magnate mexicano David Martínez era fraudulento. Por lo menos seis meses antes del fallo de la Corte Suprema de Justicia del 29 de octubre de 2013 a favor de la constitucionalidad plena de la Ley de Medios, el titular de lo que entonces era la Afsca y el secretario de Legal y Técnica intentaron lograr la adecuación del Grupo al esquema de desinversión que establecía la Ley 26.522.

Como cuando el presidente era Menem, Manzano fue a la residencia de Olivos para tratar un tema clave.

–Acá hay fronting. Son todos testaferros, Cristina. Existe una cláusula de recompra de las acciones en un plazo de cinco años –le advirtió a la presidenta.

Es historia antigua, pero, desde veredas aparentemente opuestas, Vila y Szpolski coincidían en que, antes de aquel fallo de la Corte que opacó en parte el triunfo de Massa en las elecciones generales, había existido un plan para sumar a Clarín a la desinversión. La llave que el gobierno había encontrado era el mexicano Martínez, socio minoritario aunque poderoso de Clarín en Cablevisión a través del Fondo Fintech. Martínez, el accionista del Grupo que aceptó la Ley de Medios y presentó una propuesta de adecuación, convenció a Zannini de que era posible comprar las acciones de Cablevisión en sociedad con algún empresario afín al kirchnerismo.[14] Magnetto habría rechazado una de las primeras ofertas porque estaba Brito.

La fortaleza y la debilidad de Massa en una eventual relación con Clarín son sus aliados. Alberto Pierri también conocía bien al Grupo. Empresario papelero, presidente de la Cámara de Diputados durante la presidencia de Menem y reciclado después como dueño de medios, el “Muñeco” Pierri estaba en todos lados. Había mantenido una convivencia con Clarín durante años en la Asociación Argentina de Televisión por Cable (AATV), pero además había buscado la distancia necesaria para penetrar en el Conurbano y acercarse al kirchnerismo. Pierri tenía buena relación con casi toda la clase política, como lo mostró en 2015, cuando fue anfitrión de un encuentro al que asistieron Massa, Macri y Scioli.

Durante los años del kirchnerismo en la Casa Rosada, cultivó una excelente relación con su coterráneo Gabriel Mariotto –vivían los dos en Lomas de Zamora– durante su paso por el Comfer –el antecesor de la Afsca– y conoció también la intimidad de la residencia de Olivos en

vida de Néstor Kirchner. Dueño de Canal 26 y de Telecentro, Pierri después acompañó a Massa en todo lo que pudo durante muchos años. “La red de Telecentro es también el soporte preferido para las líneas telefónicas de los intendentes massistas, ya que ‘Beto’ [Pierri] –como lo llama el massismo– les aseguró que es a prueba de pinchaduras”, escribió el periodista Damián Nabot en Perfil en noviembre de 2013. La alianza, de las más importantes de Massa en el universo de los medios, solo se rompería en 2020 cuando, durante la pandemia, el presidente Fernández firmó el Decreto 690 que declaró a las “telcos” servicio esencial y los obligó a congelar las tarifas por algún tiempo. Pierri no le perdonaría a Massa su nula incidencia en el tema y menos todavía que en 2021 jugara en tándem con la multinacional Disney y su máximo directivo en la región, Diego Lerner, para que conservara la televisación del fútbol que le habían ofrecido a Telecentro.[15]

En los inicios de su carrera pretendidamente autónoma, los exkirchneristas que secundaban a Massa le advirtieron sobre la presión de Clarín, ese monstruo cansado que siempre pedía más. También Vila hacía una descripción del poderío del Grupo Clarín que coincidía con la que el kirchnerismo había reiterado hasta el cansancio. Afirmaba que existía una relación de ocho a uno entre el holding que orientaba Magnetto y su inmediato competidor, en grilla, contenidos, facturación y penetración.

El dueño de América decía que había un sector del gobierno que hacía como que se peleaba con Clarín, y señalaba a Zannini y a Sabbatella, los que, según creía, montaban la pantomima de la guerra. En la otra facción, Vila ubicaba a la presidenta –que estaba dispuesta a ir “a muerte contra Clarín”– y a soldados que cayeron en el camino, como Boudou o Juan Manuel Abal Medina, un funcionario de buen trato con Vila y Manzano que se ubicaría cerca de Miguel Ángel Pichetto durante los años de Macri presidente y terminaría siendo considerado el peor de los desertores por colaboradores muy cercanos a Cristina. En ese tiempo, sin embargo, Massa tenía a su lado a gente que también pensaba que no solo el sistema de medios era inviable con Clarín sino que el país lo era.

Como prueba de que en esa contienda predominaban los fuegos artificiales, Vila citaba un dato. En sus charlas con empresarios de medios, el entonces presidente de la Corte Suprema, Ricardo Lorenzetti, argumentaba que Zannini le había pedido como prioridad el expediente de la Ley de Medios, pero le había dado vía libre para que cajoneara el expediente de Cablevisión, que impugnaba la megafusión autorizada por Néstor Kirchner en 2007 que todavía está vigente, el talón de Aquiles del gigante que orienta Magnetto.

La relación entre Massa y Vila siempre fue intensa. Como prueba inapelable, queda una foto de marzo de 2014 que los captó en la Vendimia Solidaria de Mendoza en el momento justo en que Daniel lo palpaba de armas desde atrás ante la mirada atónita de Malena Galmarini. En esa imagen potente, Vila es el policía neoyorquino y Sergio es el ladrón que se entrega con resignación. El vínculo, que nació en 2002, se fortaleció en 2008 cuando el empresario mendocino le fue a plantear el problema de los pasivos fiscales del Grupo América –un tema con el que también iría a ver a los funcionarios de Macri en los años amarillos–, poco antes de que Massa fuera designado jefe de Gabinete.

En su paso fugaz por la jefatura, el intendente de Tigre se las ingenió para ser el artífice del llamado canje fiscal para los medios. La Ley 26.476, de regularización de deudas tributarias y exención de intereses y multas, abrió durante seis meses de 2009 la posibilidad de ajustarse a la moratoria y ofreció facilidades de pago de hasta ciento veinte cuotas para el capital adeudado, sin los intereses vencidos. La normativa permitía a los medios canjear sus deudas fiscales y previsionales vencidas, incluidos intereses, por espacios publicitarios. El Decreto 1145, que se firmó al vencer ese plazo, el 31 de agosto de 2009, ya con Massa fuera del cargo, permitió que el Grupo Clarín regularizara deudas por 198 millones de pesos y el grupo Vila-Manzano lo hiciera por 134 millones de pesos. Oxígeno para las cuentas de todos.

Audiencia con el diablo

Pese a la reticencia que mostraba en aquella charla con Vila y Manzano, Massa siempre quiso conocer a Magnetto. Si no lo hizo antes fue porque el CEO de Clarín no habilitó esa posibilidad o porque tuvo temor de quedar enredado en un juego que no terminaba de dominar. El primer encuentro a solas entre el candidato a presidente del Frente Renovador y el cerebro del multimedios más grande de Argentina fue el 10 de junio de 2014 y tuvo el aspecto de una cita casual. Ese día, Clarín mostró en el Malba su poderío para congregar a toda la clase política y su renovada vocación de organizar debates para la élite gobernante. En la primera jornada del ciclo Democracia y Desarrollo estuvieron el empresario cristinista Hugo Sigman (Grupo Insud) y el entonces vicepresidente de la UIA José Urtubey, junto con banqueros como Enrique Cristofani, del Santander, o Juan Bruchou, del Citibank, y los hombres fuertes de la Asociación Empresaria Argentina –la entidad patronal que orienta Clarín– Luis Pagani y Adrián Kaufman (Arcor) y Luis Betnaza (Techint).

Lo que Clarín pretendía era reunir a políticos de todos los partidos opositores, en un intento de trazar coordenadas para el próximo gobierno. Ernesto Sanz, el fallecido Hermes Binner, Horacio Rodríguez Larreta, Ricardo Alfonsín, Felipe Solá, Humberto Tumini y la Mesa de Enlace en pleno se sentaron en primera fila. Sin embargo, a Magnetto le interesaban sobre todo dos presencias, la de Scioli y la de Massa, que –fiel a su costumbre– esperó hasta que se fuera Scioli para hacer su ingreso. Una postal imperecedera. Massa la reiteraría a modo de humillación en julio de 2022, cuando, después de obligar a renunciar al exmotonauta al Ministerio de Desarrollo Productivo –que pasaría a estar bajo su influencia–, se fue y lo dejó solo en una conferencia de prensa cuando comenzaba a explicar su obligado regreso como embajador a Brasil.

En aquella otra oportunidad, el entonces gobernador bonaerense había dado el presente y su encuentro con Magnetto había sido narrado sin firma ni fotos en una nota en la que se destacaba la cordialidad del saludo. “Qué convocatoria”, dijo Scioli. “Es la nueva Argentina”, respondió el CEO. Todo fue sonrisas y amabilidad. Clarín le mojó la oreja al kirchnerismo y alguien en la residencia de Olivos volvió a maldecir a Scioli.

Sin embargo, lo más destacado de la jornada no salió publicado en las páginas de Clarín ni en las de ningún otro medio: fue el encuentro a solas entre el dueño del multimedios y el exjefe de Gabinete de Cristina. Al término del panel sobre “El nuevo agro argentino”, el empresario, que entonces tenía 70 años, y el candidato, que recién llegaba a los 42, se quedaron cara a cara, acompañados únicamente por María Laura Santillán, que ofició de presentadora y se llevaba muy bien con el matrimonio Massa. M y M estuvieron reunidos durante cuarenta minutos en un auditorio con capacidad para 224 personas. Durante ese lapso, el que monopolizó la palabra fue Magnetto, el anfitrión. Los dos conocían detalles de su interlocutor a través del embajador Rendo. Sergio reconoció que quedó impactado, a mitad de camino entre la sorpresa y la fascinación, por la personalidad de Magnetto. Lo envolvió la seguridad con la que el CEO se expresaba, pese a las dificultades para hablar que le provoca desde hace años el cáncer en la garganta. Fue una presentación, un primer acercamiento que sirvió por lo menos para que la desconfianza inicial entre uno y otro retrocediera varios casilleros. Terceros que accedieron a los términos de la conversación afirman que Magnetto y Massa quedaron en reunirse para tomar un café en busca de imaginar pautas de una futura convivencia que uno deseaba intensamente y el otro no descartaba.[16] Sergio apenas tuvo margen para hacer algunos chistes y recriminar el poco espacio que –lo decía en serio– le concedían los medios de Clarín: pensaba que el Grupo había hecho su gran apuesta por la candidatura presidencial de Macri. No se equivocaba.[]

▪

[12] Consultado para este libro, el fantasmal Rendo me hizo saber a través de uno de sus discipulos que no estaba interesado en hablar con un periodista que se dedicara a escribir un libro sobre Massa.

[13] Véase el capítulo 6, “Quién lo banca”.

[14] En noviembre de 2013, David Martínez compró por 960 millones de dólares la filial argentina de Telecom, el origen de la batalla entre el gobierno y Clarín. Más adelante, seguiría como socio minoritario de Magnetto en la adquisición de la gran Telecom, nacida de la cuestionadísima fusión entre Cablevisión y Telecom, que autorizó Macri por decreto.

[15] Conté la historia con detalle en una serie de notas que publiqué en elDiarioAR en los primeros meses de 2021. Todavía hoy nadie puede explicar por qué Pierri ofreció 10 millones de dólares más que

Disney a las autoridades de la AFA de Claudio “Chiqui” Tapia para televisar el fútbol y el negocio se lo quedó Disney.

[16] Fuentes empresariales ligadas al Frente Renovador hablan de un segundo encuentro de Massa con la cúpula de la Asociación Empresaria Argentina que orienta Clarín. Allí, Magnetto habría estado acompañado por el presidente formal de la entidad, Jaime Campos, y los vicepresidentes Paolo Rocca, de Techint, y Luis Pagani, de Arcor.

6. Quién lo banca

Jorge Horacio Brito le llevaba a Sergio Massa exactamente veinte años. Dos décadas, mucho tiempo para los que, como Brito, sabían aprovecharlo bien. Al salteño que fundó un emporio y lo legó a sus herederos le alcanzó para construir un poder económico envidiable y convertirse en el representante nacional más empinado de la corporación que siempre gana. Desde que en 1976 fundó su primera financiera, el dueño del Banco Macro hizo un recorrido nada desdeñable. Convivió con todos los gobiernos y se acercó lo máximo que pudo a todos los presidentes. Pero tuvo con Massa una relación de una intimidad difícil de igualar, en la que la distancia generacional no fue obstáculo sino motivo de un interés común. Los dos confiaban en que con el otro podían ganar, aunque de manera diferente. Brito era para Massa un sponsor formidable que garantizaba financiamiento y facilidades en tiempo real. Para Brito, Massa era un político ambicioso que podía llegar, en algún momento, a ser presidente. Siempre que no se apurara.

Hace diez años, cuando Massa rompió con el gobierno de Cristina Fernández en un tono amenazante y se lanzó a conducir su propio proyecto nacional con base en la provincia de Buenos Aires, el nombre de Brito adquirió una notoriedad gigantesca en las mesas del poder. Tanta, que la ambición de Massa se transformó en un problema inesperado para el dueño del Macro. Brito se convirtió en sinónimo de ese Massa que se quería comer el mundo y prometía arrasar con los ñoquis de La Cámpora. Pero mientras Sergio sonreía y se mostraba confiado en los encuentros con políticos, empresarios y periodistas, Brito transpiraba porque uno de sus discípulos estaba poniendo en riesgo una parte de su capital. El histórico presidente de la Asociación de Bancos Argentinos (Adeba) me lo dijo en el encuentro que tuvimos en la sede del Banco Macro, cuando lo entrevisté para este libro. Era ese momento denso en el que Massa sobreactuaba su rol de súbito opositor y se decía a años luz de cualquier futuro que tuviera olor a kirchnerismo. Visto desde el presente, fue casi un pestañeo para la historia, pero a Brito le costó años sobrellevarlo. Por su parte, al haber estado tan cerca y haberse sentido integrante del proyecto del Frente para la Victoria casi desde su origen, al banquero salteño no le gustaba el lugar en el que lo ubicaba el kirchnerismo y, en especial, el que le endilgaba Cristina cuando era presidenta.

Brito no era un electrón suelto. Entre sus amigos de toda la vida estaban el exgobernador de Salta Juan Carlos Romero –alto exponente del massismo efímero–; el exministro del Interior de Raúl Alfonsín, Enrique "Coti" Nosiglia; el exjefe de Gabinete de Fernando de la Rúa, Chrystian Colombo, y el exdirectivo del Citibank Guillermo Stanley. Su muerte trágica, en noviembre de 2020, sacudió a las distintas tribus del poder en Argentina –todos lo conocían y habían tratado con él–, pero a Massa le generó una conmoción.

El entonces presidente de la Cámara de Diputados ya había regresado manso a la costa de Cristina y sufrió un golpe devastador. Él mismo lo expresó a través de las redes sociales. "La vida te arranca las personas que querés mucho de la manera más extraña e inesperada. Gran banquero. Gran empresario. Gran argentino. Gran familiero. Y amigo leal hasta lo inexplicable. CHAU AMIGO. TE QUIERO MUCHO", escribió. También Malena Galmarini lo despidió con dolor y dio cuenta incluso con precisión del vínculo casi filial que los unía: "No me quiero despedir. No quiero que sea cierto!!! Quiero que sigas con nosotros como cada día. Como cuando estabas de acuerdo y cuando no. Cuidándonos. Atento. Acompañando, empujando y también retándonos cada tanto. ¿Quién me va a llamar para saber en qué anda? ¿Quién va a llamar preocupado por el camino a seguir? Fuiste más que un amigo. Eras una especie de ángel de la guarda. El vacío que nos deja tu partida…". Galmarini cuestionaba la idea generalizada de que Brito era ante todo un gran banquero y empresario; eso le parecía lo menos importante: prefería destacar su rol de hacedor, familiero y definirlo como una persona extraordinaria que había dado todo por su patria.

Escuchar a Brito –sentado en los sillones negros del búnker que habitaba en el quinto piso del edificio de Sarmiento al 400 donde el Banco Macro tiene su casa matriz– era interesante y podía incluso resultar sorprendente. Mucho después de la última charla mano a mano que había tenido con Cristina como presidenta, el titular de Adeba todavía hablaba como un banquero kirchnerista. Obligaba a dar la razón a los cables de la embajada estadounidense conocidos gracias a WikiLeaks que lo definían como "el banquero de Néstor Kirchner". Después de la desconfianza inicial que había expresado el exgobernador de Santa Cruz con respecto a él, en los primeros meses de 2003, el salteño, que medía 1,85, había logrado entenderse muy bien con el nuevo presidente. Tanto, como para sellar con él un acuerdo de beneficios mutuos.

Aunque su origen estaba ligado al radicalismo, por lo general Brito actuaba asociado al poder del peronismo y terminaría sus días incluso

definiéndose a sí mismo como peronista. En la oficina luminosa en la que atendía, donde abundaban los libros de arte y los brebajes dispuestos para agasajar a invitados pretenciosos, Brito podía expresarse sin eufemismos, en un lenguaje casi brutal; reírse de las versiones que destacaban su cíclico intento por entrar al Grupo Clarín como accionista de la mano de su socio David Martínez, el doble agente mexicano que se caracterizó siempre por tener aliados en polos de apariencia irreconciliable.

Como dueño del fondo Fintech, Martínez no solo era socio al mismo tiempo de Brito y de Héctor Magnetto, sino que tenía llegada a políticos del peronismo que en ese momento se veían como enemigos absolutos. Por un lado tenía vínculo con Massa a través de su padrino Brito, pero también exhibía su llegada a Julio De Vido y le vendía espejitos de colores al entonces secretario de Legal y Técnica, Carlos Zannini.[17] Juraba en conversaciones privadas que era posible quedarse con el multimedios a través de un consorcio amigo del gobierno.

El dueño del Macro, en cambio, descreía de ese tipo de fantasías que fogoneaba su socio mexicano, porque conocía de primera mano a los protagonistas y no tenía ganas de perder tiempo, ni de lanzar ese tipo de promesas que vuelven rápido como un bumerán en forma de descrédito.

–Siempre se dijo que usted estaba interesado en ser parte de un consorcio para comprar Clarín. ¿Hubo gestiones concretas para intentarlo? –le pregunté a Brito a finales del gobierno de Cristina.

–Para comprar una parte de Clarín, hay que ir y ponerle una pistola en la cabeza a Magnetto –me respondió–. Y después matarlo. Si hacés eso, por ahí podés comprar una parte –agregó enseguida, entre la ironía y la resignación.

Algo similar probablemente comenzó a pensar Kirchner en el período final de su vida, marcado por el divorcio con el multimedios más grande de la Argentina, al que le había ofrendado la fusión Multicanal-Cablevisión. Brito dialogaba a menudo con Jorge Rendo, el director de Relaciones Externas de Clarín, y es probable que le haya transmitido su pensamiento en torno a las chances de comprarle a Magnetto con algún eufemismo más vital. Por este tipo de cosas, el dueño del Banco Macro era otro de los problemas que Clarín tenía con Massa y solía sufrir magullones recurrentes en la cobertura del diario. En el cuarto piso de la calle Tacuarí, donde Magnetto tenía su cuartel de operaciones, era más barato pegarle a Brito –un viejo amigo de

Daniel Hadad– que pegarle a Massa.

Aunque lo negara hasta el cansancio, Brito sabía que era difícil desligarse de las afirmaciones que lo señalaban como el principal apoyo económico de Massa. La relación era tan estrecha y los vasos comunicantes eran tantos que reducir todo al plano de la pura amistad no resultaba sencillo. Ante su séquito, Sergio lo llamaba el "Tío" –como Montoneros llamaba a Héctor Cámpora– y le encantaba desafiarlo con apuestas sobre el futuro de la economía y de la política. Pero Brito decía que él prefería no apostar plata con Massa: primero, porque no le gustaba y segundo, porque ya había comprobado, en demasiadas oportunidades, que el candidato no pagaba. Se sentía más a gusto cuando lo provocaba para ver quién asumía los costos del asado o la comida con buen vino en su mansión de San Isidro.

Otros que conocían el vínculo entre ellos afirman que, en realidad, Brito no era el tío sino el papá de Sergio: el "Viejo". Los dirigentes del Frente Renovador –que preferían destacar cierta irreverencia en el candidato– se esforzaban, en cambio, por ventilar escenas de fuertes discusiones telefónicas con el banquero salteño.

Más allá de los motes, algo era indudable: el presidente de la asociación de bancos más poderosa de la Argentina era un jugador clave en la carrera hacia el poder. Todos querían tenerlo de su lado y él ya había demostrado que era oficialista de todos los gobiernos. Pero su apuesta política –e incluso, en sus términos, "afectiva"– estaba en Massa, aquel chico de la UCeDé de San Martín al que, según decía para despejar sospechas, conocía desde que era chiquito.

Hay que remontarse a la época del alfonsinismo, los años que se pusieron de moda durante el gobierno de Alberto Fernández, para hallar el primer acercamiento entre el banquero y el político. Brito era el presidente del club de paddle San Jorge, en Boulogne (San Isidro), y el vicepresidente era otro deportista que llegaría lejos: Mauricio Macri. El paddle se popularizó a mediados de la década de los ochenta –cuando Brito compró el Banco Macro– y se expandió como una moda que, en poco tiempo, transformó canchas de básquet, tenis y fútbol 5 en espacios en los que mandaba el sonido de las paletas metálicas. San Jorge era uno de los clubes más prestigiosos de la zona norte y contaba con la fama de haber reunido a algunos de los mejores jugadores de la Argentina. Por allí apareció Massa, con pantalones cortos, una tarde de 1988, ya como miembro destacado de la Juventud Liberal bonaerense. Tenían un amigo en común, Marcelo Papandrea,[18] más tarde vicepresidente de Inversora Juramento y de Vizora, la desarrolladora inmobiliaria que preside una hija de Brito,

Milagros. Ya entonces, Massa sorprendía con algunas características que lo acompañarían hasta hoy: era canchero, peleador, le gustaba discutir y prometía en términos excesivos.

El tiempo pasó, Massa empezó a usar pantalones largos y el vínculo con Brito se volvió más fluido y más político. La mayoría de edad para esa sociedad afectiva se dio cuando Sergio, de traje y corbata, desembarcó en la comandancia de la Anses, en los meses posteriores a la megadevaluación que ejecutó Jorge Remes Lenicov a la salida de la ficción contable conocida como "Convertibilidad". Con las esquirlas del estallido de diciembre de 2001 todavía en las calles, el líder del Frente Renovador comenzó a tomar medidas que le abrieron puertas. Una de las primeras fue transferir el pago a los tres millones y medio de jubilados que existían entonces a las sucursales de los bancos privados nacionales, en especial, el Macro y el Supervielle.

Brito apoyó a Massa desde 2004, cuando empezó a poner un pie en el club Tigre como trampolín hacia el municipio. Como parte de la misma cofradía, el Banco Macro fue el sponsor y Amado Boudou, el tesorero de un club que tenía cuatro empleados. En paralelo, Massa entendió que lo mejor era depositar otros fondos del sistema de reparto en las entidades nucleadas en Adeba. Sin embargo, el banquero rechazaba que hubiera existido algún tipo de favoritismo y decía que no ganaba nada con eso.

Más tarde, llegaría el año en la Jefatura de Gabinete, cuando Sergio se paró por primera vez en el cenit de la política y comenzó a hacer reuniones en la mismísima sede del Banco Macro con la excusa de evitar el asedio del periodismo, al que –por otra parte– le contaba casi todo. Llegaría también la amistad con Boudou, el audaz economista que Sergio le presentó a Brito. Si el salteño había tenido a su cuñado Delfín Jorge Ezequiel Carballo como su sombra durante más de treinta y cinco años, Massa tenía entonces a Boudou como su mano derecha, de extrema confianza, y lo promovería hasta las alturas del poder. Más adelante, por supuesto, el exintendente tomaría la mayor de las distancias de Boudou y no dudaría en bordear lo insólito cuando el vicepresidente fue condenado en la causa Ciccone. Para negar esa amistad que había sido estrecha, Massa fue capaz de deslizar en varias apariciones que Boudou había sido un invento de su amigo Horacio Rodríguez Larreta, que lo había llevado a la Anses en 1998.

La confianza y la familiaridad de Brito con el economista marplatense que había dado sus primeros pasos en la UPAU crecieron a partir de la decisión de estatizar las AFJP que, entre otras cosas, transformó al Estado nacional en el tercer socio en importancia del Banco Macro. El

vínculo con Boudou fue tan intenso que llegó a involucrar a Brito en la trama del affaire Ciccone, que, a mediados de 2014, tenía al vicepresidente “todos los días en la tapa de los diarios”, según la definición del presidente de la Cámara de Diputados Julián Domínguez, entonces cuarto en la línea de sucesión, detrás de Boudou y del radical Gerardo Zamora.

En junio de 2014, el versátil juez federal Ariel Lijo procesó a Boudou por cohecho y negociaciones incompatibles con la función pública junto a otras cinco personas, funcionarios, amigos del entonces vicepresidente y miembros de la familia Ciccone. Sin embargo, la Cámara Federal le ordenó a Lijo que investigara la ruta del dinero y recomendó citar a indagatoria a Brito, el nombre que Boudou no quiso mencionar ante la justicia. The Old Fund, la sociedad –vinculada al vicepresidente– que compró la calcográfica, abrió una cuenta en el Macro y el banco prestó 567.000 pesos de ese tiempo al monotributista Alejandro Vandenbroele para levantar la quiebra de la empresa. Además, estaban los nexos de la sociedad de bolsa Facimex, la financiera de cabecera del Macro.[19]

Por ese tipo de lealtades que nunca se quebraron, Brito conservó hasta el final la relación que lo hermanaba con Amado. “Cuando alguien está en la mala, no podés darle la espalda”, me dijo, cuando lo consulté sobre el vínculo entre ambos. El dueño del Macro era por ese lejano entonces el nexo que unía al vicepresidente de Cristina con el opositor que más rencor activaba en las arterias de los funcionarios de la Casa Rosada. Algunos sostenían incluso que Brito era el responsable del pacto de no agresión pública entre Massa y Boudou. El dueño del Macro, que no lo negaba, se lamentaba en privado por los lazos afectivos que se habían roto entre ellos dos y sus familias.

La relación de Brito con el kirchnerismo está narrada con detalle en el primer capítulo del libro Los patrones de la Argentina. Los negocios, el poder y la política de los verdaderos dueños de la década ganada, de los periodistas Esteban Rafele y Pablo Fernández Blanco. Allí, los autores sostienen que, de acuerdo con una fuente que participaba en la campaña de Massa en la provincia en 2013, el banquero era uno de los principales sostenes económicos del candidato, además de formar parte de los equipos que formulaban la política económica.

Brito decía, por supuesto, que no financiaba la campaña del Frente Renovador. Lo justificaba con una frase que contradecía todas las versiones, incluidas las del massismo, pero que no carecía de lógica: “Es malo para él y malo para mí”. Aseguraba, además, que le había recomendado a Massa que buscara al menos veinte financistas para no

depender de ninguno. Es probable que Massa haya buscado esos veinte financistas y, también, que no los haya encontrado. Uno de sus colaboradores más estrechos viajó varias veces a México en busca de apoyo para el nuevo golden boy, un dato que había llamado la atención de aquella Elisa Carrió, todavía virgen en frustraciones, que iba camino a alumbrar Cambiemos. Otros apuntaban a la contribución de los bingos en la provincia de Buenos Aires a partir de la amistad de Massa con Daniel Mautone, el socio histórico de Daniel Angelici. En esa lista de supuestos aportantes figuraba incluso Cristóbal López, que le ofreció a Massa financiar parte de su primera campaña presidencial, según publicó en Perfil Rosario Ayerdi, una de las periodistas que tiene mejor información sobre Massa. Mientras el peronismo se dividía en dos corrientes de discursos opuestos, el dueño de C5N y Radio 10 era el responsable de las emisoras que expresaban con más potencia las obsesiones del kirchnerismo pero también tenía buen vínculo con Massa. Como parte de esa saga, en 2014, un Cristóbal todavía en ascenso le compró a la familia Soldati su paquete accionario en el casino Trilenium de Tigre en 108 millones de dólares.

Como se vería tanto durante el gobierno de Macri como durante el de Alberto Fernández, la fractura del peronismo tenía su correlato a nivel de establishment. Grupos empresarios que habían sido parte del Frente para la Victoria tomaron distancia de Cristina, hicieron escala en el proyecto de Massa y terminaron jugando en sociedad con Macri sin abandonar al exintendente por completo. No todos pudieron reciclarse con la facilidad del Grupo Vila-Manzano, la piel empresaria de Massa: esa sociedad mendocina decidió ser el canal del lawfare bajo Macri –con información sistemática de Comodoro Py y los servicios de inteligencia– y no tuvo inconvenientes políticos para quedarse con Edenor durante la gestión del Frente de Todos: sus dificultades fueron, en todo caso, económicas y, a fines de 2022, llevaron a Vila-Manzano a preparar la venta de los medios que habían servido durante años como piedra basal de su escalera hacia el poder. El patagónico López, en cambio, la pasó muy mal durante el apogeo del macrismo, cuando el multimedios América era parte del dispositivo amarillo. El creador de Indalo pasó sus horas en la cárcel de Ezeiza durante veintidós meses, lo mismo que su socio Fabián de Sousa, y perdió gran parte de la fortuna que había acumulado durante toda su carrera, en especial durante los años del kirchnerismo.

En cuanto a Brito, su relación con el cristinismo se quebró en coincidencia con el vuelo que decidió levantar el candidato Massa, pero el quiebre se debió sobre todo a un enemigo tenaz que el salteño tuvo dentro del gobierno de los Kirchner, Guillermo Moreno: Brito lo definió ante funcionarios de la embajada de Estados Unidos como un

“psicópata que se cree un genio”. En sus años de gladiador inexpugnable, y sobre todo después de la muerte de Néstor, Moreno deterioró muchísimo la imagen de Brito ante Cristina. La convenció de que el banquero era un conspirador y, con esa prédica –que la entonces presidenta compraba con ganas–, se llevó puesto también en parte a Boudou. “Decile a tu jefe que lo voy a meter preso”, le advirtió el secretario de Comercio al vicepresidente en más de una oportunidad, y lo hizo trascender. Se refería a Brito.

El enfrentamiento no tenía retorno. Para sentarlo a escuchar sus sermones, Moreno tenía que citar al empresario por carta documento y mandarlo a buscar con dos inspectores de justicia. Era un tiempo que, desde la perspectiva actual, parece de ensoñación: el país, la economía y el cristinismo tenían una fortaleza que fueron perdiendo en forma acelerada. El “Napia” persuadió a la presidenta con argumentos y datos que ubicaban a Brito y a Delfín Carballo bien arriba en la lista de compradores de millones de dólares durante 2011. En defensa del primero solo operaba el dueño de medios kirchnerista Sergio Szpolski, quien, entre sus múltiples funciones, también asumía la de abogado del poder económico ante el poder político.

Pese a todo, cuando Massa finalmente decidió abrirse del kirchnerismo, Brito trató de disuadirlo. El dueño del Macro consideraba que era prematuro romper con el gobierno nacional, a dos años de las elecciones presidenciales de 2015. A su manera, Brito lo admitió: “Yo no le dije que no se presentara. No soy de dar consejos. Le habré dicho los pro y los contra. Que si no se presentaba, nadie lo iba a molestar”. Era una manera elegante de no referirse a sí mismo, porque, mientras Massa era el que gozaba su aventura independentista y se creía destinado a ser presidente con apenas 43 años, Brito era el que sufría las consecuencias.

Después del mencionado discurso en Tecnópolis en el que la presidenta clamó contra los dueños del poder económico, Brito estuvo por lo menos tres veces con Cristina. La primera fue diez días después de aquella escena, en Río Gallegos, durante una reunión inaugural que ya entonces volvía a poner en agenda la necesidad de un pacto social que nunca llegó. Después hubo otros dos encuentros, pero siempre con empresarios o banqueros.

Por su rol gremial, el presidente de Adeba seguía hablando con el último presidente del Banco Central de Cristina, Alejandro Vanoli, con todos los ministros, con su amigo De Vido, con Boudou y también con el ministro de Economía Axel Kicillof, más allá de los cruces públicos que pudieran protagonizar. Pero lo que Brito sentía era la indiferencia

presidencial. Cristina nunca más volvió a llamarlo a su celular para preguntarle qué le parecía tal o cual cosa. Ni siquiera para criticarlo porque una nota de La Nación decía que los bancos eran los que más habían ganado durante la década kirchnerista. Las charlas eran difíciles de conciliar, porque el dueño del Macro intentaba explicar que esas ganancias eran, en su mayor parte, nominales debido a que los bancos no tenían sus activos cubiertos de la inflación. Con la presidenta al otro lado del teléfono, Brito había sido capaz de afirmar, incluso: “Los bancos pierden plata”. Era la época en que todavía primaba la confianza.

Tiempo después, en enero de 2014, los bancos volvieron a tener ganancias fabulosas gracias a la devaluación que decidió el gobierno. La Casa Rosada les hizo a Brito y a sus camaradas el regalo de Reyes de obligarlos a vender sus dólares después de que pasaran de 6,85 a 8 pesos: ganaron 9700 millones de pesos en menos de un mes. Sin embargo, la última llamada de la presidenta al celular del dueño del Macro se había producido en marzo de 2013, tres meses antes de la ruptura de Massa. Nunca más.

Como otros pesos pesados que recuperaron la esperanza gracias al exintendente de Tigre, Brito era un actor difícil de condicionar. En su prolongado período de adhesión al kirchnerismo, tuvo problemas con economistas que después conformaron el gabinete en las sombras de Sergio. El primero fue Roberto Lavagna, de quien llegó a afirmar que no solucionó “un solo problema” en su primera etapa como ministro. Y el segundo fue Martín Redrado, al que, en 2010, en medio de la disputa por el pago al Club de París con reservas del Banco Central, le soltó la mano en nombre de Adeba con una solicitada que parecía redactada por Kirchner. “Debería tener en cuenta la realidad y, con su renuncia, contribuir a la estabilidad del sistema por el que tanto ha trabajado […]. Ningún interés personal o corporativo es superior al interés de la Nación”, decía el comunicado. Redrado fue asesor de Cristóbal López en la compra del Banco Finansur y volvió a ser candidato a ministro a partir de 2019, pero por una serie de razones no terminó de funcionar en tándem con Sergio.

El pretendiente del establishment

El precoz candidato a presidente irrumpió con un discurso que iba por la avenida del medio en lo económico y buscaba rescatar parte de la década ganada. Con Miguel Peirano, Ricardo Delgado y la familia Lavagna en su equipo, Massa pretendía asumir las demandas del sindicalismo que representaba a millones de trabajadores bajo convenio –con sueldos que los habían catapultado a niveles de consumo inéditos– y reclamaba la baja en el impuesto a las ganancias y aumentos para los jubilados. El joven candidato expresaba una reivindicación del primer kirchnerismo económico y planteaba un ideal al que nadie podía oponerse: un regreso a las fuentes de los superávits gemelos, balances positivos en las cuentas fiscales y en el frente vital del comercio exterior. En lo político, en cambio, aparecía como el envase bien vendido de un rejunte de tradiciones antagónicas cuyo orden de prioridad era un enigma.

Como la historia insistiría en demostrar, la absoluta flexibilidad de principios de Massa le permitía amoldarse a cualquier esquema y viajar en cualquier dirección. En la antesala de las presidenciales, cuando se creía destinado a recibir el bastón de manos de Cristina, Sergio adoptó la estrategia de alejarse aún más del cristinismo y acentuó un perfil político que lo acercaría en lo doctrinario a Macri – con eje en la seguridad y el intento de comparar la Argentina con Venezuela a cada paso – y lo llevaría también a perder intención de voto a manos del jefe de Gobierno porteño.

Como un torbellino, Massa acumuló a su lado en poco tiempo a empresarios con historia: además de Daniel Vila, José Luis Manzano y Alberto Pierri, que lo asesoraban a nivel mediático, la figura del “Tío” Brito como vértice del poder económico y el aporte inestimable de José Ignacio de Mendiguren, el industrial más rápido del oeste. En junio de 2013, cuando el extitular de la Anses vivía su minuto de gloria y concentraba la expectativa de los medios y la política con la indefinición en torno a su candidatura por fuera del Frente para la Victoria, De Mendiguren estaba junto a Cristina, a once mil kilómetros de distancia.

El “Vasco” era un empresario de muy buena llegada a la presidenta y había viajado como parte de la comitiva argentina a la Asamblea Anual de la OIT que se realizaba en Ginebra (Suiza). El lunes 17 de

junio recibió el primer llamado del todavía intendente de Tigre. Massa le ofrecía un lugar en la lista del Frente Renovador y un espacio para participar en la elaboración de un proyecto económico a veinte años. Hasta entonces el expresidente de la Unión Industrial Argentina había sido defensor entusiasta del modelo, interlocutor privilegiado de la presidenta, que lo nombraba en público por su apodo y ordenaba incluso votar una nueva ley de ART que complacía al empresariado y eliminaba la posibilidad de recurrir a la justicia ante el pago de una indemnización insuficiente para el trabajador. Sin embargo, De Mendiguren no dudó en darle el sí a Massa. Los trastornos evidentes de una economía que buscaban conducir en forma contradictoria Moreno y Mercedes Marcó del Pont y, sobre todo, su olfato político le indicaban que era tiempo de abandonar el barco.

El "Vasco" fue el primer amigo del gobierno que anotició al kirchnerismo de que la candidatura de Massa iba en serio. Cuando se lo dijo a Carlos Tomada, en Ginebra, el ministro intentó retenerlo con un argumento verosímil pero ineficaz:

–Vasco, hay solamente tres dirigentes con los que habla Cristina sobre la economía y el trabajo: Gerardo Martínez, Andrés Rodríguez y vos. Si te vas, pierde un interlocutor irreemplazable.

No alcanzó. A los 63 años, el experimentado De Mendiguren había decidido acompañar al precoz Massa. No podía imaginar que el gran proyecto desarrollista que el exintendente se proponía liderar iba a adquirir el ritmo de una montaña rusa para terminar, seis años después, estacionado en el lugar de partida.

Un día después de cambiar de barco desde el exterior, De Mendiguren ya estaba en la cumbre del G20 en San Petersburgo reunido con Antonio Brufau, el CEO de Repsol. El todavía presidente de la UIA se dio corte cuando su teléfono comenzó a sonar: "Mirá, es Massa". Unos meses más tarde, en noviembre de 2013, llevaría al líder del Frente Renovador a una gira por España que fue, al menos, inoportuna. El candidato de los cuatro millones de votos se reunió en Madrid con Brufau para hablarle del desconcierto que envolvía al gobierno argentino en materia económica mientras en Buenos Aires el ministro de Industria de España, José Manuel Soria, e Isidro Fainé, de La Caixa, junto con Axel Kicillof, Carlos Zannini y Miguel Galuccio daban el primer paso para que Repsol cobrara la indemnización de 5000 millones de dólares por la expropiación de YPF. Kicillof había pasado en poco tiempo de amenazar con hacerles pagar a los españoles el daño ambiental a juntar pesito por pesito para cubrir la deuda. Para Massa fue un traspié que, como casi todos los suyos por aquellos años,

no tenía demasiado impacto puertas adentro, pero en las esferas del poder encendió luces de alerta por la falta de timing de un candidato que era un torbellino de iniciativas, pero no contemplaba el juego ajeno.

De Mendiguren, en cambio, logró en poco tiempo lo que se proponía: ser el embajador de Massa ante el empresariado. O viceversa. Comenzó a predicar con el resultado puesto y una consigna que endulzaba los oídos de todo hombre de negocios: “Massa ya logró tres cosas”, les decía, “frenar la re-reelección de Cristina, frenar a La Cámpora y evitar que el país se convierta en Venezuela o Irán”. A partir de allí, la charla comenzaba a fluir.

Sin embargo, De Mendiguren no pudo convencer a su íntimo amigo Luis Betnaza, el número dos de la multinacional Techint. Betnaza apostaba sus fichas en primer término al presidente del radicalismo, Ernesto Sanz, porque anhelaba un cambio de época. Pensaba que, después de un cuarto de siglo de gobiernos casi siempre peronistas, 2015 abría la posibilidad de que otra cultura política tomara las riendas de la administración pública. De alguna manera, Betnaza acertaba. Pero De Mendiguren decía que Paolo Rocca tenía más claro el panorama y ya había aprendido a no ilusionarse con ese tipo de espejismos. Se lo dijo en los encuentros que tuvo con el CEO de la siderúrgica más grande de la Argentina después del triunfo de Massa en las elecciones legislativas.

–Paolo, ¿quién te da más garantía que Massa? ¿Cuánto vale ya tu empresa, después de que perdió Cristina? ¡Tenemos una gran oportunidad, a Sergio lo tenemos virgen! ¡Hay que aprovecharlo!

Según la agencia Bloomberg, la empresa de Paolo valía en aquellos años nada menos que 11.400 millones de dólares. Según Forbes, bastante menos, 3400 millones de dólares, una cifra similar a la que se registraría en 2022 (3900 millones de dólares) en el mismo ranking. Como sea, el heredero de la dinastía Rocca disputaba el podio de los más ricos de la Argentina con los hermanos Carlos y Alejandro Bulgheroni, dueños de la petrolera Bridas y del yacimiento hidrocarburífero más grande del país, Cerro Dragón. Bulgheroni era otro de los empresarios que jugaba con sigilo unas cuantas fichas a Massa por medio del exgobernador de Chubut Mario Das Neves, que le había firmado la prórroga de la concesión –la más cuestionada de la década pasada– hasta 2047. Lo mismo que Gerardo Werthein y dos empresarios que se acercarían cada día más a Massa hasta ser parte de su esquema de relaciones más estrecho: el dueño de Pampa Energía, Marcelo Mindlin, y el fugaz petrolero Sebastián Eskenazi. Entusiasta e

incansable, el exministro de la Producción de Eduardo Duhalde peregrinaba en las mesas del poder económico para vender la ilusión Massa como una novedad de relieve. Decía a todos que tener expectativas en un proyecto que incluyera al radicalismo era tan estéril como abanicar un cadáver. Militante de la metáfora, De Mendiguren era un creativo que aportaba eslóganes para la campaña de Massa, pero se equivocaba: el cadáver estaba en la avenida del medio.

En el amanecer del Frente para la Victoria, cuando el kirchnerismo era una fuerza arrolladora, De Mendiguren solía asistir con Betnaza a los actos de Néstor y Cristina en la Casa Rosada. Había sido durante mucho tiempo un aliado de Techint, hasta que algo se rompió. A él le gustaba decir que las disidencias surgen del modo Techint de estar en el mundo; la estrategia empresaria del gigante siderúrgico, afirmaba, era demasiado prepotente: “Cuando tenés el poder, no tenés sutileza”, explicaba.

Antes de ser candidato a diputado nacional en contra de Cristina, Massa visitó a Paolo Rocca junto con Malena Galmarini. En el encuentro participó además Betnaza, quien me lo confirmó cuando lo llamé antes de publicar la noticia de la reunión en el bisemanario Perfil.[20]

Pese a su prédica a favor de la seguridad jurídica, a los lugares comunes del lenguaje empresario y a la lista de “titulares” que lo respaldaban, Jorge Brito decía que el candidato del establishment no era Massa. “Si vos me preguntás a mí, yo te digo que es Scioli”, afirmaba. Un año antes de las elecciones presidenciales, gran parte del poder todavía no registraba a Macri como una posibilidad concreta y lo seguía viendo como un candidato para el circuito cerrado de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El estilo penitente del entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires le otorgaba a Massa el beneficio de la duda. Scioli era visto como el encargado de conducir una transición sin turbulencias, dialoguista y previsible para el poder económico. En cambio, y pese a los gestos incesantes en los que buscaba presentarse como un chico bien intencionado, Sergio a veces parecía un adolescente impulsivo e indescifrable. Era un pretendiente que no ahorraba ni gestos ni morisquetas para seducir al establishment, pero no podía enamorar a las facciones más influyentes de los ricos de la Argentina. Massa estaba rodeado por un grupo de poder que tenía intereses propios e incluso contradictorios. En las charlas con sus amigos, afirmaba que no quería ser empleado de ninguna corporación y que pretendía “ser

dueño”. Brito decía que esa era la única similitud que Massa tenía con Kirchner: era visto como alguien difícil de conducir. “Él quiere tomar sus decisiones. No ser empleado de ninguna corporación. Escucha, pero decide”. Más allá de la sobreactuación y de las alianzas que el santacruceño había sellado con distintos grupos de poder (petroleras, grupos de medios, constructoras amigas, bancos, automotrices, mineras), conservó siempre la capacidad de sacudir el mantel y hacer volar por los aires cualquier alianza ante lo que consideraba incorrecto. Eso es lo que Massa decía que buscaría reservarse como potestad, pese a que banqueros, petroleros, dueños de medios y empresarios energéticos eran una parte esencial de su intimidad y su proyecto de poder.

Carlos Pagni, columnista estrella de La Nación, había anticipado algo de eso, unos meses después del triunfo arrollador del Frente Renovador en la provincia de Buenos Aires: “Creo que hay miedo a Massa. Lo ven como una especie de Néstor joven, que se comió de un bocado a Cristina y a Scioli, y ahora dice ¿qué hay para comer hoy? Los gobernadores peronistas y los empresarios no quieren eso. Quieren un Scioli. ¡Pero perdió! Por eso lo quiero a Scioli. Un Duhalde, un poco de paz, que el ajuste que viene sea conversado. El establishment, en el verdadero sentido de la palabra, tiene problemas con Massa. Scioli entrega el ministerio: le dio la llave del Banco Provincia a Eurnekian. Massa va a negociar con Eurnekian. Si querés, me parece que Massa tiene mayor aprecio por la autonomía política que Scioli. Y tiene un coraje y una vocación por intervenir en las cosas, por decir ‘armo una estructura de poder, armo intendentes, armo sindicatos, hago una propuesta, después discutimos qué propuesta’. Eso me parece más interesante que Scioli, que dice ‘la corriente es más eficiente que yo’”.[21]

Esa percepción de Pagni coincidía con una frase que los que buscaban darle épica al massismo le atribuían a Kirchner: “Néstor decía que iba a llegar: primero porque es un hijo de puta. Segundo porque tiene amigos con plata”.

Brito tenía una vieja idea que abrevaba en la plataforma inconclusa de su amigo, el exgobernador de Salta Juan Carlos Romero: lograr que los cuatro o cinco candidatos con más chances firmaran un compromiso de diez puntos básicos sobre la Argentina del mañana. Apuntar a un país previsible, creíble y un poco más amable con el empresariado. Garantías. Era lo que pregonaba en los asados que organizaba en Mamá Ganso, la famosa chacra de La Barra a la que le gustaba llegar en su helicóptero personal. Allí, rodeado de carpinchos, ciervos, gansos y patos, Brito congregaba a los empresarios más importantes

de la Argentina y a sus amigos. Cuando se le preguntaba por las conspiraciones que se amasaban en ese refugio, minimizaba la capacidad de esa secta de dueños: decía que eran pocas, no tanto porque no existiera voluntad sino porque no estaban dadas las condiciones: “Están todos en pedo y nadie dice nada serio”, se reía.

Algo molesta porque el massismo le había arrebatado cuadros y dirigentes que ella se había dedicado a formar con esmero durante años, Elisa Carrió era una de las almas puras que sostenía que a Sergio lo financiaba Brito. Pero la fundadora de la Coalición Cívica, además, aseguraba –con esa naturalidad con la que peregrinaba por los medios del establishment cada vez que sentía ganas– que Massa tenía relaciones con el narcotráfico. “Massa es ir al Estado narco. Por lo menos tiene relación con el narco, ya lo denuncié por el caso ‘fondo blanco’”,[22] dijo en una entrevista con Perfil, en referencia a una investigación por narcotráfico que encontró, en un allanamiento, una carta en la que uno de los involucrados escribió que “el alcalde de Tigre [Sergio Massa] había avisado sobre un expediente judicial y un posible allanamiento”. “Que Massa explique cómo en la provincia de Buenos Aires está todo el cartel intermedio de Medellín viviendo en Nordelta y en el Tigre. Que lo explique Massa”, había dicho en TN unos meses antes.

Algo similar solía afirmar el entonces secretario de Seguridad de la Nación, Sergio Berni. Esas insinuaciones puntuales abrieron paso, poco después, al ventilador con el que Carrió destripó a Massa en el camino a las presidenciales de 2015, cuando organizó su retirada del sello progresista UNEN y saltó a los brazos de Macri.[23]

Del financiamiento de la campaña de Massa también dependía en parte el rumbo económico de un eventual gobierno del Frente Renovador de cara al 2015. De Mendiguren –que había sido el jefe de preceptores de Brito en el Colegio Pablo VI– sostenía que existía una discusión entre el club de la deuda y el club de los devaluadores, del que no se sentía parte, pese a haber sido el ministro de Producción de Eduardo Duhalde a partir de 2002. Se trataba de la disyuntiva entre un programa económico como el que Peirano redactó durante todo un fin de semana de 2013, antes de sentarse a solas por primera vez con Massa: su visión de la Argentina, los errores de la política económica desde 2011 y las medidas que había que tomar, con eje en la integración regional con Brasil; o bien un regreso a las fuentes de la ortodoxia, como planteaba Redrado, el mencionado economista de reconocidas credenciales que, así como había sido parte del kirchnerismo, era capaz de ofrecerse como salvación al debutante Alberto Fernández y de empatizar hasta mimetizarse con los

economistas del PRO. En ese amplio arco de alternativas, Massa era ya entonces capaz de elegir cualquiera, y una década después todavía lo es. En su manual de conducción, la frontera entre el pragmatismo y el oportunismo era apenas divisible y eso redundaba en dos características: capaz de ser socio de cualquier proyecto político, el rumbo que puede adoptar sigue siendo impredecible. ¿Para quién y con quién va a gobernar Massa si cumple alguna vez su sueño de ser presidente?

Entre sus patrocinadores y financistas, entre sus socios y amigos, Massa es todavía hoy el raro exponente político de un bloque de poder de base empresaria que abreva en el peronismo. Aun licuado en su capital electoral, la alianza con Cristina Fernández lo reubica como potencial candidato y lo sostiene como eje de esa tensión entre el poder económico y la mayoría ajustada de sus eventuales votantes. Su llegada al Ministerio de Economía con el aval decisivo de la vicepresidenta acentuó su perfil ortodoxo, porque Massa combinó las concesiones a sectores de altísima rentabilidad, como las grandes cerealeras –que reclamaban el acceso a un dólar preferencial como aquel del cual disfrutaban los importadores– con la licuación de ingresos vía inflación de los asalariados, los jubilados y los beneficiarios de planes sociales. Para esa operación que arriaba casi todas las banderas del kirchnerismo histórico, Massa avanzó a su manera, con un blindaje mediático descomunal.

Para recorrer un sendero económico de reducción del déficit fiscal y gestos permanentes al dios mercado, según la definición de Manzano, Massa logró reunir el apoyo discreto pero esencial de Cristina con los elogios del Fondo Monetario y las metáforas de aprobación de Carlos Melconian, otro de los puentes de plata que unían al exintendente con Brito. “Sin cinismo, desde la buena leche, estoy muy contento. Es lo mejor que nos ha ocurrido desde lo conceptual. No Massa, este gobierno, esto para la Argentina es buenísimo porque han perdido la virginidad”, dijo Melconian –el economista que se formó en la escuadra de Miguel Ángel Broda– en la Bolsa de Comercio, a poco de andar la gestión Massa. Ni siquiera la aventura de Macri, tan aclamada por los factores de poder internos y externos, contó con una narrativa tan favorable por acción y omisión. El ministro de los Fernández combinó el respaldo contundente de los grandes tanques de la comunicación –solo algunos periodistas de trayectoria se animaron a tratarlo con distancia crítica– con la vista gorda mayoritaria de la galaxia de medios que se mueve en torno al peronismo de Cristina. Con el Frente de Todos en su último período de gobierno, la política se ordenó en torno al ajuste, y los medios de comunicación, casi por unanimidad, se plegaron a ese consenso que digitaba Massa.

La liga de los anfibios

La muerte de Brito, a fines de 2020, en un accidente de helicóptero en las montañas de Salta, representó un golpe durísimo para Massa. En lo económico, por supuesto, porque el dueño del Banco Macro tenía con el entonces presidente de la Cámara de Diputados un vínculo de lo más estrecho y era proclive a darle todo lo que le pedía. Pero no solo por eso. Brito cumplía además un rol esencial para Massa, tanto en lo afectivo como en lo político. Difícil de reemplazar.

Brito dejó una herencia millonaria para sus hijos, y a Jorge Pablo, el mayor de sus herederos varones y presidente de River desde diciembre de 2021, en la comandancia del banco familiar. De llegada inmejorable a Massa, Brito hijo quedó como administrador del fideicomiso que había armado su padre para incluir todos sus activos. Sin embargo, el entonces presidente de la Cámara de Diputados comenzó a lamentarse enseguida porque Jorgito Brito no asumía el rol político que su padre cumplía con naturalidad, como parte de un trabajo que le permitía al exintendente contar con su amigo para salir a imponer jugadas de lo más disimiles. En eso Brito padre no tenía relevo. Pero en otros planos, Massa siguió contando con el circuito de relaciones que rodeaba al dueño del Macro.

Casi como si hubiera sido uno más de los beneficiarios del patrimonio del banquero fallecido, Massa heredó la relación con la familia y lazos que le servirían de mucho para continuar activando en función de sus intereses como parte del Frente de Todos. Uno de ellos era el fantasmal David Martínez, un lince para los negocios al que le encantaba sacar partido de países en ruina a partir de un método recurrente: participar en la reestructuración de deuda de los sectores público y privado para comprar bonos de remate y venderlos caros después.

Nacido en Monterrey, Martínez se vende a sí mismo desde hace años como el mexicano más influyente de Wall Street. Como parte de un juego paralelo que lo elevaba a él pero no siempre beneficiaba la postura argentina, a partir de 2020 Massa lo convirtió en su principal interlocutor durante la pulseada que Guzmán mantuvo con los bonistas extranjeros como ministro de Economía del Frente de Todos (véase el capítulo 14).

Cuando Massa asumió como superministro de Economía, a mediados de 2022, ilustró con un nombramiento en su cartera la deuda de origen que tenía con Brito. Llevó a la salteña Flavia Royón como secretaria de Energía, pese a que tenía escasos antecedentes en el área. Royón había sido, durante poco más de un año, secretaria de Minería y Energía en su provincia, pero su mayor mérito era haber trabajado durante quince años como gerente general en el frigorífico Bermejo, de la familia Brito. Bastante más importante que su designación fue otro homenaje póstumo del exintendente a Brito. Massa debutó en el ministerio con un seguro de cambio para los bancos: les ofreció un bono dual por el cual se aseguraban no perder de ninguna manera ante la deriva accidentada del gobierno. El ministro ofrecía a las entidades financieras un canje de letras del Tesoro por un bono que ajustaba a un año de plazo por dólar o por CER, la variable que resultara más favorable al inversor en cada caso. Así, los bancos cobrarían la tasa más beneficiosa, tanto ante la eventualidad de que la devaluación superara a la inflación como en el caso de que el IPC se elevara más que la cotización del dólar. Brito se hubiera sentido orgulloso de su “hijo político”.

El caso del fundador del Banco Macro es ilustrativo también porque fue el más íntimo y emblemático en el amplio abanico de relaciones que el exintendente de Tigre construyó a lo largo de su carrera. El líder del massismo, el jefe de su propio proyecto, sufre esa adicción al poder que lleva a determinada clase de dirigentes a vivir para la política. Pero además tiene una característica que lo distingue: la palabra de los dueños tiene para él un valor inigualable. Por eso, Massa encontraba en Brito una voz de importancia descomunal. Algo similar le sucedía con Alberto Pierri, otro de los pesos pesados que habían tenido la capacidad de moverse entre dos mundos, de empresario dueño de Papel del Tucumán a presidente de la Cámara de Diputados y luego poderoso cableoperador a la salida del menemismo.

Como el banquero Brito, como el accionista principal de Telecentro, como el multirrubro José Luis Manzano, Massa se inspira en esas criaturas anfibias del poder que habitan en la frontera porosa de la política y los negocios, hasta convertirlas en parte del mismo ecosistema. El lazo que entabla con ese tipo de exponentes confirma que encuentra en ellos un tipo de inspiración esencial y que su ADN es muy distinto al de los políticos tradicionales que se despreocupan del poder económico o consideran secundario rendir esa materia crucial.

En ese aspecto, es posible encontrar cierta similitud entre Massa y Kirchner. Sin embargo, Kirchner tenía con los empresarios una relación distinta, que podía observarse en la forma en que intentaba

subordinarlos a su proyecto de poder. El expresidente reinventó el concepto de “burguesía nacional” para proyectar a nivel nacional a concesionarios de la Patagonia como Lázaro Báez o Cristóbal López; hizo apuestas riesgosas, como la de catapultar a la familia Eskenazi, dueña del Banco de Santa Cruz, para emprendimientos audaces como la argentinización trucha de YPF, o darle aire a Mindlin para debutar en el rubro energético y quedarse con el paquete accionario de Edenor; y jugó en favor de empresarios como los de Electroingeniería para que crecieran, a fin de competir con Techint en obra pública y quedarse con la construcción de las represas de Santa Cruz. Pero, además, Kirchner mantuvo una relación de asociación y tensión con familias históricas del establishment como Bulgheroni, Eurnekian, Coto y el Grupo Clarín. En Massa, ese nexo es el de un chichoneo que impide la distinción entre el político y los empresarios, pero también entre el jefe y sus subordinados. A diferencia de ese Kirchner que buscaba imponerle al poder empresario una orientación –muchas veces sin lograrlo–, Massa aparece demasiadas veces como un delegado de ese grupo de poder que lo rodea.

Un dirigente del PRO que fue parte del menemismo, compartió con él la epopeya de Ramón “Palito” Ortega y lo frecuenta desde entonces coincide con los que piensan que Massa es indescifrable, pero va un paso más allá en la definición. Dice que puede ser presidente como él sueña o puede terminar como “el próximo Manzano”. El “mini Manzano” que descubrió Vila hace casi dos décadas, cuando lo vio por primera vez, permanece todavía hoy en estado de mutación, evaluando posibilidades de manera obsesiva, con la tentación de tomar la ruta más directa al poder.

Cuando Brito murió, Massa ya había perdido a Pierri, otro de sus grandes aliados, en el camino. El Decreto 690 de Alberto Fernández para declarar servicio básico esencial a las telcos y la apuesta del exintendente para que Disney se quedara con el negocio del fútbol terminaron de distanciar de Massa al extitular de la Cámara de Diputados del menemismo. Si durante años la pantalla de Canal 26 había sido una marquesina en la que Massa desfilaba casi sin contratiempos, a partir de entonces dejaría de gozar de ese beneficio. Para quien era ya el gran socio político de Máximo Kirchner, se trataba de una cuestión menor, porque el grupo América hizo honor a su historia y siguió funcionando como la nave insignia de un massismo comunicacional en expansión vertiginosa. No se trataba solo de la amistad de hierro y el padrinazgo que la sociedad Vila-Manzano seguía defendiendo en relación con Massa. A eso había que sumarle las oportunidades que el holding encontró gracias al Frente de Todos y a una plasticidad indudable.

Así como Massa había logrado pasar de ser el jefe a medida que Macri soñó para el peronismo del orden a ser garantía de Cristina para la gobernabilidad, el Grupo América había mutado de vocero del lawfare a partidario de la cadena nacional con la transmisión de actos oficiales que mostraban a Alberto Fernández, Axel Kicillof y sus ministros hablando de las bondades de la gestión, mientras el macrismo hard incendiaba las redes sociales y maldecía a sus aliados de ayer.

Massa no solo se quedó con Vila-Manzano. Además potenció su relación con Mindlin, el hombre corcho que demostró una facilidad envidiable para pasar de comprarle la empresa del clan Macri al primo del expresidente, Angelo Calcaterra, a codearse con toda la cúpula del todismo. Denunciado en campaña por el candidato Alberto Fernández como uno de los grandes amigos del poder que se había beneficiado con el tarifazo de Macri, Mindlin no tuvo trastornos de ningún tipo para adaptarse a la era de la unidad peronista: logró en poco tiempo ser presentado como ejemplo del empresariado nacional por un Alberto que evidenció en la Casa Rosada la nula estima que tenía por su propia palabra. De la mano de Massa, Mindlin conoció a Máximo Kirchner, compartió actos con el gobernador Kicillof en La Plata y se cansó de enviarle emisarios a Cristina. Pero con ninguno tuvo la sintonía que logró con Massa.

La amistad había crecido en intensidad en un momento clave, a mediados de 2018, cuando los “cuadernos de Centeno” rozaron al dueño de Pampa Energía y los pesos pesados del establishment vivieron una temporada inimaginable bajo un gobierno de cuna empresaria. Entre los que se vieron obligados a presentarse en Comodoro Py, fueron procesados o conocieron la cárcel, estuvieron empresarios de una cercanía indudable con Macri y una importancia mayor, como Rocca y Betnaza, de Techint, o Calcaterra y Javier Sánchez Caballero de IECSA. Pese a sostener un vínculo de lo más estrecho y familiar, Macri no salió en defensa de ninguno de ellos y los dejó librados a su suerte. El caso de Mindlin fue sintomático, porque apareció justo en el inicio del macrismo para comprar la empresa que quería vender el primo del presidente. En plena saga del “Centeno gate”, Alejandro Bercovich reveló en el diario BAE que el chofer de Roberto Baratta había estacionado en el edificio de Pampa Holding y el show del francotirador Claudio Bonadio tuvo que incluir al zar de la energía en el expediente de los cuadernos. Por entonces dueño de Edenor, Transener y Petrobras, el empresario que había sido uno de los grandes beneficiarios de la brutal transferencia de ingresos del tarifazo dejó trascender que, en esa instancia, no recibió ayuda del egresado del cardenal Newman, sino de ese PJ judicial que –aunque hoy todos los involucrados prefieran relativizarlo– tenía a Massa entre

sus máximos exponentes.

Premeditado o no, a Mindlin le tocó declarar ante Bonadio el Día de la Lealtad peronista. Dos semanas después, el 30 de octubre de 2018, hizo una fabulosa demostración de poder: reunió a todo el arco político en el Centro Cultural Kirchner, para presentar el proyecto de remodelación del Museo del Holocausto. Massa y Rodríguez Larreta fueron los dos escoltas en la galería de fotos gigantescas que publicó el portal de Hadad y que incluía a Vila, el financista Javier Timerman –primo de Mindlin–, Carlos Melconian, Miguel Ángel Broda, Martín Etchevers –de Clarín–, Miguel Ángel Pichetto, Juan Manuel Urtubey, Diego Bossio, Hernán Lombardi, Guillermo Yanco, Marcos Galperin, Eduardo Elsztain, Marcelo Longobardi, Jorge Lanata, Alejandro Fantino y Jorge Fontevecchia. Casi como si fuera el anfitrión, Massa contaba con la distinción de ser el único que se repetía en las fotos.

Siempre en busca de soplar para donde cree que va el viento, el dueño de Pampa Holding había cursado invitaciones para todo el espinel del poskirchnerismo, pero había dado a su entorno la orden especial de premiar al primero que le avisara de los pasos del depredador Bonadio. Entre los asistentes había varios que conocían al juez federal, pero solo uno estaba destinado a ganar la carrera por la primicia; a Massa, ese político de fronteras difusas que en aquella época hacía cotizar alto su llegada al verdugo de Cristina Kirchner, le alcanzaría un mensaje de tres palabras y un número para cumplir con creces su misión: “Mañana, a las 11.30”. A esa hora del 27 de noviembre de 2018, Bonadio daría a conocer el sobreseimiento del rey del tarifazo a través de canales amigos. Lo que no había logrado la cercanía de Mindlin al macrismo lo había conseguido el dirigente del peronismo que había registrado la marca de la avenida del medio, venía de ser humillado en las elecciones de 2017 y parecía, a esa altura, perdido en un callejón sin salida.

Ya con la familia ensamblada del Frente de Todos en el gobierno, Massa volvería a ser útil a los fines de Mindlin en el nuevo escenario, ayudándolo a lograr un prolongado alto el fuego por parte de Cristina y abriéndole las puertas del nuevo esquema de gobierno. No lo haría de oficio, sino como parte de su propio guion para sumar empresarios de peso en su –accidentado pero continuo– camino hacia el poder.

Ese arco de relaciones aceitadas sería clave para apadrinar su gestión como ministro de Economía. Massa asumió como interventor del gobierno con el apoyo simultáneo de dos polos antagónicos: el de los jugadores más activos del establishment y el de la vicepresidenta. Logró unir el agua y el aceite. Tuvo mucho apoyo del poder

económico y de la embajada de los Estados Unidos, pero tuvo además el aval de Cristina.

Tras el incendio de todas las promesas que representó la aventura del macrismo en el poder y la trituradora de ilusiones que resultó el volver mejores, Massa encarnaba el último esfuerzo de las élites dirigentes para eludir el colapso.

■

[17] Brito padre y Martínez eran socios en Genneia, una empresa dedicada a la producción de energía renovable en Chubut.

[18] En septiembre de 2009, el radical tucumano José Cano apuntó contra Papandrea como asesor de la Jefatura de Gabinete de Massa en el marco de una denuncia contra el gobernador José Alperovich por el proyecto de construcción del Hotel Hilton que llevó adelante el Grupo Macro. La oposición, entre la que se destacaba Cano, afirmaba que Alperovich había beneficiado al banco de Jorge Brito con nueve millones de dólares. En 2014, cuando Massa iba camino a ser candidato a presidente, Cano se acercó y hasta lo invitó a hacer campaña con él en Tucumán. Massa viajó con su asesor de entonces, Joaquín de la Torre. De aquella denuncia no se habló más.

[19] Los detalles de su participación en una operación en la que todos los involucrados salieron perdiendo están en las notas de Hugo Alconada Mon en La Nación y en su libro Boudou, Ciccone y la máquina de hacer billetes, Buenos Aires, Planeta, 2013.

[20] “El tigrense se acerca a Rocca para ganar autonomía ante Clarín”, Perfil, 6 de octubre de 2013.

[21] “El aristócrata que quería ser marginal”, entrevista a Carlos Pagni, Crisis, nº 17, diciembre de 2013.

[22] Entrevista para Perfil, 17 de agosto de 2014.

[23] Véanse en el capítulo 10 las menciones a la causa judicial que involucraba por supuesto encubrimiento de narcotraficantes al fiscal Julio Alberto Novo. Además, Carrió difundía a través de las redes sociales los datos de la causa nº 510.110.801/2012. Sánchez Gálvez, Andrés Mauricio y otros s. Infracción Ley 23.737, tramitada en el Juzgado Federal Criminal y Correccional nº 1 de Lomas de Zamora, a cargo del juez Alberto Santa Marina. En el libro Narcolandia (Buenos

Aires, Sudamericana, 2014), los periodistas Virginia Messi y Juan Manuel Bordón se refieren a una carta secuestrada por la policía que el pastor evangelista colombiano David Andrés Acevedo Muñoz le habría enviado a uno de sus superiores en Colombia narrándole la pelea política en la Argentina. En ese documento, Acevedo Muñoz cuenta que en plena campaña en 2013 un conocido arquitecto de Nordelta llamado Walter Mosca se puso en contacto con él y le contó que Massa le había avisado de la existencia del expediente judicial y de la orden de allanamiento por narcotráfico y lavado de dinero contra el colombiano Jesús Antonio Yepes Gaviria, supuesto empresario de la construcción radicado en Nordelta y parroquiano del templo que dirigía el pastor. Para Massa, según este relato, el motivo detrás de todo eso era la disputa electoral. Las detenciones en Nordelta se produjeron inmediatamente después de las elecciones, y reforzaron la hipótesis de que ese country de Tigre se había convertido en un fortín de narcos. El 7 de diciembre de 2014, los periodistas Cecilia Di Lodovico y Aurelio Tomas publicaron en Perfil que el juez Alberto Santa Marina había ordenado investigar el mail del pastor Acevedo Muñoz, detenido entonces en la cárcel de Devoto. “A Acevedo y a Yepes no los conozco. No tengo ningún problema en que me investiguen de punta a punta”, dijo entonces Massa para desligarse del tema.

7. La Miami del Conurbano

Si El Calafate es el lugar en el mundo de Cristina Fernández, Miami es el de Sergio Massa. Aunque no tiene la posibilidad de viajar tan seguido como quisiera y aunque todavía no se le conocen propiedades en Florida, Miami fascina a Massa.

El empresario mendocino Daniel Vila y el exvicepresidente de Argentinos Juniors Daniel Guerra son dos de los amigos con los que comparte ese norte: más de una década de charlas en las carpas de CR en Pinamar hablando de Miami. Viajando hacia la meca de los empresarios argentinos, donde el metro cuadrado cotiza por arriba de los 5000 dólares y abre oportunidades. Las visitas a Socorro Galmarini de Bidau, la hermana de Malena que vive en Miami, los encuentros con Horacio Rodríguez Larreta en Baires Grill, las vacaciones junto a Jorge Brito padre, los vuelos desde el aeropuerto de San Fernando en el Lear Jet 60 del Banco Macro, los favores a los amigos a los que Sergio puede conseguirles cualquier día desde Buenos Aires una cancha de golf en Miami. Las versiones –desmentidas– de la sociedad anónima que compró un piso valuado en un millón de dólares, en las cercanías de los malls de Bal Harbour. Miami está cerca de Massa.

Hay al respecto infinidad de anécdotas y de momentos inolvidables. El link de Massa con Eduardo Costantini, quien, después de Nordelta, decidió tener presencia en el área de Key Biscayne y Bal Harbour. Las charlas con Alessio Antonacci, el representante de la Cámara de Comercio Argentina de Florida. El viaje con el dueño de medios kirchnerista Raúl Olmos para impulsar la edición internacional de su diario de negocios, el alicaído BAE. En marzo de 2013, tres meses antes de romper con el gobierno nacional, Massa convocó a más de cien desarrolladores inmobiliarios para que invirtieran en Tigre. En el Porsche Design Tower de Miami, les habló junto al mendocino Olmos de las oportunidades de negocios que ofrece el Código de Zonificación de su municipio, y de la transformación que se inició a partir de 2007, con proyectos como Mercados del Delta –de la familia Brito–, el Portal del Puerto, Punto Tigre y, sobre todo, la instalación del Hotel Intercontinental, diseñado por Walter Mosca, el arquitecto que es punta de iceberg, investigado por lavado de dinero y vinculado a narcos colombianos.

Sin embargo, la transformación que el líder del Frente Renovador vendía –como nadie lo hubiera hecho, hacia adentro y hacia afuera– comenzó muy temprano, cuando Massa ensayaba el salto desde la UCeDé al peronismo, veinte años antes de aquel 2013 en el que rompió con el kirchnerismo. Lo cuenta bien Jorge Ignoto, el dueño del complejo Marinas Golf, el primer emprendimiento de lo que hoy se conoce como Nuevo Delta, sobre la ruta 27 y a orillas del río Luján.

Ignoto fue uno de los hombres que vio el futuro y el que inventó la marca: hacer de Tigre la versión de Miami en Buenos Aires. Fue sobre todo el que puso la primera piedra, en los primeros noventa. Desde entonces, dice, lleva invertidos nada menos que 110 millones de dólares. Se inició como agente de Bolsa en la década de 1970 e incursionó después en el rubro textil. El señor Ignoto fue el pionero del nuevo Tigre, aunque pocos se lo reconozcan. No lo dice abiertamente, pero considera que Eduardo Costantini, de Consultatio SA, y Jorge O'Reilly, de Eidico SA, le deben gran parte de lo que son. Además, tiene pruebas: una carpeta de cuero marrón en la que atesora las fotos de la zona donde hoy se levanta Nordelta, antes, durante y después de que el espejismo de Marinas Golf se convirtiera en realidad. Una inmensidad de bañados, un desierto rodeado de agua, los humedales frente a las islas y la nada. "Mirá, yo quiero que vos veas lo que era esto", me dijo después de llevarme a dar una vuelta en su Mercedes Benz por el interior del condominio en el que además vivía junto a seis hijos y catorce nietos.

Ignoto ya tenía entonces un camino recorrido. Fue uno de los empresarios que creó la marca Angelo Paolo, que llegó a ser la empresa de indumentaria más importante de la Argentina con más de cien locales en todo el país.

A fines de los ochenta, de tanto veranear en el exclusivo barrio Williams Islands, en Miami, Ignoto y un grupo de emprendedores amigos apostaron por un sueño: traer Miami a Buenos Aires. Tigre era en ese momento un municipio esquivo para las inversiones. Muy atrás había quedado la era dorada, cuando "lo más granado de la sociedad argentina veraneaba en el Delta". El distrito era gobernado por el vecinalista Ricardo Ubieto, el intendente que llegó al poder de la mano de la dictadura militar y que mucho después se convertiría en el nombre que unificaba en la nostalgia a los críticos de Massa. Los que se quedaron afuera del esquema urbano que planteaba Sergio y se tuvieron que ir. Porque los echaron, los barrieron o los arrinconaron.

Ignoto considera que Ubieto fue buen administrador, el mejor de los 134 que tenía la provincia. Reconoce que embelleció el casco urbano,

la zona en la que vivía él, pero –lo dice con todo respeto– tener a Ubieto de intendente fue “lo peor” que le pasó a Tigre. El dueño de Marinas Golf conserva la fotocopia de la entrevista a doble página donde el vecinalista justifica este rechazo imperecedero con un gran titular que salió de su boca: “El turismo es nefasto para Tigre”. “No se quería abrir al futuro. Massa es exactamente lo opuesto”, me explica Ignoto. Comparado con el superministro de Economía de Alberto Fernández, Ubieto era un conservador popular que, al menos, buscaba mitigar el impacto del progreso sobre los bordes de la sociedad tigrense. Entró a Tigre de la mano de los militares, entre 1979 y 1983, pero después ganó cuatro elecciones y gobernó casi veinte años más. Sergio esperó a que se muriera para ser candidato a intendente. Recién entonces se animó.

Ignoto es hoy el principal accionista de Salpe SA, la empresa que ya construyó cuatro de las seis torres que incluirá Marinas Golf. Pero se acuerda de todos los muchachos que se entusiasmaron con el proyecto, pese a que los trataban de locos. Marinas fue una iniciativa de diez empresarios que comenzó en 1990. Ignoto y Plácido Nápoli eran agentes de Bolsa. Los hermanos Freddy y Rudy Braslavsky, y Miguel Sulmann eran parte del grupo fundador.

El barco del futuro

Aunque aquel Massa que jugaba a la emancipación la incluía como parte del paquete que alumbraría el poskirchnerismo, la marca Miami era hija del menemismo. Había coincidido con la ampliación de las autopistas –la Panamericana, el ramal a Tigre– y las obras de infraestructura importantes que elevaron el precio del metro cuadrado en lugares que, hasta entonces, estaban al margen del desarrollo tal como se lo entiende hoy.

El dueño de Marinas Golf lo cuenta con entusiasmo y se desvive por explicar la transformación de este universo que, a determinadas horas, tiene la bendición de estar a veinte minutos en auto de la Capital Federal. Sentados en el restaurante que da al río Luján, me lleva a ese día en que Carlos Menem bajó –ahí mismo– de un yate junto a Ramón Hernández y Miguel Ángel Vicco. Se acuerda como si fuera hoy, y es lógico. El presidente lo llamó por teléfono el 25 de diciembre de 1992, a las 12 y media del mediodía. Esa Navidad, Ignoto estaba almorzando con su familia en Flores, pero Menem –que estaba recién separado de Zulema Yoma– no tenía esas obligaciones. “¿Podremos ir hoy a conocer tu proyecto?”, le preguntó. Tres horas después, en los humedales de Rincón de Milberg desembarcaba el presidente junto a una corte de doscientas personas. Ignoto me muestra las fotos de aquel Menem joven con entretejido capilar, dispuesto a refundar la Argentina. El día estaba nublado y, sin embargo, la épica envolvía a los que creían que Miami era posible.

Ignoto había tenido la suerte de conocer a Menem en La Rioja, cuando era gobernador. Para Ubieto y sus colaboradores –más tarde, opositores al massismo– el expresidente fue clave en los inicios. El dueño de Marinas me lee las cartas afectuosas con los españoles del Banco Santander, que le otorgaron un crédito fabuloso para empezar.

Como Menem, aunque con un grupo de seguidores algo más discreto, también Massa bajó de un yate en este mismo lugar algunos años después. Un barco que, según los conocedores, no podía costar menos de cinco millones de dólares, pero que seguramente no era suyo, porque no figuraba en la declaración jurada ni en las investigaciones especiales con las que lo escrutaban –allá lejos– los dueños de los medios kirchneristas. Como precoz candidato a presidente, Sergio organizaba las reuniones del Frente Renovador en Marinas Golf. Tenía

una amistad entrañable con Ignoto, que hubiera podido ser su padre y que se llevaba muy bien con “Fofó” y Lucy, los padres de Massa, desde el momento mismo en que Ignoto decidió abandonar su candidatura a intendente de Tigre en 2007 y contribuyó de manera decisiva con unos cuantos votos –en 2003 había conseguido 8900– para que Sergio llegara. El entonces titular de la Anses hizo campaña con Néstor y Cristina Kirchner en el territorio, pero en Tigre a la lista del Frente para la Victoria le faltaron 5000 votos, y Massa logró convertirse en jefe comunal con la lista colectora de una agrupación municipal que juntó 11.000 adhesiones.

Ignoto no solo puso la primera piedra. Además, inventó la marca que Sergio promocionó por el mundo. Porque en Miami observó que los countries de casas bajas, que en la Argentina comenzaban a brotar como hongos, allá eran una excepción. Desarrolló, entonces, a imagen y semejanza el sistema en torre frente al río Luján que ofrece ventajas innumerables. “Sin piletero, sin jardinero, sin casero. La torre te brinda una vista incomparable, te da seguridad y es funcional. En lugar de tener un patio de mil metros, tengo un patio de cuatrocientos mil metros”. Las moles de Marinas tienen diecisiete pisos y todas las habitaciones de los departamentos miran hacia el Delta.

En su carpeta de cuero marrón, Ignoto tiene también un ejemplar de la revista Viva de la década de 1990 que titula “Miami en Buenos Aires”, y una publicación de los años previos al estallido de la Convertibilidad, que habla de las bondades de Nordelta, pero muestra con fotos a página completa las instalaciones de Marinas Golf. No le gusta hablar mal de nadie, pero en su fuero íntimo aloja la convicción de que no fue un error sino una política de Consultatio: vender como propio lo que había construido él.

Desde que Massa arribó a la intendencia en 2007, la marca Miami trascendió las fronteras. Sergio hizo dos cosas fundamentales, que nadie había hecho: empezó a mencionar a Miami desde su lugar de Estado y a organizar eventos que se televisaban para todo el país. No es poco. Por lo demás, continuó con la política urbana –incluidas las palmeras de los angostos bulevares– que Ubieto y el menemismo habían diseñado, pero con escasa consideración por los desplazados. Ahora que las inversiones se multiplicaron en esa zona, parece fácil, pero en 1992 no lo era. “Había que extender la red de gas seis kilómetros; la red de luz, dos kilómetros; la red de agua, siete kilómetros, y rellenar dos metros de altura el terreno”.

Fernando Galmarini se acuerda de todo eso porque de niño iba a pescar ranas y a jugar a la pelota en los humedales. Más tarde, lo trajo

de regreso la militancia de los años setenta y, finalmente, el gobierno de Menem. “Era un lugar fulero, muy ‘brepo’. San Isidro y Vicente López, San Fernando era medio pelo y Tigre era la pobreza. Don Torcuato, Benavídez, Bancalari. El peronismo ayudó mucho. El peronismo de Menem y el de Duhalde en la provincia. Creo que ha sido casi refundado. Yo le di la campanada final a la vieja estación, y a la nueva estación“, me dice en un bar de Las Cañitas después de charlar un rato largo con su amigo Daniel Hadad.

Nordelta y la senda del pasado

Antes de Marinas Golf, solo existían en Tigre dos barrios cerrados: Boat Center y Hacoaj. Era el tiempo en que un terreno valía 5000 dólares, no 200.000 o 300.000, como ahora. Había, sí, un viejo proyecto del ingeniero Julián Astolfoni que estaba congelado desde 1972. El "Tano" fue el creador de Supercemento, la constructora que era dueña de las mil seiscientas hectáreas en las que hoy se levantan los veinte barrios cerrados que forman el territorio emancipado de Nordelta. Y mil seiscientas hectáreas –apunta el Pato Galmarini– son más que San Fernando, el municipio vecino a Tigre sobre el que Massa primero extendió su influencia.

Los trazos originarios de la Ciudad Pueblo, como la llamó Costantini, comenzaron a bosquejarse en la década de 1970, pero pasaron casi treinta años para que empezaran a comercializarse las primeras propiedades. El masterplan incluía en su etapa inicial movimientos de suelos, creación de espejos de agua y obras de saneamiento: una ecuación topográfica que hoy es el know how esencial del negocio inmobiliario en Tigre y gran parte de la región metropolitana norte. Y después, centro comercial, estación fluvial, guardería de lanchas, el shopping de doce mil metros cuadrados, el hospital y las escuelas privadas.

A veces, la historia es ingrata. El menemismo, que puso los cimientos de una sociedad replegada hacia el mundo de lo privado, no pudo disfrutarla como hubiera querido. En 1999, cuando Carlos Menem tuvo que abandonar el poder, vio la luz Nordelta. Entonces, cada terreno se cotizaba a sesenta dólares el metro cuadrado. Hoy, la misma superficie cuesta, como mínimo, el doble. Los lotes de Alameda –barrio pionero– salieron a la venta a ochenta dólares el metro cuadrado. Hoy su precio se cuadruplicó.

"De afuera, se ve que Nordelta es un gran negocio. Que la tierra valía cinco dólares el metro cuadrado en 1998, cuando nosotros ingresamos, y ahora el metro cuadrado se vende a ciento ochenta dólares. Vos decís: Pero, ¿cómo? ¿De cinco a ciento ochenta dólares? Cinco es la tierra bruta; cuando vas a la tierra neta, esos cinco por ahí son doce, trece, catorce, un rendimiento del 40%. La tierra, en estos desarrollos, es lo que menos vale", me dice Costantini en su oficina del Malba una mañana de abril de 2014.

La Ciudad Pueblo, en la que hoy viven cuarenta y cinco mil personas de manera estable, no está frente al río Luján: sale hacia el río a través de un arroyo. Por eso, Ignoto –en una discusión imaginaria con el omnipresente cerebro de Nordelta y del Malba– vuelve a decirme que Marinas Golf fue el ancla de Tigre y que aún hoy es el epicentro del llamado "Nuevo Delta".

Lo cierto es que Marinas, Nordelta y Santa María de Tigre conviven en esa zona de Benavídez donde el metro cuadrado de los humedales se disparó hacia las nubes. Son una gran familia, pese a los juicios de Ignoto contra Jorge O'Reilly, a quien acusaba de haberle arrebatado –también a él– un pedazo de costa. Los hermanan asimismo las denuncias de asambleístas y de una nueva camada de afectados por el progreso: los vecinos inundados de Tigre, una pauperizada clase media que vio cómo el agua los tapaba y, a su alrededor, los countries se elevaban como si fueran habichuelas mágicas.

Con Massa como broker inmobiliario, Tigre pudo volver a sus raíces, retornar a ese pasado en el que la oligarquía argentina lo tomaba como el lugar ideal para irse de vacaciones, cuando en el Delta llegaron a vivir cincuenta mil personas. La era dorada de la que me habla Ignoto con las manos abiertas, como si quisiera trasladarme a ese tiempo, entre el Centenario de 1910 y el fatídico 1933. Ese es el año de la maldición, cuando una ley obligó a cerrar la primera ruleta del país que funcionaba en el Tigre Club, hoy Museo de Arte. El Tigre Hotel tenía tres pisos y había sido construido en el terreno contiguo con materiales traídos de Europa en 1890. La idea había sido del ingeniero Emilio Mitre, y el impulso, de un grupo de remeros de clase alta que –como ahora todos– tenían el río vedado en la ciudad de Buenos Aires. Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni y Rubén Darío –que ahí mismo escribió su poema "Divagación"– conocieron ese mundo de lámparas francesas y espejos venecianos.

La crisis de 1930 y la decisión de mudar el casino a Mar del Plata clausuraron esa etapa y abrieron la decadencia de Tigre. Cuando la ruleta fue trasladada a La Feliz para alejarla del gran centro urbano porteño, Mar del Plata comenzó a crecer y Tigre, a desfallecer. Son muchos los que ubican esos años de la década infame como la abrupta clausura de un futuro que tardaría siete décadas en renacer.

Los noventa y también el tiempo largo del auge kirchnerista, en que la especulación inmobiliaria fue la vedette del escenario urbano, reposicionaron Tigre como un lugar amable para vecinos distinguidos.

El municipio que Massa llevó a Florida, a la televisión y a los

almuerzos con Mirtha Legrand contaba con dos ventajas. Era dueño de uno de los pocos deltas navegables que existen en el mundo y estaba a veintiocho kilómetros de una ciudad, Buenos Aires, que le daba la espalda al río, en contraste con lo que pasa en otras metrópolis que todo desarrollador urbano tiene en su cabeza: Río de Janeiro, Montevideo e incluso San Francisco.

La fe de los emprendedores

Junto con Marinas Golf y Nordelta, nadie puede negar la importancia que tuvo Emprendimientos Inmobiliarios de Interés Común (Eidico). Su creador fue Jorge O'Reilly, presentado más tarde como el hermano pobre y pendenciero de los grandes desarrolladores que hicieron de su sello una credencial que multiplicaba inversiones. Sin embargo, O'Reilly era descendiente de la familia Lanusse y podía reclamar derechos de propiedad sobre el Nuevo Delta, porque comenzó en 1994 con Santa María de Tigre, el barrio en el que todavía vive. El mismo en el que hizo de anfitrión para que Massa le dijera a la embajadora estadounidense Vilma Martínez que Néstor Kirchner era un monstruo y un perverso.

Es cierto que, a diferencia de Ignoto y de Costantini, O'Reilly fue creciendo de a poco. Puchito a puchito. Por eso, sus veinte barrios cerrados en tierra massista estaban separados por calles públicas que no había tenido chance de privatizar. Primero compró un terreno y construyó; después otro, y así. El complejo Villa Nueva que hoy incluye doce barrios náuticos y tres abiertos se generó con esa lógica. No fue pensado como una ciudad, pero llegó a comprender un radio de ochocientas cincuenta hectáreas, la mitad de lo que es Nordelta.

A sus 54 años, ya corrido de la escena, O'Reilly puede admitir que era un personaje taquillero para ser narrado por el periodismo. Egresado del colegio Cardenal Newman, como Mauricio Macri, desarrollador inmobiliario, exjugador de rugby del CASI y supernumerario del Opus Dei, su nombre trascendió cuando en 2008 Massa lo llevó como asesor ad honorem a la Jefatura de Gabinete. El periodista Claudio Mardones, especialista en temas vaticanos, afirmó en Tiempo Argentino que distintas fuentes eclesiásticas lo vinculan a la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, el movimiento cismático creado por Henri Lefebvre.[24]

Eidico debutó hace más de veinte años con Santa María de Tigre y no paró de crecer. Más tarde vinieron Altamira (1996), El Encuentro y los doce barrios santos del complejo náutico Villa Nueva: Santa Catalina (1997), Santa Bárbara (1998), San Isidro Labrador (1999), Santa Clara (2000), San Agustín (2002), San Marco (2003), San Francisco (2004), Santa Teresa (2004), San Gabriel (2004), San Rafael (2004), San Benito (2005), San Juan (2006) y Santa Ana (2013).

Eidico construyó Santa Catalina sin habilitación municipal, en 126 hectáreas con salida directa al río Luján a través del canal Villanueva, y Santa Bárbara, en 241 hectáreas usurpadas al Estado por Telecom.[25] La factibilidad de Santa Catalina fue otorgada por la gestión Massa varios años después de que el barrio estuviera construido. Según un trabajo del ambientalista Ricardo Barbieri[],[26] San Isidro Labrador, Santa Catalina, Santa Clara, San Agustín y Santa Teresa se abrieron a la construcción edilicia sin hacer las obras de infraestructura mínimas que exige la ley.

¿Qué habrá visto Massa en O'Reilly para creer que sus saberes podían germinar como parte de la política del kirchnerismo? Para tratar de entenderlo, un mediodía de verano me propuse recorrer el mundo privado que O'Reilly diseñó a lo largo de dos décadas de esfuerzo. Desembarqué escoltado por el personal de la empresa, y vi una enorme olla de catorce metros de profundidad, donde Jorge pensaba fabricar su próxima laguna, con una cota de construcción de 3,75 metros. Elevación de suelos con la misma tierra, en la que se abre a continuación un espejo de agua. Relleno, dragado, retroexcavadoras, pólder, palangana; una ingeniería que ya no tiene vuelta atrás.

Los técnicos de Eidico me dijeron que la prioridad era siempre la situación hidráulica: que no afectara a nadie aguas arriba. Y sin embargo, las denuncias de los asambleístas de Punta Querandí le generaron dolores de cabeza que hubiera preferido evitar, porque O'Reilly quería avanzar –y no pudo– sobre las tierras en las que existió un cementerio indígena.

Como un jugador astuto, cebado entre aplausos de su público, en 2009 O'Reilly hizo una de más: quiso ingresar en el mundo de la política sin conocerlo. Él mismo lo admitiría más tarde ante sus amigos en Selquet. Cuando O'Reilly pisó la Casa Rosada, con apenas 39 años, como asesor ad honorem de Massa, jefe de Gabinete, se equivocó. Cuando –en un lapso muy breve– pretendió ser embajador en el Vaticano y dormir al mismísimo Jorge Bergoglio, pecó de omnipotente. Cuando puso su casa –y el vino– para la cena entre Massa y la embajadora estadounidense, volvió a verse desbordado por coordenadas que no maneja.

Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Lo que distinguía entonces a los empleados de Eidico era el orgullo de ser parte de una gesta. Las denuncias que enfrentaba la compañía fortalecían, incluso, ese temple. Hombres y mujeres que se lanzaron guiados por la prédica de O'Reilly a la conquista del desierto. O de algo bastante parecido, los humedales de Tigre, pantanos improductivos donde se levantaron

barrios cerrados en los que se respiraba y vendía seguridad a buen precio. Identidad, familia y esa emoción que sienten los emprendedores. Un modo de vida orientado por la fe en una empresa.

O'Reilly explicó parte de esa filosofía en Una familia, una casa (2013), un libro que a último momento decidió no presentar en la Manzana de las Luces porque se enteró de que el ambientalismo y los vecinos rencorosos de Tigre se aprestaban a participar de un debate que prefería evitar en público. Después de leer sus ciento dos páginas, es natural que a uno le vengan ganas de ir a darle un abrazo. Allí afirma que la base del modelo Eidico estaba en un espíritu cooperativo que buscaba paliar el déficit habitacional "sin grandes capitalistas ni margen empresario": la gran oportunidad para que jóvenes profesionales pudieran acceder a una cuota en pesos. Dice también que cumple con todas las normas de construcción y da una batalla dura contra "las miradas ideologizadas" que advierte entre sus detractores. Como me dijo el propio O'Reilly en su momento: "Es la demagogia de los que tienen un balde ideológico en la cabeza y hacen terrorismo".

Sergio Massa pensó enseguida que esa estirpe forjada en el mundo de lo privado podía hacerle bien a un Estado cansado y burocrático, en el que mover un expediente consume una energía y un tiempo desmedidos. Por eso, le pidió a Jorge que lo acompañara en su incursión en la Casa Rosada. Por eso, convenció a O'Reilly para que le prestara al ingeniero Pablo Dameno y lo llevara al municipio. Con esa ilusión de los hacedores, Dameno desembarcó en la subsecretaría de Obras y Planeamiento Urbano de Tigre. Duró tres años bajo las órdenes distantes de Massa: hizo lo que pudo. Después, regresó al Departamento de Aprobaciones de Eidico, donde volvió a respirar tranquilo, otra vez en familia.

El peor escenario

Entre Nordelta, Marinas Golf y Eidico existen diferencias. Si Nordelta se convirtió en un boom con la venta de casas dentro de una ciudad privada, Eidico lo hizo en el inicio con la venta de terrenos hasta que lanzó Eidico Casas. Si el negocio de todo desarrollador es vender e irse, Ignoto y O'Reilly pueden argumentar que viven en el lugar que construyeron y venden. Si Marinas cuenta con poca prensa y Nordelta la tiene toda, la invención del exasesor ad honorem de Massa llegó a tener la peor.

En la era en que Massa se lanzaba presuroso a pelear por la presidencia bajo la identidad prestada de renovador, Ignoto pronosticaba que el corredor de tres kilómetros entre Alba Nueva y Nordelta se convertiría en oro. "Los próximos cinco años va a explotar. El crecimiento es exponencial. Yo tardé veinte años", decía.

El proceso que se inició aquella tarde gris en que Menem bajó de un yate con Ramón Hernández todavía continúa. En La privatopía sacrílega. Efectos del urbanismo privado en humedales de la cuenca baja del río Luján, un libro coordinado por Patricia Pintos y Patricio Narodowski, se lo describe desde un prisma que se contrapone al de los grandes desarrolladores: "De entre los fangos de las tierras inundables de la baja cuenca del río Luján surgieron urbanizaciones cerradas, marinas, lagos, canales, complejos de oficinas corporativas, hoteles de lujo y nuevos centros comerciales con un sorprendente grado de celeridad. Mientras que, en los últimos años de la década del setenta, la superficie ocupada por esos emprendimientos sumaba poco más de doscientas hectáreas, a comienzos de la segunda década de este siglo conquistaban más de siete mil hectáreas de superficie de toda la baja cuenca del río Luján".

Los autores consideraban que ese inédito fenómeno urbano se colocaba entre los cambios espaciales más relevantes y vertiginosos ocurridos en la historia del Gran Buenos Aires. Definían a las constructoras Supercemento y Pentamar como las grandes gestoras de la transformación que consistió en hacer los mejores negocios urbanos en los peores suelos. Supercemento fue la que presentó en los tempranos setenta aquel megaproyecto urbano, Complejo Urbano Integral Benavídez (CUIB), y dos décadas más tarde se asoció con Consultatio para levantar Nordelta. El investigador del Conicet Diego

Ríos marcó que Pentamar y Supercemento Dyopsa –que comenzaron construyendo canales aliviadores– fueron las urbanizadoras de las tierras inundables, moldeadoras de una nueva geografía. Se encargaron no solo de rellenos, canales y marinas, sino también de obras viales, de infraestructura de redes y servicios destinados a las urbanizaciones cerradas.

En 1994, Pentamar compró tierras que anexó a su propiedad inicial y se asoció con Eidico para Santa María de Tigre. A partir de ese primer éxito, adquirió mil doscientas hectáreas más para vendérselas principalmente a Eidico. Por eso, los autores hablaron de una alianza de intereses convergentes entre los actores económicos privados del capital financiero-inmobiliario y el Estado en sus distintos niveles de gestión, con políticas urbanas, hidráulicas y ambientales. Y alertan sobre consecuencias adversas en áreas de extrema fragilidad e inundabilidad que se derivan de transformaciones hasta hoy desconocidas. Era difícil acceder a sus críticas en medio de ese huracán Massa que promocionaba a tiempo completo a la Miami del Conurbano.

A diferencia de Sergio, el vecino de Villa La Ñata Daniel Scioli nunca supo qué hacer con ese crecimiento exponencial de los countries, más allá de cobrarles impuestos. La Ley de Acceso Justo al Hábitat, de 2012 –que obligaba a los barrios cerrados, countries, hipermercados y clubes de campo que ocuparan más de cinco mil metros cuadrados a ceder el 10% de sus terrenos para loteos populares– fue promulgada por el gobernador un año después de su sanción, pero jamás fue aplicada bajo su gestión.

La provincia de Buenos Aires tenía datos parciales sobre lo que sucedía en el municipio que rediseñaba Massa. Los números de la gobernación Scioli de 2013 aseguraban que Tigre había destinado casi el 40% de su territorio al 5% de su población y que había ciento nueve urbanizaciones cerradas en una superficie total de 4299 hectáreas. Pero el propio Massa reconoció en las entrevistas que concedió durante su campaña contra el kirchnerismo que los countries eran 176.[27]

En 2015, en Tigre se encontraba el 11% de las urbanizaciones cerradas de toda la provincia, y el municipio ocupaba el segundo puesto entre los que tenían mayor cantidad de barrios cerrados en su territorio, detrás de Pilar. De las urbanizaciones de Tigre, la Secretaría de Planeamiento bonaerense solo tenía los datos de aprobación de veinticinco de esos condominios: el resto nunca informó a la provincia si contaba o no con la venia municipal.

La explicación sciolista estaba en el Decreto 1727/2002 del exgobernador Felipe Solá, que autorizó a los municipios a firmar un convenio de descentralización para la aprobación de urbanizaciones cerradas. A partir de ese decreto y todavía hoy –doce largos años después– la provincia transfiere las atribuciones 1) de otorgamiento de la convalidación técnica preliminar o prefactibilidad y 2) de convalidación técnica definitiva o factibilidad de los barrios cerrados. Tigre adhirió a la descentralización prevista en 2003 y asumió el compromiso de informar sobre todas las urbanizaciones cerradas. Pero Scioli dijo que Massa no cumplía con esa obligación.

Mientras andábamos entre barrios privados con lagunas artificiales, los cuadros que formaba Eidico me contaban que el metro cuadrado de un terreno baldío que en 2004 costaba 7 dólares llegaba a valer 30 una década después. De todas maneras, ya a esa altura, el dato resultaba para ellos casi anecdótico. “La tierra es inaccesible en Tigre. Hoy no hay más tierra para comprar”, decían. Por eso, Costantini decidió construir Nordelta II, Ciudad del Lago, en el municipio de Escobar.

Los planos de la transfiguración de ese gran Tigre promocionado por Massa difícilmente podrían proyectarse a nivel nacional. Sin embargo, podían conjugarse con lo que el arquitecto Raúl Fernández Wagner, profesor de la Universidad de General Sarmiento y miembro del espacio Habitar Argentina, definía ya a fines de los años kirchneristas como el peor de los escenarios urbanos. Especulación, viviendas vacías, alquileres caros, una clase media que se sumaba a los sectores populares que no podían acceder al hábitat y la suburbanización de élites que se desplazaron hacia las periferias con la construcción de las autopistas.

▪

[24] “La foto con el papa: esa frustración que obsesiona a Massa”, Tiempo Argentino, 10 de febrero de 2014.

[25] En octubre de 2014, el Tribunal Oral en lo Criminal Federal nº 6 condenó al exgerente de Contralor y Auditoría de la ex Entel, Ricardo Fox, a tres años de prisión en suspenso e inhabilitación absoluta y perpetua por el delito de peculado y absolvió a la exinterventora de Entel, María Julia Alsogaray. Véase también la causa Estado nacional-Ministerio de Economía c. Startel SA y otros s. Juicio de conocimiento, en el Juzgado en lo Contencioso Administrativo Federal de Esteban Furnari.

[26] Véase Ricardo Barbieri, “Barrios privados. Cuestionan a Eidico por proyecto urbanístico en zona protegida”, El Tigre Verde, 20 de septiembre de 2012, disponible en <eltigreverde.blogspot.com.ar>.

[27] Un listado –no exhaustivo– realizado en 2013 por el exconcejal Luis Cancelo y Asamblea Delta incluía noventa y una urbanizaciones cerradas que ocupaban un total de 4777 hectáreas.

8. El falso profeta

Llegará un día en que Jorge Mario Bergoglio le conceda finalmente el perdón a Sergio Massa. Si haberse elevado a las alturas vaticanas cuando nadie –salvo él y los ciento quince cardenales que lo eligieron– lo esperaba convirtió al exprovincial de los jesuitas en una persona distinta, ese día tiene que llegar. Seguramente, tardará más de lo que Massa hubiera querido. Mucho más. Pero el día llegará, porque el perdón es divino y Francisco está más allá de todo. Lo tuvo que asumir Cristina Fernández de Kirchner, lo tuvo que asumir su séquito, lo tuvieron que asumir los herejes Mauricio Macri y Jaime Durán Barba, lo tuvimos que asumir los agnósticos.

Desde que Bergoglio se convirtió en papa, la transformación fue notable, quizá copernicana. El cardenal primado de la Argentina sorprendió al mundo con gestos y decisiones que llevaron a las revistas más influyentes a preguntarse si no estaban en presencia de un pontífice revolucionario. Fue una propaladora de imágenes cargadas de sentido, siempre ligado a los humildes, algunas veces en favor de las libertades individuales, indubitablemente en pos de que reine la paz en el universo. El gobierno de Francisco marcó un quiebre y redefinió relaciones hacia adentro y hacia afuera de la Iglesia. Arrancó con un gesto de trascendencia global que resuena hasta hoy: la primera visita oficial que hizo a mediados de 2013 a la pequeña isla de Lampedusa, al sur de Sicilia. El papa llegó al denominado “mar de los naufragios”, frente a las costas de Túnez y Libia, para reunirse con los inmigrantes africanos que arriesgan la vida en el intento por llegar a Europa. Y desde ahí cuestionó la “globalización de la indiferencia”.

Hoy parece que toda la vida fue así, pero Bergoglio aprovechó su llegada al Vaticano para nacer de nuevo en la Argentina. Una vez en el centro de ese Renacimiento, se liberó de los cuestionamientos por su rol durante la última dictadura militar. Las denuncias de Horacio Verbitsky por su actuación en el caso de dos sacerdotes jesuitas que fueron secuestrados en 1976 pasaron de ser un documento concluyente a una demostración más del extravío de un sector –minoritario– del kirchnerismo que nunca entendió los vaivenes de la política.

Como Néstor Kirchner, Bergoglio se purificó haciendo política y dejó

atrás las preguntas incómodas que Luis Zamora, en su rol de abogado de María Elena Funes –una catequista detenida en la ESMA–, le hizo en el arzobispado de Buenos Aires sobre sus reuniones con Emilio Massera, el más ambicioso de los jerarcas que comandó el genocidio argentino.

El papa es dueño de una memoria selectiva. Cuando fue presidente del Episcopado dijo haberse enterado del robo de bebés nacidos en cautiverio al final de la dictadura. Sin embargo, la familia de la nieta recuperada 115, Ana Libertad Baratti de la Cuadra, declaró ante la justicia que Bergoglio lo supo ya en 1977, cuando recibió al padre de Elena de la Cuadra, secuestrada ese año con un embarazo de cinco meses.

No es posible olvidarlo. Desde que Francisco se consagró sucesor de Joseph Ratzinger, superó casi todas las objeciones y fue como si Puerta de Hierro resucitara en la residencia de Santa Marta. Hacia allá comenzó a peregrinar una legión de dirigentes políticos, empresarios y sindicalistas argentinos. Con la generosidad de los vencedores, el papa los recibió a todos. Primero a la entonces presidenta, que se entregó a la reconciliación que le propuso Su Santidad, después de haber tenido una relación cordial pero distante cuando habitaba la catedral de Buenos Aires. Más allá de que medios oficialistas y opositores los mostraran como adversarios tenaces, la verdad es que Cristina nunca estuvo en guerra con Bergoglio: su fe católica la aproximaba desde siempre a los postulados de la Iglesia en temas importantes, como el derecho al aborto e incluso la diversidad sexual.

La guerra fue con Néstor, que libró una batalla política contra el expresidente del Episcopado en todos los frentes. Fue allí donde apareció, con apenas 36 años, un combatiente que se involucró con ínfulas de sepulturero en el fuego sagrado de la contienda: Sergio Tomás Massa. Todavía hoy, Francisco recuerda su nombre y su participación en aquellos días espesos de 2009, cuando el conflicto con el ruralismo humeaba en las rutas, en ese momento bisagra para el gobierno de Cristina en el que –algunos en el kirchnerismo lo reconocieron bastante después– Bergoglio les perdonó la vida. Si el jesuita era entonces un hombre “dispuesto a incendiar el país”, tal como lo definían en la Casa Rosada, Bergoglio fue piadoso, porque mantuvo su influencia al margen de la confrontación y no hizo nada importante para dañar al gobierno ni laudar a favor de la fuerza social-mediática del campo.

Massa asumió como jefe de Gabinete y se encolumnó rápido en una misión que, vista desde el presente, resulta vana, casi pueril:

neutralizar a Bergoglio. Empequeñecerlo hasta la intrascendencia. Aunque se haya alejado de los roces de la coyuntura argentina, Francisco aún atesora el recuerdo de aquella ofensiva en su contra.

Todos menos tú

Gobernantes como Daniel Scioli, Mauricio Macri, Jorge Capitanich, María Eugenia Vidal y Gabriel Mariotto; sindicalistas como Antonio Caló, Omar Viviani, José Luis Lingieri, Ricardo Pignanelli, Gerardo Martínez, Armando Cavalieri, Carlos West Ocampo, Oscar Mangone, Gerónimo Venegas y Pablo Moyano; peronistas como Emilio Pérsico –que logró incluso bautizar a su hijo en el Vaticano–, Fernando "Chino" Navarro, Jorge Taiana, Eduardo Valdés –desde octubre de 2014 hasta diciembre de 2015, embajador ante la Santa Sede–; dirigentes de los organismos de derechos humanos como Adolfo Pérez Esquivel, Hebe de Bonafini y Estela de Carlotto; Margarita Barrientos, Samuel Cabanchik, Daniel Hadad; amigos como Gustavo Vera, Juan Manuel Olmos y Héctor Colella; los cartoneros organizados de Juan Grabois, los representantes de la Cámara de Empresarios Mineros de la Argentina, el secretario de Culto de Cristina y Néstor, Guillermo Oliveri. Y también una delegación importante del amanecer massista, como el olvidado Darío Giustozzi –el primero en llegar a Santa Marta después de Cristina–, José Ignacio de Mendiguren, Joaquín de la Torre, Facundo Moyano y hasta el operador judicial Diego Molea: todos tuvieron sus cinco minutos de gloria en el Vaticano. Ninguno lo hizo por azar. Cada uno de ellos debió superar una evaluación rigurosa de Su Santidad que, aunque no use WhatsApp, siempre está enviando un mensaje. El cerebro del anteproyecto de reforma del Código Penal que Massa salió a fulminar en campaña antes de que llegara al Congreso, Roberto Carlés, accedió, por ejemplo, a una reunión de una hora con Bergoglio, justo después de que el massismo lo destripara durante varias semanas en la Argentina. Jueces federales como el fallecido Claudio Bonadio o Ariel Lijo, que acudió en busca de su bendición antes de firmar el primer procesamiento del vicepresidente Amado Boudou. La lista es interminable…

Después de un primer impulso de austeridad, cuando les pidió que donaran el dinero de los viajes que pretendían hacer, Francisco optó por la caridad con los argentinos y durante sus primeros veinte meses como papa los recibió a todos. A casi todos.

Menos a Massa. El líder del Frente Renovador integra un círculo de excomulgados hasta nuevo aviso. Compartió durante varios años ese raro privilegio con otras figuras de probada fe, como Elisa Carrió y

Gabriela Michetti, que recién fue recibida por el papa en noviembre de 2016. Aunque los motivos fueran diferentes.

Si tuviera la oportunidad de redimirse de sus pecados ante Francisco, Massa podría argumentar que se equivocó: en seguir a Néstor Kirchner primero y en escuchar a Jorge O'Reilly después.

El exjefe de Gabinete de Cristina nombró como asesor ad honorem al desarrollador inmobiliario y supernumerario del Opus Dei que, desde la función pública, comenzó a predicar en los despachos de la Casa Rosada con una consigna que endulzaba el espíritu del kirchnerismo: aislar a Bergoglio. El dueño de Eidico lo habló en forma personal con todos los funcionarios de aquel gobierno. Se lo dijo al secretario Oliveri, se lo dijo al canciller Jorge Taiana, se lo dijo a Carlos Zannini.

O'Reilly fue siempre un emprendedor nato. No lo movía el rencor hacia Francisco –jura–, sino apenas lo que define una y otra vez como "sentido común": el deseo de reconstruir la relación entre el gobierno argentino y la Iglesia, institución fundante de la República de la que ningún inquilino de la Rosada debería prescindir. Puede ser. En contra de Bergoglio, hay que decirlo –aunque la frase remanida y aviesa nos genere rechazo–, se juntaron los extremos. O algo bastante parecido.

Para el discurso del primer kirchnerismo, Bergoglio era la peor derecha. Sin quitarle méritos al cardenal ni restarle responsabilidad por su rol durante la dictadura –dentro de una conducción eclesiástica que avaló el exterminio con sus sermones sobre un modo de ser occidental y cristiano–, la extrema derecha terminó de ingresar en la Casa Rosada de la mano de O'Reilly.

Cuando Massa llegó a la Jefatura de Gabinete, el nuncio Adriano Bernardini, delegado de Ratzinger en nuestra tierra, ya tenía un puente de plata que lo comunicaba con el núcleo del poder político en Argentina. Entre 2005 y 2012, Bernardini cautivó a los funcionarios de Cristina con una definición de Bergoglio que surgía, al mismo tiempo, de la mala intención y del análisis político: "Es un hombre enfermo de poder".

El nuncio cayó en el momento justo. La unción de Benedicto XVI en el Vaticano había encendido en Buenos Aires los ánimos de viudos influyentes entre los que se destacaba Esteban "Cacho" Caselli, exembajador de Menem en el Vaticano. En el mapa de la Casa Rosada, Bernardini conformaba un triángulo junto a Caselli y al cardenal argentino Leonardo Sandri, el papable que había ingresado al servicio diplomático de la Santa Sede cuarenta años atrás. Sandri, que fue

ordenado por Juan Carlos Aramburu –otro célebre cardenal aliado a los militares– y debió renunciar tras la muerte de Juan Pablo II en 2005, se encolumnaba a su vez detrás del secretario de Estado Vaticano Angelo Sodano, el nuncio apostólico durante la dictadura de Pinochet en Chile.

Para amputarle los tentáculos a Bergoglio, el kirchnerismo apeló al bisturí del ala ultramontana del Vaticano, que le resultaba la mejor interlocución. O'Reilly era el hombre que estaba dispuesto a poner el cuerpo para salvarnos a todos. Después de la temprana tensión con Roma por las bravuconadas del jurásico obispo castrense Antonio Baseotto –aquel que en 2005 recomendó tirar al mar a Ginés González García por el sacrilegio de repartir preservativos–, el pliego de Alberto Iribarne había quedado varado en el Palacio San Martín porque en Roma no le perdonaban el divorcio. Con el aval de Massa, O'Reilly fantaseó incluso con ser embajador en el Vaticano: era el primer punto de la estrategia de retomar el vínculo con la Iglesia.

Oliveri y Taiana lo impidieron.

Cinco años después, cuando arribó a la residencia de Santa Marta, Bergoglio comprobó que –para evitar la censura de Benedicto XVI– la cancillería argentina ni siquiera había enviado el pliego del amigo de Alberto Fernández que debía reemplazar a Carlos Custer, anterior embajador ante la Santa Sede. A esa altura, Iribarne ya había abrazado la causa del massismo de la mano de Alberto, con lo cual seguiría por un buen tiempo lejos del Vaticano.

Si aceptara responder preguntas menos amables que las que recibe en forma habitual, el superministro de Economía podría explicar esta historia casi como un pecado de juventud, argüir en su defensa que ya no atiende las llamadas de O'Reilly y que se dejó llevar por influencias negativas.

Tal vez Massa ni siquiera sepa cómo fue que el supernumerario del Opus Dei recompuso en parte su relación con el Santo Padre. Comenzó a hacerlo al día siguiente de que trascendiera aquella intentona diplomática. Llamó por teléfono a la catedral metropolitana y habló directamente con Bergoglio, que lo atendió sin problemas. Entonces, el jesuita lo despachó con amabilidad y un perdón de palabra. "No se preocupe, joven. Yo entiendo cómo son las cosas", le dijo. Ya antes de ser papa, Bergoglio entendía. Muchos años después, O'Reilly logró abrirse las puertas del Vaticano. Lo hizo bastante antes que el exjefe de Gabinete, que en privado todavía lo culpa ante su corte por el rencor de Francisco.

En definitiva –así lo entienden todos–, el dueño de Eidico es un católico irreductible y no se animaría jamás a especular con la fe. Con la fe, no.

Cuando Bergoglio fue elegido papa, O'Reilly fue uno de los argentinos que le envió una carta de felicitaciones a Roma. Y uno de los que recibió una breve pero amable esquela de agradecimiento.

El dueño de Eidico tenía en la cabeza la cartografía del poder vaticano y la forma de penetrar en él. Con Bergoglio ya convertido en Francisco, fue invitado por el Consejo Ecuménico y Social de la Universidad de Bolonia, que presidía el profesor Stefano Zamagni –de influencia creciente en la era Ratzinger–, consultor del Vaticano y catedrático que proponía la creación de una bolsa social para impedir que una economía sin sentimientos estallara en forma cíclica. Tenía en su agenda también el contacto del cardenal Gianfranco Ravasi, el intelectual italiano que presidía el Consejo Pontificio para la Cultura, la oficina vaticana dedicada a coordinar proyectos culturales católicos alrededor del mundo.

Poco después, el teólogo argentino José María del Corral lo convocó para que se sumara a la empresa de la Red Mundial de Escuelas, o Scholas Ocurrentes, que se proponía reinsertar a sesenta millones de chicos de todo el planeta en las aulas. Ya a fines de 2013, el extitular del Consejo de Educación del Arzobispado porteño y director del Colegio San Martín de Tours le pidió colaboración y le ofreció viajar a Roma, pero O'Reilly lo consideró prematuro. Recién en marzo de 2014, justo cuando Massa buscaba respaldo rodeado de flashes ante la comunidad de negocios de los Estados Unidos, su exasesor ad honorem entraba sigilosamente en la residencia de Santa Marta con el objetivo de "promover una educación que genere una sociedad sin excluidos, para la paz, a través del deporte, el diálogo y el conocimiento", el mensaje que O'Reilly filtró en algunos medios junto con la prueba decisiva: su foto con Francisco. "Lo que quise demostrar con esto fue: 'Muchachos, yo no soy el problema, ni nunca lo fui'", me explicó después el dueño de Eidico.

O'Reilly estuvo tres días en Roma con una delegación de empresarios argentinos y tuvo como anfitrión a otro argentino, monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, el canciller de la Academia Pontificia de Ciencias que era parte de la diplomacia vaticana desde 1971. En su cuenta de Twitter difundió la foto con una frase alejada de los eufemismos: "Muchos pillos usan al periodismo para armar una información falsa. Y a veces el tiempo los desenmascara". Ya de regreso en Buenos Aires, con una satisfacción que hacía rato no sentía, el empresario me

explicó cuál era su rol: “Soy apenas un humildísimo aportante de plata e ideas”.

Nueve años más tarde, Massa sigue esperando su foto con el papa peronista. El ingreso del ministro de Economía de Alberto Fernández a Santa Marta deberá superar otros escollos, menos conocidos. Anécdotas que explican por qué Francisco ubica a Massa en una categoría lacónica y letal para los textos del cristianismo: “falso profeta”. Así lo define en privado ante políticos argentinos, de distinto signo, que lo visitan en el Palacio del Vaticano. Todavía hoy.

Jesús predijo la aparición de falsos profetas y falsos Mesías. Advirtió de manera explícita que harían grandes señales y milagros y engañarían a muchos. En la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, hay advertencias para los creyentes sobre los impostores que se harían pasar por falsos profetas o falsos mesías (falsos salvadores). Dice Jesucristo en su Sermón del Monte:

También guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? De esta manera, todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol podrido lleva malos frutos. No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol podrido llevar frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto se corta y se echa en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis.

Si Francisco identifica a Massa con estas palabras, entonces quizá alguna vez lo reciba. Pero probablemente nunca crea en la misión que el expresidente de la Cámara de Diputados anuncia entre nosotros.

Después del gobierno de un Macri al que trató con la mayor de las distancias y del regreso tormentoso del peronismo al poder, Francisco puede haber moderado sus formas y decidido incrementar la distancia con su patria, pero –según repiten a su lado– sabe muy bien quién es quién.

“Te felicito, Oscar”

Se sabe. Cuando era jefe de Gabinete, Massa habló de más. Muchas veces. Hubo una que quizá tuvo un efecto más nocivo para sus aspiraciones que las charlas que inmortalizó WikiLeaks cuando Sergio ya estaba fuera de la función pública. Fue a principios de octubre de 2008, en la Casa Rosada. Ese día Massa convocó a la cúpula de la CGT que conducía Hugo Moyano, por entonces un puntal indiscutido de la gobernabilidad kirchnerista. Las crónicas de aquel encuentro dieron cuenta de que el ministro coordinador prometió ese día gestionar la eliminación del impuesto al cheque para las obras sociales y anunció la creación de una “comisión consultiva” para manejar los fondos de las obras sociales. Pero dijo algo más, que no debió decir: contó ante el sindicalismo peronista y socialcristiano que tenía un plan para jubilar a Bergoglio.

En las charlas con el gobierno, el nuncio Bernardini y el asesor O’Reilly recomendaban enviar al jesuita a Roma, aunque no precisamente como papa. Sugerían designarlo como jefe de la “Pontificia Comisión para América Latina” o presidente de “Las obras misionales pontificias”, casilleros del poder Vaticano que lo sacaban de la cancha con aplausos.

Quizá para congraciarse con Kirchner, quizá para dar un golpe de autoridad, Sergio ideó un plan. La intención del precoz jefe de Gabinete de Cristina era eyectar a Bergoglio del arzobispado de Buenos Aires y reemplazarlo por Oscar Sarlinga, un obispo de la línea de Caselli y Héctor Aguer, de excelente vínculo con la Casa Rosada. Sarlinga estaba a cargo de la diócesis de Zárate-Campana y había cultivado una relación estrecha con el gobierno nacional, que le había garantizado los fondos para la refacción de la Basílica de Luján, cuando era auxiliar en la diócesis de Mercedes-Luján.

Massa adelantó la jugada en un diálogo ameno con los gremialistas, sin pensar que unos minutos después uno de ellos, Oscar Mangone –del Sindicato de Trabajadores de la Industria del Gas Natural de la República Argentina– cruzaría la Plaza de Mayo directo hacia la Catedral metropolitana para anoticiar a un cuervo reconocido, como él mismo lo era, de lo que se preparaba en Balcarce 50.

Además de ser peronistas e hinchas de San Lorenzo, Bergoglio y

Mangone estaban unidos por la tragedia de Cromañón, que causó la muerte de 194 jóvenes, el 30 de diciembre de 2004. El segundo de Mangone en el sindicato, Pablo Blanco, era el padre de Lautaro, un adolescente de 14 años que murió en el boliche del barrio de Once que pertenecía a Omar Chabán, y de Mailín Blanco (17), una de las sobrevivientes que pedía por la libertad de Callejeros. La hija de Mangone, Paula, estaba a cargo del merchandising de la banda y también acompañaba al grupo del "Pato" Fontanet. El cruce de esas historias explica en parte que Bergoglio fuera una de las personas que acompañara a los familiares de las víctimas, impulsara a Callejeros a volver a los escenarios y se preocupara de manera especial por la situación de Fontanet.

Con todo ese camino compartido, y aunque prefiera no confesarlo en público, Mangone hizo lo que por varios años nadie se había atrevido a hacer: recorrió los cien metros que separaban la Casa Rosada de la Catedral, para contarle con detalle al entonces cardenal lo que seguramente ya intuía.

Minutos después, Bergoglio llamó por teléfono a Oscar Sarlinga, el candidato que Massa había elegido para desplazarlo del arzobispado porteño. Lo hizo en presencia del sindicalista alineado entonces con Moyano.

–Hola, Oscar, ¿así que vas a venir a Buenos Aires? –lo sorprendió–. Bueno, te felicito. Pero fijate bien, porque acá hay más exposición y todo se sabe enseguida.

Las fuentes consultadas –algunas que llegaron muy alto en el Vaticano– no explican a qué se refería Bergoglio, pero aseguran que ese mensaje del jesuita que llegaría a papa alcanzó para disuadir a Sarlinga. El plan de Massa comenzó a naufragar y sus aspiraciones políticas encontraron, muy temprano, a un detractor astuto y con un inigualable poder de veto.

La foto que no llega

Dicen los que fueron a Santa Marta que Francisco sigue con mucha atención los acontecimientos de su patria. Sin embargo, cuando un argentino de su confianza lo visita, Su Santidad le pide orientación con una muletilla.

–Cuénteme. No tengo información.

Enseguida, las caras de incredulidad de los peregrinos gatillan una segunda frase que explica mejor la primera.

–Miento –dice el papa–. Tengo mucha información, pero toda es malintencionada.

Así se inicia la confesión de los adoradores de Francisco. El papa sabe que Massa lo quiere visitar, pero demora su redención de manera indefinida.

Cuando en julio de 2013 Bergoglio viajó a Brasil para la Jornada Mundial de la Juventud, Cristina logró colar en una foto –que pronto se convertiría en cartel– al que en ese momento era su candidato, Martín Insaurralde. Fue un instante que concedió como parte de su mensaje principal para la Argentina: “Cuiden a Cristina”.

La foto y la utilización vana que intentó hacer aquel kirchnerismo –todavía virgen en derrotas– en una campaña que, de todas maneras, ganó Massa por más de un millón de votos de diferencia habilitaron las versiones que indicaban que, muy pronto, Francisco recibiría al entonces rival de Insaurralde.

Los halcones del Frente Renovador le pusieron fecha a la audiencia y varios medios lo amplificaron. Según esos deseos genuinos filtrados como información, Massa llegaría al Vaticano a fines de septiembre de 2013, justo a tiempo para capitalizarlo en las generales de octubre. No pudo ser. Por muchísimo tiempo, no pudo ser. Lo máximo que logró hacer el promotor de Sarlinga fue acercarse a Francisco, poco después de aquella, su mayor –y también única– victoria electoral: fue en noviembre de 2013, cuando viajó a España como parte de una gira que pretendía terminar en Roma. Logró estar a apenas 1362 kilómetros del Sumo Pontífice, pero en ese caso tampoco obtuvo la

venia para ascender a las alturas.

Sergio voló en esa oportunidad acompañado por Felipe Solá y José Ignacio de Mendiguren, pero solo el extitular de la Unión Industrial Argentina logró seguir viaje hacia la residencia de Santa Marta. Veterano de mil batallas, predicador del desarrollismo que ya entonces había sobrevivido al duhaldismo y al kirchnerismo, el Vasco ya formaba parte del proyecto renovador y apostaba por Massa para presidente en 2015. En la Argentina, pregonaba ante el empresariado las virtudes de su candidato, al que definía como un aliado de la producción y el trabajo. Pero, es lógico, su amor tenía un límite. Como los demás massistas que accedían a Francisco, De Mendiguren no quería arriesgar las fotos que atesoraba en su iPod blanco para que Sergio ingresara al firmamento del Vaticano.

En aquel viaje de noviembre, el industrial cometió casi una herejía: nombró a Massa dentro de la residencia de Santa Marta. Le mencionó al ceremoniero argentino Guillermo Karcher la intención del conductor de su espacio de visitar al Santo Padre. Monseñor Karcher le respondió lo que le había comunicado en persona al propio Massa, dos meses antes, cuando vino a la Argentina para la beatificación del Cura Brochero: “Yo le dije que había problemas. Lo puedo agendar para el besamanos”.

Ya por ese tiempo, Karcher llevaba dos décadas en Roma y era el dueño de la llave que abría las puertas al privilegio de estrechar la mano del papa en las audiencias generales de cada miércoles, el famoso besamanos que se llenaba de argentinos del más variado pelaje. Cada miércoles, alrededor de las 9 aparecía en la Puerta Santa Ana con un listado en mano y encabezaba la fila de connacionales que se ubicarían a la derecha del escenario para tener una foto con Francisco. Pero Massa no quería saludar desde la Plaza de San Pedro. Pretendía ser recibido como Cristina, como Macri, como Scioli o como el garantista Carlés. Creía contar ya con los méritos suficientes: una elección con cuatro millones de votos bonaerenses y la meta de llegar a la Casa Rosada entre ceja y ceja.

Karcher explicaba que, para pedir una audiencia privada, había que comunicarse con monseñor Fabián Pedacchio, otro sacerdote argentino que integra la Congregación de los Obispos desde 2007 y cumplió hasta 2019 las funciones de secretario privado del papa. Pedacchio arribó a Roma por recomendación de Bergoglio y se mudó a la residencia de Santa Marta cuando comenzó el papado de Francisco. Todavía hoy es considerado el nexo preferencial que les permite a los inquilinos de la Casa Rosada frecuentar al papa.

Las de De Mendiguren no fueron las únicas gestiones que se hicieron en nombre de Massa. Probó suerte el padre Carlos Accaputo, el "Gordo", responsable de la Pastoral Social del Arzobispado porteño, uno de los operadores calificados que Bergoglio tenía en Buenos Aires. Con mucha habilidad para las relaciones políticas y cintura para moverse en las aguas del peronismo, Accaputo exhibía sus vínculos con el massismo a través del exfrepasista Pedro del Piero y de la Fundación Metropolitana. Sin embargo, desde que el jesuita se mudó al Vaticano, el "Gordo" perdió el sentido de la ubicación y se vio pedaleando en el aire en más de una oportunidad. Este porteño, que participó de la Mesa del Diálogo Social, le aseguró al Frente Renovador que pondría su oficio a disposición de la cruzada para llegar a Roma. No pudo ser. Por muchísimo tiempo, no pudo ser.

En el gobierno, por entonces afirmaban con malicia que Héctor Colella –el empresario que había heredado las empresas de Alfredo Yabrán– también se ofreció ante Massa como nexo infructuoso para acceder a la foto con Francisco. Antes de ser designado por Yabrán como el bendecido para quedarse con la fortuna del empresario emblema de los años noventa, Colella fue un abogado cordobés que conoció a Bergoglio en su provincia a fines de los años sesenta. En esa época, Colella –que después se instaló en Uruguay– era estudiante de abogacía y Bergoglio, un sacerdote jesuita que recién iniciaba su carrera. Muy cerca del empresario postal niegan cualquier intento de acercamiento con una pregunta que no carece de lógica: "¿Para qué?".

Mientras se resistía a la foto con Massa, Francisco repetía su mensaje para que la dirigencia política y empresaria cuidara a Cristina en lo que le restaba de su segundo mandato. Podía enviar señales que disgustaran al gobierno, como la foto junto al juez Lijo con una frase de significado unívoco que lleva su sello: "Si la prudencia se convierte en inacción, es cobardía"; pero, al mismo tiempo, recibir a la presidenta cada vez que ella lo solicitaba y arropar también a ese heredero que contaba con la condición de ser el menos traumático y el menos deseado de los sucesores para el kirchnerismo: Scioli. Su Santidad lo acogió dos veces en público y otras tantas sin foto. Enemigo dilecto del exintendente de Tigre a través de los años, el exmotonauta tenía abiertas esas puertas que a Massa se le cerraban en la nariz con estruendo.

Es difícil anticipar si la implacable decisión del papa, que lleva casi una década, puede mantenerse de por vida. Sergio tiene apenas 51 años y todavía sueña con ser candidato a presidente: su proscripción indefinida en el Vaticano sería una reprimenda excesiva para él. Aunque Francisco ha sabido perdonar a muchos de sus antiguos

enemigos, los argentinos que lo frecuentan advierten que tiene muy presente aquel pecado de juventud del ahora superministro. Más que eso, después de la asunción de Massa en Economía, el papa aludió de manera crítica a su designación ante interlocutores suyos que eran parte del gobierno del Frente de Todos. Habló de un “primer ministro de facto” y se quejó de sus socios empresarios. Nadie puede arriesgar sobre la evolución futura de esa relación trunca. Puede ser que Massa vuelva a sorprender y logre cumplir con su viejo anhelo antes de lo que se supone. Pero también que el jesuita dé por finalizado en algún momento su mandato en Roma y regrese a su país, sin haber recibido nunca a un hereje –casi un actor de reparto– que quiso desplazarlo, justo cuando iba camino a la cúspide.

9. La emancipación

Si mantienes a tu ejército durante mucho tiempo en campaña, tus suministros se agotarán.

Sun Tzu, El arte de la guerra

El mendocino Daniel Vila dice que esa fue la noche en que Sergio Massa decidió lanzarse a la batalla contra el gobierno de Cristina Fernández. Fue en el chalet que el dueño de América TV tiene a media cuadra del balneario CR, en Pinamar, a principios de enero de 2013, el año bisagra en que el candidato dejó de dudar y rompió con el kirchnerismo.

Parecía una reunión como tantas otras, pero Massa había decidido empezar la cuenta regresiva y ni siquiera se dio el tiempo para chistes o una conversación casual. Esa noche, el exjefe de Gabinete de Cristina Fernández de Kirchner quiso hablar enseguida del tema que consideraba más importante para su vertiginosa carrera política.

Massa y Vila veraneaban juntos en Pinamar desde hacía una década, y mantenían una amistad muy estrecha, por encima de las especulaciones y de la coyuntura. Ya por entonces el empresario de medios no era solo un contacto influyente con capacidad de instalar con virulencia –en radio y televisión– las aspiraciones de su amigo como si fueran preocupaciones sociales; era además una de las tres personas que el líder del Frente Renovador más escuchaba, fuera de la política. Compartía ese privilegio con Jorge Brito, dueño del Banco Macro y presidente de Adeba –la asociación de bancos más poderosa de la Argentina–, y con Alberto Pierri, expresidente de la Cámara de Diputados durante la presidencia de Carlos Menem, que se recicló como cableoperador y empresario de medios sin perder su astucia para leer la realidad política.

Cuando, en 2002, el mendocino conoció al entonces titular de la Anses, quedó fascinado y empezó a referirse a él con un elogio importante: “Es un mini Manzano”. José Luis “Chupete” Manzano, el exministro del Interior de Menem, asciende entre funcionarios, empresarios y políticos a la categoría de mito viviente por las historias

que protagonizó, por la inteligencia que le atribuyen, por los vínculos que estableció dentro y fuera del país.

Manzano –que integra con Vila una sociedad bifronte para los negocios– era una de las cuatro personas que se habían reunido esa noche en la que se produjo el salto impensado en la coyuntura de un país en el que nadie se le plantaba al gobierno, con chances de doblegarlo en las urnas. Las otras eran Massa, Vila y el intendente de San Miguel, Joaquín de la Torre, uno de los protagonistas de un inédito operativo para tomar el poder central desde los municipios.

Fue Massa el que anunció que estaba pensando seriamente en cumplir con un anhelo que era viejo, aunque él fuera muy joven: ser candidato de un nuevo espacio, el suyo.

–Creo que me voy a largar a jugar –les dijo.

Hasta ese momento, competir en la provincia de Buenos Aires por fuera del tinglado del Frente para la Victoria era una posibilidad riesgosa para un pequeño grupo de intendentes y un deseo intenso para un río de heridos que había acumulado el kirchnerismo dentro del peronismo.

Como si el lanzamiento de Massa no lo sorprendiera, Manzano eligió avanzar con una propuesta de su estilo. Sugirió que para una cruzada de ese tipo haría falta un asesoramiento de nivel internacional que les permitiera captar enseguida la atención en los Estados Unidos.

–Tenés que hablar con Juan Verde –dijo, en alusión al jefe de la campaña para la reelección de Barack Obama en 2012.

En 2009, Verde había desembarcado en Tigre junto al exvicepresidente de los Estados Unidos Al Gore, invitado por el dúo mendocino. Fue él quien le recomendó a Massa que sumara a su equipo de asesores a Sergio Bendixen, un consultor peruano que trabajaba para los demócratas estadounidenses desde hacía tres décadas en gran parte de América Latina y en 2008 había sido clave para Obama en la pelea por el voto latino. Un experto en sobrevender aciertos y disimular papelones, como los que había protagonizado en Nicaragua y en la República Dominicana.

Vila, en cambio, tomó nota del desafío, como si se tratara de una apuesta a todo o nada.

–Jugate, dale, no hay problema. Estamos con vos –lo alentó–. Si te va bien, en dos años vamos a gobernar el país. Si te va mal, nos vamos a

vivir a Miami.

“A Sergio le encantó la idea, porque Miami es su debilidad”, dice Vila, sentado en su despacho del tercer piso de América TV, mientras mira de reojo en dos pantallas led el programa de su esposa, Pamela David.

Esa noche de enero de 2013, Massa dejó de ser una promesa de amenaza para el gobierno y se transformó en un riesgo que, al principio, todos sus adversarios coincidirían en subestimar.

“Los titulares”

La buena predisposición de Vila y Manzano contrastó con la postura de un hombre de negocios que había acompañado a Massa en todos sus emprendimientos. El salteño Jorge Brito –“el banquero de Néstor Kirchner”, según los cables de la embajada estadounidense que difundió WikiLeaks– fue uno de los que se lo dijo, incluso de mala manera.

–¿Para qué te apurás? ¿No ves que nos generás un quilombo a todos?

Pero Sergio ya estaba convencido de que su momento había llegado. Brito era el representante de la corporación que más ganancias había cosechado durante los años del matrimonio Kirchner en el poder. Dueño de un capital de 500 millones de dólares, acumulado sobre la base de adquirir bancos provinciales, había incrementado sus activos 863%, y sus ganancias, 650%.[28] Aunque su relación con el gobierno era tensa y había perdido el trato directo con la presidenta, le parecía prematuro plantar una alternativa al oficialismo desde esa cercanía difusa que representaba el entonces intendente de Tigre.

Pese a las diferencias y los cortocircuitos, Massa todavía formaba parte del precario andamiaje de poder del kirchnerismo. Había llegado a involucrarse profundamente y nunca se había ido del todo.

El dueño del Macro, en cambio, conservaba su óptima relación con Amado Boudou, al que había conocido por intermedio de Massa cuando Boudou era apenas un gerente de la Anses. Aunque Brito figuraba en los primeros puestos de la lista de culpables y conspiradores que armaba Guillermo Moreno para la presidenta, el banquero no quería romper con Cristina. Por el bien del país y el suyo. O al revés. Creía, todavía, que había que salvar a la gallina de los huevos de oro. Por eso, se preocupó por hacerle saber al gobierno que él no alentaba el lanzamiento del más ambicioso de los intendentes. Lo hizo por medio de Boudou, de su primer contacto en el universo pingüino (el extenuado Julio De Vido) y del empresario de medios oficialista Sergio Szpolski, que oficiaba de abogado de Brito ante lo más alto del gobierno. Pero no pudo convencer a todos. Y no convenció a Cristina Fernández, que era lo más importante.

Como Brito, el camaleón José Luis Manzano también era habitué de la

Casa Rosada y formaba parte de la platea cautiva que aplaudía los anuncios de la presidenta. Comenzó a seguirla en busca de un acercamiento, hasta que en 2008 sorprendió a todos cuando asistió al almuerzo que la presidenta y CEO de la Sociedad Americana/Consejo de las Américas Susan Segal organizaba en Nueva York para endulzar a Cristina todos los años, a través de Endeavor.

El vínculo histórico de Manzano con el operador del Partido Justicialista (PJ) Juan Carlos "Chueco" Mazzón, su feeling con Juan Manuel Abal Medina, sus primeras recorridas sigilosas por los pasillos de la Casa Rosada, todo tenía un impacto acotado hasta que, en mayo de 2012, "Chupete" volvió a ver a Cristina. Fue en la playa de estacionamiento subterránea del edificio central de YPF. Ese día, cuando terminaba el acto en el que se había anunciado la expropiación parcial de las acciones de Repsol, Manzano tuvo la dicha de cruzarse con la presidenta. Fueron unos segundos que bastaron para darle un sentido abrazo de condolencias –tardías– por la muerte de su esposo.

A partir de entonces, "Chupete" ganó el privilegio de hablar con aquella mujer que, en los años de la primera renovación peronista, había sido diputada del bloque del PJ que él conducía. Aunque Manzano alentaba la segunda renovación, con Massa como mascarón de proa, su relación con Cristina Fernández era muy fluida. Más que la de muchos ministros y dirigentes del oficialismo. A diferencia de Daniel Vila, que solía presentarse como un cruzado contra las líneas directrices del modelo kirchnerista, Manzano era el "policía bueno", que antes de ser un hombre de negocios fue un hombre del justicialismo y entiende el poder en sus diferentes acepciones.

Eso explicaba, quizá, el crecimiento de sus inversiones junto a Vila en áreas petroleras con la compañía Andes Energía y la intención de crecer en el rubro energético. Eso explicaba, quizá, que las cámaras de la productora La Corte –dueña de las imágenes del gobierno hasta 2015– hubieran decidido enfocarlo más de una vez sentado en el Salón del Bicentenario mientras aplaudía y sonreía de una manera que envidiaría Lucifer. Eso explicaba que visitara a Cristina en la residencia de Olivos para hablarle –mal– del Grupo Clarín. Que fuera y volviera mil veces de Nueva York para negociar una salida decorosa en la lucha contra los "buitres" que se quedaron con bonos de la deuda argentina. O que, un mes antes del cierre de listas para las elecciones de 2013, hubiera llamado al titular de la Anses Diego Bossio, que por entonces respondía a Máximo Kirchner, para alertarlo: "¡Boludo, párenlo a Sergio, porque se presenta!".

Sin embargo, Manzano podía ser considerado todavía un recién llegado al mundo de los negocios. Brito y Paolo Rocca, el CEO de la multinacional Techint –que había examinado las aptitudes de Massa unas semanas antes de que anunciara su candidatura–, son representantes emblemáticos de esa casta que la presidenta denominó "los titulares", en aquella tarde de furia en Tecnópolis, tres días después de haber perdido en las elecciones primarias a manos de Massa. Esa tarde, Cristina hizo un balance autocomplaciente mientras los invocaba: "Es bueno discutir, es una buena etapa para discutir, pero en serio, un modelo de país, pero quiero discutir con los titulares, no con los suplentes". Según su concepción, los millones de bonaerenses que habían votado a su exjefe de Gabinete habían sido engañados por esos "titulares", los dueños de la pelota, que, después de haber cosechado excelentes ganancias con el kirchnerismo, se mudaban al campamento de un imberbe posduhaldista con pretensiones de renovador.

Ese día, mientras ella reclamaba despechada escuchar cara a cara las demandas de los dueños de la Argentina, Massa la miraba entre sorprendido y extasiado en las pantallas gigantes de su despacho en la avenida Cazón junto a Jorge Rendo, el director de Relaciones Institucionales del Grupo Clarín al que había conocido cuando el exjefe de Gabinete tenía su despacho al lado del de Cristina Fernández.

En esa tarde gris, la presidenta solo mencionó a Brito, pero en su discurso aludió también a otros, como Sebastián Eskenazi, el vecino de Nordelta que, después de haberse creído dueño de YPF y empresario petrolero, apostaba a un retorno prematuro de la mano del exintendente de Tigre. Tras haber elevado el tono de voz incluso frente a la viuda de Néstor Kirchner, el exsocio de Repsol entendió que de nada valía andar a los gritos desafiando a políticos de peso. Con la expropiación parcial de YPF, Eskenazi volvió a ser un banquero, como había sido hasta 2008, cuando el kirchnerismo pretendió convertirlo en el representante de la burguesía nacional que iba a salvar a la Argentina del déficit energético. Y fue otro de los que conspiraron en favor de Massa y ofició de anfitrión para reuniones importantes, como la que el líder del Frente Renovador tuvo con Hugo Moyano después de ganar las elecciones de 2013.[29]

Esa tarde en Tecnópolis, Cristina Fernández también tenía en mente una extensa lista de desagradecidos, como Marcelo Mindlin –primo del excanciller Héctor Timerman–, el creador de Pampa Holding que De Vido nunca toleró y fue uno de los primeros aportantes a la campaña del Frente Renovador y al proyecto de ese Massa que muy joven ya

buscaba emanciparse. O como Gerardo Werthein, exaccionista de Telecom y presidente del Comité Olímpico Argentino, que aparecía siempre mencionado en las conversaciones que apuntaban hacia 2015. Amigo de Daniel Scioli y de Daniel Hadad, el heredero de Los W iba y venía entre La Plata y Tigre. O como Paolo Rocca, que le imploraba a su segundo Luis Betnaza que aceptara de una vez que la Argentina siempre sería gobernada por el peronismo y dejara de apostar –iluso y voluntarista– a su amigo radical Ernesto Sanz.

En la ruleta de la política, el gran empresariado jugaba a Sergio Massa todas las fichas que una historia de imprevistos le permitía jugar. Eran pocas, es cierto, pese a que el candidato se desvivía con gestos. Pero eran más que las que ningún otro candidato recibía. Mauricio Macri todavía les parecía demasiado verde como proyecto político, y Daniel Scioli, el hombre que mejor medía entonces bajo el paraguas del Frente para la Victoria, tenía el déficit de ser un subordinado de Cristina. El exmotonauta era el vecino de Tigre que nunca se inundaba ante la marea que provocaba Massa, y estaba destinado a ser, también, su rival más persistente: con estilos muy distintos, los dos competían por la franquicia del peronismo del orden.

El establishment ya no quería oír las apelaciones públicas de la presidenta –a veces casi ruegos– para que invirtieran en lo que a ella le quedaba de mandato. Buscaban otro fusible. Creían que podía haber un cambio favorable, que nos alejara del River-Boca y que abriera las puertas a un tiempo nuevo de inversiones, con el apellido Kirchner en la cuneta del pasado.

La creación del Frente Renovador también entusiasmaba a otros empresarios, como José de Mendiguren, el favorito de Cristina Fernández durante casi todo su gobierno. El industrial de las acrobacias mágicas y fulminantes, que apenas seis meses antes había logrado reunir en el hotel Sofitel de Los Cardales a la presidenta con Dilma Rousseff y con los empresarios más influyentes de la Argentina y Brasil para pensar los próximos treinta años de integración bilateral, era una de las grandes adquisiciones del naciente massismo.

Cinco días antes del cierre de listas para las elecciones de 2013, De Mendiguren había sido el encargado de avisarle al ministro de Trabajo Carlos Tomada –que estaba en Ginebra, en la Asamblea Anual de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)– que Massa se presentaba como candidato. Y de avisarle que él, también, se presentaba con Massa. Cuando Sergio lo llamó para ofrecerle la candidatura, el "Vasco" estaba reunido con el CEO de Repsol, Antonio Brufau. Fue una de las sorpresas de la lista, junto con el lilito Adrián Pérez, que se vio de pronto en una extraña convivencia con Graciela Camaño y Luis Barrionuevo. Y con Héctor Daer, el primer sindicalista de la CGT oficial que armó las valijas para mudarse al massismo, como parte de su temprana vocación por abonar cualquier aventura que se propusiera desafiar al kirchnerismo.

Pero la base de la construcción del Frente Renovador eran los intendentes, que debían prepararse para atravesar dos años de confrontación y "ninguneo" de la Casa Rosada: el creyente Joaquín de la Torre (San Miguel), el progresista Gabriel Katopodis (San Martín), el radical José Eseverri (Olavarría), el duhaldista sanguíneo Jesús Cariglino (Malvinas Argentinas), el zigzagueante macrista de última hora Gustavo Posse (San Isidro), el ansioso Darío Giustozzi (Almirante Brown), el ruralista Gilberto Alegre (General Villegas). En palabras de Massa, "los únicos que nos dan sangre", porque todos los demás parecían vampiros.

Massa compartió con ellos la decisión de romper y mantuvo durante seis meses a todo el arco político y mediático pendiente de sus movimientos. Que sí. Que no. Que armaba un espacio propio pero no era candidato. Que la candidata era su esposa, Malena Galmarini. Que presentaba solo legisladores provinciales. Hasta que, finalmente,

imposibilitado ya de frenar la caravana que había formado, tuvo que ser él.

Durante esos meses, Massa evaluó posibilidades y coqueteó con todos los sectores. Se reunió con Scioli, habló con Macri y recibió a emisarios de Cristina Fernández, que lo visitaban con y sin la venia de su jefa. Algunos creen que fingió dudas para darle al kirchnerismo un mazazo que lo encontrara inerme y azorado, como sucedió. Otros opinan que caminó por una cornisa y buscó despejar cualquier obstáculo hasta encontrar un lugar propio. Infinidad de disquisiciones que perdieron sentido en poco tiempo. Ese año, Massa jugó, ganó y logró un objetivo que compartían toda la oposición, gran parte del empresariado y un sector mayoritario de la sociedad: ponerle fecha de vencimiento al gobierno de Cristina Fernández y a las fantasías reeleccionistas. Además, consiguió instalarse a los 41 años como el presidenciable precoz que se autoconstruyó, cuando pocos creían en él. Obligó a todos a mirarlo de otro modo. Aquellos que en el gobierno lo tildaban de "cagón", quizá juzgándolo como a ellos mismos o como a otros exkirchneristas, tuvieron que revisar su taxonomía. A partir de entonces, Massa dejaría de ser solo un fanfarrón improvisado y pasaría a convertirse en un tipo peligroso. Dispuesto a todo.

▪

[28] Esteban Rafele y Pablo Fernández Blanco, Los patrones de la Argentina, Buenos Aires, Planeta, 2013.

[29] El principal nexo entre Massa y Hugo Moyano era el exdiputado nacional y líder del Sindicato Único de los Trabajadores de Peajes y Afines (Sutpa), Facundo Moyano, que apostaba al proyecto del Frente Renovador para 2015. Aún con ciertas indefiniciones y todavía muy atado a la suerte de su padre, el menor de los Moyano en el mundo de la política es el que más proyección tiene. El 12 de diciembre de 2014, después de casi un año de indiferencia y cortocircuitos recíprocos, Facundo logró que Massa invitara a Hugo Moyano al escenario en la cena de fin de año del Sutpa que se realizó en Costa Salguero. "Dicen que yo tengo mala relación; miren lo buena que será mi relación que lo mejor que puede poner un padre es un hijo a trabajar en un espacio", dijo Massa antes de repetir su consigna de la campaña de 2013 y prometer que, si ganaba las presidenciales de 2015, su "compromiso de fuego" era eliminar el Impuesto a las Ganancias y gravar la renta financiera.

10. La guerra contra los delincuentes

Lo primero que hizo Sergio Massa cuando llegó al municipio de Tigre en 2007 fue firmar un convenio con la Universidad Tecnológica Nacional para instalar quinientas cámaras de seguridad en el distrito. La fórmula era tan vieja como el menemismo y la tolerancia cero pero a Massa le redundó en rápidos beneficios. El acuerdo incluía la contratación de la empresa de seguridad Global View, propiedad de los empresarios Mario Montoto y Daniel Hadad, y era el punto de partida de una estrategia clave para la construcción mediática del intendente como nuevo vocero de una demanda insatisfecha que, en el último cuarto de siglo, había moldeado y deglutido candidatos con la misma rapidez.

En poco tiempo, las primicias policiales con origen en Tigre que ofrecían los canales de noticias se multiplicaron y los amigos de Massa comenzaron a propalar la idea de que ingresar en el territorio gobernado por Sergio era sinónimo de respirar seguridad. Nada mejor para un candidato que difundir imágenes de cámaras que muestran la persecución a quienes son presentados como el rostro de la delincuencia. Nada mejor para un canal de noticias, que combina el periodismo low cost con la propaganda municipal, que recibir el material listo para difundir gracias al trabajo del equipo de edición que el intendente había montado en su distrito.

Hadad era ya entonces un exitoso empresario de medios que, después de aquellas entrevistas amables con el genocida Emilio Massera a mediados de los noventa y de haber creado Radio 10 en tiempos de Carlos Menem sobre una frecuencia arrebatada a Radio Municipal, iba en busca de ampliar su abanico de relaciones. La trayectoria de Montoto era otra. Polifacético, muy creyente desde su juventud y militante montonero en los años setenta, había sufrido durante la dictadura la desaparición de su esposa y varios años de exilio después. Montoto se convertiría más tarde en un hombre de confianza de Israel y llegaría a ocupar el poderoso sillón del presidente de la Cámara de Comercio Argentino-Israelí, pese a no tener orígenes judíos. Durante los tres gobiernos del Frente para la Victoria, mantuvo una relación distante con el kirchnerismo, que sin embargo no le impidió ser amigo de Daniel Scioli y ofrecerle servicios de seguridad a la gobernación bonaerense. O visitar a Hadad en el Four Seasons durante los viajes de

Néstor y Cristina Kirchner a la Asamblea Anual de la ONU, en los que el dueño de Infobae buscaba alojarse –como todos los empresarios poderosos– cerca del matrimonio.

De cuidado perfil bajo, Montoto es capaz de pasar la mitad del año fuera del país. Con el regreso de la democracia, se dedicó al negocio de la seguridad y trabó una amistad tan intensa como estratégica con Hadad. Él mismo solía jactarse de que llegó a dar charlas en el Pentágono ante agentes de inteligencia estadounidenses que lo escucharon siempre con atención y respeto.

Montoto inventó el negocio de la videovigilancia casi sin darse cuenta. [30] Cuando regresó a la Argentina, volvió a formar pareja y decidió tomar dos medidas centrales para disfrutar, en la nueva etapa de su vida, de su chalet de dos pisos en un barrio distinguido de la Ciudad de Buenos Aires. Instaló un ascensor para conjurar el paso del tiempo y la amenaza de las escaleras, y saturó el frente y las habitaciones de su casa con cámaras de seguridad. La última decisión, a fines de los ochenta, llevó a que muchos conocidos lo tildaran de paranoico y vincularan esa precaución con su pasado setentista. Dos décadas después, el jefe de Gobierno porteño Mauricio Macri le compró dos mil cámaras para distribuir en las calles de la ciudad que el PRO transformó en su zona franca. Lo mismo hicieron, primero, intendentes de distintas ciudades de todo el país, como Lomas de Zamora, Mar del Plata, La Plata y Rosario, y después, jefes comunales de toda América Latina. Sin embargo, quien hizo más conocidos los servicios de Montoto no fue Macri sino su aliado en las filas del antikirchnerismo, Sergio Massa.

El extitular de la Anses transformó su centro de monitoreo en el argumento más importante para presentarse ante la política como el nombre de la renovación. Con eje en la seguridad y ayuda de los canales de TV, Massa ensayó su propia transversalidad. Por allí pasaron jefes comunales y gobernadores de todas las vertientes del peronismo, pero también radicales, socialistas, macristas y vecinalistas. Sergio evangelizó ante la clase política haciendo propia una demanda que aparece, imperecedera, en las encuestas y cubre horas en las pantallas de TV con una consigna tan abstracta como contundente: proteger a la gente honesta de los delincuentes.

El despliegue escénico del intendente de Tigre hizo repicar el teléfono celular de Montoto. Comenzaron a llamarlo alcaldes de ciudades de América Latina que querían ir a conocer la base operativa de Massa.

–Podemos hacer una recorrida por la Ciudad de Buenos Aires, que es

enorme y tiene el doble de cámaras –respondía Montoto una vez que el comprador ya estaba en la Argentina, en busca de ahorrarse el peregrinaje hacia la meca de la seguridad.

La respuesta era siempre la misma:

–No, no, a mí me interesa el sistema de Tigre.

–Perfecto, como quieras –y, con fastidio, el empresario salía en su auto rumbo al kilómetro 28 de la Panamericana.

Pese a su amistad con Scioli, en el final del mandato de Cristina Fernández, Montoto consideraba que Massa era la referencia en seguridad en todo el país. Los esfuerzos "neomanoduristas" de Carlos Stornelli, Ricardo Casal y Alejandro Granados en el ministerio de la provincia no alcanzaban por entonces para empardar la imagen blindada de un municipio de 380.000 habitantes.

Mucho antes de aparecer ligado a la mafia del falso abogado Marcelo D'Alessio, Montoto era de los que decían que Massa había entendido que el tema de la seguridad era una herramienta que servía para cosas importantes y que la delincuencia había empezado incluso a correrse del municipio. En las últimas tres décadas, la presencia de las cámaras se impuso en la Argentina y en otros países de la región. Los cuestionamientos mayoritarios no pasan por las implicancias de una sociedad hipervigilada –en la que el negocio crece y se expande junto con la privatización de la seguridad–, sino por su impacto real en la prevención del delito y la baja de la criminalidad.

En marzo de 2013, en su discurso ante la Asamblea Legislativa, Cristina le reprochó a Massa, sin nombrarlo, que las cámaras no habían funcionado en el enfrentamiento a balazos de febrero de ese año entre sectores de la barra de Tigre que terminó con la muerte de Alejandro "Laucha" Velázquez. Hubo 114 disparos y tres detenidos. El barra que murió pertenecía al grupo de Abel "Gallego" Lavigna y buscaba desplazar a Daniel Paz, alias "Negro Fiorucci", histórico jefe de la hinchada del Matador. Las cámaras que se descompusieron pertenecían al partido de San Fernando, donde gobernaba ya el massista Luis Andreotti.

La saga de los implacables

Mirando encuestas. Así fue como Sergio Massa comenzó a diseñar su gran apuesta de gestión y a vislumbrar que la “lucha contra la inseguridad” podía convertirse en una herramienta decisiva para su crecimiento político. Aunque prefiera no reconocerlo, el líder del Frente Renovador se inscribe en una saga que en la provincia de Buenos Aires se inicia con el éxito parcial de Carlos Ruckauf, el exgobernador de la sonrisa perenne que quería ser presidente y se tuvo que ir con la provincia en llamas. En 1999, Ruckauf terminó de ganarle la elección a Graciela Fernández Meijide cuando propuso, en una combinación fulminante de marketing y far west, “meter bala” a los delincuentes. Cinco años más tarde, en 2004, con Néstor Kirchner en la presidencia, la Argentina vio nacer el liderazgo social-mediático de Juan Carlos Blumberg, y el Congreso aprobó una serie de leyes que todavía hoy son consideradas un retroceso. Más tarde, el no ingeniero Blumberg dejó de llenar las plazas con manifestantes que marchaban con velas y se diluyó en el ancho río de la política, mientras la economía volaba y el kirchnerismo hacía planes a veinte años. En 2009, Francisco de Narváez derrotó a Kirchner en la provincia de Buenos Aires con el 34,5% de los votos y el argumento de que tenía un plan para resolver el problema que poco después el Massa antikirchnerista se fijaría como prioridad. El empresario supermercadista que tuvo su tiempo de auge en la política bonaerense intentó repetir su triunfo en 2013, pero ahí terminó con un 5,46%, consumido por la polarización entre el kirchnerismo y el massismo.

En el medio, el gobierno decidió dar de baja las estadísticas oficiales también en materia de seguridad, con lo que clausuró la posibilidad de discutir un tema clave a partir de un diagnóstico certero. En 2008, el Ministerio de Justicia había dejado de difundir los datos de la Dirección Nacional de Política Criminal que debe confeccionar todos los años la estadística general sobre criminalidad, de acuerdo con lo que dispone la Ley 25.266.

Sergio conocía los antecedentes de todos los sheriffs que lo habían precedido en el uso del tema de la seguridad como muletilla de campaña y sabía muy bien que después habían sido devorados por una dinámica para la que no tenía solución. Pero la relación costo-beneficio de postularse como un cruzado en la guerra contra el delito

le resultaba irresistible y le redundaba en claros beneficios. Minutos de aire en radio y televisión sin preguntas que lo incomodaran, encuestados que hacían una cruz al lado de su nombre y la demagogia de confrontar con Eugenio Zaffaroni, un blanco fácil para el "neomanodurismo" más berreta, al decir del jurista Alberto Binder. [31]

Aquel Massa, que venía de arrasar en su debut electoral en la provincia de Buenos Aires, se creía invencible: no reparaba en que su estrella podía apagarse rápido ni, mucho menos, en que los errores propios podían costarle tan caros.

El Centro de Operaciones Tigre (COT) fue el panóptico desde el cual comenzó a nacer el espacio que eligió llamarse renovador. Ese predio ubicado en Troncos del Talar, en la calle Lisandro de la Torre (antigua ruta 197) al 2500, concentraba todas las alertas de emergencias mediante ochocientas cámaras de seguridad que aumentarían a mil, de cara a las presidenciales de 2015 y llegarían a 2000 bajo el gobierno del Frente de Todos.

Los números que difundía la gestión Massa abrumaban. Drones que vigilaban desde el aire, botones de pánico en unidades de transporte, escuelas y comercios, móviles de apoyo municipales y patrulleros policiales, el sistema Tigre 2.0, mensajes de texto vía celulares, Facebook, Twitter y trescientos operadores civiles. En sus primeros años, la página Alerta Tigre informaba sobre la política del COT, que articulaba el trabajo de la Policía, los Bomberos, Defensa Civil y las ambulancias del Servicio de Emergencias. Además, contaba con una Central de Tránsito Inteligente, una Central Meteorológica y una oficina de crisis para el Comando de Emergencias Municipales. Toda esa infraestructura, conectada gracias al anillo de fibra óptica que se instaló en el distrito mediante un convenio con la empresa Claro, sumaría más adelante el sistema de reconocimiento facial, tótems de seguridad inteligente y laboratorio de imágenes criminológicas.

Massa decía que desde que había instaurado el Sistema de Protección Ciudadana, en 2008, el robo automotor había bajado 80% en Tigre y aseguraba que su modelo era "exportado" a otras jurisdicciones del país. La intención era mostrar que, con una inversión de millones de pesos y una cobertura televisiva que propagandizara cada hecho registrado por una cámara como una victoria contra la ilegalidad, alcanzaba para que la delincuencia huyera del municipio.

Pese a que el exjefe de Gabinete de Cristina Fernández anunciaba criterios del siglo XXI para combatir el delito, los vecinos que no lo

votaban denunciaban que el COT hostigaba a los jóvenes de los barrios pobres y los perseguía sobre la base de la filosofía de Cesare Lombroso, el criminólogo italiano que hizo escuela en el siglo XIX por una teoría que afirmaba que los delincuentes podían ser detectados sobre la base de rasgos físicos y fisonómicos. Lo que durante el siglo XX fue denominado “portación de rostro” hoy incorpora nuevos elementos en los barrios del conurbano: sospechosos suelen ser los adolescentes que usan gorrita y merecen como mínimo ser demorados cuando circulan en grupos de dos o más.

Desde una provincia que en los años noventa tuvo al excoronel Aldo Rico como ministro de Seguridad y al exsubcomisario Luis Abelardo Patti a cargo de los asuntos policiales, y sumó con el gobernador Scioli al expenitenciario en los años de la dictadura Ricardo Casal –desde 2022, raro asesor de Massa en el Ministerio de Economía–, la ineficacia de la mano dura era reconocida incluso por distinto tipo de especialistas. Entre ellos, estaba el politólogo Diego Gorgal que, en el auge del Frente Renovador, acompañaba a Juan José Álvarez, uno de los cinco jefes de campaña que llegó a tener Massa. Gorgal había trabajado algunos años junto a José “Pepe” Scioli en la Secretaría General de la gobernación bonaerense y era uno de los asesores que orientaba a Massa, pero al candidato del Frente Renovador reparar en complejidades no le rendía en lo más mínimo. A Massa le interesaba acopiar nombres de figuras de la política que habían pululado por distintos espacios y presentarlos en su equipo como fiera demostración de que su creación era la que se imponía con el envase de lo nuevo para el peronismo. Gorgal colaboraba con Diego Santillán, el exsecretario de Seguridad de Tigre, que era un hombre clave para Massa y moriría muy joven en 2018.

Quizá sean pocos los que lo recuerden –pasados los años, los fracasos electorales y las decepciones políticas, que son demasiadas–, pero Massa llegó a ser una amenaza real para Cristina subido a temas que remachaban sobre los problemas de seguridad en la provincia de Buenos Aires. Lo suyo no tenía nada de original y su agenda no era exclusiva. Años más tarde, Patricia Bullrich desde la Nación y Sergio Berni desde el territorio bonaerense confirmarían que el tema de la violencia urbana podía no encontrar soluciones sencillas, pero era una máquina de engordar candidatos en el feedlot de la política.

La agenda de la gente

El líder del Frente Renovador se propuso avanzar con iniciativas que escandalizaran al progresismo y sumaran votos a montones. No le preocupaba que lo tildaran de improvisado ni de aventurero; solo quería diferenciarse de los tibios y crecer en las encuestas. La escena se repetía. Tal como le habían enseñado, con el tono enérgico y el ceño fruncido, Sergio decía que hablaba en nombre de las víctimas, en contra de la "puerta giratoria" que hacía que doña Rosa se indignara porque los delincuentes entraban por una puerta y salían por la otra.

Enemigo declarado de todas las ideas que se asociaban al progresismo kirchnerista, sin saberlo Massa estaba subido a una ola que no lo iba a consagrar a él, sino que iba a terminar elevando por encima suyo a Mauricio Macri. El exintendente de Tigre tardaría años en entender que su verano electoral era la expresión de un hastío que lo trascendía. A caballo de la agenda negada del cristinismo final, Massa había crecido hasta convertirse en el mejor instrumento para golpear a una Cristina que solía ser presentada como todopoderosa. Pero el creador de la marca Frente Renovador era apenas un medio de ocasión y sería desplazado sin miramientos cuando la sociedad antikirchnerista encontrara un vehículo más eficaz para expresar su rabia. Ese vehículo sería, según enseñaba la teoría de Jaime Durán Barba, el político que menos tuviera que ver con la gran familia del peronismo.

Peleados en una forma que entonces se creía irreconciliable, Massa y Cristina colaboraron a su manera y por vías separadas para que la opción Macri se agigantara en tiempo récord y se convirtiera en una novedad histórica de proporciones. Gracias a la voluntad popular, a la Casa Rosada llegaría por primera vez un político de cuna empresaria que no necesitaba camuflarse en la identidad prestada del peronismo, sino que aterrizaba en la cúpula del Estado con la misión de vengarse de la Argentina populista.

En octubre de 2014, como parte de una disputa política que parecía cerrada entre distintas corrientes del peronismo para saber quién se quedaba con el poder, la presidenta le hizo un favor a Massa y asumió como propios los términos del entonces jefe opositor. Lo hizo cuando presentó el Código Procesal Penal que aumentaba la velocidad de los juicios, le cedía el poder de investigación a los fiscales y endurecía las

penas contra los extranjeros. El proyecto del gobierno –aprobado con modificaciones en diciembre de ese año– constaba de 349 artículos y saldaba en algunos aspectos una deuda que ya varias provincias habían resuelto con reformas que agilizaban las causas al pasar del sistema mixto al sistema acusatorio. Sin embargo, la iniciativa que Cristina anunció por cadena nacional tenía como punta de lanza el discurso implacable de aquel Berni que proponía cerrar las fronteras para vivir seguros. Aunque el entonces secretario de Seguridad de la Nación argumentara con los casos de grandes narcotraficantes colombianos, su prédica contra los extranjeros no hacía más que complicar los días de los inmigrantes que trabajaban en la base de la pirámide social y compraban dólares para enviar a sus países a un tipo de cambio cada día más desfavorable.

Aquella vez, el cristinismo podría haber presentado su proyecto de otra manera, pero lo hizo –igual que diez años antes con Blumberg– desde una posición de debilidad, como parte de una concesión al massismo en el intento de recuperar o, al menos, no perder puntos en las encuestas. Entre que ganó las elecciones legislativas y formalizó su candidatura presidencial, el líder del Frente Renovador fue una ametralladora de propuestas que iban siempre en la misma dirección y ensayó infinidad de estrategias para ubicarse como referencia en el debate nacional por la seguridad. La hiperactividad, la necesidad irrefrenable de ocupar títulos en los medios y la obsesión por el minuto a minuto empezaban a licuarlo como personaje político. Propuso la ley de derribo de aviones, siguió promocionando las virtudes de los drones o cuadricópteros y hasta adiestró a sus legisladores para que complicasen la aprobación del proyecto de policía comunal que él mismo había impulsado. Soluciones fáciles a problemas complejos. Sin embargo, nada lo benefició tanto como el anteúltimo discurso presidencial que Cristina hizo ante la Asamblea Legislativa.

La rival más encarnizada que ese Massa antikirchnerista decía tener fue la que le ofreció la fórmula para adueñarse de la agenda por varias semanas. Ese día, para frenar el anteproyecto de reforma del Código Penal, Massa lanzó una ofensiva que logró catapultarlo al centro de la escena durante un mes. Después de que Cristina anunciara el envío del proyecto al Congreso, Sergio corrió a alertar a la población de que saldrían a la calle los delincuentes más horrendos por obra y gracia del garantismo gobernante. Como si fueran el ying y el yang de un peronismo que iba camino a la derrota en todas sus líneas, casi sin excepciones.

Según el Frente Renovador, el proyecto en el que habían trabajado el

ministro de la Corte Suprema Eugenio Zaffaroni, el peronista León Arslanian, el radical Ricardo Gil Lavedra, el macrista Federico Pinedo y la socialista María Elena Barbagelata estaba hecho a medida de los delincuentes, porque reducía las penas de 146 delitos y eliminaba la figura de la reincidencia. Con esa prédica, encabezó un raid por los estudios de televisión de los canales porteños y llegó a reunir dos millones de firmas por medio de las redes sociales. El debate duró varias semanas, pero puede resumirse con una frase de Massa: "Que Zaffaroni venga, se siente y explique por qué da lo mismo violar una vez que diez veces. [En el nuevo código,] cuando un tipo viola por segunda vez, se toma como si hubiera sido la primera". De regreso ya de casi todo, identificado absolutamente con el gobierno y a punto de irse de la Corte Suprema, Zaffaroni había respondido: "Reacciones como las del señor Massa están demostrando la pobreza de la política argentina y la inmadurez de nuestra clase política". Devorado ya por la polarización, Zaffaroni resultaba un blanco fácil para el antikirchnerismo, pero Arslanian y Gil Lavedra no eran improvisados. Habían sido dos de los camaristas que habían juzgado a las juntas de la última dictadura militar y se habían transformado después en los abogados más distinguidos de la clase política y empresaria, uno recostado sobre el peronismo y otro asociado a dirigentes del radicalismo. Sin embargo, Massa sobreactuaba entonces su pose de imberbe manodura y los destrataba como si fueran principiantes o miembros de una pequeña agrupación kirchnerista en la Facultad de Derecho de la UBA.

Obnubilado por la desesperación de quien necesita minutos de aire para mantener vivo su proyecto, Massa golpeó primero y obligó al resto de los candidatos a definirse en contra de la iniciativa que había sido impulsada por el gobierno, pero redactada por gran parte de los juristas de la oposición. El jefe del Frente Renovador quemó etapas una vez más, pero –como solía suceder por entonces– en su séquito evaluaron que el saldo había sido pura ganancia. "Estaba buscando un ladrillo para romper una vidriera", me dijo entonces un funcionario del gobierno nacional que no había interrumpido el diálogo con Massa.

En una entrevista publicada en aquel momento en La Política Online, Alberto Binder cuestionaba el rumbo del gobierno nacional bajo la comandancia de Berni y se despegaba también de Zaffaroni, pero definía a Massa de modo tajante: "Está haciendo pura campaña electoral. En algún momento dado, pareció que se iba a inclinar por esto que nosotros llamamos 'neomanodurismo'. Es un poco el modelo colombiano, de policías más profesionales, un discurso de derechos humanos claro alejado de los métodos de La Maldita, un

‘neomanodurismo’ de más calidad. Eso no deja de ser un avance, por más que se siga concentrando en la persecución de ciertas poblaciones y no se meta con los mercados delictivos, que son negocios que se expanden y reclutan pobres. Pero ahora arrancó para cualquier lado, para el coyunturalismo más enloquecido. Salió con una demagogia de la peor. Acaba de demostrar que, en este campo al menos, es un irresponsable”. La definición era certera y lograba descifrar el ADN de ese Massa enceguecido en lo que creía que era su ascenso al poder.

Autor de reformas de códigos procesales en veinte países de América Latina, impulsor de la reforma policial que había intentado Arslanian en la provincia de Buenos Aires y miembro activo del Acuerdo de Seguridad Democrática, Binder criticaba una conducta de la clase política que se prolongaría en el tiempo de manera indefinida: el coyunturalismo berreta que trazaba una línea de política ficcional y demagógica en busca de reconstruir el pacto policial. Además, afirmaba que el “neomanodurismo” era el que venía gobernando las políticas públicas de seguridad desde hacía dos décadas, más allá de las incursiones fugaces de sectores progresistas a nivel nacional, como sucedió con Nilda Garré o Marcelo Sain. Igual que su rival y aliado en esos años, el ingeniero Macri, Massa se reuniría con el expresidente de Colombia Álvaro Uribe cuando visitó Buenos Aires, en octubre de 2014, y se pronunciaría a favor de enfrentar “de manera brutal” el narcotráfico, unos días antes de que Elisa Carrió lo denunciara a él como el emblema de un “Estado narco”. Además, como si fuera un mérito, recordaría que los intendentes de su espacio se habían capacitado con el general Oscar Naranjo, exdirector de la Policía Nacional de Colombia.[32]

Como parte de las actividades que organizó para “crear conciencia”, el Frente Renovador convocó a un grupo de especialistas para debatir el Código Penal, entre los que se destacaban el constitucionalista Daniel Sabsay y el expresidente del Colegio Público de Abogados de la Capital Federal, Jorge Rizzo. Pero la lista era más larga. El periodista Pablo Méndez Shiff publicó en Tiempo Argentino[33] los antecedentes de algunos de los que acompañaron al Frente Renovador:

El presidente de la Corporación de Abogados Católicos, Enrique Ramos Mejía, una entidad que se oponía de manera institucional a la reapertura de los juicios por crímenes de lesa humanidad de la última dictadura militar, a la ley de matrimonio igualitario, a la ley de identidad de género, a la ley de fertilización asistida y hasta a la regulación del aborto no punible realizada por la Corte Suprema en

mayo de 2013.

El presidente del Colegio de Abogados de Buenos Aires, Máximo Fonrouge, que encabezó un homenaje a Jorge Vicente Quiroga, uno de los jueces de la Cámara Federal en lo Penal, conocida como “Camarón” o “cámara del terror”.

Hernán Munilla Lacasa, abogado de 51 años que es socio principal del estudio de abogados de Roberto Durrieu, subsecretario de Justicia de Videla entre 1978 y 1981 y fiscal de Estado bonaerense durante la intervención de Ibérico Saint Jean y de Ramón Camps en la policía. Munilla Lacasa saltó a la fama en 2006, cuando participó de un acto público en respaldo a Héctor Schwab, un teniente coronel retirado prófugo de la justicia sobre el que pesaba un pedido de captura internacional por la desaparición de personas. Schwab había sido funcionario del dictador Antonio Domingo Bussi en Tucumán.

El crimen de Urbani

Más allá de su intervención pública en los debates sobre el tema, Massa tuvo en su propio territorio un caso emblemático de inseguridad y no lo resolvió de la mejor manera. Fue el crimen de Santiago Urbani, un músico de 21 años que fue asesinado de un escopetazo en la cabeza durante un asalto en Tigre.

A Urbani lo mataron en la madrugada del 10 de octubre de 2009, cuando llegaba a su casa en la avenida Liniers 1988, en su Chevrolet Corsa azul. Cuatro asaltantes en un Renault 18 robado lo sorprendieron en la puerta del domicilio donde vivía con su madre y su hermana: las crónicas coinciden en que lo obligaron a entrar, se llevaron todo lo que encontraron y al salir lo mataron de un disparo de escopeta calibre 22.

Durante los días posteriores al crimen, Massa se molestó por la cobertura que hacía para el canal de noticias TN el cronista Mario Massaccesi. El periodista contó en vivo que los vecinos de Tigre se habían autoconvocado para marchar en silencio al playón de la empresa TBA, ubicado a dos cuadras del municipio. Después de hablar con un vocero de Massa, Massaccesi anunció la presencia del intendente en el lugar. Pero el candidato del Frente Renovador nunca llegó y el cronista de TN lo subrayó ante las cámaras.

Al día siguiente, se sorprendió con un llamado de Carlos D'Elía, el gerente de noticias de Canal 13 y TN.

–La gente de Massa pide que te retiremos de la cobertura. Dice que estuviste arengando a los vecinos para que marchen al municipio.

–No, eso no es cierto.

–Te tienen filmado. Dicen que van a mandar la grabación.

–No es cierto, Carlos. Que la presenten. También quiero ver la grabación, si es que la tienen.

La supuesta filmación que capturaba a Massaccesi organizando la indignación de los vecinos por el crimen de Urbani nunca llegó a canal 13 y Massaccesi siguió cubriendo las marchas y las contingencias del

juicio. Más tarde, el periodista le reclamó en persona al vocero de Massa que había hablado con D'Elía el documento concluyente que el intendente había esgrimido para apartarlo de la cobertura. El massismo siguió insistiendo en que tenía una filmación, que jamás mostró. Los que conocen al periodista que se desempeña en las señales del Grupo Clarín desde hace más de dos décadas no tienen dudas: fue una farsa en busca de condicionar su trabajo en televisión. La costumbre del apriete es una marca del estilo personal que edificó Massa y no reconoce límites de agenda. Según admiten algunos de sus socios políticos de ayer y hoy, cualquier tema puede ser motivo de una advertencia nada amable. Lo confirman las anécdotas de dirigentes que, enfrentados o distantes de Massa, recibieron llamados que los alertaban de que una investigación en su contra estaba a punto de ser difundida en la pantalla del Grupo América, propiedad de Vila-Manzano. El objetivo era hacer recapacitar al político que se hubiera animado a contradecir al creador del Frente Renovador. La intimación era casi un juego de niños, si se tiene en cuenta que Massa disfruta de una instancia superior a la que puede apelar en función de sus objetivos: algunos despachos encumbrados de los tribunales federales de Comodoro Py.

Cuchillo de palo

Sergio Berni estaba concentrado en las imágenes que mostraban los canales de noticias tras la muerte de dos miembros de la barra brava de Boca, en las horas previas al amistoso con San Lorenzo en el barrio porteño de Bajo Flores. Después del mediodía, el combate entre dos facciones de La 12 en el cruce de la avenida Lafuente y la calle Janer había terminado con la vida de Ángel Martín "Feco" Díaz y Marcelo Augusto Carnevale. Ese domingo, 21 de julio de 2013, el secretario de Seguridad de la Nación había ordenado un despliegue sobre la zona y acababa de tomar la decisión de suspender los partidos de fútbol, cuando un llamado lo sorprendió en su teléfono celular. Era Massa.

–Sergito, me acaban de afanar. Ya lo tenemos identificado. Es un integrante de la Prefectura.

–¡Uy, qué hijo de puta! ¡Hacelo mierda!

–No, ya está, no quiero decir nada porque estamos en campaña y no quiero que se tome como algo del gobierno en mi contra.

–¿Vos tenés alguna duda? ¿Vos pensás que fue una operación del gobierno?

–No, ninguna. Ya lo tenemos identificado. Es un tipo de Tigre –le dijo el candidato del Frente Renovador.

–Lo único que te pido es que ese tipo quede preso. Por mí, no se va a enterar nadie –lo despidió Berni.

Habían pasado veinticuatro horas desde que Gorgonio Alcides Díaz Torres, prefecto que trabajaba en el Ministerio de Seguridad, había ingresado al barrio cerrado Isla del Sol, donde el exintendente de Tigre vive desde 2001, y unos minutos apenas desde que había sido detenido en la casa de sus padres. El robo en el domicilio de quien era entonces el principal candidato opositor, veinte días antes de las elecciones primarias, parecía un mensaje envenenado que alguien enviaba en busca de enturbiar el final de la campaña.

El silencio inicial de Massa y del gobierno nacional se quebró el domingo 4 de agosto, cuando Horacio Verbitsky publicó un artículo

que tituló “Seguro que no”. El entonces columnista principal de Página/12 y presidente del CELS trazaba un cuadro en el que apuntaba contra el doble discurso del exjefe de Gabinete de Cristina, que exhibía como prueba irrefutable de su prédica de tolerancia cero la baja de los índices de criminalidad en su distrito. Pero la mayoría de los cuestionamientos de la nota iban dirigidos hacia el fiscal general Julio Alberto Novo, un amigo de Massa que debió renunciar a su cargo en 2017, después de que la jueza Sandra Arroyo Salgado le dictara un procesamiento agravado por haberlo encontrado culpable de encubrir una serie de crímenes del narcotráfico. Acusado al mismo tiempo por Verbitsky y por dirigentes de la oposición como Elisa Carrió, Novo sería suspendido de su cargo y caería en momentos en que Massa comenzaba a entrar en problemas con el gobierno de Macri. Pero en aquel 2013 era todopoderoso y de él dependían todos los fiscales de la zona norte del conurbano bonaerense, la franja territorial desde la cual nació a la política el Frente Renovador:

El robo a la casa del candidato de la seguridad, en el lote 92 del barrio cerrado Isla del Sol, en Chingolo 475, de Rincón de Milberg, partido de Tigre, se produjo el sábado 20 de julio, entre las 18 y las 19.30. La primera precaución fue que la denuncia no la hiciera Massa sino su esposa, Malena Galmarini. Esto dio origen a la causa 14-10-001.654-613, del departamento judicial de San Isidro. La investigación por “robo doblemente agravado” quedó a cargo del fiscal de Rincón de Milberg, Mariano Jorge Magaz, quien depende del fiscal general Novo. La Procuración General dispuso la obligatoriedad del registro en el Sistema Informático del Ministerio Público de cada investigación realizada por un fiscal. Pero en este caso, que inquieta al fiscal general Novo porque podría afectar la campaña electoral del Frente Renovador, la información no figura en el SIMP. El detenido por el robo en el domicilio de Massa y Malena Galmarini es un custodio del barrio cerrado, Alcides Díaz Gorgonio [sic], quien con una barreta rompió una ventana lateral e ingresó a la casa, empuñando un arma con silenciador. Díaz Gorgonio rompió una cámara de seguridad y se apoderó de una caja de seguridad que contenía 65.000 pesos y 1200 dólares; un llavero en forma de cruz con una imagen religiosa, una medalla con una imagen de Juan Pablo II, una cruz, una cadena de oro con la figura de un ángel, una medalla dorada con la efigie de la Virgen, una medalla dorada con una imagen de Jesús, dos medallas doradas con la imagen de la Virgen, dos lapiceras Mont Blanc, gemelos, pulseras, cortapapeles y dos pen drive, entre otros objetos. En la tarde del domingo 21, Magaz comunicó al juez que allanaría los domicilios de La Florida 1202, en Rincón de

Milberg, y Ruta 197, número 2146, de Los Troncos. Además de detener a Díaz Gorgonio, secuestró los elementos robados, dos pistolas Bersa (una modelo Thunder.380 cromada, con dos cargadores y una .22 pavonada en negro con silenciador), una campera rompevientos, un buzo de polar, 25.000 pesos y un teléfono celular inteligente, cuyo contenido el juez Rossignoli ordenó analizar.[34]

Aunque los medios opositores al gobierno tomaron la publicación del dato como parte de una operación del kirchnerismo para golpear a Massa, casi diez años después del hecho el prefecto sigue preso por un robo y las dudas son todavía muchas más que las certezas. La difusión de la noticia no parece haber tenido impacto en las encuestas ni logró influir en el electorado independiente, pero, en todo caso, contribuyó más a victimizar a Massa que a desenmascararlo.

Más allá de su acceso privilegiado a la expresidenta durante algún período y de que acompañó en líneas generales al gobierno durante más de una década, el futuro director de El Cohete a la Luna había mantenido siempre independencia de la Casa Rosada en algunos temas puntuales. La seguridad era uno de esos temas, sobre todo después de que su amiga Nilda Garré había sido eyectada del Ministerio de Seguridad.

El supersecretario Berni consideraba que Verbitsky era un hombre de Garré, la exministra que Cristina Fernández puso al frente de las fuerzas de seguridad después de la represión combinada de la Policía Federal y la Policía Metropolitana que dejó tres muertos en el Parque Indoamericano, en diciembre de 2010. Garré tuvo quince meses para llevar adelante su política sin condicionamientos, hasta que Cristina designó a Berni como su segundo y habilitó al teniente coronel para que se fagocitara a la exdiputada del Frejuli y el Frepaso. Berni afirmaba, por ejemplo, que había visto una sola vez a Verbitsky: decía que en esa ocasión uno entraba y el otro salía de una oficina gubernamental.

Esa distancia sugiere que Verbitsky no publicó ese dato para hacerle un favor a Berni, aunque sí para golpear a Massa. En la nota que reveló el robo, el periodista no menciona que Gorgonio Alcides Díaz Torres era miembro de Prefectura y parte del aparato de Seguridad e Inteligencia del Estado nacional. La opacidad de la trama es tanta que hasta el nombre del prefecto sigue siendo mencionado de manera errónea en todos los medios. Su verdadero nombre de pila es Gorgonio Alcides y sus familiares y amigos le dicen “Goli”, pero las crónicas lo

presentan como “Alcides Díaz Gorgonio”, con el apellido entre sus dos nombres. Queriéndolo o no, Verbitsky abrió una caja de Pandora que tanto el kirchnerismo como el massismo hubieran preferido mantener cerrada. Un caso del que todavía hoy nadie quiere hablar demasiado y al que solo se vuelve para ratificar sin matices la versión de Massa.

El fiscal general Novo, denunciado después por Carrió como “el encubridor del narcotráfico en la provincia de Buenos Aires”, contaba con fiscales como Mariano Magaz –a cargo de la investigación por el robo a la casa de Massa–, que le reportaban de manera disciplinada, y detractores como el fiscal Luis Angelini, que denunció a su superior por “supuesta frustración dolosa del legal desarrollo de los procesos” en los que se investigó la masacre de Unicenter, de julio de 2008, en la que fueron asesinados dos colombianos acusados de narcos.[35] Es en esa causa donde Arroyo Salgado decidió procesarlo.

Catorce meses después del robo que coronó la campaña electoral, el fiscal Magaz –designado por Novo en 2010– pidió la elevación de la causa a juicio oral. Sin embargo, el silencio de la mayor parte de los protagonistas no hizo más que alimentar las sospechas. El prefecto fue condenado en un juicio abreviado a la pena de dieciocho años de cárcel en 2015 por el delito de “robo triplemente agravado”. Los agravantes que encontró la defensa de Massa y el tribunal asumió como propios fueron haber sido un integrante en actividad de una fuerza de seguridad, haber utilizado un arma de fuego y haber forzado su ingreso con una barreta a la casa de Massa. Díaz nunca declaró, su pena nunca fue atenuada por los tribunales de San Isidro y tampoco consiguió la prisión domiciliaria durante la pandemia, pese a las patologías crónicas que padece, según dice su defensa.

La primera pregunta que aún no tiene una respuesta clara es por qué el candidato que era entonces el más duro opositor al kirchnerismo no quiso denunciar el robo en su casa. “Él, que es tan partidario de la persecución penal, no hizo la denuncia cuando le robaron en la casa. Es llamativo”, me dijo el doctor José Luis Galliani, el abogado que tuvo a su cargo la defensa del prefecto durante el año posterior al robo.[36] Malena Galmarini, que hizo la denuncia, volvió a diferenciarse de su esposo durante una conferencia de prensa multitudinaria que dieron después de que el caso se difundiera también en diarios como La Nación. Ese día, frente a las cámaras y los periodistas, Massa afirmó que se trataba de un “hecho de inseguridad esclarecido”, pero fue desautorizado en público por Malena en el mismo acto: “Hecho de inseguridad es un robo en la calle, al voleo. Entró a un barrio cerrado, que tiene seguridad de Prefectura Nacional y se metió en mi casa tranquilamente. Ese no es un hecho de

inseguridad. No sé qué es. El fiscal tendrá que decirme qué pasó”.

Tan sorprendente como aquel silencio del ahora ministro de Economía de los Fernández es que no se hayan encontrado las razones por las cuales el prefecto Díaz habría decidido ingresar a robar a un country en el que todos lo conocían. ¿El supuesto ladrón era “un loco o un vivo”, como lo definió el candidato en aquella conferencia de prensa?

Las filmaciones de las cinco cámaras de seguridad de la casa de Massa que presentó el Frente Renovador están lejos de ser concluyentes. Primero, se ve al prefecto dentro de Isla del Sol cuando baja y cuando sube de su auto Fiat Marea verde azulado, a cara descubierta. Después, se muestra a una persona encapuchada que sería él, forzando el ventanal de la casa de los Massa, pero nunca se lo ve en el momento en que entra en el domicilio.

¿Quién identifica al prefecto? El testigo que aparece en la causa judicial se llama César Emilio Jaunarena, pero –según la defensa del prefecto– nunca prestó declaración ante la justicia. Además, la defensa de Díaz dice que nunca se le dio intervención a la Policía Científica para que tomara las huellas dactilares.

Hay otras preguntas que alimentan sospechas de todo tipo. Por ejemplo, cuánto pesa una caja fuerte como la que el ladrón traslada como si fuera un changuito de supermercado o una mesita de luz: unos 175 kilos, lo que la hace imposible de mover para una persona que actúa sola. Por ese tipo de incongruencias, Sergio Berni –que negó durante años haber enviado al prefecto a robar a la casa del candidato– suponía que Massa había armado un video falso en veinticuatro horas.[37]

La unidad de la familia ensamblada del Frente de Todos a partir de 2019 forzó una tregua que aplacó todos los resquemores. Malena Galmarini, que era la más intransigente con el tema, dejó de lado sus prevenciones y aceptó los argumentos que Máximo Kirchner le dio cuando la avenida del medio se derrumbó y Massa quedó servido para recrear su alianza con el cristinismo. Más aún, el propio personaje político en que Berni se convirtió a partir de que Axel Kicillof le confiara el Ministerio de Seguridad bonaerense le sirvió para acortar aún más la distancia con Massa. Aunque su postura crítica con la Casa Rosada le permitió fulminar a Alberto Fernández desde el minuto uno y lo llevó a distanciarse incluso de la vicepresidenta, por convicción o por cálculo Berni se reconcilió con Massa. En mayo de 2022 compartieron un acto con eje en la seguridad en la localidad de Las Heras y, a partir de la llegada de Massa a Economía, Berni comenzó a

decir que el gobierno no solo había encontrado un ministro para el área sino también un “nuevo conductor”.

El robo a la casa del exintendente nunca se esclareció. Aun si todo hubiera sido como sostiene la versión de Massa, hay preguntas que todavía no tienen respuesta: ¿Gorgonio Alcides Díaz Torres organizó en soledad el robo a la casa del candidato estrella de la oposición? El exintendente de Tigre dijo en la conferencia de prensa que había otras dos órdenes de detención pedidas contra dos prefectos que también estaban involucrados pero nunca fueron capturados.

Según una nota que Rosario Ayerdi escribió en aquel momento en Perfil, de las pericias tecnológicas que ordenó la justicia se desprende que el 20 de julio por la tarde, el Samsung Galaxy S3 de Gorgonio Díaz recibió dos llamados desde el Ministerio de Seguridad en quince minutos: “De acuerdo con la causa judicial a la que accedió Perfil, el fiscal a cargo, Mariano Magaz, envió dos oficios al Ministerio de Seguridad solicitando el legajo de Gorgonio y así conocer su situación laboral, pero no fueron respondidos”. Berni dice que el prefecto había sido separado de la fuerza, que no cumplía horario y que llegaba tarde a la guardia. Su primer abogado en la causa, José Luis Galliani, aseguraba, en cambio, que tenía una foja de servicios impecable.

Después de treinta años como agente de inteligencia del Estado nacional y una década de trato fluido con Massa, ¿para quién trabajaba Díaz Torres en el momento del robo? ¿Quién decide correr el riesgo de robar solo en la casa del candidato estrella a días de la elección? Como dijo la propia defensa de Gorgonio Díaz en un escrito que presentó ante el juez: “Nadie cree que un suboficial de la Prefectura Nacional en solitario y mostrándose ante una videofilmadora se ofreciera alegremente a ser prisonizado [sic] sin ocultar su rostro y apareciendo en las filmaciones como una persona de una estatura superior que la de nuestro asistido”.

“Perdiste, Peti”

Díaz mide 1,64, es diabético y en el momento en que se lo detuvo por el robo tenía 52 años. Llevaba entonces treinta y tres años como miembro de las fuerzas de seguridad y había ingresado a trabajar en Prefectura en 1981: fue durante el final de la dictadura militar cuando adquirió su formación inicial. Cumplía funciones en la Sala de Situación de la Dirección Nacional de Inteligencia Criminal, que funciona en el sexto piso de la secretaría de Seguridad Interior, en la avenida San Juan 2776. Allí compartía tareas con un efectivo de Gendarmería y uno de Policía Federal que se encargaban de monitorear durante las veinticuatro horas cortes de ruta, manifestaciones y huelgas en todo el país.

El silencio del único detenido por el caso –que se declara inocente– también es llamativo. Díaz se considera un “preso político”, pero, a contramano de la tradición y la historia, no piensa iniciar ninguna campaña por su libertad. Solamente su mujer fatiga los tribunales en busca de una solución que le permita salir de la cárcel.

El jueves 29 de mayo de 2014, visité a Gorgonio Díaz Torres en el pabellón 9 de la Unidad 48 en José León Suárez, partido de San Martín, donde estaba detenido. Había pasado ya por las comisarías de Ricardo Rojas en Tigre y del Polo Industrial de Pilar. Lo noté algo nervioso, aunque me dio la sensación de estar cómodo en su lugar de detención. En ese momento cumplía tareas como parte de la requisa del servicio penitenciario, y la camaradería con los guardiacárceles lo llevaba a hacer chistes con ellos. Aun detenido, se movía en ese mundo con absoluta familiaridad.

Díaz dice que trabajó como custodio de Isla del Sol entre 1998 y 2007 y que conoció a Massa en 2001, cuando el líder del Frente Renovador se fue a vivir al barrio cerrado junto a su esposa. Según su versión de los hechos, que no brindó ante la justicia, el sábado 20 de julio terminó su jornada a las cinco de la tarde y fue a Tigre en su auto personal. Asegura que conocía a los treinta y cinco propietarios del country y que ese día tenía que ir a pagar la franquicia de Rever Pass –alquilaba dos locales sobre la avenida Cazón, al lado de la municipalidad– a uno de los domicilios y a dejarle el CBU para el seguro de Allianz a otro de los vecinos de Massa. Después tenía pensado viajar a Mar del Plata para pasar las vacaciones de invierno

con su mujer y sus dos hijos.

La escena siguiente que recuerda Díaz transcurre el día posterior, domingo 21, mientras estaba jugando a las cartas en la casa de sus padres, de 77 y 80 años, sobre la calle La Florida 1202, a pocas cuadras del country Isla del Sol. Ese día, una comitiva comandada por autoridades policiales, judiciales y municipales lo sorprendió en ese domicilio.

–Perdiste, Peti –le dijo el entonces comisario de Tigre Gabriel Natiello.

–¿Qué pasa, Pelado?

–Nada, nada, dejame ver qué tenés acá.

–¿Qué buscás, Pelado?

Natiello, que cumplía las órdenes del fiscal Magaz, estaba secundado por el oficial de la policía bonaerense Lucas Borge y por el secretario de Seguridad de Tigre, Diego Santillán, el funcionario que era la mano derecha de Massa y se cuidó de no ingresar al domicilio de los padres del prefecto.

Gorgonio Alcides Díaz sostiene que el testigo clave del robo, Emilio Jaunarena, según figura en la causa, no estaba en el allanamiento a la casa de sus padres en el que fueron secuestradas todas las pertenencias que detalló Verbitsky en su primera nota. El prefecto Díaz y el comisario Natiello se conocían desde hacía mucho tiempo por ser vecinos de Tigre y trabajar en la zona. Según el relato del prefecto, Natiello se lo llevó en un patrullero y no le dio precisiones durante todo el camino, algo que le provocó una zozobra que nunca en su vida había experimentado.

Una de las pocas certezas de esta historia es que Massa y el prefecto Díaz se conocían. Lo admitió la familia del candidato y también el único detenido por el robo. Por eso no es extraño que, como reveló en su momento Aníbal Fernández, el exintendente de Tigre le haya solicitado por carta en 2007 –cuando él era ministro del Interior– que el prefecto siguiera cumpliendo tareas de adicional en Isla del Sol. Gorgonio Díaz dice que se acuerda bien porque le costó ocho días de prisión: según me dijo, está prohibido que una autoridad política solicite la custodia de un miembro de las fuerzas de seguridad. El detenido sostiene que el trato era tan ameno que Sergio les regaló a él y a su hijo la camiseta de Tigre cuando el club que dirige el massismo ascendió a la primera división del fútbol argentino, en 2007. Fue una tarde en la que se juntaron en el centro comercial Punto Tigre y Massa

les llevó la camiseta blanca del goleador Leandro Lazzaro con el logo del Banco Macro. “Yo te voy a conseguir una camiseta firmada por todos los jugadores”, le prometió.

La versión del último gobierno de Cristina fue que el robo existió, pero no fue como lo cuenta Massa. La hipótesis que manejaba Berni apuntaba a una facción de la hinchada de Tigre, enfrentada con el candidato y con vínculos con miembros de la Prefectura, que tenía información sobre los movimientos del exjefe de Gabinete. Por eso, desde el kirchnerismo afirmaban que la plata que le habían robado al candidato del Frente Renovador era bastante más que la que se reportó en el expediente judicial. Según esa hipótesis, quien decidió ingresar a la casa del exintendente tenía en claro que el viernes era el día en que la recaudación de la campaña se reunía en Isla del Sol. De acuerdo con esa línea de interpretación, alguien entregó a Massa.

Todo indica que Gorgonio Alcides Díaz esperaba alguna señal y por eso nunca habló. Como parte de su estrategia frustrada para lograr la excarcelación estaban las notas de puño y letra que había presentado ante el juez Rossignoli y su solicitud de dieciocho medidas de prueba para demostrar su inocencia. Díaz solicitaba que se tomaran huellas dactilares, pedía una pericia balística para determinar si la vaina servida que figuraba en la causa pertenecía a una pistola calibre 22 L y reclamaba que se citara a declarar a Horacio Verbitsky y a Joaquín Morales Solá, que aseguró en La Nación que el prefecto fue enviado por el gobierno nacional a robar a la casa de Massa. La defensa del procesado sostiene que no hay acta, inspección o peritajes realizados para saber si el disparo del arma que se encontró fue ejecutado por el prefecto y da a entender que, si Díaz estuvo involucrado en el robo, no lo hizo por cuenta propia, sino como parte de una operación mayor.

Díaz Torres fue trasladado en los últimos años a la Unidad Penitenciaria nº 30 de General Alvear, en la provincia de Buenos Aires, a 247 kilómetros de la Capital Federal. En 2021 fue imputado por integrar una banda de presos de la Unidad 30 que respondía al excomisario Raúl Papa, el exjefe de la distrital de San Isidro que había sido condenado en 2017 a seis años de cárcel por proteger a asaltantes involucrados en entraderas en zona norte. Según la denuncia, Díaz Torres era parte de la banda de Papa que extorsionaba a otros presos del penal.

Tantos años después, todos los enigmas que rodean el caso permanecen vigentes y sin respuestas convincentes. La familia del prefecto condenado a dieciocho años por un robo en plena campaña insiste en que se trata de una causa fraguada, pero prefiere no hablar.

Todavía hoy Massa y Malena recuerdan el caso cada vez que pueden y lo vinculan con la injerencia de los servicios de inteligencia en la política. Después de diez años tras las rejas, Gorgonio Alcides Díaz Torres sigue en silencio y los motivos de su hermetismo no encuentran demasiada justificación, salvo por una constante que a su lado esgrimen como argumento: siempre y de alguna manera, Massa está en el poder.

▪

[30] En febrero de 2012, el diario El Cronista reveló que Montoto le había vendido el 85% de sus acciones de Global View a la empresa japonesa NEC Corporation por treinta millones de dólares.

[31] Entrevista publicada por el autor en La Política Online el 13 de marzo de 2014.

[32] El artículo publicado el 24 de octubre de 2014 en La Nación decía: “El afán de los rivales en la carrera presidencial por mostrarse con Uribe pareció no encontrar reparos en los cuestionamientos y denuncias por violaciones de los derechos humanos que el exmandatario recibió en su país y de parte de organismos internacionales por los métodos empleados en la guerra contra la guerrilla de las FARC y el narcotráfico […]. En el cierre de la reunión con Uribe, Massa postuló que ‘la violencia y el narcotráfico necesitan que se los enfrente de manera brutal’. Un tropiezo no menor si se tienen en cuenta las denuncias que el dos veces presidente (2002-2010) recibió por violaciones de los derechos humanos en la lucha contra el narcotráfico. El caso más resonante fue el de los ‘falsos positivos’, civiles (en su mayoría campesinos) asesinados por las fuerzas de seguridad que eran contabilizados como guerrilleros para ‘mejorar’ los indicadores de la lucha contra las FARC”.

[33] Pablo Méndez Shiff, “El oscuro prontuario de los especialistas convocados por Massa para el Código Penal”, Tiempo Argentino, 19 de marzo de 2014.

[34] Horacio Verbitsky, “Seguro que no”, Página/12, 4 de agosto de 2013.

[35] Ya en octubre de 2014, la jueza federal de San Isidro, Sandra Arroyo Salgado, había solicitado a la justicia provincial que le remitiera el expediente por el doble homicidio de Héctor Edilson Duque Ceballos, alias “Monoteto”, y Jorge Quintero Gartner. Además,

decidió investigar a los funcionarios de la fiscalía general de ese distrito por presuntas irregularidades en la pesquisa. A raíz de esta denuncia se inició el expediente 3468 para investigar la conducta del fiscal Novo. “La causa 3468 sobrevuela todos los otros expedientes como una suerte de conector en tanto las actuaciones presuntamente desarrolladas por diversos funcionarios del Ministerio Público fiscal bonaerense tendientes a obstruir el trámite de las causas mencionadas”, escribió la jueza.

[36] Desde agosto de 2014, su abogado es Ramón Gauna, que nunca contestó mis llamados, pese a que fue la familia del prefecto la que me facilitó su teléfono. En su página web, se presenta como fundador del Colegio Público de Abogados de la Capital Federal.

[37] Véase el video del robo a la casa de Sergio Massa en <www.youtube.com/watch?v=ua0Hz9-j3qg>.

11. La Embajada

No es fácil decir cómo ni cuándo, pero Sergio Massa tuvo, desde que nació a la política, el deseo y la vocación de ser un interlocutor tan habitual como privilegiado de la embajada estadounidense. Que lo haya tenido no quiere decir mucho en un país periférico en el que sobran los políticos, empresarios y formadores de opinión que se ofrecen a representar con vehemencia las posiciones de la potencia que fue, durante décadas, la más poderosa del planeta. Con esa facilidad para ir directo en busca de su objetivo, Massa entró rápido en el circuito de afinidades que se distinguen por su sensibilidad extrema ante las obsesiones de los Estados Unidos, con una convicción de hierro y más allá de los cambios de gobierno. A través de operadores y amigos empresarios como Daniel Vila, José Luis Manzano y Daniel Hadad, Massa supo enseguida qué teclas debía tocar para acceder al pequeño mundo que conducía a Washington y a Miami. Lo hizo primero como parte de un itinerario de viajes al norte para reunirse con congresistas y senadores, como el demócrata anticastrista Robert "Bob" Menéndez. Le incorporó después encuentros con fondos de inversión que le acercaba el mexicano David Martínez, dueño de Fintech y socio de Jorge Brito y Héctor Magnetto. Y tuvo su salto de intensidad cuando, como intendente de Tigre primero y líder del antikirchnerismo después, decidió sumar sus contactos con Rudolph Giuliani para venderse como un abanderado de la Tolerancia Cero.

Nada, sin embargo, fue tan gráfico ni tan contundente como los cables de WikiLeaks para dar cuenta del nivel de intimidad entre Massa y la Embajada de los Estados Unidos en la Argentina. Era una de esas temporadas políticas que el ministro de Economía y sus aliados de hoy simulan olvidar, el tiempo en que él y el empresario Jorge O'Reilly eran socios. Socios de un proyecto político que compartían, dentro y fuera de Tigre. Eso es seguro. Y socios en los negocios inmobiliarios de Eidico, a los ojos de cualquiera que mirara con suspicacia al fundador del Frente Renovador. O'Reilly vivía entonces en una casona en la que perfectamente podía filmarse una película, en el barrio Santa María de Tigre –el primero que construyó con su empresa–, frente al río Luján y a la inmensidad de las islas del delta.

En el origen, es cierto, todo era afinidad y empatía. Eran miembros de

la misma generación, y ese rasgo era para Massa un punto de partida clave, una coartada que –muchos años después– volvería a esgrimir como argumento para explicar futuras alianzas al otro lado del mundo. Eran hombres que conocían la lógica de la actividad privada y apostaban a insertarla en el mundo de lo público.

La proximidad entre Massa y O'Reilly era tanta como para que juntos quedaran inmortalizados en la casa del barrio Santa María en una escena que hubieran preferido evitar, pero quedó retratada con detalle en uno de los 2510 cables de la embajada de los Estados Unidos sobre la Argentina que difundió Julian Assange.

Durante su estadía en la Casa Rosada, Massa y O'Reilly quedaron atrapados en dos grandes historias que, por distintas razones, no los beneficiaron: la pelea con la Iglesia y la relación con los Estados Unidos. Confrontaron con Jorge Bergoglio antes de sospechar que pudiera llegar a ser Francisco –una herejía que hasta hoy le cuesta a Massa– y se entregaron a confraternizar con los funcionarios de la embajada sin presagiar que iban a quedar expuestos en la monumental filtración de cables conocida como WikiLeaks.

Los dos hombres que coincidieron en elegir Tigre como base de su proyección nacional se conocieron cuando Massa era diputado provincial y O'Reilly comenzaba a crecer con su empresa. El dueño de Eidico cuenta siempre que fue una tarde en Rincón de Milberg en la que él cantaba con su grupo Los Isleños. El que los presentó fue un actor clave en la trayectoria de Massa, uno de los grandes amigos de su vida y uno de los vínculos políticos que conservó durante toda su carrera, más allá de sus oscilaciones: ni más ni menos que Horacio Rodríguez Larreta. O'Reilly era abogado y representante de inversores belgas con intereses en Farmacity y Eki, y su nexo con el entonces jefe de Gabinete de Mauricio Macri era un grupo de exalumnos de Harvard. Rodríguez Larreta compartía por esos años con Massa la ilusión del orteguismo como fase superior del menemismo y compartiría muchas cosas más a lo largo de los años.

Hijo de uno de los dueños de Car Security –la empresa licenciataria exclusiva de LoJack–, con el tiempo O'Reilly pasó a ser visto como la mancha venenosa por los políticos que lo habían acogido. Los que estuvieron cerca suyo pasaron a desconocerlo. No solo Massa lo negaba. También su amigo Horacio decía que ni se acordaba de cómo había sido que se lo presentó a Massa. "Estaba ahí y me pidió", me dijo Larreta, cuando lo consulté sobre ese triángulo perdido en la historia.

En los años del primer kirchnerismo, la afinidad con O'Reilly había llevado a Massa a proponerle que fuera su candidato a intendente en Tigre. El entonces titular de la Anses ya buscaba hacer pie en el territorio, como base de su proyección política. Pero no se animaba a enfrentar a Ricardo Ubieto, el imbatible caudillo conservador que comenzó a gobernar durante la dictadura militar y se cansó de ganar elecciones en democracia hasta que se murió. Massa se lo propuso a O'Reilly un día, en el que era entonces su despacho del quinto piso del edificio de Córdoba al 700, en una muestra más de esa esencia de quemar etapas que constituye la trayectoria política de Sergio. Esa vez, O'Reilly hizo bien y dijo: "No, gracias". Pero "pisó el palito": empezó a pensar que podía hacer un aporte en el ámbito de lo público, algo que hasta ese momento nunca se le había cruzado por la cabeza.

Abogado, doctorado en Georgetown, O'Reilly había vivido entre 1991 y 1997 en los Estados Unidos y contaba, a ojos de Massa, con un capital indudable. El político que había pasado de San Martín a Tigre y de la Ucedé al peronismo lo quería en su equipo. El 23 de julio de 2008, Massa invitó a O'Reilly a su asunción como jefe de Gabinete de Cristina Fernández de Kirchner en la Casa Rosada. Cuando terminó la ceremonia, extasiado todavía por los flashes y los aplausos, se acercó a él y le pidió que al día siguiente participara de una reunión en su despacho. Unas horas más tarde, O'Reilly estaba sentado junto al ministro de Economía Amado Boudou, el vicejefe de Gabinete –heredado de la gestión de Alberto Fernández– Juan Manuel Abal Medina y el omnipresente secretario de Legal y Técnica, Carlos Zannini. El rol del dueño de Eidico en esa reunión era una incógnita, pero a él no le sorprendió. "Con Sergio, la gente no pregunta ni él dice. Es un régimen bastante marcial", solía explicar O'Reilly.

WikiLeaks, la madre de la mala leche

Aunque tampoco se lo reconozcan, O'Reilly contribuyó con la campaña presidencial de Massa cuando se convirtió en el nexo del candidato con la embajada de los Estados Unidos y, sobre todo, cuando invitó a Vilma Socorro Martínez a cenar a su casa de Santa María de Tigre con vista al río Luján. Fue en noviembre de 2009, apenas cuatro meses después de la renuncia a la jefatura de Gabinete. El sincericidio que Sergio consumó esa noche ante la embajadora norteamericana le generó un mal trago difícil de olvidar y la defenestración pública de casi todo el kirchnerismo. Pero le abrió como nunca las puertas de los Estados Unidos, un país al que el futuro ministro de Economía convocaba –ya desde entonces– a sentarse en la cabecera de la mesa de decisiones en la Argentina peronista.

La diplomacia estadounidense registra dos encuentros con O'Reilly previos a la cena en la que Massa se fue de boca hablando pestes de Néstor Kirchner, de su esposa y del gobierno que había integrado hasta hacía apenas unos meses. El primero fue el 18 de febrero de 2009, cuando Massa era jefe de Gabinete y O'Reilly visitó la embajada junto al entonces diputado macrista Esteban Bullrich. El despacho del 2 de marzo, que Sebastián Lacunza publicó en Ámbito Financiero, precisa que "fue en ocasión de la visita de Jessica Lewis, asesora del jefe de la bancada demócrata del Senado, Harry Reid, y de otros funcionarios norteamericanos, cuando la representación estadounidense en Buenos Aires organizó un encuentro al que invitó al asesor de Massa, entre algunos políticos, economistas y analistas". O'Reilly dice que eligió a Bullrich para despejar sospechas de que estaba orquestando algún tipo de conspiración y porque sabía que había estudiado en la Escuela de Administración Kellogg en los Estados Unidos.

El 21 de abril de ese mismo año, el dueño de Eidico tuvo el segundo encuentro con una delegación de inversores estadounidenses y con Thomas Kelly, el director general adjunto de la embajada, mano derecha de Vilma Martínez. En esa reunión, que se realizó en la Casa Rosada y fue informada por medio del despacho del 4 de mayo, el asesor ad honorem ganó en elocuencia.

Los cables de la embajada definen a O'Reilly como un "magnate inmobiliario conservador", pero se refieren a él como lo que cualquier

argentino de a pie llamaría un “mono con navaja”.

En su libro ArgenLeaks, Santiago O’Donnell brinda detalles del mensaje que el exrugbier transmitió en esa reunión. En línea con lo que advertían las consultoras que trabajan para el poder económico, el desarrollador inmobiliario predijo que la Argentina se encaminaba hacia un escenario de devaluación, recesión y fuga de capitales. Como la mayor parte de la oposición más dura, pero siendo funcionario de Massa en el organigrama del kirchnerismo, O’Reilly vaticinaba como inminente en 2009 una serie de trastornos que la economía cristinista comenzó a padecer entre 2012 y 2014. No solo eso: además anunciaba que sus días y los de su jefe en la administración Kirchner estaban contados.

O’Reilly dice que los que quieren bien a Cristina deberían reconocerle que no se equivocó. Cinco años después, los hechos le dieron la razón. El gobierno hizo casi todo lo que el supernumerario del Opus Dei había anticipado a los norteamericanos: devaluar, comenzar a ajustar las tarifas de los servicios públicos y aumentar el precio de los combustibles para financiar a la YPF de mayoría estatal; también padeció la fuga de capitales. Massa, que en cambio aseguró que el kirchnerismo tenía “cero” posibilidad de conservar el poder en 2011 y arriesgó que Carlos Reutemann sería el próximo presidente, no puede decir lo mismo.

La cena de los Yacochuya

El cable 235.941 que el consejero de la embajada Tom Kelly envió a Washington no tiene desperdicio. Relata la cena que mantuvieron el 12 de noviembre de 2009 solo seis personas: los anfitriones argentinos Jorge O'Reilly y su esposa, Marcela Beccar Varela, Sergio Massa y su pareja Malena Galmarini, y los estadounidenses Vilma Martínez y Tom Kelly.

Esa noche, el auto de la embajada que llevaba a Martínez y Kelly tomó la ruta 27 hasta cruzar el puente que atraviesa el canal aliviador del río Reconquista. Allí, se anunciaron en la guardia de Santa María de Tigre, que consultó con O'Reilly, el anfitrión orgulloso. Cuando las barreras se levantaron, los diplomáticos ingresaron por el bulevar interno de la calle Los Tilos y fueron hasta el fondo, donde se destacan las mansiones que dan al río Luján. El dueño de Eidico los esperó y los guio hasta su casa. Una vez dentro, lo de siempre: saludos, sonrisas, chistes, ironías y el encanto que genera Massa a primera vista ante los desprevenidos. Podría decirse simplemente que comieron un asado y hablaron de política, pero había mucha expectativa de uno y otro lado. Nacida en San Antonio, Texas, la embajadora que Barack Obama había designado para representar a los Estados Unidos en la Argentina se había propuesto acceder al pensamiento de Massa desde el momento mismo en que él había abandonado la jefatura de Gabinete, y había logrado su objetivo con bastante facilidad. Después de un año en el despacho contiguo al de la presidenta –pero con una influencia cada vez menor–, Sergio sentía que se había liberado de un peso tremendo. Los últimos meses en el gobierno habían sido puro sufrimiento, porque Néstor Kirchner había logrado convencer a su esposa de que el intendente de Tigre se había convertido en poco tiempo en un quintacolumnista del poder económico, la piel del enemigo dentro de la Casa Rosada. Es el período que Massa más padeció, cuando solo lograba llegar a la pareja presidencial por intermedio de su amigo de entonces, Amado Boudou.

Esa noche, en la casa de O'Reilly, el líder del Frente Renovador se sintió entre pares y no se guardó nada. Habló como si su ruptura con el kirchnerismo fuera definitiva e irreversible, como si confiara en que su proyecto de desplazar a los Kirchner del poder fuera camino al éxito en el corto plazo y como si estuviera convencido de que para

conducir al peronismo antikirchnerista había que contar con el respaldo y la confianza absoluta de la embajada estadounidense. Dijo que Kirchner era un “monstruo”, un “psicópata”, un “cobarde” y un “perverso”; afirmó que el kirchnerismo estaba condenado a perder el poder en 2011, anunció movilizaciones del sindicalismo peronista –que no se produjeron– para condicionar al gobierno y se vanaglorió de la rebeldía que en 2008 lo había llevado a quedarse en un almuerzo televisivo de Mirtha Legrand pese a los llamados de Kirchner y de medio Gabinete, que lo intimaban a que se fuera.

Massa no quiere hablar de esa noche en la que le tocaría verle la cara a “la madre de la mala leche”, en palabras de un íntimo amigo suyo. Nunca imaginó que sus consideraciones de entrecasa iban a dar la vuelta al mundo. Apenas dijo en su defensa que cuando se refirió a Kirchner como “un monstruo” aludió a su capacidad política, una taxonomía que la embajada de los Estados Unidos no supo leer en su sentido original.

Es cierto que por ese entonces, entre la admiración y el desconcierto, Massa solía afirmar en sus charlas con periodistas que Kirchner era un fighter: un político que entre 2008 y 2009 había recibido diez balazos letales en el cuerpo tras la tremenda derrota con el campo por la Resolución 125 y con Francisco de Narváez en las legislativas del primer mandato de Cristina. Un hombre que, cuando nadie lo esperaba, se había levantado con una pistola en cada mano para renacer a fuerza de iniciativa política y aniquilar a todos sus opositores en pocos meses. Lo de llamar al expresidente “psicópata”, “perverso” y “cobarde” es más difícil de explicar desde las categorías de la pura política. Massa hablaba de Kirchner peor que cualquier opositor. Porque lo conocía y, por entonces más que nadie, fantaseaba con destruirlo.

Mientras Sergio se explayaba ante los enviados de La Embajada, Malena Galmarini –que entendía mucho mejor que él con quién estaban cenando esa noche– fruncía el ceño y hacía morisquetas. Era tan claro el contrapunto entre ellos que, en otro gesto de escasa diplomacia, que quedó registrado en los cables, Massa le pidió a Malena que dejara de ponerle caras y le diera libertad para contar a los visitantes lo despreciable y nocivo que era el kirchnerismo. O’Reilly, que en esencia pensaba lo mismo que su jefe, esa noche no quiso intervenir demasiado. Ya había transmitido los conceptos centrales del massismo a la embajada y consideraba que era el momento para que el candidato se expresara. Como buen anfitrión, se limitaba a servir el vino, que era de los buenos: había reservado para esa noche unas cuantas botellas de San Pedro de Yacochuya, el vino

salteño que desarrolló el enólogo francés Michel Rolland para la familia Etchart. Esa noche, quizá también por mérito de ese brebaje que nace en Cafayate a dos mil metros sobre el nivel del mar, Massa se comportó como un perro al que acababan de soltarle la cadena. Puede pasar.

Durante su tránsito por la función pública, O'Reilly tuvo contactos con Kelly, con Martínez y también con Tom Shannon, el poderoso exsecretario adjunto para el Hemisferio Occidental del gobierno de George Bush que más tarde sería designado embajador en Brasil por Obama y se reinventaría, a la vuelta de los años, como un lobbista de alto nivel que el Frente de Todos contrataría para negociar la reestructuración de la deuda monumental que heredó de Macri. Es difícil de creer, pero O'Reilly, otro egresado del Newman, afirma que hasta que comenzó a trabajar para Massa no tenía ninguna relación con la embajada y que se ocupó de las relaciones exteriores porque era algo que a Massa no le interesaba. La gira superpublicitada que el candidato hizo en marzo de 2014 por Washington y Nueva York –cuando en los carteles de los accesos a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se contaban los días que faltaban para su supuesto desembarco en la Casa Rosada– convierte este último argumento en poco convincente.

La convicción de Massa

Cinco años después de aquel encuentro que en Washington se leyó con detalle, el exjefe de Gabinete retomó sin dificultad ni trauma su vínculo público con los Estados Unidos. Organizó una gira de cinco días con críticas al gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela y con un elenco nuevo y afín a la embajada: Martín Redrado, Eduardo Amadeo –uno de los duhaldistas que duró poco en el massismo y advirtió que Macri era un mejor exponente para desplazar a Cristina–, Diego Gorgal y Santiago Cantón, la apuesta fuerte de aquel entonces, con múltiples relaciones en Washington, en busca de establecer una relación distinta.

Los cables de WikiLeaks que Santiago O'Donnell difundió en su segundo libro, PolitiLeaks, revelaron que Redrado era considerado un informante privilegiado de la embajada norteamericana durante su paso por el Banco Central en las gestiones de Néstor y Cristina Kirchner. Cuando Massa organizó aquel viaje, Cantón contaba con las credenciales de haber sido secretario ejecutivo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos durante una década y presidía el Centro Robert Kennedy. Destacado por ser un defensor consecuente de la libertad de expresión y un opositor tenaz al chavismo, su incorporación a las filas del Frente Renovador insinuaba una línea de política internacional que Massa adoptaba con una mezcla de naturalidad y de cálculo. Defensa genérica de las libertades individuales, aceptación de la política de derechos humanos e incluso alguna preocupación por el medio ambiente combinadas con un discurso formateado en Miami que vinculaba al gobierno que Massa había integrado con Venezuela, Cuba y, si era posible, Irán.

Como Amadeo, Cantón también abandonó poco después la ilusión del massismo y se convirtió en secretario de Derechos Humanos de la gobernadora bonaerense del macrismo, María Eugenia Vidal. Sin embargo, la cuestión Venezuela se convertiría poco a poco en uno de los pilares del posicionamiento internacional del futuro ministro de Economía.

De aquella visita que Massa hizo a los Estados Unidos como candidato a presidente que buscaba representar a la avenida del medio y que el massismo propaló con especial interés, quedaron otras dos imágenes. Primero, el almuerzo de rigor con inversores en el Consejo de las

Américas y la sobreactuación de una nueva foto con Giuliani, el exalcalde de la Tolerancia Cero, que más tarde formaría con el abogado Massa una extraña sociedad jurídica en la que el exintendente asumiría el rol de representante para América Latina de Giuliani Partners, la consultora de management y seguridad del republicano. Segundo, el artículo que Horacio Verbitsky publicó en Página/12 sobre el altercado de Massa con Claudio Grossman, expresidente de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y luego decano de la Facultad de Derecho de la American University hasta 2016. El equipo de propaganda del Frente Renovador difundió en su web el supuesto interés de Grossman por las recetas de Massa contra la inseguridad en la Argentina, un atrevimiento que finalmente debió corregir.

Años después de WikiLeaks, Massa encontraría nuevos canales para llegar a Washington, tanto o más efectivos que aquel que había inaugurado O'Reilly, cuyas llamadas telefónicas dejaron de ser atendidas por el candidato peronista. Para el dueño de Eidico, se trataba de un "misteriosísimo cese" en las relaciones. El hombre que sentó a Massa con la embajadora estadounidense afirmaba que, sin terminar de entenderlo bien, se había convertido en la kryptonita que debilitaba a ese Superman de cabotaje que por entonces ensayaba desde Tigre el vuelo hacia la presidencia. Sin embargo, de aquellos meses intensos que transitaron juntos en la jefatura de Gabinete todavía quedan secuelas. Sergio sigue mucho más cerca de los Estados Unidos que del Vaticano.

La historia de sus zigzagueos políticos es tan elocuente que, mirada desde el presente, cuesta descifrar cuál es su lógica. Sin embargo, hay algunos elementos –tanto propios del personaje como de la inestable disputa política en la Argentina– que ayudan a comprender sus saltos de continuidad. En ese universo de contradicciones ruidosas y apuestas efímeras, Massa cumplió la mayoría de edad en política y nunca abandonó la convicción de que el peronismo debía ser el mejor interlocutor para Washington en el sur del mundo. En ese marco, la cuestión Venezuela se convirtió en un tema irrenunciable para su proyecto de poder.

Mientras fue parte del Frente para la Victoria, el exintendente se mantuvo disciplinado ante la alianza política del kirchnerismo con el chavismo. Más aún, cuando Hugo Chávez murió, en marzo de 2013, no dudó en expresar en las redes sociales su pesar. "Mis más sinceras condolencias al pueblo venezolano por la pérdida de su líder, Hugo Chávez. Nuestro acompañamiento en este doloroso momento", escribió en Twitter.

Más adelante, a medida que la tensión política y social se incrementó en Venezuela y aumentaron las denuncias de violaciones a los derechos humanos de la oposición antichavista y los organismos internacionales, el exintendente tomó el tema como una bandera y comenzó a cuestionar a la dictadura de Maduro. Fue un temprano aliado de Henrique Capriles, estuvo siempre en contacto con los líderes de la oposición venezolana que tenían el apoyo de los Estados Unidos y reconoció en el acto a Juan Guaidó, el líder antichavista que negó los resultados electorales de 2018 y se autoproclamó presidente interino en un acto simbólico, sin consecuencias prácticas, que tuvo el apoyo de la mitad de los países que integran la ONU, entre ellos, dos de América Latina, la Colombia de Iván Duque y la Argentina de Macri. En 2019, Massa ya estaba distanciado de Macri, pero se alineó con él una vez más en materia internacional: estuvo entre los dirigentes que recibieron a Elisa Trotta, la embajadora testimonial de Guaidó en la Argentina.

El ida y vuelta de aquel Massa antikirchnerista –que, así como en enero de 2016 llegó a viajar con Macri al Foro de Davos en el rol de supuesto líder del peronismo, se convirtió unos años después en socio predilecto de Máximo Kirchner– enloqueció a una parte de sus votantes, lo licuó en su capital electoral y le provocó un daño difícil de reparar en la imagen, una de sus grandes obsesiones. Sin embargo, el zigzagueo entre los dos polos de la política argentina no impidió que mantuviera la coherencia en algo: su alineamiento internacional con el poder de turno en los Estados Unidos.

Lo hizo a su manera, guiado por el tacticismo permanente que lo llevó a oscilar en sus alianzas con distintas terminales en Washington. Impredecible, cambiante y con un itinerario difícil de seguir, Massa dejó expuestas a nivel global tanto su capacidad para estar cerca del vencedor como la ausencia absoluta de distinción a la hora de respaldar a un partido o a un candidato.

El viaje a Davos de 2016 y el encuentro con el entonces vicepresidente Joe Biden fue el capítulo más destacado del supuesto jefe peronista asociado a Macri, que se vendía for export como producto de la gobernabilidad amarilla. No fue, claro, la única aparición de Massa como interlocutor de la política norteamericana. En julio de ese mismo año, el excandidato a presidente voló a Filadelfia para participar de la Convención Demócrata que proclamó a Hillary Clinton como quien enfrentaría a Donald Trump en las elecciones presidenciales y fue el único argentino que asistió a un encuentro con líderes latinos entre los que se destacaba el entonces alcalde de Los Ángeles, Antonio Villaraigosa.

Massa todavía conservaba como asesor al consultor peruano Sergio Bendixen, un especialista en voto latino de larga trayectoria, que era miembro del Partido Demócrata, tenía su base en Miami y había trabajado para la primera campaña de Obama. En un encuentro que tuve con él para un perfil que publiqué en La Nación, el consultor me contó que había llegado a Massa a través de dos vasos comunicantes: el argentino José Luis Manzano y el español Juan Verde, exfuncionario de la Casa Blanca, asesor de Hillary y codirector de la campaña para la reelección de Obama. Comparado en la Argentina de manera instantánea con Jaime Durán Barba, Bendixen había comenzado a trabajar con Massa cuando iba camino al cenit electoral en la provincia de Buenos Aires, pero le había tocado también ser parte del equipo que había visto al candidato debilitarse hasta quedar fuera de la disputa principal por el poder. El socio de Bendixen & Amandi International murió a mediados de 2017. Poco antes, Massa ya había dado uno de sus saltos ornamentales para alejarse de la derrota y quedar del lado de los vencedores republicanos.

En enero de 2017, apenas unos meses después de mezclarse con los demócratas en la Convención que consagró a Hillary, Massa viajó a Washington para asistir a la asunción de Trump. Invitado por su socio y amigo republicano Giuliani, el peronista que persistía todavía con su pretensión de transitar la avenida del medio, voló junto a Martín Redrado, Graciela Camaño y Jorge D'Onofrio para la toma de posesión. Devenido en abogado personal y jefe de asesores de Trump para temas de seguridad, el exalcalde de Nueva York logró que Massa y su comitiva ingresaran incluso a la cena de gala que había organizado el nuevo presidente de los Estados Unidos unas horas después de asumir el poder. De smoking y a pura sonrisa, Sergio aprovechó la ausencia de representantes del gobierno argentino para hacerse ver junto a Redrado con la felicidad dibujada en la cara.

Aunque se trataba de un hecho impactante para un político que ese año iba camino a salir tercero en Tigre como candidato a senador bonaerense, lo más sorprendente no fue la aparición de Massa en los festejos del trumpismo sino las escenas del día después. El líder renovador apareció en una marcha de mujeres anti-Trump con el Capitolio de Fondo. Celular en mano y con un impermeable gris, su imagen se viralizó en las redes sociales y sirvió como insumo para confirmar su ADN entre los críticos que lo fulminaban a los dos lados de la polarización.

Nunca se supo si el exalcalde de Nueva York reparó en la asistencia de Massa a la marcha contra Trump, pero estaba claro que la alianza era sólida. Poco después, desde las oficinas de Tigre comenzaron a

promocionar el acuerdo del exintendente con Giuliani Security & Safety, la compañía de lobby con la que Massa llegaría más tarde a un acuerdo para la “prestación de servicios de asesoramiento en seguridad para clientes corporativos y gubernamentales”.

El peronismo de Biden

Una vez consumada su incorporación al Frente de Todos, los viajes del futuro ministro de Economía a Washington y Nueva York continuaron como parte de una práctica esencial para su permanencia en el elenco de políticos que se muestran con ambición de representar intereses y tender alianzas con los Estados Unidos, con prescindencia de su capital electoral. Massa nunca dejó de regar ese vínculo ni de reportar a sus terminales en el norte.

Uno de los nexos que el exintendente construyó a poco de andar el gobierno todista fue el del colombiano-estadounidense Juan Sebastián González, un hombre clave de la administración Biden que ocupaba el cargo de director principal de Asuntos para América Latina y el Caribe en el Consejo de Seguridad Nacional. González nació en Cartagena, pero creció en Nueva York y comenzó a trabajar en el Departamento de Estado con apenas 30 años. Tras un posgrado sobre América Latina en la Universidad Georgetown, fue la mano derecha de Arturo Valenzuela, uno de los jefes diplomáticos para la región que tuvo el gobierno de Barack Obama, y pasó después del Departamento de Estado al Consejo de Seguridad de la Casa Blanca. Colaborador clave de Biden, un demócrata con un conocimiento especial de América Latina, González ganó protagonismo cuando el exvicepresidente de Obama ganó las elecciones ante Trump y llegó en poco tiempo a ser un interlocutor habitual del gobierno argentino. Aunque el colombiano se reunió con el presidente Fernández en Olivos en más de una oportunidad y secundó a Jake Sullivan –el consejero de Seguridad Nacional de la administración Biden– en sus contactos habituales con funcionarios como el secretario de Asuntos Estratégicos Gustavo Beliz y el embajador argentino en Washington Jorge Argüello, con nadie logró el nivel de empatía que alcanzó con Massa. Como presidente de la Cámara de Diputados, Massa promocionó a través de sus canales amigos la visita de González a su casa de Rincón de Milberg, a mediados de 2021. Las crónicas publicadas a los dos lados de la polarización coincidieron en darle forma a la cadena de WhatsApp del massismo. El anfitrión recibió con un asado y ensaladas verdes a González y a una comitiva que integraban la secretaria adjunta interina para Latinoamérica del Departamento de Estado, Julie Chung; la encargada de Negocios de la embajada en la Argentina, MaryKay Carlson, y el ministro consejero interino Christopher Andino, un

funcionario bastante más belicoso que había actuado en Afganistán y, en diciembre de 2019, había debutado en la Casa Rosada como traductor del fastidio que había generado en Washington el rol que Alberto Fernández había jugado en rechazo al golpe en Bolivia contra Evo Morales. Carlson y Andino habían sobrevivido al cambio de gobierno de Trump a Biden.

En un pico de contagios producto del covid-19, apenas unas horas después de que el presidente volviera a prohibir las reuniones en domicilios particulares, Massa los agasajó a todos durante más de tres horas, aunque se cuidó de remarcar que el encuentro había sido en su quincho abierto y de componer después una escena para difusión en la que todos aparecían con barbijos en la foto.

En ese asado, que fue narrado de una manera muy distinta a la de los cables que reveló WikiLeaks, Massa afirmó haber planteado el tema de la negociación con el Fondo y haber reiterado la voluntad del gobierno de honrar la deuda contraída por Macri, pero también la posibilidad de reducir las sobretasas que el organismo cobra a los países a los que les concede préstamos inviables para después facturarles la desmesura y la necesidad –que el cristinismo planteaba sin éxito– de ampliar los plazos prefijados para pagar los créditos de facilidades extendidas.

Su sintonía fina era con González, el funcionario de la Casa Blanca que Massa buscaba presentar ante el peronismo de Cristina de la manera más amigable. Ante los colaboradores de la vicepresidenta y los formadores de opinión alineados con ella, Massa insistió en un dato de la biografía de González: su participación en marchas contra el FMI en Nueva York. La crónica de Infobae contaba que, entre mollejas y entrañas, el funcionario de Biden refrendaba el relato de Massa. “Yo marché de muy joven contra el FMI, en Nueva York. No solo eso. Fleté micros, sumé a los estudiantes de mi curso, y la policía nos pegó muy duro”, había afirmado. Esa rebeldía que el tigrense promocionaba como un valor lo llevaba a ironizar ante el medio que la expresidenta definió más de una vez como el house organ de la Embajada de los Estados Unidos: “Es peronista, González es peronista”.

Así como durante los años del macrismo afinó su sintonía con Claudio Bonadio y otros exponentes que tributaban a la escuela de la CIA, en el regreso del peronismo al poder supo explorar otros canales para desplegar su propio juego desde el interior de la alianza del Frente de Todos. En junio de 2021 le ganó de mano por tres meses a su íntimo amigo Rodríguez Larreta y logró su foto con Bill Clinton en un restaurante italiano, en las afueras de Nueva York. Los encuentros del

expresidente de los Estados Unidos con políticos de todo el planeta son habituales y redituables para las partes. Para los candidatos con aspiraciones, un motivo de trascendencia más doméstico que global; para el demócrata, un modo de supervivencia. Jorge Asís se refirió al tema en una de sus charlas con Luis Novaresio en la pantalla de América, tras el encuentro de Larreta con Clinton. “El único error es sentarse con Bill Clinton, que tiene facturada hasta la sonrisa. Salió 250.000 dólares… Por menos de 200.000 dólares, a Clinton no lo tenés”, dijo. No aludió a Massa, aunque –se supone– la descripción vale también para él.

Enfrentado a Martín Guzmán desde el minuto cero, jugó su propio partido durante la larga discusión por la reestructuración de la deuda con los acreedores privados y volvió a hacerlo cuando llegó la hora de negociar el acuerdo con el Fondo. Casi como un embajador paralelo, el todavía presidente de la Cámara de Diputados encendió sus turbinas para confirmarse como un actor de peso y llevar al máximo las atribuciones que le correspondían por la cuota de poder que los socios del Frente de Todos le habían asignado. Lo hizo en paralelo a las gestiones de Guzmán, con una capacidad política indudable para seducir a sus interlocutores y elevar su capital accionario: siempre en función de su propio proyecto, la mayoría de las veces en detrimento de los intereses del país al que decía representar.

Más tarde, cuando la presión devaluatoria, la corrida cambiaria y las diferencias en el oficialismo terminaron con el intento vano del ministro Guzmán, Massa asumió la centralidad absoluta y volvió a demostrar que su sinergia con los actores de poder de los Estados Unidos le redituaba en materia de resultados.

La entrega anticipada que Fernández tuvo que hacer en Massa y su asunción como interventor fue bien recibida por gran parte del establishment que había apostado sus fichas a la aventura de Macri en el poder. Como si fuera parte de una misma cadena de montaje, desde el exterior llegaron felicitaciones del Departamento de Estado, de Wall Street y del Fondo. Un mundillo de intereses que respira entre Nueva York y Buenos Aires al mismo tiempo encendió las usinas para hacer sentir el agrado con el ADN del nuevo ministro.

Gran aliada de Guzmán durante más de dos años, Kristalina Georgieva dio indicios de que podía hacer su propio duelo en poco tiempo y, después de suspender unas vacaciones en Grecia para recibir a la efímera Silvina Batakis, se dispuso al mejor de los diálogos con Massa. El Fondo no cedería en lo más mínimo con sus exigencias de ajuste y de mantener un nivel elevado de reservas para otorgar los

desembolsos que había acordado Guzmán, pero tampoco sumaría elementos adicionales al entendimiento ya sellado. Argentina era un paciente en terapia intensiva desde el tiempo en que Macri fue a pedir socorro al organismo de crédito y durante el mandato del Frente de Todos había dilapidado un superávit comercial récord producto de la pandemia y los precios de los commodities. Pero algo guiaba los pasos del Fondo como una máxima que no se alteraba, gobernara quien gobernara: en Washington no querían ver al FMI otra vez asociado con una crisis terminal en el país más austral del mundo.

Más importante que eso fue quizá el debut de Massa en su relación con el cubano americano Maurice Claver-Carone, un hombre del trumpismo residual que había sobrevivido como director del Banco Interamericano de Desarrollo con la llegada de la administración Biden. Claver-Carone había sido un enemigo estridente desde el primer día del gobierno del Frente de Todos.

El cubanoestadounidense, que llegó de la mano de Donald Trump para quedarse con un sillón que perteneció siempre a América Latina y romper así con una tradición de sesenta años, fastidió a Alberto Fernández desde antes de que asumiera como presidente. Como encargado de Asuntos del Hemisferio Occidental de Trump, Claver-Carone lo visitó en México en noviembre de 2019 junto al empresario argentino Gustavo Cinosi y el histórico halcón republicano Elliott Abrams, que trabajó a las órdenes de Ronald Reagan y de los dos Bush. El 10 de diciembre, cuando Fernández vivía uno de los mejores días de su vida, Claver montó un escándalo que propagaron a nivel global sus amigos de Miami y se fue espantado de la Casa Rosada al ver a un funcionario venezolano.

Enemigo de Gustavo Beliz, el extraño funcionario del peronismo de Alberto, que fracasó en el intento de quedarse con su lugar, el burócrata del BID incumplió durante casi todo 2022 con la entrega del préstamo que debía otorgarle a la Argentina peronista.

El crédito que venía atado al acuerdo con el Fondo estaba cerrado desde septiembre de 2021, había pasado todas las instancias administrativas y debía ser ejecutado en el segundo trimestre de 2022. Pero el republicano Claver no lo trataba en el Comité del BID y no lo pasaba al directorio. Ni las gestiones del Tesoro de los Estados Unidos ni la presión de Georgieva lograban disuadirlo. Cuando Massa llegó al Ministerio de Economía, algo lo hizo cambiar de manera repentina: el arte de un peronista hiperactivo de fina sintonía con los postulados de Washington, la influencia de un amigo común, el senador anticastrista Bob Menéndez, o la necesidad de un trumpista residual que debía

afrontar los resultados de una investigación en su contra y necesitaba el voto de la Argentina para sobrevivir. Algo de todo eso transformó a Claver-Carone y, poco antes de ser eyectado de su sillón, el titular del BID se volvió irreconocible para todos: pasó de ser el principal enemigo de la Argentina a socio del operativo de salvación que comandaba Massa.

En su viaje de septiembre a Washington, Massa logró que Claver destrabara el préstamo –nueva deuda– de 1200 millones de dólares del BID para las reservas del Banco Central y lo promocionó como parte de un paquete en el que llueven divisas para un gobierno que espera reducir así la brecha cambiaria. Además, tuvo una maratón de reuniones con empresas y hasta consiguió una foto con Jake Sullivan, que pasó a saludar tras el encuentro que el ministro mantuvo junto a Jorge Argüello con el consejero económico de Biden, Mike Pyle.

También hubo tiempo para una cena distendida en la casa del embajador argentino en Washington. Allí Massa volvió a encontrarse con su amigo Juan Sebastián González, el supuesto peronista colombiano que trabajaba para Biden como asesor principal para América Latina, y con el embajador de los demócratas en Buenos Aires, Marc Stanley, al que Andrés Larroque había emparentado poco antes con Spruille Braden, contra toda evidencia. El hiperactivo Stanley había visitado dos veces a la mismísima Cristina Fernández. En ese encuentro surgió la posibilidad de avanzar con un intercambio de información –que el kirchnerismo había intentado sin éxito durante los gobiernos de Néstor y Cristina– entre la AFIP y el poderoso Internal Revenue Service (IRS) de los Estados Unidos. Era otra de las figuritas difíciles del álbum que estaba llenando Massa: acceder a la información de las cuentas de argentinos en el exterior –una cifra estimada en 100.000 millones de dólares– e incrementar la recaudación anual en al menos 1000 millones de dólares. Desde la gestión, Massa volvía a exhibir su llegada preferencial a distintos grupos de poder de los Estados Unidos. Ya no era solo parte de su plan permanente de autopromoción y su compromiso ideológico con La Embajada. Ahora ese acercamiento le generaba otra adrenalina, la de su propia lucha por sobrevivir en el timón del barco del Frente de Todos y mantenerse con vida como proyecto político para ese momento tan anunciado como postergado, el de ser él alguna vez el jefe del eventual recambio dentro del peronismo.

12. La desconfianza

Mientras Néstor Kirchner vivió en la residencia de Olivos, los partidos de fútbol que jugaban funcionarios, intendentes y amigos eran una postal que servía para ilustrar el subibaja del poder político. La tiranía que ejercía el santacruceño afectaba a todos los visitantes que desfilaban por la quinta presidencial. En su equipo, que vestía siempre la camiseta de Racing Club, jugaban sus amigos, y en el equipo rival quedaban los que por alguna razón estaban fuera del séquito de incondicionales que se movía al compás de sus decisiones. Sergio Massa contaba con indudables pergaminos para tener un lugar entre los veintidós que salían a la cancha. Durante su adolescencia, Massa había sido arquero de handball en Villa Ballester y, un poco más adelante, se había convertido en uno de los bonaerenses que participaba de los picados en la quinta de San Vicente durante los años en que Eduardo Duhalde era un factor de poder gravitante a nivel nacional. Además, era uno de los que había conocido la residencia presidencial mucho antes del desembarco de los Kirchner, de la mano de los primeros peronistas que se alternaron en el gobierno después del final traumático de Raúl Alfonsín.

Cuentan los que frecuentaban Olivos que Kirchner no solo era el dueño de la pelota, sino que además armaba los equipos y diseñaba el enfrentamiento de cada semana según sus simpatías. Como parte de ese juego, que no lo era tanto, Kirchner le daba a Massa una de las camisetas titulares, pero lo ponía siempre como arquero visitante: le gustaba tenerlo enfrente, patearle penales, fusilarlo y hacerle chistes. Como si fuera poco, le robaba una pieza fundamental, Ezequiel “Kelo” Melaraña, el hombre que era la sombra del fundador del Frente Renovador desde hacía décadas y había tenido un paso por Tigre como jugador. Melaraña era, por entonces, el secretario privado de Massa y a partir de 2016 llegaría a ser presidente de Tigre; pero lo que a Kirchner le interesaba era la llave para la victoria.

En el esquema de poder de Kirchner, los partidos de Olivos eran tan importantes como los asados, las sobremesas y las audiencias privadas que se organizaban en torno al fútbol y servían siempre para dirimir cuestiones no menores. Las anécdotas que cuentan la relación tensa entre Massa y Kirchner son abundantes, aunque difíciles de probar. Sin embargo, hay algo que es fácil de constatar: el desfasaje entre los

planes de uno y otro. Mientras el expresidente era el dueño de la iniciativa y tenía un plan a veinte años para alternarse en el poder con su esposa, Massa era un dirigente ambicioso que había nacido muy joven a la política y no quería esperar. El dirigente formado en la Ucedé de San Martín tenía en su ADN la ingobernable tentación de quemar etapas, y la convivencia con el entonces líder del peronismo estaba marcada por la distancia entre los tiempos de uno y los tiempos del otro.

Kirchner prefería tener a Massa como uno de los funcionarios audaces que le gustaba adoptar. Aunque no pertenecieran a su espacio ni hubieran debutado en política con él, el expresidente se destacaba por reclutar peronistas que fueran capaces de reconocerlo como jefe. No importaban demasiado sus ideas sino sus capacidades para disciplinarse y ser parte del proyecto que lideraba Néstor. Sobran ejemplos de duhaldistas que se incorporaron al Frente para la Victoria en lugares relevantes de los gabinetes del kirchnerismo y también de exmenemistas que supieron adaptarse a la nueva era, a la salida del estallido de la Convertibilidad. Sin tanto pasado a cuestas como algunos exponentes que hicieron visible su reinvención, Massa era una figura singular: con apenas 35 años, ya llevaba casi dos décadas en política y había adquirido más vicios de los que era capaz de reconocer.

Después de adoptarlo como titular de la Anses, el expresidente lo respaldó finalmente en su aspiración de emanciparse y comenzar a construir poder territorial. Hubiera preferido retenerlo en el Gabinete y, de hecho, se esforzó para disuadirlo en privado con movimientos más o menos amables.

–¿Vos no volverías a la intendencia de Río Gallegos, si tuvieras que empezar de nuevo? –le dijo Massa al expresidente en una de las esgrimas que mantenían.

–¡Ni en pedo! –le respondió Kirchner, para disuadirlo–. ¡Vas a ser un ministro clave de un gobierno reelecto!

No hubo caso. Massa tuvo a su favor el criterio de Cristina Fernández, la futura presidenta. “Dejalo, Néstor”, le dijo más de una vez. El criterio de CFK comenzaba a pesar como nunca: ella era la pieza principal del dispositivo que Kirchner había diseñado para prolongar sus días en el poder y tenía una incidencia indudable en su futuro Gabinete. Así como había puesto como condición para ser candidata que Alberto Fernández fuera su jefe de Gabinete, había considerado que Massa en el rol de intendente era un aliado funcional y no una

amenaza potencial.

Pese a que ya entonces tomaba como un signo de temprana alarma el proyecto de Massa, Kirchner respaldó en público su decisión de lanzarse como candidato a intendente de Tigre tras la muerte de Ricardo Ubieto. En aquel 2007, Massa llevaba por lo menos cuatro años con el objetivo de desembarcar en el municipio entre ceja y ceja. Pero Ubieto era imbatible y Sergio no quería debutar como un perdedor en la que era su primera gran apuesta en busca de consolidar poder propio. Fueron muchos, demasiados, los candidatos muletos que Massa había querido inventar sin éxito y tentó de mil maneras para que fueran a perder con el vecinalista que había vivido varias vidas: en la lista figuraban desde el empresario Jorge O'Reilly hasta el futuro intendente Julio Zamora. Hasta que Ubieto finalmente murió, a los 73 años, y Massa no dudó. El expresidente, que no pudo retenerlo, trató de encontrar una manera de mantenerlo bajo su égida. En un gesto que no era habitual, Néstor Kirchner y Cristina Fernández estuvieron en 2007 en la asunción de Massa en el municipio, tres días antes de que Kirchner le entregara la banda presidencial a su esposa.

A poco de andar, Kirchner entendió la emancipación territorial de Massa como un movimiento provisorio que no era imposible de revertir. Massa podía tener una base de legitimidad electoral en el Conurbano como otros dirigentes, pero podía seguir siendo funcionario nacional, pensaba. Por eso, y pese a que había renunciado a su cargo en la Anses, el intendente integró desde un comienzo la lista de candidatos para ocupar un ministerio en el primer gobierno de Cristina. Más que eso. El exsecretario privado de Kirchner, Daniel Muñoz, lo había llamado poco antes de su asunción como intendente para tentarlo con el cargo de ministro de Economía de CFK. Después de la experiencia de Roberto Lavagna como jefe del Palacio de Hacienda y con el antecedente del superpoderoso Domingo Cavallo, Kirchner había concluido que hacía falta en el cargo alguien que entendiera de política y, al mismo tiempo, se le subordinara. No era fácil y no estaba claro que Massa fuera el indicado para esa misión, pero a un lado y al otro recuerdan ese antecedente: antes de elegir a Martín Lousteau como primer ministro de Economía de Cristina, ya el matrimonio presidencial había evaluado la posibilidad de nombrar a Massa en el cargo que, finalmente, asumiría quince años más tarde.

Que aquel intento fallara no quería decir que Massa no contemplara la posibilidad de volver al Gabinete nacional. En aquel 2007, a la hora de armar las listas, el futuro líder del Frente Renovador convocó a Julio Zamora al quinto piso de la sede de la Anses para pedirle que fuera como primer candidato a concejal. "En cinco meses me voy y

asumís vos", le anunció. Ni Massa ni nadie podía imaginar que aquella profecía se iba a cumplir de la manera en que sucedió. A principios de marzo, la Resolución 125 de Lousteau desató un conflicto de una virulencia inédita para el kirchnerismo y alumbró a un actor que lo iba a derrotar en todos los terrenos: alrededor del poder económico del agronegocio había un país que rechazaba la intervención estatal sobre la ganancia privada y despreciaba los modos y los símbolos del populismo kirchnerista. Sin tener dimensión del rechazo que estaba despertando en el ruralismo ni de la simbiosis que se iba a generar con las clases medias y medias altas antiperonistas urbanas, el expresidente fue uno de los grandes fogoneros de ese enfrentamiento que le hizo morder el polvo y terminó, cuatro meses después, con la renuncia estruendosa de Fernández como jefe de Gabinete.

Casi como una postal anticipada de un triángulo que volvería a interactuar en el poder quince años más tarde, cuando Alberto se fue, Cristina impuso el nombre de Sergio como sucesor. Sin embargo, Kirchner mostraba una actitud ambigua hacia el flamante ministro coordinador. Lo consideraba tan eficaz como peligroso y le desconfiaba. El primer acto de Massa como jefe de Gabinete –el 24 de julio de 2008– fue una demostración insuperable de la tensión que se daría a partir de ese día. De un lado, la impronta que pretendía imponerle Massa a una gestión plena de gestos hacia el establishment; del otro, la densidad histórica de un kirchnerismo que no pensaba renunciar a su esencia para claudicar ante un cuerpo extraño a su política, casi un arribista. Massa debutó de visitante en una cancha que Kirchner había marcado con cal. Minutos después de haber asumido, tuvo que participar de una conferencia de prensa en un salón secundario de la Casa Rosada, rodeado por Julio De Vido y Ricardo Jaime, dos emblemas del nestorismo puro probado en Santa Cruz, para anunciar que el gobierno profundizaba su línea de acción y enviaba al Congreso el proyecto para reestatizar Aerolíneas Argentinas. Nada sutil, era la forma que Kirchner había encontrado para anticiparle a Massa que sus ínfulas de renovador, sus críticas al Indec y la imagen positiva que atesoraba en aquel lejano entonces deberían lidiar con un esquema que ya estaba definido.

Enseguida comenzaron los chispazos. Sergio invitó a la asunción a su suegro, Fernando "Pato" Galmarini, que se había largado a hacer declaraciones a Clarín en plena batalla por la Ley de Medios y no eran precisamente amistosas. "Sergio no se va a callar nada. Va a decirle a Cristina todo lo que no le guste. Y el día en que no lo dejen, se irá. Se hace una utilización indebida del pasado. Y los que más hablan de esa época me hacen acordar a la tira Don Fulgencio, ese gordo ya mayor que decía, a destiempo, las cosas que le hubiera gustado hacer y decir

cuando era pendejo y no hizo”, le dijo al periodista Leonardo Míndez. El exfuncionario de Menem y Duhalde no solo promocionaba a su yerno: además cuestionaba a los Kirchner por apropiarse de una historia que no les pertenecía.

Poco después llegarían un reportaje de Massa en la revista Gente y un almuerzo con Mirtha Legrand que desquiciaron a Kirchner. En pleno programa, el expresidente le enviaba mensajes al jefe de Gabinete de su esposa en los que le reclamaba que abandonara la mesa de la conductora. En el estudio de televisión, Massa hizo un gesto de autoridad que era un desafío directo a Kirchner: leyó una esquela que le habían enviado con el mensaje del jefe del PJ y la estrujó en señal de rebeldía.

En noviembre de ese mismo año, la decisión de eliminar el sistema de jubilación privada marcaría un hito que se convertiría en una de las medidas más importantes del gobierno del Frente para la Victoria. La estatización de las AFJP les devolvió aire a las arcas del Estado en un contexto de crisis global, le permitió al gobierno avanzar con políticas contracíclicas y llevó a Kirchner a descubrir a Amado Boudou, el disco rígido de Massa durante los años de la Anses. Pronto, tanto Néstor como Cristina se inclinarían por Boudou y empezarían a tomar distancia de Massa.

El recelo mutuo era la característica principal y nadie lo ocultaba. El expresidente solía definirlo con una frase que navegaba entre la ironía y el enojo. “Es más hijo de puta que yo”, decía y a Massa la sentencia no le disgustaba. El efímero jefe de Gabinete la difundía entre su propio entorno, como parte de su política de autopromoción, siempre alimentada por la sobreventa de sus hazañas. Kirchner lo controlaba mediante todos los mecanismos que tenía a su alcance, pero lo que más lo preocupaba era que Massa se largara a construir política en contra de sus intereses. A su manera, con sus zigzagueos, Sergio desafiaba a Kirchner y establecía una competencia que obligaba al santacruceño a redoblar esfuerzos. Tenían, además, un estilo antagónico. Como Alberto Fernández, el primer Massa se llevaba bien con todos los periodistas que defenestraban al expresidente, pero además tenía una característica que le costaría años y derrotas dominar: le encantaban los flashes y las cámaras.

–Cómo te gusta hablar con los periodistas, “Majita”, cómo te gusta –le decía Néstor, y después agregaba–: No seas boludo, “Majita”, te van a cagar. No seas boludo.

Pero Massa no cambiaba, porque el juego de seducción con los

periodistas que se deshacían ante las anécdotas y los datos filtrados en clave de novela era una de las bases de su acelerado crecimiento mediático. Pero Kirchner empezó a hacerle pagar un precio por ese tipo de costumbres que, en la visión de Massa, le otorgaba un beneficio importante, le costaba muy poco y no tenía contraindicaciones.

Un intendente del Conurbano todavía recuerda una anécdota del tiempo en que Massa era ministro coordinador y da cuenta del trabajo que hacía Kirchner para limar al funcionario que había llegado para hacerse cargo del gobierno tras la salida de Alberto. A fines de 2009, con cinco meses en la gestión, Sergio se encontró con un clásico de la administración Kirchner: la subejecución de fondos del presupuesto. Entonces, fue a ver al marido de la presidenta.

–¿Qué hacemos con esto, Néstor? –le preguntó. Eran treinta millones de pesos de aquel entonces.

–Dáselo a los intendentes como ATN. Armá una lista y mostrámela.

–Perfecto.

Poco después, con una excusa de ocasión, Kirchner invitó a todos los jefes comunales de cada sección electoral del Gran Buenos Aires para darles un mensaje colectivo. Al final del encuentro, los fue llamando uno por uno para hacerles una pregunta que los encontraba desprevenidos:

–¿Recibiste lo que te mandó Sergio? –preguntaba el santacruceño en referencia a los Aportes del Tesoro Nacional que la Casa Rosada repartía para sostener su poder en los municipios.

–Sí, Néstor, quédese tranquilo. Muchas gracias –era la respuesta habitual.

–¿Cuánto? –inquiría enseguida el expresidente, que seguía al tanto de los números del presupuesto.

Cuando el jefe comunal en cuestión decía la cifra exacta que había recibido, Kirchner respondía:

–¡Pero qué hijo de puta! Me había dicho que te iba a dar el doble. ¡No lo puedo dejar solo!

Si la indignación y los números que mostraba Kirchner eran ciertos o no, es apenas un detalle. El resto de los intendentes se iba convencido

de que Massa había recibido más de lo que había repartido y les jugaba en contra.

La elección legislativa de junio de 2009 fue otro de los puntos de conflicto entre Kirchner y Massa. El gobierno atravesaba su peor momento desde que había accedido al poder y Kirchner decidió adelantar las elecciones con la esperanza de que la sorpresa le restaría chances a la oposición y en especial a su rival, Francisco de Narváez, el colombiano que había ganado popularidad en la provincia con una receta imperecedera: su plan para combatir el delito. Como Daniel Scioli, Massa era uno de los integrantes del Frente para la Victoria que no quería ser candidato testimonial. “Me van a matar”, repetía, en referencia a sus volteretas como funcionario. Había sido candidato a diputado en 2005 sin ocupar su banca, había renunciado a la Anses para ser intendente y a los seis meses de asumir había renunciado al municipio para ser jefe de Gabinete. Ahora su destino era ser candidato a diputado, para quedarse en la Casa Rosada. Los formadores de opinión del establishment no se lo iban a perdonar y eso a Massa le dolía en el alma.

Ya en los primeros meses de 2009, la relación entre Kirchner y Massa era distante. En una demostración más de que para el kirchnerismo el poder no se desprendía del organigrama de ministros, el titular de la Anses estaba al frente de un área estratégica y tenía más predicamento que el ministro coordinador. Massa, que había logrado imponer a Boudou en la Anses ante la resistencia de Alberto Fernández, ahora había quedado postergado y veía cómo su excolaborador se elevaba gracias a la confianza que generaba en Néstor y Cristina. Él, que nunca la había generado en Kirchner, se encontraba en la situación inédita de ver a su discípulo de entonces en el rol de su abogado defensor ante el matrimonio.

Antes del cierre de listas, Boudou fue a la residencia de Olivos para plantearle a Kirchner que preservara a su amigo Sergio.

–Yo soy el jefe de la política. “Majita” va a ir –lo despachó el expresidente.

Massa no tenía escapatoria. Fue candidato, cuarto en la boleta del Frente para la Victoria que encabezaban Kirchner, Scioli y Nacha Guevara. Pero lo hizo a regañadientes y nunca se comprometió como lo exigía el matrimonio presidencial, una característica que muchos años después repetiría –con mayores licencias– en el esquema del Frente de Todos.

La escena del expresidente que sube escoltado por el gobernador y el jefe de Gabinete al escenario montado por el Frente para la Victoria en el Hotel Intercontinental para asumir la derrota ante De Narváez anticipaba que esa amalgama estaba a punto de quebrarse. El domingo 28 de junio de 2009 a la noche, Kirchner se enteró, además, de que, con dos colectoras del massismo en Tigre, Malena Galmarini había obtenido en total casi treinta mil votos y catorce puntos más que la lista que llevaba su nombre para diputado nacional. Esa noche surgió la versión, nunca confirmada, de una pelea a las trompadas entre Kirchner y Massa. El expresidente le reprochaba el corte de boleta que también había sufrido en otros distritos, como en La Plata por parte de Pablo Bruera. Quienes conocieron al santacruceño dicen que no podía permitir que un funcionario suyo sacara más votos que él.

Ya a partir de 2010, Massa comenzaría a armar una liga de intendentes, el Grupo de los 8, en su intento por despegar de la Casa Rosada y buscar autonomía. Kirchner intentó siempre conjurar esa rebeldía con mediadores, espías y fondos destinados a impedir la deserción de los jefes comunales. Hasta llegó a convocarlos para oír sus demandas.

Un ministro del expresidente afirma que, después de la derrota con el campo en la batalla por la Resolución 125, Kirchner convocó a los intendentes que simpatizaban con Massa y escuchó durante por lo menos media hora un discurso en el que Gilberto Alegre le repetía, una y otra vez, que la situación que vivía el país era “muy grave”.

Cuando el intendente de General Villegas concluyó su intervención, Kirchner le dijo:

–¿Terminaste?

–Sí.

–Yo estoy de acuerdo con vos. La situación es muy grave. Imaginate qué grave será que estoy yo, hace media hora, escuchándote a vos.

Durante mucho tiempo, los excolaboradores de Kirchner repetían convencidos que, si el expresidente hubiera estado vivo, Massa no habría logrado jamás despegar con veintidós intendentes, que en su mayoría dependían de la Casa Rosada, en su cruzada para ser presidente en 2015. Son ucronías a las que los políticos se entregan cuando pierden, pero algo es indudable: mientras vivió, nunca descuidó al hiperactivo intendente de Tigre y dedicó horas en forma permanente para cerrarle todos los caminos de su emancipación

personal y política.

La ruptura

Desde aquella noche de verano de 2013 en Pinamar con Vila, Manzano y De la Torre hasta que finalmente inscribió la lista del Frente Renovador con su nombre en el primer lugar, Sergio Massa habló con medio país. Dio aire a las versiones que hablaban de su candidatura con encuestas que lo ubicaban entre quince y veinticinco puntos por encima de cualquier contrincante. Avisó a sus periodistas amigos en los medios, llamó a los dueños de esos medios y comenzó a hacer reuniones con los intendentes que estaban decididos a acompañarlo.

Los jefes comunales que se animaron a romper con el kirchnerismo fueron audaces, pero no temerarios. Casi todos gobernaban distritos autosustentables y, salvo Raúl "Vasco" Othacehé –que se sumó después para comenzar a derruir la imagen de pulcritud que pretendía dar Massa–, el resto no había llegado a tener una relación personal con Kirchner ni con Cristina. Sabían que iban detrás de un candidato que contaba con adhesión popular y respaldo económico. Votos y fondos. Massa venía ahorrando y avisando desde hacía mucho tiempo. El exintendente de San Fernando, Osvaldo Amieiro, que fue su vecino en la región metropolitana, lo visitó un día de 2009 y quedó petrificado con una frase del entonces funcionario de Cristina Fernández: "Tengo plata para enfrentar a Néstor".

Sin embargo, el creador de aquel emprendimiento autónomo que fue el Frente Renovador evaluó posibilidades hasta último momento. Massa sabía que 2013 debía ser el año de su lanzamiento si pretendía llegar a 2015 sentado a la mesa de la discusión grande. Un experimentado dirigente del peronismo, que por entonces estaba dentro de las filas del Frente para la Victoria, se lo había dicho en una reunión mano a mano, a fines de 2012.

–Si querés ser gobernador, no tenés que hacer nada. Pero si querés ser presidente, le tenés que ganar a alguien.

Massa sentía que ser gobernador en 2015 era desaprovechar su potencial electoral en un escenario de fuerte polarización. Pero no tenía tan claro con quién y contra quién iría a la batalla. Mauricio Macri, Daniel Scioli, Francisco de Narváez, el gobierno nacional, todos negociaron con él. A todos les ofreció la posibilidad de un acuerdo,

aunque después fuera capaz de negar hasta lo evidente. Lo mismo haría, en 2019, como parte de una frenética negociación a mil puntas donde consideró hasta último momento cerrar un acuerdo con Horacio Rodríguez Larreta y María Eugenia Vidal para ser candidato en la provincia de Buenos Aires.

Un mes antes de las primarias de agosto de 2013, visiblemente cansado del "ninguneo" de Sergio, el mismo Macri que dos años después sería presidente tuvo que decirle a Marcelo Longobardi –por entonces el periodista preferido de Massa, vecino de Tigre, además– que él en persona había acordado con Massa enfrentar al kirchnerismo en las elecciones.

Por su parte, Scioli, el vecino más encumbrado de Villa La Ñata, mantuvo largas conversaciones con el exjefe de Gabinete. La versión de Sergio está en el libro de Juan Cruz Sanz.[38] La versión de Scioli es distinta, claro: afirma que el gobernador bonaerense nunca pensó en abandonar el barco del kirchnerismo y fue simplemente a escuchar. Las reuniones existieron y a los dos les sirvieron. A Massa, para llegar a la elección con un panorama claro y en una posición de fuerza. A Scioli, para que la Casa Rosada le prestase un mínimo de atención en las vísperas de una campaña en la que tenía tantas dudas que era capaz de preguntarles a todos sus interlocutores –desde Cristiano Rattazzi hasta Carlos Tévez– qué creían que debía hacer ante la disyuntiva que le planteaba Massa. Al margen de sus elocuentes límites políticos, el maltratado gobernador bonaerense llegó por default a ser el único candidato presidencial del Frente para la Victoria y no tuvo todo el apoyo que necesitaba. Pero demostró a través de los años que una característica –a todas luces insuficiente– lo paraba en las antípodas de su enemigo íntimo: la lealtad. Durante años, no se la reconocieron. Primero Néstor, después Cristina y, finalmente, Alberto. A Massa le fue mucho mejor. Hizo cotizar alto primero el capital electoral que llegó a tener en un momento determinado de la historia y, después, su permanente capacidad de daño.

Hace casi diez años, Sergio fue para adelante y dejó a un costado las dudas que gobernaron a Scioli hasta paralizarlo. Consideró que no podía seguir siendo solo un intendente si su objetivo –y el de sus sponsors– era llegar a 2015 en la pole position. Quería plantar una alternativa que comenzara por superar a Scioli y a De Narváez, pero que pudiera terminar comiéndose a todos, como sucedió.

Pero sabía que el camino se le iba a hacer muy largo.

“Ofreceme una rotonda”

Diego Bossio estaba en su despacho de la Anses un día de abril de 2013, cuando recibió un llamado de José Luis Manzano, el amigo del gobierno que trabajaba para la oposición. “¡Boludo, párenlo a Sergio, porque se presenta!”, le dijo “Chupete” –el apodo de quien reaparece en el relato como un camaleón que se mueve con astucia en el terreno de la política y los negocios–. Desde que había recuperado el diálogo con la presidenta, nada le resultaba inalcanzable. Massistas y kirchneristas lo nombraban con frecuencia, muchos años antes de que recibiera la amnistía política que logró durante la gestión del Frente de Todos. Dueño de una memoria selectiva que lo lleva a negar muchas de las historias que protagonizó, ya desde hace una década Manzano estaba convencido de que Cristina era una personalidad única y reconocía en sus conversaciones que la admiraba profundamente, a contramano de una parte del peronismo que la cuestionaba como nunca. Tal vez por eso o por esa plasticidad para navegar entre dos mundos, Manzano quiso avisar.

Bossio era uno de los pocos, dentro del círculo de Olivos, que podía tomar en serio esa advertencia. Heredero de la estructura que armó Massa en la Anses, de buen trato con el intendente de Tigre, joven y ambicioso como él y con una formación situada en esa franja ideológica que va desde el peronismo hacia la derecha, Diego tomaba en serio a Sergio. A diferencia de la mayoría del gobierno, que se empeñaba en subestimarlo y apostaba a que fueran los límites de Massa los que le impidieran avanzar, Bossio se identificaba con el intendente de Tigre y creía en aquellos años que había que retenerlo dentro de los marcos del oficialismo. Pero era parte de una minoría. El cristinismo no había perdido todavía la virginidad, seguía entregado a la autocelebración y se contentaba con creer que el fracaso de Massa, como el de cualquiera que intentara lo mismo, era cuestión de tiempo. Así, le prestaba al candidato una ayuda inestimable.

En vísperas del lanzamiento del Frente Renovador, en el gobierno convivían dos visiones. El secretario de Legal y Técnica Carlos Zannini y el vicepresidente Amado Boudou eran los abanderados del rechazo a cualquier entendimiento con el exjefe de Gabinete y afirmaban que no había nada que negociar con él. Boudou sostenía exactamente lo contrario que su exjefe y amigo íntimo: decía que no tenía espacio

para ser candidato entre el gobierno y la oposición. Apostaba a que se iba a tener que derechizar y no iba a poder sumar adhesiones. En otras palabras, Boudou aseguraba que Massa era un candidato más de los que habían intentado en vano romper con la polarización durante diez años. Un exfuncionario sin futuro, como tantos otros. Amado coincidía con Zannini en la caracterización de Massa: un "cagón" que no se iba a animar y que no iba a poner el cuerpo.

Bossio, en cambio, era uno de los pocos que disentía:

–Sergio se presenta y nos caga.

–Si le damos algo, jodemos a los leales –le respondían.

Bossio fue uno de los caminantes que peregrinó hacia la meca de Tigre. Se conocían desde el tiempo en que el entonces esposo de Valeria Loira –asesora jurídica de Cristina Fernández desde su época de senadora– era director del Banco Hipotecario, Massa manejaba la Anses y seguían hablando por temas de gestión, como los terrenos que el intendente le sacó al club Tigre para destinarlos a la construcción de viviendas del Procrear, en el barrio Villa Liniers. Otros encumbrados hombres del kirchnerismo, algunos del círculo más íntimo de la presidenta, fueron a escucharlo en secreto con intenciones de negociar: el secretario privado de Cristina, Isidro Bounine; el líder del Movimiento Evita, Emilio Pérsico; el cazatraidores Mario Ishii; el por entonces hombre fuerte de la SIDE Francisco Larcher,[39] y el asesor inmobiliario santacruceño y socio de Néstor Kirchner, Osvaldo "Bochi" Sanfelice.

Aunque ninguno tenía autonomía para decidir –y ese era el gran problema–, Bossio fue con la venia de Cristina y de su hijo Máximo, el jefe de La Cámpora. El titular de la Anses tuvo por lo menos tres reuniones con Massa en los meses previos a que se lanzara como cabeza de la lista del Frente Renovador. Estaba autorizado para ir a escuchar qué reclamaba para mantenerse dentro del espacio del Frente para la Victoria. Con una metáfora bien tigrense, Massa le repetía a Bossio una frase que describía el frenesí en el que estaba envuelto: "Yo vengo arriba de un tren y no puedo frenar. Ofreceme una rotonda para dar la vuelta. Dame una excusa". Harían falta seis años, una seguidilla de derrotas durísimas y el temor a quedar devaluado al rol de panelista televisivo, para que Massa encontrara la rotonda que pedía. En ese momento, venía arriba de un tren bala y no veía nada que pudiera disuadirlo.

Massa decía que el punto número uno de su plataforma era el límite a

la reelección de Cristina y el número dos era tener una construcción propia para disputarle poder a la alianza de Scioli y De Narváez en la provincia de Buenos Aires.

El sábado 15 de junio a la noche, cuando se reunieron por última vez en un restaurante de Tigre, Massa mostraba un malestar evidente por la portada de la revista Noticias que había salido la noche anterior. El producto más taquillero de la editorial Perfil publicaba en tapa una foto de Sergio junto a Malena Galmarini con la playa y el cielo celeste de fondo. El título contaba con el indudable copyright de Perfil: "Así piensan hundir a Massa".[40]

Pese a la pésima relación que entonces tenía el líder del Frente Renovador con La Cámpora, en ese momento Máximo Kirchner buscó establecer un terreno de negociación libre dentro de los límites de la política y le envió a Massa, por medio de Bossio, un mensaje sobre la tapa de Noticias. "Decile que nosotros no tenemos nada que ver. No operamos así".

Todavía en el gobierno algunos especulaban con la posibilidad de que el massismo fuera una corriente dentro del kirchnerismo. Massa tenía, el lunes siguiente, una reunión con intendentes en la que se terminaría de definir el lanzamiento. El 16 de junio a las 19.28 hs le envió a Bossio el último mensaje de texto. Era simplemente un signo de pregunta: nunca tuvo respuesta.

El viernes 21 de junio, Zannini recibió en la Casa Rosada a cuatro intendentes del Conurbano. Cuando faltaban poco más de veinticuatro horas para que se cerraran las listas en la provincia de Buenos Aires, el secretario de Legal y Técnica todavía estaba convencido de que Massa no iba a competir. Suscribía la hipótesis que menos daño le hacía al gobierno: las candidaturas de Malena y Darío Giustozzi que –según las encuestas de uno y otro sector– no le ganaban a Martín Insaurralde.

Los intendentes que escuchaban a Zannini ya sabían que Massa era el candidato que encabezaría la boleta del Frente Renovador. A esa hora, el gobernador Scioli persistía en su intento vano de comunicarse con Zannini para entablar algún tipo de coordinación. Como la presidenta Cristina y el grupo de aduladores que se creían invencibles, Zannini todavía no consideraba a Scioli y ni soñaba con que dos años después debería escoltarlo como su candidato a vicepresidente en una campaña que lo llevaría a recorrer toda la Argentina.

Por ese entonces, con dos videoconferencias que la acercaron a Tigre en una semana, Cristina buscó cortejar a Sergio con su "chichoneo" en

busca de impedir su lanzamiento. Ya era muy tarde. Massa había adquirido demasiados compromisos y, sin ninguna propuesta por parte del gobierno, había tomado una decisión.

La rotonda

La historia reciente es tan conocida como vertiginosa. Massa descubrió demasiado rápido que la línea recta hacia el poder que había borroneado en su búnker de Tigre no llevaba a ningún lado ni se verificaba en la realidad. Rezagado hacia un tercer lugar en las presidenciales de 2015, logró, sin embargo, reunir cinco millones de votos gracias a su alianza fundamental con el cordobés José Manuel de la Sota. Massa buscó desde el primer día reacomodarse en una posición de poder y selló un pacto con Macri que uno y otro imaginaron más duradero de lo que fue. Los caminos se cruzan una y otra vez. Aquel Bossio que oficiaba de mensajero de Cristina y Máximo después de haber sido un funcionario clave del Frente para la Victoria se alejó del kirchnerismo sin retorno en 2015 y estimuló a Massa todo lo que pudo para que siguiera invirtiendo en la quimera del peronismo del medio. Bossio como cabeza visible del Bloque Justicialista en Diputados, Massa como supuesto jefe del peronismo antikirchnerista y Miguel Ángel Pichetto como titular del bloque del PJ en el Senado se erigieron como los pilares del peronismo colaboracionista que blindó la gobernabilidad amarilla y le votó a Macri la enorme mayoría de las leyes que necesitaba para gobernar. Las mismas leyes que el cristinismo denunciaba desde los márgenes del sistema político, en soledad o junto al bloque del Frente de Izquierda.

Sin embargo, Bossio y Pichetto exhibieron más convicción que Massa en su alejamiento con respecto a las posturas de Cristina y Máximo. El futuro ministro de Economía demostró, una vez más, que su más alta certeza es la de orientarse en la misma dirección que el poder como jefe de un espacio propio que puede acoplarse a cualquier esquema.

Por incapacidad de sostener un pacto, por diferencias políticas o por cuestiones personales, Massa y Macri comenzaron a chocar antes de tiempo. Como gran parte de los gobernadores del PJ, Massa olió sangre cuando Cambiemos aprobó la reforma previsional con un costo descomunal de represión y heridos en las inmediaciones del Congreso, a fines de 2017, y terminó de sepultar cualquier entendimiento con Macri cuando en abril de 2018 se agotó el festival de deuda con el sector privado y el expresidente tuvo que ir a pedir socorro al Fondo Monetario Internacional. Eso no quiere decir que no haya mantenido

un diálogo estrechísimo y permanente con Horacio Rodríguez Larreta, María Eugenia Vidal, Federico Salvai, Rogelio Frigerio y Emilio Monzó. Tampoco, que no haya explorado hasta el último minuto alquimias electorales posibles con las palomas del PRO. Pero con Macri, Marcos Peña clausuró cualquier acercamiento. La desconfianza que Kirchner había sentido hacia Massa desde que comenzó a remontar su propio vuelo fue la misma que el exintendente empezó a generar al otro lado de la polarización en Macri y su equipo de colaboradores más cercanos. La rotonda que Massa buscaba apareció cuando el macrismo se prendió fuego en el gobierno y el líder del Frente Renovador entendió al instante que tenía que pararse lo más lejos posible de ese experimento que iba camino al precipicio. Intentó animar sin demasiado entusiasmo el ensayo fallido de Alternativa Federal con Pichetto, Juan Manuel Urtubey, Juan Schiaretti y Roberto Lavagna. El balance era deficitario por donde se lo mire: cinco egos de proporciones considerables y un solo candidato que tenía votos propios como para ganar una elección en su distrito, que era Schiaretti.

Cuando Cristina designó a Alberto, el futuro presidente se propuso como objetivo prioritario acordar con Massa y ofrecerle una entrada decorosa al Frente de Todos. El exintendente volvía debilitado a las costas del cristinismo, pero tenía todavía una intención de voto estimada en cinco puntos nacionales, que Alberto consideraba fundamentales. Ya Massa había afianzado su relación con Máximo Kirchner a través de Eduardo “Wado” de Pedro y había conocido a Axel Kicillof en la discusión de las leyes que enviaba Cambiemos al Congreso. Aunque había sido una gran defensora de Massa en las discusiones con su marido, Cristina era la que tenía más reservas en cuanto a la incorporación de su exjefe de Gabinete. Lo respetaba por haber armado un espacio propio, por los socios poderosos que venían adosados a su franquicia y por haberle ganado una elección en provincia, pero le desconfiaba por haber operado hasta el hartazgo con la mafia de Comodoro Py para arrinconar al cristinismo desde los tribunales federales. La prédica de su hijo, primero, y la decepción con Fernández como presidente y la crisis provocada tras la renuncia de Martín Guzmán como ministro de Economía, después, fueron derrumbando una a una las prevenciones de Cristina con respecto a Massa. Hasta que un día, la vicepresidenta decidió entregarle el gobierno.

▪

[38] Massa por Massa, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

[39] El 16 de diciembre de 2014, la presidenta decidió echar a Larcher y a su superior inmediato en la ex SIDE, Héctor Icazuriaga. Aunque no se dieron a conocer los argumentos, las razones fueron distintas. Icazuriaga se fue porque no pudo conducir los servicios de inteligencia y Larcher se fue porque el gobierno lo consideraba un converso que se había pasado a las filas del Frente Renovador. Cercano a Silvia Majdalani, la dirigente peronista que era íntima de Nicolás Caputo y ocuparía su mismo cargo durante el gobierno de Macri, Larcher fue uno de los que le juró a Cristina hasta el día previo al cierre de listas que Massa no sería candidato.

[40] La tapa que había conmocionado a la familia Massa anunciaba el supuesto plan del gobierno para destruir al candidato; era, básicamente, el refrito de una nota de mi autoría publicada en la revista Crisis un mes antes y que se titulaba “El pastorcito mentiroso”. El artículo de Noticias mencionaba el vínculo con Jorge Brito y los viajes de Massa a Miami, repetía las cifras de la cantidad de barrios cerrados y citaba únicamente un diálogo que mantuve con Jorge O’Reilly en mi tiempo de redactor del diario Crítica de la Argentina. El resto de los datos que había publicado y que repetía Noticias no reconocían ni citaban siquiera a Crisis y eran presentados simplemente como el plan del gobierno para hundir a Massa.

13. El impostor

En el final de un día intenso, después de haber tenido un debut inmejorable, los tres estaban sentados a la mesa reservada a nombre del presidente en el restaurante del Hotel Seehof. Habían viajado en un vuelo regular de Air France, habían hecho escala en París y habían llegado a un encuentro internacional en el que, por primera vez en mucho tiempo, la expectativa estaba puesta en las novedades que venían del país más austral del mundo. A 11.315 kilómetros de la Casa Rosada, Mauricio Macri, Sergio Massa y Juliana Awada cenaban temprano en la ciudad más alta de Europa, a 1560 metros sobre el nivel del mar, donde todos los eneros se daba cita la élite financiera internacional.

Macri llevaba poco más de un mes como presidente de la Argentina, pero el impresionante apoyo político, económico y mediático que había reunido dentro y fuera del país había generado una poderosísima narrativa que hacía ilusionar al poder real con una vuelta de página abrupta y definitiva. Aunque nada menos que 12.997.937 argentinos y argentinas lo habían votado bajo la creencia de que encarnaba una alternativa superadora, había ganado el balotaje frente al peronismo kirchnerista por una diferencia de apenas 2,68% de los votos. Después de doce largos años de gobierno, la dupla del Frente para la Victoria Daniel Scioli-Carlos Zannini había obtenido 12.309.301 votos y representaba a ese medio país que rechazaba de mil maneras al nuevo presidente.

Sin embargo, algo unía las imágenes del Foro Mundial de Davos con el aire que se respiraba en los ambientes donde circulaban los dueños de la Argentina. El bloque antikirchnerista había invertido muchos años, energías y dinero en constituirse como mayoría y su poderío se había impuesto en tiempo récord como un espejismo con fuerza de realidad.

La nueva era tenía a Macri como líder de un proyecto que se proponía refundar la Argentina a la manera en que las elites la concebían, pero incluía a otros actores que venían asociados a su éxito. Los vencedores no eran únicamente los miembros de un partido que había nacido en la ciudad de Buenos Aires y, a poco de andar, se había topado con la oportunidad inédita de gobernar también la nación y la provincia más grande del país. El peronismo anticristinista vivía como propia la

victoria y también se creía ante la chance de liberarse de la fuerza que lo había sojuzgado durante más de una década. En ese universo, se distinguía con una claridad notable la sonrisa de satisfacción de Sergio Massa.

Junto con la cúpula de la CGT, la mayor parte de los gobernadores del PJ, la prédica de Miguel Ángel Pichetto en el Senado y los votos del Bloque Justicialista en Diputados, emergía la impronta de un Massa dispuesto a animar la discusión política en el terreno en el que Macri la había situado. Una vez más, el exintendente de Tigre no se incorporaba aislado a la nueva era. Junto con él, mudaba sus activos un grupo de empresarios con intereses en sectores estratégicos, que eran grandes sponsors de su proyecto; medios de comunicación que le reportaban en forma directa, y distinguidos miembros de la mafia de Comodoro Py que Cristina Fernández denunciaba y que en los meses por venir se hartarían de generar hechos políticos a favor de Macri. En Davos, al nuevo presidente lo acompañaba Marcelo Mindlin, uno de los hombres de negocios más amigos de Massa, que se quedaría poco después con Iecsa, la histórica empresa del clan Macri, y sería uno de los grandes beneficiarios del tarifazo en los servicios públicos. Poderosísimo vaso comunicante entre el macrismo y el massismo, sin embargo no era el único.

Era en ese marco que el viaje del antikirchnerista Massa a Davos cobraba sentido. Macri había sido recibido con una enorme expectativa por la élite política y empresarial que se reunía en los Alpes suizos, dispuesta a escuchar el canto de sirenas de una Argentina que había marcado, de repente, un punto de inflexión. El país que durante una década había sido representado por Carlos Menem –también por Fernando de la Rúa– regresaba al consenso de Davos y volvía a hacer ondear su bandera en el Centro de Congresos. Invitado por la comitiva del PRO, el creador de la marca Frente Renovador había generado tanto impacto como para que en el día de su debut en el Foro el mismísimo Joe Biden le dedicara un elogio público a la nueva sociedad de gobierno que amanecía en el fin del mundo.

Por la noche, Macri quiso confirmarle a su invitado que su apuesta era de fondo y trascendía la imagen que dos políticos, con orígenes sociales muy distintos, podían ofertar juntos a empresarios que veían por primera vez, después de trece años, la visita de un presidente argentino. Por eso, distinguió a Massa del grupo de funcionarios que se alojaba en el hotel Seehof y lo invitó a comer con su esposa en una mesa exclusiva del restaurante que tenía vista al valle de Dischma. A unos metros de ellos, cenaba un grupo de ministros y macristas puros,

entre los que se destacaba el jefe de Gabinete Marcos Peña, el ministro de Economía Alfonso Prat-Gay, el secretario de Asuntos Estratégicos Fulvio Pompeo y el presidente del Banco Central Federico Sturzenegger. Esa noche, para Macri, Massa valía más que todos ellos juntos.

Sentados en el restaurante del edificio construido en 1869 como un centro de rehabilitación médica y que en 1930 había sido reconvertido en un hotel, Macri, Massa y Juliana charlaron sobre las actividades de la jornada que terminaba y sobrevolaron la agenda que les esperaba en los días siguientes. Hasta que, con la autoridad que le daba el recorrido político empresarial que había completado antes de llegar a la Casa Rosada, el ingeniero le dio al exintendente un consejo que le auguraba un futuro de trascendencia, pero le demandaba, al mismo tiempo, un esfuerzo sobrenatural.

–Vos vas a ser presidente, pero no te tenés que apurar –le dijo.

El vaticinio del líder del PRO podía ser considerado un halago por cualquier político que tuviera 45 años y la membresía del ancho peronismo. Pero en Massa, que abrigaba la ambición irrefrenable de llegar al poder incluso desde antes de la muerte de Néstor Kirchner, era casi una condena. Dos años antes, el dueño de un ADN marcado a fuego por la tentación de quemar etapas había copado la cartelería paga al costado de los accesos a la Capital con una consigna del Frente Renovador que daba cuenta de su propia incontinencia. “Faltan 500 días”, decía, para el fin del kirchnerismo. El pronóstico era certero, pero fallaba en un aspecto crucial. El encargado de heredar a Cristina no sería Massa sino el ingeniero nacido en cuna empresaria que ahora, desde el cenit del poder global, lo invitaba a no precipitarse.

En aquel encuentro, que Macri y Massa promocionaron frente a la prensa como parte del acuerdo que acababan de sellar, estaba el germen de una alianza que precisaba un entendimiento profundo entre el macrismo y el peronismo. Pero, sobre todo, que la suerte –tan excepcional como la que había tenido durante casi toda su vida– acompañara la aventura que el egresado del Cardenal Newman iniciaba desde la presidencia con las mismas recetas que habían estrellado al país en más de una oportunidad.

Las evidencias eran concluyentes. Macri encarnaba una impactante novedad histórica para la Argentina: había llegado al poder por la vía de las urnas sin necesidad de camuflarse bajo la identidad prestada del peronismo, el recurso al que habían apelado los ucedeístas y partisanos de la ortodoxia que escoltaban a Menem. Decirlo en ese

momento era casi una herejía, pero con el nuevo presidente habían aterrizado por primera vez en Casa Rosada las élites empresarias que durante más de un siglo habían utilizado el atajo de los golpes de Estado para acceder al gobierno y ahora emprendían, con otros métodos, un camino de modernización que resultaría un calco del pasado.

Sin embargo, los promotores de Macri habían aprendido algo. Para gobernar ese país que volvía a despertar expectativas necesitaban moldear un peronismo a medida. Por su historia, por su ambición y por el aparente enfrentamiento sin retorno que lo distanciaba del kirchnerismo, Massa tenía todas las aptitudes para ser el jefe del PJ colaboracionista que requería la política del nuevo presidente.

El entusiasmo del team leader de Cambiemos era tan sincero como para que, unas horas antes, hubiera presentado a Massa como el líder del peronismo ante Biden, el todavía vicepresidente de Barack Obama. “Me acompaña uno de los líderes más importantes de la oposición, Sergio Massa”, dijo Macri ante las cámaras del mundo. Pero no le resultó suficiente. Entonces, vaticinó que el político que había animado desde lugares destacados la epopeya del kirchnerismo durante una década tenía “serias posibilidades de ser la persona que conduzca el partido peronista en los próximos meses”. Más que un exabrupto era un plan, que tenía publicistas en todos lados: darle entidad a un peronismo disciplinado para discutirle las comas a ese reformismo que se soñaba permanente y compartía con Macri la utopía de sepultar el populismo cuanto antes. Dos días antes, frente a los jefes editoriales de los principales medios internacionales, el ingeniero había explicado, casi con las mismas palabras, que ese Massa mimetizado con el macrismo era consecuencia de su liderazgo opositor.

Macri y Massa se llevarían distintas impresiones de la cena íntima en Davos y esas sensaciones irían cambiando en forma manifiesta a medida que la decepción mutua se profundizara. El líder del Frente Renovador contaría a su regreso que había quedado impresionado con el protagonismo de la primera dama. La misma Juliana a la que la archienemiga de Massa, Elisa Carrió, elogiaba para explicar su apuesta de vida por Macri tenía un origen que la emparentaba con el diputado. Los dos habían crecido en la localidad de San Martín.

Massa había conocido la historia de la familia Awada por su hada madrina, Graciela Camaño. Los Awada eran cuatro hermanos que vivían en el distrito en el que Massa había nacido a la política: mientras las mujeres eran allegadas a Camaño, los hombres tenían

relación con su marido de toda la vida, Luis Barrionuevo. Más que un territorio, un sustrato de época los ligaba. Uno de los tíos de Awada, Alejandro “Alito” Tfeli, había sido el histórico médico personal de Menem. Pero las coincidencias no terminaban allí.

Durante años, el sindicalista gastronómico que llegó a definirse como “recontraalcahuete” del riojano contó la historia de la misma manera. Abraham, el padre de Juliana, era un empresario textil que estaba ligado al menemismo y había decidido venderle su casa apurado en una cifra que rondaba los 50.000 dólares. Así, según decía la historia oficial del peronismo de San Martín, los padres políticos de Massa se habían quedado con el chalet en el que Juliana y su hermano Alejandro organizaban fiestas memorables.

La cena en el Hotel Seehof era un eslabón de una larga cadena que unía a Macri con Massa y encontraba su génesis muchos años atrás. Pero en Davos la plataforma común que los viculaba había adquirido un alcance global. El presidente no solo le presentaría a Biden, sino que lo llevaría al Hotel Belvedere como parte de la comitiva argentina para sentarlo en la reunión con el premier británico David Cameron, en el marco de una diplomacia amarilla que convalidaría en forma afable la ocupación de las Malvinas por parte del Reino Unido. Con Massa apretado entre Peña, Susana Malcorra y Fulvio Pompeo, el líder conservador británico le preguntaría a Macri qué duración tendría su período de gobierno, y el jefe del PRO aprovecharía para volver a cortejar a Massa en público.

–Cuatro años o eventualmente ocho, aunque dependiendo de Sergio –respondió con ironía.

Entonces Cameron no dudó en sorprender a Massa y apuntar al corazón de lo que interesaba a las potencias que reparaban en la nueva etapa que en apariencia se abría.

–Dígame, ¿el peronismo va a evolucionar o seguirá involucionando? –le preguntó.

Fue una oportunidad inmejorable para que Massa exhibiera las credenciales de líder antikirchnerista que lo habían llevado hasta los Alpes suizos. Contó que el enfrentamiento con la expresidenta y la imposibilidad de convivir con sus incondicionales lo habían llevado a abandonar el espacio del FPV y a fundar su propio espacio. Después reiteró una de sus consignas favoritas: se definió a sí mismo como parte de la generación de los “hijos de la democracia” y buscó contraponer el peronismo moderno que defendía con el setentismo

anticuado de los Kirchner.

El viaje de un peronista adaptable al Foro Económico Mundial en el que se reunía el seleccionado del poder global era la respuesta del macrismo ante la inquietud que le habían transmitido a Malcorra, Pompeo y Peña algunos interlocutores del extranjero que se entusiasmaban con la llegada de Macri al poder, pero ya comenzaban a alertar sobre el fantasma de la gobernabilidad. Como parte de esa coreografía, en la que el PJ se predisponía a aportar lo que Macri no tenía, Massa se perfilaba como un socio ideal, aunque adoptarlo tenía al menos una contracara. En tiempo récord, el nuevo gobierno confesaba su debilidad y se apuraba a exhibir, ante los ojos del mundo, la garantía de un peronista presentable que lucía más cerca del oficialismo que de la oposición.

Al rol de presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de Diputados que acababa de estrenar, Massa le sumaría su diálogo directo con el presidente y su histórica sintonía fina con toda la dirigencia del macrismo que había atravesado indemne el estallido de 2001, desde Horacio Rodríguez Larreta, Emilio Monzó y Rogelio Frigerio hasta María Eugenia Vidal, Cristian Ritondo y Diego Santilli.

Para explicar su actuación como escolta de Macri en el foro, Massa plantearía desde Davos la necesidad de abandonar la idea del enemigo político para pasar a la del adversario, defendería la continuidad en las políticas públicas más allá de la alternancia y dejaría una frase de las tantas que el coaching le había enseñado. “Cuando salimos tenemos que abandonar nuestras diferencias y ponernos la camiseta de la Argentina. […] como se dice en el barrio, los trapitos sucios se lavan en casa”.

En Buenos Aires, el encargado de evaluar la gira del presidente y el diputado en términos menos publicitarios sería uno de los dirigentes del Frente para la Victoria que estaba destinado a asumir un protagonismo creciente en los años por venir. En una entrevista con Radio Del Plata, en los días en que veía cómo Monzó se quedaba con el que se suponía que iba a ser su despacho, Máximo Kirchner definiría a Massa en línea con lo que en ese período La Cámpora decía sobre el intendente que había quedado inmortalizado en los cables de WikiLeaks como un hombre de confianza de la embajada de los Estados Unidos. Consultado sobre la presentación que Macri había hecho de Massa como jefe del peronismo, el hijo de la expresidenta no dudó en caracterizar al futuro superministro del Frente de Todos: “Es el candidato de Davos”, afirmó. Enseguida consideró que la promoción que Macri había hecho de Massa no era “importante para la mayoría

del peronismo y sus adyacencias", sino "una expresión de deseo" por parte del presidente, producto de "la necesidad urgente de contar con cómplices para aplicar el plan económico que se está aplicando".

Muchos años después, ya con Massa como principal socio de La Cámpora, al lado del superministro del Frente de Todos dirían que, en aquella oportunidad, Malena Galmarini le había recomendado a su marido, sin éxito, que no viajara con Macri. El tiempo vuela en la política argentina y son muchos los posicionamientos de la dirigencia que cambian en un lapso breve. Sin embargo, situada en su contexto, la prevención de Malena con respecto al viaje a Davos no puede menos que resultar extraña, porque unos meses antes, cuando faltaban unas semanas para el balotaje presidencial, ella misma había decidido acompañar a su marido en televisión y expresar su apoyo a Macri de cara a la segunda vuelta que se avecinaba.

Heredera de una familia de larga trayectoria que se inició en política en los años setenta y atravesó después el fuego del menemismo, la titular de Aysa cuenta con su propia formación en el peronismo y se incorporó muy joven al gobierno de Menem. Su rol divide aguas entre la heterogénea fauna de aliados que tuvo Massa, porque, mientras algunos la responsabilizan por el regreso del exintendente a la costa de Cristina, otros sostienen que fue su principal respaldo en su intento de emanciparse y armar un partido aparte, lejos del kirchnerismo. Algo parece seguro: al margen de la familia que sostienen desde hace más de dos décadas, los que conocen el vínculo entre ellos aseguran que, en términos políticos, Malena no se considera de ninguna manera menos que Massa ni acepta que su marido pueda pararse en un escalón superior a ella. A su manera, no tan discreta, los dos decidieron apostar a la victoria de Macri.

El 29 de octubre de 2015, casi un mes antes de la segunda vuelta que iba a consagrar presidente a Macri, el exjefe de Gabinete de Cristina decidió adueñarse una vez más del centro de la escena con un mensaje en el que asumió su lugar secundario, pero se alineó sin titubeos con Cambiemos. Con la sala colmada de periodistas, Massa salió al escenario del Hotel Hilton de Puerto Madero acompañado por José Manuel de la Sota, Roberto Lavagna y el salteño Gustavo Sáenz, que había sido su candidato a vicepresidente. Era un discurso colmado de generalidades, hasta que el árbitro de la gran disputa pronunció las palabras mágicas: "Argentina necesita un cambio". Una hora más tarde, sería todavía más explícito en los estudios de Telenoche. En una entrevista exclusiva que él y Malena dieron a María Laura Santillán y Santo Biasatti, Massa no quiso contenerse. "Yo no quiero que gane Scioli", dijo, explícito hasta la obviedad. Massa retomaba así, en una

instancia decisiva, el mensaje que su esposa había instalado cinco meses antes, en otra entrevista conjunta en TN, cuando frente a Alfredo y Diego Leuco había asegurado que Scioli era “peor que Macri” y que ella no lo votaría en caso de un balotaje. La polarización se imponía como nunca y el país iba camino a decidir entre el gobierno de Macri y el raro heredero que designaba Cristina, pero ya entonces los Massa no dejaban dudas: ellos también eran parte de lo que venía.

Confiado en la nueva era y asumido como un peronista sin retorno al kirchnerismo, el exintendente de Tigre se permitió hablar de cara al balotaje casi como un asesor del futuro presidente y se anticipó a recomendarle algunas consignas taquilleras en la señal del Grupo Clarín. “Si tiene el coraje de barrer a los ñoquis, La Cámpora desaparece”, vaticinó. Aunque cuatro años después ese mismo político sellaría una alianza de hierro con la agrupación de Máximo Kirchner, esa noche su objetivo era destruir a Scioli y beneficiar de esa manera a Macri. Por eso, sobre el final de la charla en Canal 13, volvería a aludir al exmotonauta para definirlo como una “alfombra” que “no puede gobernar nada” y es “empleado de Cristina”. Inclinado, con riesgos manifiestos de caerse como producto de su escaso equilibrio, frente a las cámaras de Telenoche acababa de nacer el peronismo del medio, el socio dilecto que había soñado el macrismo para estacionarse en el poder.

Semejante demostración de alineamiento con el nuevo gobierno no era un hecho aislado ni un exabrupto de un dirigente inexperto sino la construcción decidida de un escenario en el que macrismo y massismo se predisponían a compartir el poder detrás del objetivo común de arrinconar al cristinismo en los márgenes del sistema político. El show televisado de la corrupción kirchnerista ya se emitía en cadena nacional, el festival de la doctrina Irurzun ya se iniciaba desde Comodoro Py y las manifestaciones de políticos, empresarios, gobernadores, formadores de opinión y dirigentes sindicales ya le cedían al gobierno de Macri una legitimidad pocas veces vista. Era la plataforma multimedia que allanaría el camino a los discursos y leyes sobre los que se asentaría el nuevo reparto de poder.

El plan B

La llegada de la alianza del PRO, la UCR y la Coalición Cívica al gobierno no solo se daba en condiciones excepcionales por lo que un exponente como Macri representaba en un sistema de partidos dominado durante décadas por el peronismo y el radicalismo. En el fundamental La larga marcha de Cambiemos, el sociólogo Gabriel Vommaro cuenta en detalle la épica que logró generar Macri entre hombres y mujeres del mundo de las empresas que habían alcanzado temprano su aspiración máxima en el sector privado y encontraron en la oportunidad de la gestión pública la fabulosa motivación de ir a transformar el Estado a la manera de las élites. El nuevo presidente llegaba con un gabinete de ministros que habían hecho la mayor parte de su carrera en el mundo empresario y sumaba al organigrama de la gestión una legión de CEO, managers y directivos empresarios que creían en la identidad nuevista del PRO.

En el Congreso, sin embargo, el macrismo y sus aliados se topaban con límites elocuentes. Por primera vez desde el regreso de la democracia, un gobierno tenía minorías en las dos cámaras y necesitaba explotar al máximo la división del peronismo para sancionar sus principales leyes. Si, antes de llegar, Macri, Peña y Jaime Durán Barba habían acertado con una estrategia de campaña que rechazaba la presión del Círculo Rojo para acordar con el PJ antikirchnerista, una vez en el gobierno habían cambiado el manual para habilitar las negociaciones de Frigerio y Monzó con un “peronismo disecado”. Habían ganado contra el peronismo en todas sus formas, pero iban a gobernar con el peronismo recuperable, el que se conformaba con discutir las comas del modelo de Macri y lucrar con el protagonismo en el margen. En esa constelación, brillaba como ninguna la estrella de Massa.

De los 257 miembros de la Cámara Baja, Cambiemos tenía apenas 87 diputados propios y, en ese ámbito, el respaldo de Massa y el Bloque Justicialista de Diego Bossio y Pablo Kosiner –un delegado histórico de Juan Manuel Urtubey– cumpliría el rol que Pichetto garantizaba en el Senado en diálogo con los gobernadores.

Durante los dos primeros años del gobierno amarillo, Massa y su bancada levantarían la mano para aprobar una lista de leyes importantes entre las que se destacaban el pago a los fondos buitres con un endeudamiento de 12 500 millones de dólares, la derogación

de la leyes Cerrojo y de Pago Soberano de la era kirchnerista, a las que Massa definía como “un cepo a la inversión”, la reforma tributaria, el Consenso Fiscal con las provincias, el presupuesto 2018 y el acuerdo de Responsabilidad Fiscal. Era la arquitectura legislativa que le daba entidad a la devaluación, el ajuste y el endeudamiento que primero Prat-Gay y después Luis Caputo y Nicolás Dujovne iban a ejecutar en varios tiempos.

En la provincia de Buenos Aires, donde el massismo cotizaba todavía más caro para la gobernadora Vidal, el futuro ministro de Economía del Frente de Todos entabló de entrada vínculos que se prolongarían hasta 2019 y acompañó la gestión casi como si fuera un miembro del oficialismo. Producto de un diálogo permanente que incluía los encuentros más o menos furtivos entre Vidal y Massa, el presupuesto bonaerense, la autorización para tomar nueva deuda y la ley impositiva contaron con el apoyo de los renovadores.

El exintendente de Tigre tenía una relación histórica con una generación de políticos que habían animado la epopeya del menemismo desde las segundas líneas y habían migrado hacia la escuadra de Macri con el surgimiento del PRO. Si Monzó, Frigerio, Ritondo, Santilli y los bonaerenses Federico Salvai y Marcelo Daletto lo conocían a la perfección y se consideraban sus amigos, Rodríguez Larreta lo distinguía en el selecto grupo de sus relaciones más importantes.

Sin embargo, en el inicio del macrismo, nada era tan importante como que Peña, la mano derecha del team leader del PRO, apostara en serio a una alianza con el exjefe de Gabinete de Cristina. La relación se había aceitado en reuniones privadas organizadas en la casa de Larreta antes del triunfo de Cambiemos y se había profundizado en encuentros que Macri y Peña habían compartido en un restaurante de Puerto Madero con Massa y Barrionuevo, un actor gravitante que había conocido a todos dos décadas atrás y jugaría un rol activo en la etapa que se abría.

La situación no dejaba de ser paradójica, porque las acciones del creador del Frente Renovador llevaban más de dos años en picada y habían caído en sincronía con el ascenso de Macri. El principal capital político de Massa era la gran base electoral que había construido desde la provincia de Buenos Aires entre el mérito propio, la orfandad ajena y el apoyo circunstancial de una franja del Círculo Rojo. Pero ese caudal ya había migrado hacia los polos de la antítesis argentina, en su mayoría, hacia las filas del macrismo.

Así y todo, el promotor de la avenida del medio ofrecería en la era Macri las primeras pruebas de que su declive en la opinión social no le impedía ganar casilleros en el organigrama de poder. Desde las filas del PRO, uno de sus amigos históricos alumbró una frase que lo describía a la perfección y podía considerarse incluso un elogio: “Cuanto más barato está, más caro se vende”. Con dedicación full time y una capacidad difícil de emular para operar sobre el terreno de lo virtual, el exintendente de Tigre era un socio de lo más preciado para el experimento amarillo. Podía rendir en los pasillos de la política, en el terreno legislativo, en Comodoro Py y en la arena mediática.

Del riñón de Massa surgirían funcionarios del macrismo que reportarían a Frigerio, como el secretario de Asuntos Políticos Adrián Pérez y el subsecretario de Coordinación de Obra Pública Ricardo Delgado; ministros de Vidal, como Santiago Cantón, y puntales de Rodríguez Larreta como el secretario de Seguridad de la Ciudad, Marcelo D’Alessandro, uno de los que ganaría una trascendencia involuntaria en los años siguientes a través de la filtración de chats privados. Otros –como Daniel Arroyo, Mario Meoni, Claudio Ambrosini y Sergio Federovisky– ocuparían sillones en nombre de la oposición en el Banco Provincia, el Enacom y la Acumar.

Explícita a más no poder sería durante largos años la línea de América TV, el canal del Grupo Vila-Manzano que cuidaba a Massa como a un hijo y adiestraba a sus principales artistas en la arqueología de la corrupción kirchnerista, con la información de las almas transparentes de Comodoro Py y las artes de la mafia paraoficial de Marcelo D’Alessio, Carlos Stornelli y sus socios en la fábrica de primicias truchas. El prime time de América en general y el programa Animales sueltos en particular cumplían un rol fundamental en la batalla simbólica, y cada noche difundían el “vamos ganando” de algo que el cristinismo vivía como un bombardeo sobre su domicilio. Igual que ese primer Massa, el holding de los mendocinos no quería volver al pasado y le otorgaba un crédito fabuloso al cambio que vendía Macri.

El estrecho lazo que Massa había construido con personajes como Stornelli trascendía los gobiernos de turno y era parte de su membresía en el poder permanente de la Argentina. En marzo de 2019, cuando la aventura de Macri llegaba a su fin, el falso abogado D’Alessio ya había caído en desgracia y la mafia parapolicial que lo sostenía había quedado expuesta en toda su promiscuidad de armas, seguimientos y persecuciones que se propagandizaba en los medios como parte de la lucha por la república, Massa llegaría a defender la “honestidad y buena fe” del fiscal que había sido declarado en rebeldía en la causa por extorsión que llevaba adelante el juez federal

Alejo Ramos Padilla. Además, había cuestionado al magistrado de Dolores que iba camino a ser juez electoral de La Plata.

Nada tan sintomático, sin embargo, como el vínculo público y permanente que Massa tenía con Claudio Bonadio, el enemigo número 1 de la expresidenta. Se advertía en causas como la del dólar futuro –en la que el entonces massista Martín Redrado oficiaba de perito que testimoniaba en contra de Cristina–, en los intereses comunes que los unían y en las visitas habituales del experto en tiro de Comodoro Py a la municipalidad de Tigre y sus adyacencias para reunirse con Massa.

Esa hermandad entre factores de poder podía alumbrar una nueva era para la Argentina peronista, como creían ilusionados sus promotores en los primeros dos años del gobierno de Cambiemos, o podía terminar mal si fallaban las previsiones de un programa que tenía como piedra angular de su trabajosa construcción política el endeudamiento en dólares de cortísimo plazo con fondos de inversión que tenían un capital superior al PBI de los principales países de Europa.

El peronismo no kirchnerista que contaba a Massa entre sus líderes compartía los enunciados abstractos del nuevo presidente, estaba listo para acordar un pacto de gobernabilidad y, disociado del presente, proyectaba a largo plazo, dando por segura la reelección de Macri en 2019 y apostando por la conformación de una alternativa electoral más sólida hacia el lejano 2023. Si el ingeniero lograba instaurar las nuevas bases de la economía y desmontaba con éxito los preceptos del populismo kirchnerista, el peronismo del orden podía encarnar un plan B acorde con los mandamientos del establishment y la promesa de un mayor vigor para gobernar. Deseos genuinos del antikirchnerismo del PJ, solo se verían frustrados en un escenario no contemplado: una catástrofe de devaluación, inflación, ajuste y recesión que arruinara la propaganda de la Argentina del futuro.

“Ventajita”

La experiencia de Macri sirvió de ayuda memoria a la novata oposición antikirchnerista que había crecido en un estado que combinaba la impotencia política con la comodidad de las audiencias redundantes y la propaganda de los medios afines. Llegado al poder, Cambiemos descubrió en tiempo récord lo que había dañado el corazón de los anteriores gobiernos no peronistas.

La Argentina salvaje que los socios de la nueva alianza atribuían únicamente a las conductas viciadas del peronismo no era una maqueta sobre la que pudieran proyectar sin sacudones, y las simplificaciones optimistas podían rebelarse estériles. La inflación no bajaba en cinco minutos, la devaluación no estaba asumida, la lluvia de inversiones no caía, el hada de la confianza podía morirse en cualquier momento y el endeudamiento en dólares no era un recurso manejable sino una ruleta rusa.

Aunque la enorme mayoría del peronismo institucional sería socio voluntario del huracán Cambiemos, el impacto en los bolsillos del tarifazo en los servicios públicos, la apertura de las importaciones en el empleo y la liberación de todos los controles cambiarios en las reservas del Banco Central ofrecía tempranos indicios de que el gradualismo estaba restringido a algunas áreas y los efectos nocivos del programa económico de Macri no solo podían afectar la legitimidad del gobierno sino la de todo el sistema político. Desde la cumbre del colaboracionismo peronista, Massa fue uno de los primeros en advertirlo.

En mayo de 2016, dio la primera señal de que el pacto que había firmado no se cumplía como él pedía y el rumbo de Macri comenzaba afectar a lo que había sido el electorado massista. Como parte de un posicionamiento que ya empezaba a marcar diferencias, anunció que votaría con o sin modificaciones la ley antidespidos que impulsaba la CGT. En el rol de árbitro que pretendía asignarse, Massa quería introducir cambios al proyecto para moderar los aspectos que consideraba cuestionables, pero le pedía a Macri que respetara la decisión del Congreso y no apelara a un veto. “El presidente se ocupó mucho de los empresarios, ahora llegó el tiempo de prestarles más atención a los que menos tienen”, afirmó en una entrevista con Infobae. Y después fue un paso más allá, con un mensaje que apuntaba

a destacar la distancia de origen entre uno y otro como un parteaguas político: “Es muy difícil entender qué te falta en tu casa cuando nunca te falta. Ahí hay una diferencia de nuestra fuerza política con el gobierno […]. Mi papá, hubo momentos donde no me podía dar la plata para el colectivo para ir al club”, dijo.

Unos meses después, sobre fin de año, llegarían los choques más profundos en el marco de la discusión de leyes que Macri exigía y Massa rechazaba por distintos motivos. En septiembre, un hombre que el exintendente conservaba todavía a su lado como parte de una relación contradictoria y cambiante aparecería en la pantalla de C5N para ofrecer indicios de que la relación con el macrismo se estaba enfriando. “La idea de que Massa acompaña al gobierno es falsa. Se ha construido sin demasiadas pruebas”, afirmó. Con una experiencia larga de operador, un pasado de funcionario y una vocación irrefrenable por aparecer en los medios, Alberto Fernández había decidido ir un sábado a la tarde al programa Remix de noticias para exhibirse como parte de un massismo vigoroso y en crecimiento. Dos frases más lograrían ganar espacio en medios de menor alcance. La primera era una descripción de lo que estaba pasando. “Cristina dejó un país con 25 puntos de inflación, lo cual era muy serio, pero Macri la llevó a 40”, dijo el entonces exjefe de Gabinete que llegaría a presidente tres años después y duplicaría en 2022 la cifra de Macri como producto de un cuadro que combinaba la inflación internacional más alta en cuatro décadas y la pelea brutal dentro del Frente de Todos.

La segunda frase era, como mínimo, un diagnóstico errado, que la realidad desmentiría a gritos un año después. “Lo que le molesta a Macri es que Massa tiene potencial y le va a ganar el año que viene al gobierno”, dijo el entonces enviado de Sergio como parte de un escenario autoconstruido que incluía la afirmación de que las encuestas ubicaban primero al renovador en la provincia de Buenos Aires. En 2017, el resultado sería catastrófico para el espacio y Massa quedaría tercero como candidato a senador en Tigre, detrás de Esteban Bullrich y Cristina Fernández. A Alberto Fernández le iría todavía peor con su fugaz candidato, Florencio Randazzo. Aunque la vicepresidenta era por lejos la que más votos conservaba y más sufría la ofensiva del bloque antikirchnerista, Macri igualaba a la mayor parte del peronismo en la impotencia.

A fines de aquel 2016, el supuesto jefe del PJ que el presidente había encumbrado en las alturas de Davos decidió dar un paso más durante el debate por el Impuesto a las Ganancias, una de las banderas históricas que le había permitido ganar popularidad en la

confrontación con CFK durante los años finales del Frente para la Victoria en el poder. Cuando la Casa Rosada no lo esperaba, el "candidato de Davos" arruinó la imagen de un macrismo pujante y acordó con Máximo Kirchner un proyecto común que terminaron firmando trece bloques legislativos. Entre el azar y la astucia, Axel Kicillof apareció por primera vez en el centro de la escena como miembro informante de una iniciativa del cristinismo que figuraba primero en el orden de prioridad.

El 6 de diciembre, por 141 votos a favor, 84 en contra y 3 abstenciones, Diputados aprobó la rebaja de Ganancias y le provocó a Cambiemos su primera derrota legislativa, producto de la alianza plena del kirchnerismo, el massismo y el Bloque Justicialista. Macri y Peña no pudieron digerirlo.

El presidente volvió a traficar por la vía del off el taquillero apodo de "Ventajita" para Massa y el jefe de Gabinete salió al día siguiente a estamparlo con una definición que el bajo kirchnerismo compartía: "Es la persona menos confiable del sistema político argentino", aseguró.

Desde el primer piso de la Casa Rosada, se insistía en los medios afines para que las notas sobre el tema se ilustraran con la imagen que mostraba a Massa con Máximo y Kicillof. El fastidio era de tal dimensión que, unas horas más tarde, el egresado del Cardenal Newman interrumpió su descanso en la estancia Potrerillo de Rodríguez Larreta en Alta Gracia para blanquear la indignación en Radio Mitre: "La foto invitaba a la pesadilla, de pensar que habíamos vuelto al principio. Estaban el jefe de Gabinete de Cristina, Massa; el ministro de Economía, Kicillof; el responsable de la Anses, Bossio, y el gobernador de los Kirchner en la provincia de Buenos Aires, Felipe Solá, diciendo que se querían ocupar de la gente, cuando durante doce años ellos no tocaron el mínimo no imponible. Nadie les puede creer", dijo.

A Macri le provocaba enojo la congregación en contra de sus pretensiones que habían formado las distintas facciones del peronismo. Pero lo que directamente lo desquiciaba era el comportamiento de Massa. El exintendente era el eje de sus críticas y el despecho podía verse con claridad: "Por más que Massa se haya querido ocultar en la foto, no va a poder engañarnos, porque, al final del camino, terminan diciendo lo mismo: por algo compartieron tantos años de gobierno. Yo lo llevé a Davos a Massa, diciendo 'este señor aprendió', y miren con la que salió", dijo. Pero no le resultó suficiente y tuvo que ir todavía más allá: "A la larga, cuando uno es impostor,

sale a luz, porque no hay manera de engañar a mucha gente mucho tiempo. Ojalá que aprenda con los años, ya que ser confiable es muy importante y eso tienen que entenderlo todos los dirigentes, sobre todo los más jóvenes".

Una semana más tarde, en una de las habituales piruetas que desnudaban su ADN, el impostor dio una nueva muestra de su relación íntima con el PRO y abrió la puerta de su casa del country Isla del Sol a los capitanes del macrismo político para consensuar un nuevo proyecto de Ganancias.

Durante los meses previos, en consonancia con el rol estelar que pensaba ocupar durante la era Cambiemos, Massa había preparado las instalaciones de su casa para montar su gran teatro de operaciones y había construido un quincho en el fondo. Desde el minuto cero del nuevo gobierno, el exintendente comenzó a organizar reuniones con la dirigencia del bloque antikirchnerista. La disposición daba cuenta de un modo de concebir la política y el poder. Al espacio amplio para las cumbres políticas, le sumaba una habitación superior donde conversaba con los periodistas de su confianza. El ritual de los encuentros con el ala política del macrismo y el PJ no kirchnerista seguía siempre la misma mecánica. Massa y Malena recibían a los invitados, comenzaban a charlar y cenaban hasta que a las 12 de la noche la dueña de casa se retiraba y dejaba a su marido liberado para lanzarse al juego infinito de las especulaciones, las partidas de truco, la cata de los buenos vinos y la licencia para fumar en lugares cerrados.

Los encargados naturales de la negociación con Massa eran el ministro Frigerio y los miembros del ala política que integraban Monzó y Nicolás Massot. Pero la sintonía de ese grupo con Massa era tanta que Macri los envió escoltados por el vicejefe de Gabinete Mario Quintana –en nombre de la sociedad Macri-Peña– y el economista Luciano Laspina. Entre dirigentes que se entendían de memoria, el nivel de intimidad era altísimo. Sentado a la cabecera, acompañado por Marco Lavagna y Graciela Camaño, Massa volvía a erigirse con muy poco como el árbitro de la gobernabilidad amarilla. El encuentro, que exhibía un nuevo salto olímpico del exintendente, se haría viral por las sonrisas de los comensales ante un plato de sushi que –celoso de la imagen– el massismo había decidido borrar con Photoshop. Camaño, la encargada de difundir el encuentro en las redes, había sacado la foto con su teléfono celular y se había cuidado de no aparecer en una escena algo libidinosa. El macrismo y el massismo se conocían todas las contraseñas y actuaban como si fueran parte de la misma familia.

El acuerdo de Massa con el gobierno por el tema Ganancias no impediría que su lazo con Macri entrara en un punto de no retorno en poco tiempo más. El blanqueo de capitales que Cambiemos había aprobado en el Congreso en julio de 2016 había sido modificado en noviembre por un decreto del presidente para que su hermano Gianfranco pudiera acceder a los beneficios en un pelotón que integraban además Nicolás Caputo y Marcelo Mindlin, el comprador de la empresa familiar. La información, que iba a ser publicada en exclusiva por Horacio Verbitsky en una nota de agosto de 2017 en Página/12, era una presunción en las filas del peronismo no kirchnerista desde el primer minuto. En diciembre de 2016, el entonces diputado massista Felipe Solá reveló en una entrevista en Radio 10 que Macri había "presionado" a Massa para incluir familiares al régimen de sinceramiento fiscal durante su tratamiento en el Congreso.

"Sacaron un decreto reglamentario de la ley que decía que había que interpretar con sentido restrictivo quiénes podían blanquear y quiénes no. Y estaba bien. Cuatro meses después, sorpresivamente, sacan otro decreto, el 1206, en el cual, al final, el artículo sexto dice que podrán blanquear estos parientes que tenían prohibido hacerlo en la ley, si pueden demostrar que los bienes que tenían en negro los tenían de antes de que fuera nombrado el funcionario en cuestión", dijo el exgobernador bonaerense. En septiembre de ese año, Macri había interrumpido un viaje de Massa a Colombia con un llamado telefónico en el que le reclamaba en no muy buenos términos que su bloque apoyara la iniciativa. La conversación, según repetían en el massismo, había terminado mal.

Para la dirigencia política que interactuaba con él y lo conocía bien, el apodo de "ventajita" era tan certero como letal y se convertiría en sinónimo de Massa durante muchos años. Atribuido a la factoría de Peña dentro de las filas del PRO, era producto de la impotencia del macrismo que veía cómo la sociedad con el colaboracionismo peronista se le escurría entre los dedos. Sin embargo, el enojo de Macri y la definición de Massa como impostor tenían antecedentes muy claros para los protagonistas de la historia. Era la segunda vez que la sociedad entre ambos rompía su contrato y volaba por los aires antes de tiempo. La primera había sido durante la exitosa campaña de Massa en 2013.

Como parte de sus aprontes para romper con Cristina, el exintendente había cerrado un acuerdo en persona con Macri, pero, una vez en carrera, había considerado que podía prescindir del entonces jefe de Gobierno porteño. Massa estaba en su mejor momento, se creía

imbatible y no quería que nadie le hiciera sombra, menos todavía un dirigente de fuerte impronta propia que, con solo tocarlo, podía contaminarlo. Por eso, no había dudado en devaluar al ingeniero. En plena campaña, el creador del Frente Renovador y sus colaboradores negaban que existiera un compromiso con el líder del PRO y rebajaban el entendimiento como si fuera apenas una concesión del exjefe de Gabinete para que Macri colara tres diputados. El ninguneo era tal que, a menos de un mes de las PASO, Marcelo Longobardi –por entonces el periodista preferido de Sergio– se había visto obligado a preguntarle a Mauricio qué relación existía entre el macrismo y el massismo.

–Es una cosa que no he logrado comprender –le dijo el conductor del programa más escuchado de Radio Mitre, el 17 de julio de 2013.

–La verdad, que cuesta comprenderlo –asintió Macri.

Faltaban apenas treinta y cinco días para las PASO y el ingeniero había decidido blanquear su hartazgo del desprecio que el tigrense le hacía al PRO en medio de su ascenso arrollador en la provincia de Buenos Aires.

–Yo acordé con Massa trabajar juntos en la provincia para ponerles límites a los Kirchner –dijo.

–Hay gente de Massa que ha planteado que no es así –replicó Longobardi.

–Mirá, Marcelo, yo no hablé con la gente de su lista: yo hablé con Sergio Massa y hasta tanto él no diga que cambió de idea, yo sigo creyendo en su palabra de ayudar desde la provincia, como yo lo hago desde todo el país, a ponerles límite a los Kirchner. Por eso sumamos gente en los distintos niveles a partir de lo que negoció el responsable de la provincia, que es Jorge Macri, en la lista de diputados nacionales, provinciales, decenas de distritos. Eso es lo central, acá hay un ciclo que termina.

El trato incluía a futuros protagonistas de la política bonaerense. Guillermo Montenegro había regresado de apuro de un viaje a Uruguay con el objetivo de ocupar el tercer lugar en la lista de diputados nacionales del Frente Renovador. Pero la boleta no contemplaba de ninguna manera al macrista que, años después, se convertiría en intendente de Mar del Plata. El PRO recién aparecía en el sexto lugar de la lista del FR, a través de Soledad Martínez, la intendenta interina de Vicente López reemplazante del primo de Macri

unos meses antes de que Massa se convirtiera en el superministro de Economía de los Fernández.

Ya entonces Macri descubrió que confiar en Massa era una apuesta de alto riesgo y prefirió dejar cualquier tratativa en manos de sus segundas líneas. En paralelo, comenzó a repetir en privado que –a diferencia de su rival y aliado– él cumplía siempre con su palabra y era alguien previsible.

Tantos años después y con la frustración que le provocó el pacto fallido de Davos, el rencor del expresidente con el exintendente no hizo más que escalar. Los largos párrafos que Macri le dedica a Massa en su libro Primer tiempo dan cuenta de una enorme y doble decepción. El expresidente define a Massa como alguien "poco confiable", "enamorado del corto plazo" e "incapaz de sostener un proyecto de país según sus convicciones" y dice que lo llevó a Davos con un doble objetivo: mostrarle al exintendente de Tigre "cómo funcionaba el mundo" y "mostrarle al mundo" que en la Argentina existía la gama de los "peronistas racionales", una legión de dirigentes clonados que se empeñaban en recitar los mandamientos del establishment sin ganar la confianza del electorado.

Sin embargo, de la visión de Macri se desprende que ese Massa al que no le dio la talla para la misión que debía asumir hasta el final fue la figura bisagra del sistema político y que su regreso a la familia del kirchnerismo –paralelo al de gobernadores y sindicalistas– representó un golpe letal para las aspiraciones de Cambiemos. Proporcional al rol que le había asignado en sus fantasías de estadista, la desilusión de Macri con Massa fue gigantesca.

De fondo había diferencias y circunstancias que hacían difícil sostener la convivencia de lo que había empezado como un romance. Por un lado, las cuestiones personales y políticas que los habían diferenciado durante gran parte de sus vidas pasadas. Massa se había iniciado en la Ucedé de San Martín y había cambiado varias veces de ubicación política y filiación, pero se había desempeñado en la política desde adolescente. Macri, en cambio, había tenido otro origen y había llegado a la política ya grande, desde el mundo empresario. Eso impactaba tanto en los comportamientos como en los objetivos de cada uno.

Massa transmitía a sus colaboradores el núcleo de lo que, según se decía, provocaba el ruido con Macri. En lo que parecía ser un dialogo de sordos, el diputado trataba de hacerle entender al entonces presidente la base de su estrategia política para atravesar con vida los

años amarillos.

–Yo voy con mis leyes. Si no, pierdo representación –le explicaba.

Pero el egresado del Cardenal Newman se creía al frente de una experiencia fundacional y no aceptaba medias tintas ni actitudes especulativas. Había llegado a lo más alto después del lento eclipse del kirchnerismo, contaba con un apoyo descomunal y no concebía que un político que decía compartir gran parte de su ideario y se había cansado de denunciar los males de la Argentina populista pensara en su propio beneficio en lugar de apostar en serio por un cambio profundo.

–Yo no soy empleado. Yo soy un jefe político. Macri no me respeta –le dijo Massa a uno de los dirigentes que intentaba mediar para impedir que la alianza se quebrara de manera irremediable. Ya era tarde. Los soldados de Massa marchaban sin su venia hacia la costa de Cristina y Macri no toleraba la indisciplina del invitado a Davos.

Al año siguiente, el presidente ganaría las elecciones legislativas con un triunfo apabullante en todo el país y la avenida del medio caería todavía más bajo en el terreno electoral. Era la foto del año II de Cambiemos. En la película, sin embargo, Macri iba camino a estrellarse con el festival de deuda en dólares, terminaría pidiendo socorro ante el Fondo y dilapidaría el apoyo de sus votantes, incluidos amplios sectores que se definían como independientes y le habían dado un nuevo crédito. La sociedad Macri-Massa estaba muerta, pero al creador del Frente Renovador le quedaba todavía un mundo de relaciones en las filas del PRO.

Horacio y María Eugenia

Entre los lazos de Massa con el corazón del macrismo, había empleados y socios menores, pero también figuraban dos accionistas, Rodríguez Larreta y Vidal. Los dos eran miembros destacados del partido y se diferenciaban del resto porque gobernaban distritos propios y compartían con Macri gran parte de su tajada de poder.

Jefe histórico de la alianza con Vidal, Larreta estaba unido a Massa por una hermandad de larga data. El origen de la historia era conocido en los círculos de la política y se remontaba a los años finales del menemismo, cuando Ramón "Palito" Ortega fantaseaba con ser presidente y amparaba a una legión de púberes ambiciosos entre los que maduraban, junto al ya experimentado Pablo Fontdevila, Massa, Larreta, Santilli, Jorge Capitanich. Alguna condición en común reunían los miembros del team Palito, porque un cuarto de siglo después todos seguirían activos en política. Sin embargo, la amistad del heredero de Macri en la ciudad con el exintendente de Tigre no tenía comparación.

Hasta hace muy poco, cuando todavía los misiles del macrismo duro no lo apuntaban como un doble agente asociado a Massa, a Rodríguez Larreta le gustaba decir con todo el énfasis necesario que sus amigos de la política eran contados con los dedos de la mano y que Massa estaba entre ellos. Me lo dijo a mí, hace casi una década, cuando aceptó ser entrevistado para este libro. "De mí no esperes nada. Te aclaro que Sergio es mi amigo", me anticipó a manera de presentación, cuando me recibió en la vieja sede de la Jefatura de Gobierno de Bolívar 1. La charla duró apenas unos minutos.

Larreta y su esposa por dos décadas, Bárbara Diez, no solo compartían encuentros íntimos y vacaciones con Massa y Malena. Además, Diez había invitado a Galmarini a iniciar juntas el negocio del wedding planning con el que se convertiría en una empresaria exitosa. Malena había rechazado la oferta en los mejores términos, lo que le costaría durante años la ironía de un Massa que se reía de la visión de su esposa para los negocios. Por supuesto, nada de eso había impedido que Diez combinara con su amiga cómo sería el casamiento que los Massa celebrarían en 2001 en El Emir de la Costanera, con la presencia rutilante de Carlos Menem.

Mientras pudo –y pudo bastante–, Rodríguez Larreta fue el abogado de Massa en la mesa chica del PRO y defendió la necesidad de una interlocución con su amigo con el argumento de que servía al gobierno de Macri para ganar legitimidad a caballo de la fractura del peronismo.

Por su zona de influencia y su peso legislativo en la provincia de Buenos Aires, sin embargo, el acuerdo más explícito que Massa sostuvo fue el que selló con la gobernadora bonaerense. Pese a las advertencias de la Casa Rosada, Vidal y su mano derecha Federico Salvai abonaron hasta el último minuto la sociedad con Massa en contra de las advertencias de Peña. Aunque la chica de Flores borraría en 2021 su efímero orgullo bonaerense para regresar a la zona franca del PRO, en los altos mandos del Frente Renovador le reconocerían siempre que ella y Salvai habían resistido la presión de Macri y habían evitado por todos los medios ir a una ruptura con Massa. El expresidente jamás se lo perdonaría, en especial a Salvai.

El futuro ministro de Economía de los Fernández navegó a dos aguas durante los largos meses que marcaron la agonía de Macri en la presidencia. Mientras abonaba el sello de Alternativa Federal junto a Miguel Ángel Pichetto y los gobernadores antikirchneristas Juan Schiaretti y Juan Manuel Urtubey, Massa mantenía al mismo tiempo su alianza con Larreta y Vidal en busca de explorar nuevas sociedades de subsistencia. La reconciliación con Cristina, la tercera vía que Massa finalmente terminaría eligiendo, aparecía en la superficie como la menos probable de sus opciones. Pero era la que más analizaba y más futuro podía augurarle en cualquier circunstancia.

El 4 de febrero de 2019, Massa viajó a Mar del Plata para encabezar una farsa, el acto de lanzamiento del peronismo del medio en Playa Grande. Lo acompañaban otros entusiastas que solo coincidían con él en la oportunidad de lanzar un globo de ensayo: Schiaretti, Pichetto y un grupo de gobernadores, entre los que se anotaban Gerardo Zamora, Mariano Arcioni y Sergio Casas. Con desconfianza hacia los futuros pasos de Massa y la viabilidad de la alternativa no kirchnerista, Roberto Lavagna y Margarita Stolbizer aquella vez decidieron resguardarse lejos de la exposición y quedarse en sus casas. Acertaron.

El exintendente fue el encargado de cerrar el acto con un mensaje que podía llevar a equívocos. “Este sueño que hoy empezamos a construir termina en diez meses con una mayoría que se anime a ponerle punto final a un gobierno que fracasó en bajar la inflación y en unir a los argentinos”, afirmó entre aplausos. Un rato después, se fotografió abrazado con Schiaretti y Pichetto: eran tres mosqueteros destinados a

bifurcar sus caminos. Diez meses después, cada uno estaría en un campamento distinto.

La puesta en escena que se había transmitido en directo a la dirigencia del peronismo que se negaba a volver a la costa de Cristina tendría un correlato privado. Massa y Pichetto volverían a Buenos Aires juntos, en el avión de un empresario amigo del exintendente, y acompañados por un protagonista que los unía, el futuro titular de la Aduana todista Guillermo Michel. El exfuncionario de la AFIP que había sido mano derecha de Ricardo Echegaray había recalado en el Senado durante el gobierno de Macri y tenía con Massa una excelente relación.

La versión de Pichetto es que Massa juramentó, en ese vuelo de regreso a Buenos Aires, que no pensaba aliarse de ninguna manera con el cristinismo. La versión de Massa queda pendiente, como un capítulo menor en el libro de sus grandes omisiones. La verdad es que Massa desconfiaba de Pichetto, lo veía desesperado por ser candidato a vicepresidente de quien fuere –su plan A era acompañar a Lavagna– y le cuestionaba ante su círculo el ciego rencor que sentía hacia Cristina. El futuro compañero de fórmula de Macri también desconfiaba de Massa, lo veía como un oportunista y estaba convencido de que terminaría abrazado a la expresidenta.

Llegados al umbral del gran test electoral de 2019, Massa era consciente de que no podía ir otra vez en busca de la presidencia si no quería delatarse aún más en su creciente debilidad. Había perdido credibilidad con su zigzagueo, pero había perdido además los votos de la pata cordobesa. La muerte trágica de De la Sota en septiembre de 2018, el gran socio que Massa había tenido en 2015, había llevado al peronismo de Córdoba a un estado de acefalía que el gobernador Schiaretti había aprovechado para deslizarse en forma continua hacia la costa de Macri y convertirse en uno de los mandatarios provinciales más cercanos al macrismo.

Montado a su ambición y su deseo, Massa garabateaba escenarios anticipados que su prensa amiga difundía casi como hechos concretos. Decía que Cristina no iba a competir en 2019 y que Lavagna iba a arrepentirse en el camino. Pero mientras tanto y como parte de su juego a mil puntas, mantenía los puentes con los hijos políticos de Macri que pretendían diferenciarse del padre.

El cauce natural de su cogobierno con Vidal en la provincia de Buenos Aires y su amistad íntima con Larreta lo llevaron a analizar hasta último momento una variante no tan publicitada: plantar una boleta peronista en el territorio madre de todas las batallas para robarle

algunos puntos al PJ cristinista y beneficiar a la entonces gobernadora, socia permanente del jefe de Gobierno porteño. Era una variante no contradictoria con un discurso opositor, centrado en los dardos contra Macri, como el que el exintendente había sostenido en los últimos dos años de Cambiemos en el poder. Para el micromundo de la dirigencia, el camino estaba allanado y consistía en actualizar hacia 2019 una convergencia que ya se había probado unos meses antes, cuando Massa funcionó como promotor del adelantamiento de los comicios en provincia y el establishment militaba con todas sus fuerzas el plan de Vidal para ser candidata a presidenta en reemplazo de un Mauricio que seguía a la deriva.

Hasta marzo de 2019, reunidos en el búnker del Frente Renovador sobre la avenida del Libertador, Massa y Urtubey jugueteaban con la posibilidad de que Marcelo Tinelli fuera candidato del peronismo sin medio en la inmensidad bonaerense. Dos meses después, los dirigentes que iban a “refundar” el peronismo analizaban la vía de un acuerdo con Vidal en provincia, para armar una fórmula nacional que fuera a elecciones en alianza con la gobernadora. Otra vez, era una salida beneficiosa para las partes, que les permitía a los dirigentes del PJ conjugar el apoyo a la chica de Flores con la crítica al presidente que se había abrazado al vía crucis del ajuste con el apoyo del Fondo.

La chance de un entendimiento estuvo cerca de prosperar en distintos encuentros que Massa y el todavía gobernador de Salta tuvieron tanto en Retiro como en Tigre con Vidal y Salvai, el jefe de Gabinete bonaerense también salteño, quien tenía un vínculo cotidiano con Massa y la familia Urtubey. Aunque se cuidara de aparecer en público en señal de rebeldía hacia Macri, Rodríguez Larreta era el líder de la facción que había alumbrado un “plan V” para jubilar al presidente, y las reuniones en busca de un acuerdo del macrismo soft con el peronismo colaboracionista se hacían en su casa. Afectado por la candidatura de Cristina con Alberto y cuestionado por sus propios socios en la alianza de gobierno, el mismísimo Macri llegó a dar la aprobación para el pacto con el peronismo colaboracionista en el territorio madre de todas las batallas. Así lo aseguraban los celestinos del ala política del macrismo, que buscaron hasta el último minuto fichar a Massa como socio estable para un nuevo período de gobierno. Finalmente, también eso naufragó: con el intendente de Tigre, Julio Zamora, en primer lugar, la tropa del Frente Renovador ya había migrado hacia el campamento del Frente de Todos. Ni la avenida del medio ni el massismo como actor independiente en la política existían más. A Massa se le acababa el tiempo y tenía que jugar un pleno. Con su decisión, le daría finalmente la razón a Rodríguez Larreta, el gran amigo que le insistía en que el país se polarizaba y no había lugar para

una tercera opción. La “nueva mayoría” de la que había hablado en Playa Grande no podía surgir, de ninguna manera, de un proyecto con Urtubey, Schiaretti y Pichetto. La nueva mayoría era la coartada que el consultor catalán Antoni Gutiérrez-Rubí había ideado para camuflar el inevitable regreso de Sergio a la costa de Cristina.

14. El arribista del poder

El 10 de diciembre de 2019, a las 11.50, Cristina Fernández de Kirchner y Sergio Massa recibieron a Alberto Fernández en la explanada del Congreso. El nuevo presidente acababa de bajarse del Toyota Corolla que había manejado desde su departamento de Puerto Madero y se preparaba para recibir el bastón presidencial de manos de Mauricio Macri, en una ceremonia más cordial de lo que la campaña presidencial hubiera hecho presagiar.

La vicepresidenta estaba exultante y su cara solo se desfiguraba en el instante en el que su vista se topaba con la silueta de Macri. A su lado, el presidente de la Cámara de Diputados, su acérrimo denunciante de los años previos, también aparecía tomado por la satisfacción y sonreía como un niño que no sale de su inocencia.

Ese mediodía fundacional, en el que Fernández iba a pronunciar su primer discurso ante la Asamblea Legislativa, Massa no estaba solo. En uno de los palcos del Congreso, la familia del creador del Frente Renovador atraía todas las miradas. Junto a Malena Galmarini y su hermano Sebastián, se apretaba un grupo de empresarios que no sentía necesidad de ocultar la relación, entre sanguínea y filial, que lo ligaba a Massa. El banquero Jorge Brito, el empresario de los medios y la energía Daniel Vila, el cableoperador Alberto Pierri y el antiguo rey del entretenimiento Marcelo Tinelli se reían y conversaban junto a los políticos del Frente de Todos.

La modestia, la inteligencia o sencillamente la capacidad desbordada del lugar habían llevado a José Luis Manzano a sentarse en otro lugar. Junto con el hombre corcho Marcelo Mindlin y el fugaz petrolero Sebastián Eskenazi, dos de los empresarios que habían terminado mal con Cristina y no podían todavía asomar la cabeza en público, constituían la facción del poder económico que se movía en torno al exintendente y respiraba en política a través de sus movimientos. Ningún otro miembro de la alianza recién constituida tenía esos padrinos ni, mucho menos, se permitía exhibirlos. Ellos también habían accedido al poder.

Ese lejano 10 de diciembre, mientras Alberto Fernández hacía un discurso que daba cuenta de las enormes dificultades heredadas y enumeraba una larga lista de objetivos, Massa ya pensaba en cómo

aprovechar el metro cuadrado de poder que los Fernández le habían concedido. La Cámara de Diputados, el Ministerio de Transporte, la conducción de Aysa, el Enacom y el resto de los casilleros que ocupó en el Estado con el reducido grupo de seguidores que le había quedado eran apenas la base de poder político que el creador de la marca Frente Renovador iba a potenciar al máximo desde el minuto cero.

Desde ese primer día, Massa sabía al menos dos cosas: que la situación económica iba a generar una dinámica de desgaste para el gobierno de los Fernández y que él podía beneficiarse de la debilidad ajena para hacer cotizar caras sus habilidades, en medio de la emergencia. Para salir del lugar importante pero accesorio que había ocupado en su ingreso a la alianza del Frente de Todos y convertirse en una actor imprescindible, capaz de ganar la centralidad política que los errores y los resultados electorales le habían quitado.

Desde el primer minuto, Massa se ubicó en Diputados como el socio principal de Máximo Kirchner y comenzó a construir, a partir de ese vínculo, una alianza que en poco tiempo trascendió las paredes del Congreso. La afinidad generacional de la que suelen hablar tanto a un lado como al otro no alcanza para disimular que el pacto entre Massa y Máximo se basa en una construcción de poder con perspectiva de futuro y en tensión con otros miembros de la coalición, de las nuevas generaciones.

Máximo no solo llegó a aborrecer al joven Martín Guzmán y denunciarlo como un delegado del Fondo en el peronismo. Además, en privado mantuvo siempre objeciones y críticas furiosas contra la gestión bonaerense de Axel Kicillof, lo que le provocó reiterados desencuentros con Cristina. Pero con Massa encontró un complemento que le permitía conservar la fisonomía de su organización política y desplazarse al mismo tiempo hacia otro sitio, guiado por los movimientos de un socio que oficiaba de mediador de peso ante el establishment, el poder económico y los grandes empresarios de medios. En esa sorprendente hermandad política, los dos se veían ganadores y consideraban que lo que podían perder era accesorio.

Máximo fue para Massa la llave que abrió las puertas de la vicepresidenta, el talismán al que debía acceder para trepar a posiciones de poder en el esquema del Frente de Todos. CFK había reiniciado el vínculo con su exjefe de Gabinete con todas las reservas del caso. Aunque nunca olvidará la ofensiva que grandes amigos de Massa –como Claudio Bonadio, Guillermo Marijuan o Carlos Stornelli– iniciaron en su contra desde Comodoro Py, Cristina encaró la etapa de

la unidad con una consigna clara: al exintendente y al grupo de poder que lo apadrinaba desde siempre convenía siempre tenerlos de aliados antes que de enemigos.

Tras la experiencia traumática que representó el gobierno de Macri para ella y su círculo íntimo, Cristina obtuvo una serie de aprendizajes muy claros de esa derrota de 2015 que excedía por mucho el terreno electoral. La soledad absoluta en la que se encontró durante los dos primeros años del mandato de Macri, con el 70% de la dirigencia peronista dispuesta al colaboracionismo y los tribunales federales como infantería del antikirchnerismo, le hizo entender que el tiempo de la autosuficiencia había quedado atrás de manera irremediable y ya no podía permitirse seguir adelante con un grupo de incondicionales que propagaban al infinito sus consignas, pero no trascendían con su predicamento las fronteras del Instituto Patria.

Para escalar, Massa contó con el formidable favor que le hicieron los Fernández cuando se entregaron a una confrontación interna sin beneficio de inventario, en la que los conflictos que libraron jamás alcanzaron el estadio de una tregua firme o, mucho menos, una síntesis superadora. Pero, además, el candidato que llegó a ministro explotó el enlace con Máximo y la comandancia de La Cámpora para constituir una alianza de trayectorias opuestas y discursos de aparente contradicción, que lo elevó como el interlocutor privilegiado del cristinismo puertas adentro.

Así, pudo rebatir la definición que lo perseguía como una condena y había sido ideada por antiguos socios suyos, que lo conocían de primera mano por haber negociado hasta el hartazgo cómo sería el mapa político del poskirchnerismo.

Después de haber intimado a los dos lados de la polarización con una dirigencia que parecía enfrentada sin retorno, Massa cargaba con el mote de ser un tacticista extremo, capaz de cualquier cosa por lograr una ventaja de corto plazo. Liberarse de la pesada etiqueta que Marcos Peña le había colgado –la de ser la persona menos confiable del sistema político– era uno de los desafíos más grandes que tenía para reconstruir su carrera política. Gracias a su sociedad con Máximo, Massa logró salir en poco tiempo de esa Siberia a la que lo habían confinado políticos de distintos partidos que lo conocían bien. Lo hizo con esfuerzo, con disciplina, con ayuda de algunos colaboradores y con un norte claro: lograr el asalto al poder.

Era el primer paso para después ir a rescatar su imagen pública del quinto subsuelo al que había caído. La oportunidad de volver a pelear

para que la sociedad lo indultara por su conducta de tantos años: el desesperado ida y vuelta en el auge de la polarización, la falta de una palabra que se sostuviera en el tiempo y el intento de fijar en cada caso un justo medio que se leía, incluso entre sus antiguos votantes, como oportunismo puro y sin principios. En apenas seis años, entre 2013 y 2019, Massa había dado la vuelta al mundo de la política para regresar después rendido al vientre del cristinismo. Para salir del descrédito en el que había caído, precisaba, también, el favor de la desmemoria social.

El conquistador

Aunque para la historia haya sido un suspiro, nada sucedió de un día para otro. Massa negoció los detalles de su incorporación al Frente de Todos con Alberto Fernández, el jefe de campaña que Cristina convirtió en candidato a presidente el 18 de mayo de 2019. Fue el capítulo público de un proceso de acercamiento que se había iniciado con La Cámpora en la Cámara de Diputados durante el gobierno de Cambiemos y se había profundizado a medida que Mauricio Macri ingresaba en la espiral de una crisis que lo llevaría a un final traumático.

El 10 de junio, mientras el exintendente de Tigre estaba en el festejo de la reelección de Mariano Arcioni en Chubut, Fernández y Massa se cruzaron en comunicación a través de la pantalla de C5N y se lanzaron a un juego de cortejo público que anunciaba el nuevo salto del esposo de Malena Galmarini.

Massa y Arcioni se conocían de toda la vida. Habían estudiado Derecho juntos en la Universidad de Belgrano en la década del noventa y habían llegado a vivir juntos en un departamento en la ciudad de Buenos Aires. Más aún, el creador del Frente Renovador le había presentado al principiante Arcioni a Mariano das Neves, un político de la vieja escuela peronista que había sido funcionario de Eduardo Duhalde y había mantenido con Néstor Kirchner una relación que oscilaba entre el respeto y la tensión. Pese a estar sentado sobre el yacimiento de petróleo convencional más grande de la Argentina, Cerro Dragón –con la familia Bulgheroni como accionista local–, Arcioni tenía una provincia endeudada en dólares, con un déficit gigantesco y una crisis social recurrente. Había asumido tras la muerte de Das Neves a fines de 2017, había contado con la llegada de Massa al ministro macrista Rogelio Frigerio y había logrado ser reelecto con el 37% de los votos con una ventaja de seis puntos sobre su principal rival.

“Sergio, volvé a Buenos Aires, tomemos un café y terminemos con este tema”, le dijo Fernández en lo que fue el prólogo de la incorporación de Massa al Frente de Todos. Dos días después, el supuesto jefe del peronismo antikirchnerista que Macri le había presentado a Joe Biden en Davos tres años antes se reuniría con Fernández en Puerto Madero en una mesa en la que también estaban su mano derecha, Raúl Pérez,

el futuro canciller Felipe Solá y el dirigente del Movimiento Evita Fernando “Chino” Navarro. El pase estaba hecho.

El acercamiento de Massa al mundo de Cristina era muy anterior. A las negociaciones de leyes que llevaba adelante en la Cámara de Diputados con el bloque de Unidad Ciudadana que lideraba Axel Kicillof se le sumaban los encuentros frecuentes, en Mercedes y en Tigre, con el camporista Eduardo “Wado” de Pedro. Aunque tenían orígenes personales y políticos muy distintos, De Pedro había trabado una relación de amistad con Massa, había apostado temprano a que el exintendente rompiera su acuerdo con Macri y había planteado puertas adentro del cristinismo que era necesario recuperar al exintendente para una alianza amplia del peronismo. Lo mismo creía Máximo.

El declive del kirchnerismo en el poder, la debilidad de Massa como alternativa independiente y el gobierno de un Macri que llegó a soñar con erradicar toda forma de populismo habían dejado los enfrentamientos en el pasado. El camporismo ya no denunciaba a los traidores que se habían ido con Massa: ahora los convocaba para la unidad. Massa ya no utilizaba el término “camporista” como si fuera un insulto en público y en privado.

La transformación fue tan inevitable como sorprendente. El rechazo de Massa a la agrupación de Máximo había sido tan grande que un día, durante el gobierno de Macri, no pudo contenerse en televisión y se cruzó detrás de cámara con un periodista que le había preguntado algo que no le había gustado. “Andá Cámpora, sos Cámpora”, llegó a decirle con gesto de fastidio. Era la cara menos conocida de un político acostumbrado a que la prensa fuera parte de su aparato de propaganda, pero también la de un dirigente que creía todavía en el antikirchnerismo visceral como atajo al poder.

En el momento de las definiciones electorales de 2019, cuando había que traducir la incipiente unidad del Frente de Todos en un reparto inicial de poder, Massa y Raúl Pérez serían los encargados de negociar el cierre de listas con Máximo y De Pedro en un primer acercamiento que sería recordado a los dos lados como muy profesional y fructífero.

Poco después, en el entorno de colaboradores de Massa comenzó a crecer la sensación de que el bonaerense que se había iniciado en el peronismo de la mano de Graciela Camaño y Luis Barrionuevo había dado un paso crucial para lograr su objetivo de fondo. En palabras de una de las personas que más lo conoce, Massa había logrado “conquistar la psicología” de Máximo y de Wado.

Con sus modos seductores, su ironía permanente, sus relaciones con actores del poder estable y su capacidad de especular en unos segundos con mil escenarios posibles, Massa consiguió en poco tiempo impresionar a sus interlocutores y redescubrir la potencialidad de la alianza con la agrupación a la que, en sus discursos de campaña más taquilleros, había reducido a un grupo de ñoquis.

La Cámpora era mucho más. Lo sabían hasta sus detractores. Se trataba de una organización de un poderío incomparable, con militancia juvenil que se repartía entre las universidades y los barrios, una extensión territorial que nacía de su cercanía a Cristina y presencia político-institucional que excedía al Congreso y se replicaba en municipios y provincias. Aunque algunos de sus fundadores habían tenido militancia previa al surgimiento del kirchnerismo, La Cámpora había nacido en la comodidad del poder y el ascenso del macrismo la había puesto a prueba como nunca. Sin embargo, el test había sido superado con éxito, porque en el camino la nave insignia del cristinismo no había perdido nada de su identidad. Al contrario, había ratificado la mayor parte de sus premisas, algo que con el Frente de Todos en el gobierno le resultaría bastante más difícil.

Massa se vinculaba con la cúpula de la organización, un universo selecto en el que su facilidad para generar hechos en el micromundo de la política mediática causaba fascinación.

Cuando Fernández inició su mandato, el presidente de la Cámara de Diputados comenzó una etapa nueva en la que debía lograr un equilibrio propio de las circunstancias que le tocaban. Dada su languidez electoral (había salido tercero en Tigre como candidato a senador en 2017), de entrada Massa cobró muy cara su integración al Frente de Todos.

De todas maneras, el desafío que lo esperaba era enorme y no tenía margen para volver a equivocarse. Con un proyecto presidencial a cuestas y un espacio disminuido pero propio, Massa tenía que demostrar que podía adaptarse a un esquema dominado por el peronismo de Cristina. No solo ratificar su condición de actor protagónico y arquitecto de un sistema de relaciones de poder que podía incidir en la mafia de Comodoro Py, dividir a la familia del establishment y hasta operar en Washington a partir de sus contactos. Además, tenía que ofrecer pruebas de que era capaz de ser leal y cumplir con la letra chica del pacto que acababa de sellar con el cristinismo. Para eso, debía librar una batalla contra sí mismo: disimular su ambición y domar su ansiedad, saber esperar el momento que otras veces había arruinado, producto de su arrebato de poder y

su obsesión por escalar.

Los incentivos para lograrlo estaban a la vista. Massa había inscripto una unión transitoria de empresas con Máximo, pero Cristina, la dueña de los votos y las decisiones finales, todavía le resultaba inaccesible. Para conquistar la posición que pretendía ocupar, tenía que reconstruir ese vínculo personal que había sido muy cercano, pero se había quebrado de mala manera a partir de 2013.

Massa tenía claro que su prematuro proyecto político y el enfrentamiento, en apariencia irreconciliable, que había mantenido con el kirchnerismo le habían impedido actuar el rol que le tocó a Alberto Fernández y necesitaba reconectar con la base de lealtades que CFK conservaba en los conurbanos de todo el país. Pero la legitimidad inicial con la que contaba el nuevo presidente y el temprano inicio de la peor pandemia del último siglo lo obligaban a transitar con pies de plomo. En ese diagrama inaugural, el presidente de la Cámara de Diputados debía liderar su espacio en el Congreso y tenía mucho margen para crecer, pero no podía precipitarse. El futuro de Fernández y del experimento del Frente de Todos todavía no estaban escritos.

Era un camino de cornisa, porque todos los indicadores de la economía que había dejado Macri eran negativos, el efecto del confinamiento asomaba devastador y el fantasma de una crisis terminal sobrevolaba las cabezas de la comandancia todista desde el primer día. Pese al aparente segundo plano en el que se ubicaba, la cofradía del sistema político y el poder económico advirtieron pronto con nitidez las alternativas que se le presentaban a Massa: podía ser arrastrado por el tsunami, pero también emerger como solución.

Ya en el primer año de gobierno de los Fernández, uno de los actores de Juntos, que no forma parte del PRO y nunca interrumpió su diálogo con el exintendente, solía hacer este ensayo:

–Sergio debe estar pensando: “Si esto no funciona, mañana puedo ser yo”.

–¿Cuándo es mañana? –le pregunté.

–Mañana puede ser cualquier cosa en Argentina. Y en la cabeza de Sergio, también.

Entre sus amigos empresarios de medios, se repetía una caracterización similar. “Sergio en cualquier momento puede ser presidente”, me dijo uno de ellos a fines de 2021. El diagnóstico no

estaba errado e incluso podría decirse que era parte de una profecía autocumplida. Massa no necesitaba esperar a las elecciones para llegar a la cima del poder.

La premonición de políticos opositores y dueños de empresas que apostaban por él no era solo un presagio o un mero juego especulativo: sabían que en la crisis el exjefe de Gabinete de Cristina podía emerger como salvador y sabían también que ya trabajaba para encontrar el atajo que lo dejara a cargo del tablero de control del gobierno. No solo se beneficiaba de los errores de sus socios y enemigos internos: además podía provocarlos.

Actor central del FDT, desde 2020 Máximo sería decisivo para catapultar a Massa a lo más alto, y los dos constituirían una sociedad fundamental para entender el nuevo diagrama de poder que insinuaba el peronismo de la unidad. Por ser el hijo de Cristina, por conducir su propia organización y por su lugar en Diputados, Kirchner fue durante los dos primeros años del gobierno el tercer nombre en la mesa más chica del poder junto al presidente y su vice. A la portación de apellido, le sumó lo que parecía ser una vocación inédita de reconstruir puentes con el establishment que habían sido dinamitados durante el último mandato de CFK. De la mano de Massa, Máximo dio indicios, en un primer momento, de querer desandar el camino de confrontación, como si ensayara un regreso a aquel Néstor de vínculo con empresarios, sindicalistas, banqueros, economistas y financistas. No había mejor socio que Massa para dar ese paso.

El acercamiento del líder de La Cámpora al poder económico fue presentado en sociedad a partir de la difusión de una cena que se realizó apenas seis meses después de la asunción de Fernández. Corría junio de 2020 y Jorge Brito organizó en su mansión de San Isidro un encuentro para unir a parte de los empresarios más poderosos del país con Massa, Máximo y De Pedro. En la cena estuvieron el heredero Marcos Bulgheroni, el dueño de Pampa Energía Marcelo Mindlin, el constructor Hugo Dragonetti y el entonces titular de la UIA Miguel Acevedo. Flotaban de fondo los intermitentes llamados de la vicepresidenta para firmar un contrato social y la utopía kirchnerista de recrear la ficción de la burguesía nacional. También el impuesto extraordinario a las grandes fortunas que Kirchner hijo impulsaría en medio de la pandemia y el Frente de Todos lograría sancionar a fines de ese año, con Massa alineado en contra de sus socios naturales.

No era una sorpresa para nadie. Massa jugaba de local en la casa de Brito, en una reunión que ratificaba su condición de socio dilecto del establishment. El exintendente de Tigre llevaba entonces ya casi una

década como embajador político de un bloque de poder que de a ratos se expandía y de a ratos se comprimía. Pero siempre estaba.

Para que la alianza Máximo-Massa funcionara y trascendiera las paredes del Congreso, los dos habían tenido que vencer desconfianzas, deponer intensas agresiones previas y desplazarse del lugar en que se paraban. Crecer. Acostumbrado a traficar en los medios cada una de sus movidas, en esa oportunidad el exintendente no había sido el responsable de dar a conocer el encuentro. Aunque sin los nombres de los asistentes, la información había aparecido primero en una nota de Horacio Verbitsky en El Cohete a la Luna. Era sintomático, un cambio de fabulosas dimensiones, que le interesara más a Máximo que a Massa dar a conocer una cita de ese tipo.

El exintendente había entendido que la condición de posibilidad para su crecimiento político estaba, esta vez, atada a un manual que contradecía todas las premisas que había abonado desde el inicio de su vertiginosa historia de candidato. Tenía que conservar el perfil bajo, reducir al máximo su exposición pública y hacer declaraciones en los medios solo cuando resultara imprescindible y como parte de una política acordada con sus socios.

Con el presidente tomado por el desgaste de la pandemia, la urgencia de la crisis múltiple, las diferencias con CFK y el daño autoinfligido de la palabra devaluada, la directriz que unía los dos polos internos de una alianza heterogénea habilitaba ya entonces la perspectiva de una sociedad que trascendiera el gobierno de Alberto. Montado sobre el núcleo duro de adhesiones del cristinismo, Massa apuntaba a hacer pie una vez más en la inmensidad de la provincia de Buenos Aires y ya veía que podía encarnar en un futuro el famoso plus que Fernández había representado en 2019.

Todavía recluido en el Congreso, el presidente de la Cámara de Diputados comenzaría muy poco después a ensayar alquimias que le permitieran dar el salto al Poder Ejecutivo, con el propósito de recuperar el lugar de la gestión como activo para su crecimiento. No podía reconocerlo, ni siquiera insinuarlo, pero cuando la estrella del comandante Fernández comenzó a apagarse y los cuestionamientos entraron a lastimar al presidente, Massa empezó a verse a sí mismo como un potencial rival de Alberto en el próximo calendario electoral, con muchísima más vocación de poder y ambición de liderar. Para eso, claro, tenía que recuperar el lazo con Cristina y debía encontrar la vía para reducir de manera ostensible la imagen negativa que registraba en todas las encuestas.

La sorprendente alianza de Máximo y Massa en Diputados había sido diseñada con el objetivo de abarcar distintos sectores y no renunciar al electorado que cada uno por su lado había logrado representar o interpelar.

El Massa filokirchnerista era el complemento de Máximo en el Congreso, pero tenía además licencia para hacer flamear las banderas que habían hecho grande al Massa antikirchnerista. No solo la demanda de actualización de Ganancias para los trabajadores sindicalizados de mejores salarios o la atención a la situación de las pymes y los jubilados, sino también el pedido de juicio político a los jueces que liberaran detenidos sin dar vista previa a las víctimas de un delito, el proyecto contra el "vandalismo rural" por la rotura de silobolsas, el rechazo a la expropiación de Vicentin, la condena a la Venezuela de Nicolás Maduro y, también, el intento de llevar adelante una negociación paralela con los fondos de inversión mientras Guzmán impulsaba una quita en la reestructuración de la deuda que había incubado Macri.

En público, Massa podía tomar distancia de las posturas que no compartía; en privado, contaba con autorización para moverse en un territorio ambiguo en el que parecía no tener límites de ningún tipo. Más que contemplado, su juego de diferenciación era visto como una fortaleza hacia dentro de la alianza que sostenía con Kirchner hijo y le permitía al oficialismo ocupar un espectro amplio dentro del mapa político. Massa buscaba despegar cuando lo considerara necesario, pero sabía que tampoco podía tensar más allá de la cuenta: era parte de una coalición que, desde el minuto cero, tenía a Cristina como figura dominante.

Por eso, cuando alguno de los viejos compañeros que lo acompañaron en la ruptura con el kirchnerismo se ponía impaciente y le pedía más distancia con el polo de CFK, Massa respondía con una frase que se prestaba a distintas interpretaciones y le podía servir a cualquiera en el Frente de Todos. "Hay que aguantar", decía. Esperaba su momento, el instante en el que los socios de la coalición llegaran a la misma conclusión y tuvieran que ir a buscarlo en su rol de salvador. Pero sabía que no podía precipitarse. Si el experimento del pancristinismo se hundía en la impotencia y naufragaba en las elecciones o terminaba mal, su propio futuro estaba en riesgo y sus planes de mediano plazo se derrumbaban en el acto.

El conspirador

El equilibrio al que estaba sujeto Massa era de lo más inestable. Necesitaba incrementar su protagonismo y mostrar sus aptitudes, pero su lugar en el esquema de gobierno lo limitaba. Aunque la Cámara de Diputados podía impulsar una agenda de trabajo y venderse a sí mismo como “el Señor de los Alivios” fiscales, su perímetro y su alcance eran reducidos: tanto las negociaciones como las peleas con los líderes parlamentarios de la oposición eran de manual y no alteraban creencias. La obligación de un político ambicioso como él, lo que le demandaba su propio ADN, era romper ese cerco e inventar excusas para irrumpir en otras discusiones y otros ámbitos. Massa las buscó desde el primer día, porque su esquema de relaciones se lo permitía y los socios de tantos años en su largo y conflictivo peregrinaje al poder se lo pedían.

Para que su imagen se viera más allá del circuito cerrado del Congreso, el candidato tenía otro condicionante, porque las operaciones que decidiera liderar de manera autónoma no podían ponerlo en tensión con ninguno de los dos Fernández.

Para otro político, menos ambicioso, hubieran sido demasiadas restricciones. Sin embargo, Massa las sorteó a poco de iniciar la gestión del Frente de Todos y con un tema crucial: la reestructuración de la deuda con el sector privado. Como si fuera la sombra, el tutor o el enemigo principal de Martín Guzmán, el exintendente activó sus contactos en Wall Street para desautorizar la política del ministro de Economía, un debutante en la gestión pública que había llegado de manera imprevista a ocupar el puesto de mayor responsabilidad en el nuevo Gabinete.

Guzmán era un académico, especialista en reestructuración de deuda soberana, y su ascenso se explicaba por su voluntad de participar del gobierno de unidad peronista, pero sobre todo como producto del vacío, las diferencias y la falta de claridad del presidente y su vice a la hora de definir el rumbo en la cuestión principal que Macri les había dejado para resolver: la bomba de tiempo de un endeudamiento formidable en dólares, con vencimientos de cortísimo plazo y tasas de interés de otro mundo.

Aunque se conocían y habían tenido incluso un encuentro en

Manhattan en octubre de 2019, Massa y Guzmán estaban destinados a chocar en todos los planos. Entre ellos, había diferencias de enfoques, de trayectorias y, también, personales.

El primer ministro de Economía del Frente de Todos consideraba necesaria una quita agresiva a los acreedores privados que se habían subido al festival de deuda del macrismo con tasas que no se conseguían en ningún lugar del planeta y veía la negociación argentina como un caso testigo a nivel global. Massa, en cambio, sostenía puertas adentro del gobierno que era necesario acordar cuanto antes, no dilatar el tema y no provocar tensión con los acreedores privados, porque eso complicaría la estabilidad del gobierno e, incluso, sus chances electorales.

La postura del presidente de la Cámara de Diputados tenía un consenso abrumador fuera del Frente de Todos. Era la misma que difundían los voceros del mercado, los operadores de los fondos de inversión, los grandes actores del poder económico, las empresas de comunicación y los economistas de la oposición que hasta ayer nomás habían sido gobierno. En juego estaba la reestructuración de una deuda de 66.248 millones de dólares y cada centavo que se discutía le costaba caro a un país periférico y atado a una restricción externa crónica.

A poco de asumir, cuando el presidente todavía estiraba la larga luna de miel que disfrutó desde su triunfo en las PASO de agosto de 2019 hasta que comenzó la pandemia en marzo de 2020, Guzmán comenzó su peregrinaje en el exterior, con viajes a los Estados Unidos y Europa, en busca de conseguir apoyos para la quita. Tuvo para eso dos aliados iniciales que se conocían entre sí y estaban dispuestos a colaborar con el discípulo de Joseph Stiglitz: la nueva directora gerente del Fondo Monetario, Kristalina Georgieva, y el papa Francisco, uno de los históricos adversarios de Massa.

En efecto, en febrero de 2020, el argentino Jorge Bergoglio dispuso la escenografía del Vaticano para reunir a Georgieva con Guzmán, los ministros de Finanzas de Europa y una liga de galácticos que cuestionaban la arquitectura de un sistema tomado por la especulación. El seminario “Nuevas formas de solidaridad” había convocado a Stiglitz, el reconocido economista estadounidense Jeffrey Sachs y la entonces secretaria ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina (Cepal). El seleccionado antiglobalización que se había armado en el viejo continente formaba parte de la diplomacia de la deuda que Guzmán había puesto en marcha junto a una corriente de economistas que incluía a George Akerloff, el socio de

Stiglitz que era, además, esposo de Janet Yellen, la futura secretaria del Tesoro de Joe Biden. No era poco. Sin embargo, enfrente había un poder que excedía varias veces a las fuerzas reunidas en el Vaticano, y las imágenes que se proyectaban desde allí tenían un impacto acotado.

En el día a día de la pulseada por el porcentaje de la quita, los fondos de inversión anulaban la distancia entre Wall Street y Buenos Aires para hacer sentir su preeminencia con un discurso que se imponía como sentido común y llevaba al gobierno peronista a jugar de visitante en su propio territorio.

Las voces que cuestionaban el origen de la deuda y planteaban la responsabilidad de los bonistas eran absolutamente minoritarias y la discusión estaba planteada como tantas veces en un terreno en el que se omitía el origen del endeudamiento: Argentina era el deudor, estaba en falta y solo tenía que pagar cuanto antes. En esa cancha inclinada y desde las entrañas del gobierno, Massa jugaba su propio partido.

Para empezar, estaba online con un personaje desconocido para la mayoría de los argentinos, aunque presente en casi todas las instancias en las que grandes cifras de dinero estaban en juego en el sur del mundo. Desde la pelea con los fondos buitres hasta la megafusión Telecom-Cablevisión, el mexicano David Martínez siempre aparecía. Dueño del fondo Fintech Advisory, con una historia larga de comprar barato los bonos de deuda que estaban a precio de default y una sociedad estratégica con Brito padre en la eólica Genneia, Martínez conocía a Massa desde hacía casi una década. Las crónicas de 2012 registran un encuentro del todavía intendente de Tigre con Martínez, en el tiempo en que lo frecuentaba en sus visitas a Buenos Aires.

Durante la última presidencia de Cristina, Martínez era considerado un doble agente por los empresarios cercanos a la Casa Rosada. Era socio de Héctor Magnetto en Cablevisión, era dueño de Telecom y tenía un vínculo de lo más estrecho tanto con Carlos Zannini como con Massa. Ya en esa época, él se vendía como mediador y todos lo contaban como parte de su equipo.

Heredero de una familia acaudalada de Monterrey, de Martínez se sabía que había iniciado su formación en la congregación ultraconservadora de los Legionarios de Cristo y había desembarcado temprano en Citigroup después de haber cursado un máster en Harvard. También, que era dueño de una inteligencia mítica para los negocios y una fortuna de miles de millones de dólares. El magnate repartía la mayor parte de su tiempo entre Nueva York, Londres y

México, pero además acostumbraba visitar Buenos Aires con mucha frecuencia.

Aunque tenía una porción menor de la deuda que la Argentina había contraído con los fondos de inversión durante la aventura de Macri en el poder, con mucha facilidad Martínez se erigió en un actor clave durante la pulseada de Guzmán con los bonistas y fue el nexo principal de Massa en el tema.

No era el único. El padrino José Luis Manzano le había acercado a su discípulo de Tigre el contacto con otros fondos de inversión, entre los cuales se destacaba Gramercy, un actor financiero con importantes intereses en la Argentina. En septiembre de 2020, como parte de la expansión que experimentó con la llegada del Frente de Todos al gobierno, Manzano se asoció con Gramercy para quedarse por un lapso de dos años con Araucaria, la empresa eléctrica que operaba cuatro centrales térmicas en la provincia de Buenos Aires desde 2016.

Massa conocía incluso a Hunter Biden, el hijo empresario del presidente norteamericano que los republicanos denuncian como el peor de los males desde 2020. Hunter y su hermano menor James también eran viejos conocidos de Manzano. El accionista principal de América y Edenor admitió a La Nación que en el pasado había creado con Hunter Biden un fondo de inversión llamado Rosemont Seneca. Por suerte para Manzano, el emprendimiento no duró demasiado: el socio de Hunter en esa operación, Devon Archer, terminó condenado por fraude en los Estados Unidos.

Con esos lazos a un lado y al otro, Guzmán y Massa replicaban en las entrañas del Frente de Todos la misma disputa que, a nivel global, un grupo de académicos, economistas y políticos que pretendían rediseñar la arquitectura financiera internacional libraba con los fondos de inversión más poderosos del planeta. Seis meses después de haber asumido el gobierno, la pulseada del profesor de la Universidad de Columbia con BlackRock, Ashmore y Fidelity –reunidos en el llamado Grupo Ad Hoc– se prolongaba, la fecha de cierre de las negociaciones se había prorrogado en cuatro oportunidades y el poder económico local presionaba por todos los medios para cerrar un acuerdo de manera urgente. La mediación que el ex CEO de la YPF de mayoría estatal, Miguel Galuccio, había intentado ante Larry Fink con el aval de Cristina no había logrado moderar las pretensiones del magnate, que contaba con una fortuna estimada en 6000 millones de dólares, y David Martínez aparecía ante los ojos del peronismo una vez más como el rostro amable de los buitres. El dueño de Fintech integraba junto a Gramercy el Comité de Acreedores de Argentina

(ACC por sus siglas en inglés) que lideraba el CEO de Greylock, Hans Humes.

Las horas pasaban y las negociaciones no avanzaban. El 16 de junio de 2020 fue una fecha bisagra. Cayeron los Acuerdos de Confidencialidad, el paraguas legal bajo el cual se buscaba un entendimiento. Ese marco normativo había impedido hasta entonces que los fondos pudieran comprar o vender bonos a menos que decidieran violar la ley de Nueva York. Pero a partir de ese momento habían quedado liberados y el lobby cruzado había escalado como nunca.

Guzmán y Fernández sostenían que el gobierno argentino no entregaría más de 50 centavos por dólar, pero ofrecían como incentivo el aditamento de un cupón de 3 dólares atado a las exportaciones argentinas, que en los años siguientes aumentarían de manera exponencial. Los fondos liderados por BlackRock querían entre 53 y 55 centavos por dólar, pero no se conformaban con un endulzante a futuro: además pretendían un adicional en efectivo a partir del cierre de las negociaciones.

Mientras Guzmán afirmaba que la diferencia eran 3000 millones de dólares que el gobierno no podía conceder sin profundizar el ajuste, Massa le aseguraba a la cúpula de la alianza que en realidad no había mayor distancia entre lo que reclamaban los acreedores y lo que el peronismo ofrecía. Claro, no solo se discutía plata: también había una puja de poder.

La mañana del miércoles 17 de junio, en el aniversario de la muerte de Martín Miguel de Güemes, Massa fue a la residencia de Olivos para ver a Alberto Fernández. Había decidido jugar una carta fuerte para imponer su criterio y convencer al presidente de que era la hora de acordar como fuere. Fernández estaba rodeado de un grupo de sus colaboradores más íntimos y afuera la palabra “default” sobrevolaba como una amenaza que asociaba al gobierno con el abismo. El presidente de la Cámara de Diputados desplegó entonces una de sus artes habituales en el repertorio de la seducción: hizo un llamado al teléfono con código de área de Nueva York del multimillonario mexicano David Martínez y lo puso en altavoz. Del otro lado de la línea, el dueño de Fintech Advisory intercambió saludos con Fernández, aseguró que todo estaba dado para un acuerdo y dejó flotando en el aire una frase que sonaba a oferta de última instancia.

–A 52,3 los traigo a todos –dijo.

Martínez sostenía que ese porcentaje era el punto justo para resolver el conflicto por la deuda, la llave del deal que reclamaba el mercado en cadena nacional. Massa no solo acababa de mostrarle a Fernández la llegada directa y amable que tenía a la trinchera del enemigo. Además, le ofrecía una salida inmediata para el problema más acuciante que el FDT había heredado de Macri y un cielo de titulares favorables, si cerraba ya ese capítulo ingrato de la historia y se predisponía a cumplir con la hoja de ruta que le había escrito el establishment desde el momento mismo en que Cristina lo había designado candidato. Si Massa era un pragmático que quería lo mejor para el gobierno o un quintacolumnista de los fondos de inversión en el corazón del peronismo, eso podía discutirse. Pero vendía soluciones como muy pocos en el oficialismo –y en la política– eran capaces de hacerlo.

Un águila para los negocios, considerado brillante incluso por sus adversarios, el mexicano Martínez tenía una porción muy minoritaria de los bonos de la deuda argentina, pero una capacidad de lobby que lo convertía en actor protagónico. Si era capaz de hablarle al presidente a través del teléfono de su amigo Sergio, era porque contaba con garantías. Massa le repetía desde el principio una consigna muy clara: la intransigencia que mostraba Guzmán no era creíble, la amenaza de default no existía y la conducción política del FDT no respaldaba la acción de su ministro. Más temprano que tarde, el peronismo iba a terminar acordando. Puertas adentro del oficialismo, la prédica de Massa era exactamente inversa, porque afirmaba que el default era un riesgo mayúsculo y llevaría al Frente de Todos a perder las elecciones legislativas de 2021. Massa puro, a gusto del consumidor.

La conversación telefónica entre Fernández y Martínez con Massa como intermediario en aquella mañana de Olivos era parte de una coreografía más amplia. Pocas horas después, autoerigido en el negociador del Comité de Acreedores de Argentina, el multimillonario nacido en Monterrey organizaría una reunión vía Zoom con representantes de los fondos de inversión que, desde distintos puntos del planeta, coincidían en un punto: por alguna razón, se diferenciaban del consorcio que lideraba BlackRock y se mostraban dispuestos a cerrar una negociación con el gobierno de los Fernández en el menor tiempo posible. En esa cita virtual, el socio mexicano de los argentinos Magnetto y Brito relataría su conversación con el presidente con el mayor detalle posible y haría después su propio balance ante el circuito cerrado de los bonistas. Tal vez como parte de una descripción aséptica o tal vez para convencer a los presentes sobre la gran oportunidad que representaba el entendimiento, Martínez

dejaría una frase de esas que solo puede pronunciar alguien habituado a ganar, en cualquier circunstancia.

–They have their pants down.

La suerte parecía echada. Salvo por un detalle, casi una carambola de la historia entre mundos sin aparente conexión: la imagen de un peronismo que tenía los pantalones bajos llegaría a oídos de figuras cercanas a la vicepresidenta argentina. Por convicción y necesidad, la dueña de la mayor parte de los votos dentro de la coalición oficialista no podía convalidar un acuerdo de ese tipo ni permitir que los fondos de inversión aludieran de esa manera a la fuerza que había nacido de su dedo. Era el fin de la operación Massa-Martínez.

Unos días después, Cristina propiciaría una reunión en Olivos con Alberto, Guzmán y Axel Kicillof, el gobernador bonaerense que seguía siendo la opinión más escuchada por la vicepresidenta en materia de economía. Todavía la cúpula del gobierno mantenía una cohesión que, vista desde el presente, resultaba casi un tesoro, y la decisión conjunta sería continuar negociando sin buscar atajos ni ceder a la presión del mercado. La diplomacia paralela de Massa ante los tenedores de bonos estaba terminada.

Un mes después, el 21 de julio de 2020, Cristina le dio al ministro de Economía su apoyo público más contundente a través de las redes sociales. Guzmán había ido al programa Verdad/Consecuencia en TN para explicar los argumentos del gobierno en la puja con los tenedores de bonos. Ante las periodistas Luciana Geuna y Maru Duffard, el ministro había remarcado que los acreedores también tenían una responsabilidad de origen en el conflicto que entonces se dirimía, porque el gobierno de Macri se había endeudado a una tasa de interés del 7% anual en dólares cuando el mundo pagaba tasas cercanas a cero. No hay deudor irresponsable, decía, sin acreedor irresponsable.

Al día siguiente, la vicepresidenta sorprendió en las redes con un mensaje que no era más que la traducción pública del diálogo permanente y privado que había mantenido con el ministro desde que había comenzado la pulseada de la reestructuración. “Martín Guzmán sobre la deuda externa. Clarito como el agua”, escribió. Era un respaldo fenomenal para un funcionario que enfrentaba el poder de lobby enorme de los fondos de inversión y recibía críticas que hermanaban a los operadores del mercado y el establishment con una parte de la alianza peronista. Fortalecido por una inyección anímica que llegaba en el momento justo y neutralizaba a los críticos que conspiraban desde el interior del FDT, Guzmán citó a Cristina unas

horas después en las redes sociales. “Argentina está unida. Crecer para pagar”. Veinticuatro horas habían pasado desde la contrapropuesta que los bonistas habían hecho frente a la que se suponía era la última oferta del gobierno argentino para el canje de deuda.

El aval de CFK al encargado oficial de negociar una quita de la deuda fue inesperado por varios motivos. Llegaba apenas nueve días después del estallido que la propia vice había provocado con sus críticas al acuerdo que el presidente había insinuado desde Olivos con la puesta en escena de un pacto social que incluía a la UIA y a la Sociedad Rural. Ella, que más de una vez había planteado la necesidad de un contrato social basado en el diálogo con el que no piensa como uno, volvía sobre sus pasos como parte de una ambigüedad recurrente que podía ser parte de la distancia que había entre lo que quería y lo que realmente podía.

Sobre la base de una nota de Alfredo Zaiat en Página/12 que se titulaba “La conducción política del poder económico”, Cristina había llamado a “no equivocarse” con los aliados. El columnista sostenía en su texto que la derecha empresaria liderada por Héctor Magnetto y Paolo Rocca no tenía nada de burguesía nacional, se había desentendido del mercado interno, ejercía un poder oligopólico y respondía a intereses transnacionales. Era la primera vez que la expresidenta se diferenciaba del rumbo de su compañero de fórmula de 2019.

Aunque en un caso parecía haber un desacuerdo frente a la simbología de un acto al que no había sido invitada en Olivos y en el otro había un respaldo vital para el gobierno en el tema más importante que había heredado, Cristina recibía críticas de sus detractores históricos y se confirmaba como el ala más intransigente de la alianza oficialista, un lugar que conservaría durante dos años más con cartas y actos públicos en contra del ajuste y en favor de una mejora de los ingresos. Nada hacía presagiar todavía el enfrentamiento de la vicepresidenta con Guzmán y muchísimo menos su apoyo a un Massa que iría mucho más allá en el rumbo ortodoxo para cumplir con las exigencias del Fondo.

15. El tiempo de Massa

El día anterior a su asunción como ministro de Economía, Sergio Massa no tenía ningún plan. El exintendente de Tigre se había promocionado a sí mismo como superministro desde septiembre de 2021, pero apenas contaba con dos o tres ideas sueltas que no tenía claro cómo ejecutar y un grupo de colaboradores que no alcanzaba a cubrir las secretarías de la megaestructura que había edificado. Sentado en la oficina principal del amplio espacio que el Frente Renovador tenía sobre la avenida del Libertador a metros del Patio Bullrich, Massa comenzó a incendiar los teléfonos de la heterogénea liga de economistas con los que tenía relación y a recibir a algunos de ellos cara a cara. Si alguna vez había existido, el equipo económico que Massa había vendido como propio durante años y exhibido como prueba de su preparación para ser ministro ya no era tal. Nadie quería sumarse a lo que visualizaban como una cruzada personal en un contexto de extrema fragilidad.

Dos meses antes de su asunción, en mayo de 2022, como parte de su ofensiva para quedarse con el Ministerio de Economía, Massa había propagandizado por todos los medios un asado con un grupo de economistas que, en su mayoría, lo conocía bien. De concepciones distintas, pero con muy buen vínculo personal, Martín Redrado y Miguel Peirano se habían reunido antes de viajar a Tigre porque sabían que Massa iba a difundir el asado como un gabinete en las sombras que estaba listo para reemplazar al equipo que había armado Martín Guzmán. Setenta y cinco días después de esa cena de autopromoción, sin embargo, Massa iba solo camino al Palacio de Hacienda. Redrado estaba de luna de miel en Italia, Peirano estaba en los Estados Unidos, Martín Rapetti trabajaba con Facundo Manes y Diego Bossio no podía ser parte de un gobierno de Cristina. Solo Marco Lavagna estaba dispuesto a seguir en el Indec, pero no a asumir nuevas responsabilidades.

Sin embargo, Massa los promocionaba como parte del team que llegaría al quinto piso del Palacio de Hacienda en notas que salían a través de medios y periodistas amigos. Cuarenta y ocho horas antes de asumir, un artículo sin firma en Clarín aseguraba que el superministro Massa ya había logrado, desde su casa de Tigre, lo que Guzmán no había conseguido en dos años y medio: tener un plan. “Cómo es el

plan que le armaron a Sergio Massa sus economistas de confianza y que apunta a conseguir dólares". Al rey del corto plazo, el más rápido en una baldosa, nadie podía pedirle planificación ni, mucho menos, coherencia.

El supuesto programa era un cúmulo de generalidades y solo tenía un dato cierto. La primera medida de Massa era ceder a la devaluación a medida que reclamaba el agronegocio en el contexto de una brecha cambiaria que beneficiaba a los sectores importadores y llegaba al 113%. Massa llevaba un año y medio haciendo lobby por imponer un dólar diferencial para el campo. La primera vez que lo había enunciado puertas adentro del gobierno había sido durante una cumbre ampliada en Chapadmalal, en enero de 2021. Alberto Fernández había viajado junto a Guzmán, Santiago Cafiero y Axel Kicillof para pasar unos días. Tres meses antes, el gobierno había enfrentado la primera gran corrida, el dólar había llegado a 195 pesos y la brecha con el oficial se había disparado a 150%. Pero Fernández le había dado a Guzmán un respaldo mayor, la brecha había bajado en un mes al 83% y seguiría en descenso hasta quedar en torno al 60% en febrero de ese año. Contra la tendencia que ya se advertía, Massa sugirió en la sobremesa de esa cumbre que el dólar soja era la política que debía implementar el gobierno y recibió la indiferencia generalizada. Solo el gobernador bonaerense deslizó que se trataba de un premio excesivo para las grandes cerealeras.

La segunda medida del plan Massa era, según Clarín, la devaluación discreta después de recomponer reservas gracias a la liquidación anticipada de los sojeros. Ese punto del esquema que aparecía asociado al nuevo ministro era el abecé que recomendaba el mercado. Pero estaba vedado por partida doble. Demandaba una acumulación de reservas en el Banco Central que a Massa no le resultaría fácil obtener en un contexto de sequía en el que la República Unida de la Soja le iba a tomar el tiempo de entrada. Solo liquidarían con un dólar diferencial y cada vez en cantidades más estrechas, debido a que la primera edición del dólar soja ya les había permitido acceder a una liquidez que les daba un mayor margen de maniobra. A esa primera dificultad, se le sumaba otra de carácter político: con el Índice de Precios al Consumidor (IPC) más alto de los últimos treinta años y en un contexto de inflación global que no registraba antecedentes en cuatro décadas, Massa no tenía mandato para devaluar. Ni el presidente ni –sobre todo– la vicepresidenta lo autorizaban a dar ese paso, que iba a impactar sobre la base de la sociedad y afectar de manera especial a los votantes que se mantenían leales al Frente de Todos. Esa era una de las razones que espantaba a una parte de los economistas a los que Massa quería sumar a la gestión en el marco de

la emergencia, y quienes afirmaban que no había manera de reducir la brecha sin ceder a la presión devaluatoria. Así como por distintos motivos Redrado y Peirano no se prestaron en ningún momento a la jugada del superministerio, otros tuvieron intercambios con el nuevo ministro. Emmanuel Álvarez Agis, Marina Dal Poggetto, Diego Bossio y algunos más hablaron con Massa en situaciones que tenían similitudes.

El exintendente atendía todavía en Libertador. Mientras a sus espaldas una foto lo mostraba junto a Jorge Brito padre con la camiseta de Tigre y el auspicio del Banco Macro, Massa se enfrentaba a la encrucijada de un gobierno al que le faltaban dólares después de haber registrado un superávit comercial excepcional, de alrededor de 35.000 millones de dólares, durante treinta meses. En esos encuentros, el superministro le explicó a uno de los economistas que lo había acompañado en su ruptura con el cristinismo las razones de su asunción: “Este barco se está hundiendo y yo no tengo escapatoria. Me voy a jugar para sacarlo a flote”. Una verdad a medias. El gobierno llevaba siete semanas de corrida cambiaria, que se habían iniciado durante la gestión de Guzmán y se habían prolongado durante el interregno de una Silvina Batakis a la que los dos socios principales del gobierno no le habían dado el apoyo prometido.

El domingo 3 de julio, un día después de la renuncia de Guzmán, Massa no se había podido llevar todo el poder que quería de la residencia de Olivos. Tanto la falta de diálogo entre Alberto y Cristina como la desconfianza que los dos todavía tenían en relación con el político que era presentado como el salvador por parte de los medios del establishment habían frustrado su desembarco en el quinto piso del Palacio de Hacienda. Sin embargo, Massa estaba decidido a seguir operando para llegar a su meta y no iba a dudar en desplegar toda su potencia para mostrar la fragilidad de Batakis en plena corrida.

El exintendente venía amasando la meta de saltar al Ejecutivo desde septiembre de 2021 y había estado muy cerca de quedarse con el Ministerio de Desarrollo Productivo después de la renuncia obligada de Matías Kulfas, dos meses antes. El primer fin de semana de junio, tras la salida de uno de los albertistas emblemáticos del Gabinete al que Cristina nunca había digerido, Massa había ido a Olivos para reunirse con Alberto Fernández con la intención de quedarse con un área estratégica, pero el presidente había resistido su nombramiento. Primero, le había pedido que asumiera en lugar de Kulfas a Cecilia Todesca, una de las funcionarias que –como Kulfas– lo acompañaba desde antes de ser candidato, y después había convencido al leal Daniel Scioli –uno de los enemigos históricos de Massa– para que

dejara la embajada en Brasil y se hiciera cargo del ministerio. Para Massa era casi un puñal por la espalda.

En un intento de aplacar ese enojo, Fernández inventó diferentes excusas para sumar al renovador por primera vez a sus giras internacionales y lo subió a su avión dos veces en ese junio caliente: primero, a la Cumbre de las Américas en Los Ángeles y después, a la del G7 en Alemania. Un mes más tarde, el nombramiento de la sciolista Batakis era una humillación que Massa no estaba dispuesto a soportar. La composición de poder beneficiaba a sus enemigos internos y estaba decidido a tirarla abajo como fuera. Massa no iba a dudar en incentivar a los actores que buscaban potenciar la corrida, y lograr su objetivo le llevaría apenas treinta días.

Igual que le pasaría al propio Massa, Batakis había aterrizado en el ministerio como producto de la urgencia de una crisis múltiple y sin un equipo de economistas propios. El exintendente había aprovechado ese vacío para designar en un puesto clave a uno de los hombres que lo acompañaría en su gestión, Eduardo Setti, un adelantado o un quintacolumnista del massismo, según a quién le tocara juzgarlo. Hasta entonces a cargo del Fondo de Garantía de Sustentabilidad de la Anses, Setti pasó a ocupar la estratégica Secretaría de Finanzas de Batakis. Hijo de un histórico economista del peronismo, había reportado en la Anses junto a Lisandro Cleri en el tiempo de Bossio y sería decisivo para mantener informado a Massa de lo que estaba pasando.

En busca de un apoyo que no tenía en la Argentina, Batakis viajó a Washington el 24 de julio para ver a Kristalina Georgieva mientras en el país su equipo enfrentaba una semana decisiva. Fue una mala decisión, que el futuro ministro supo aprovechar mejor que nadie. El miércoles 27 fue un día crucial. Economía logró superar un test importante y colocar deuda en pesos por más de 550.000 millones de pesos a través de cinco bonos, pero con una suba de tasas de interés que escaló hasta el 70%. Entre sus efectos, la prueba provocó una baja del riesgo país, una suba de las acciones y una disparada de los bonos en dólares, pero la fugaz ministra no pudo capitalizar el hecho. En Buenos Aires, Massa se enteró de los resultados antes que Batakis por funcionarios del propio gobierno y la colocación que le daba aire a la ministra hasta el 11 de agosto –cuando iba a tener lugar la próxima licitación– fue presentada por medios asociados al exintendente como parte de la euforia que generaba su nombramiento en Economía. En Infobae, una nota sin firma no daba lugar a dudas: “Los mercados cerraron con números positivos ante la expectativa por la llegada de Sergio Massa al Ministerio de Economía”. La profecía se había

autocumplido. Batakis no tenía capacidad para enfrentar lo que venía y Massa iba a barrer con ella y con Scioli en una jugada fulminante que le daría al fin casi todo el poder que pretendía.

Junto con Cleri en el Banco Central, Setti sería uno de los funcionarios principales del nuevo equipo de Massa. Los otros serían el exasesor de Pichetto, Guillermo Michel, el histórico encargado del Presupuesto Raúl Rigo –que había acompañado a Guzmán durante toda su gestión y regresaría a la secretaría de Hacienda– y tres funcionarios ligados a Roberto Lavagna: su hijo Marcos, el jefe de Gabinete Leonardo Madcur y el fiscalista de Twitter Gabriel Rubinstein.

Antes de asumir, Massa había ido a ver a Lavagna a su casa de Saavedra para conseguir su bendición y había difundido el encuentro a través de Clarín. En el massismo contaban que la reunión se había extendido durante seis horas y que Lavagna lo había animado, porque Sergio contaba con el poder político que nadie tenía en esas circunstancias. Cuatro años antes, el exministro de Economía de Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner había chocado duramente con Massa: su lanzamiento como candidato a presidente había desplazado al exintendente del centro y había alterado los planes de Alternativa Federal. Massa lo había enfrentado con todas sus fuerzas y lo había hecho trastabillar en más de una oportunidad hasta evidenciar sus falencias para la partida que pretendía librar. Sin embargo, en agosto de 2022 estaban unidos por una historia de compromisos mutuos.

Durante años, Massa había financiado la estructura de Lavagna, una erogación acorde al ego del economista, que le servía al exintendente para mantener a Marco dentro de su espacio incluso en la peor debacle del massismo y promocionar con visos de grandeza la escuela de gobierno “YPF” del Frente Renovador. Perdida en el polvo de la historia, la escuela buscaba trazar una línea que uniera a Yrigoyen, Perón y Frondizi con Massa como líder y Lavagna como asesor estrella, pero aquella era tan solo la fachada de la estructura societaria que los mantenía juntos. Cuando Massa asumió como ministro, ese vínculo le sirvió de aval y lo ayudó a recuperar la relación con algunos pesados del establishment de los que se había distanciado. Entre ellos, Paolo Rocca era el más destacado.

El nuevo orden

La llegada al quinto piso mostró de entrada la hiperactividad del sucesor de Batakis y el descomunal apoyo que era capaz de lograr por parte de los actores del poder permanente. En apenas unos días, Massa se había convertido en el líder de un nuevo gobierno y era presentado como un candidato con serias pretensiones de pelear la presidencia por polos antagónicos que iban desde las cabezas más visibles del Círculo Rojo hasta los partidarios de la vicepresidenta. Ni Mauricio Macri había tenido tanto respaldo. El ministro de Economía había sacado del estancamiento a la sociedad disfuncional de los Fernández y había reconciliado al peronismo con el establishment en torno a un menú de iniciativas que contaba con el favor de los economistas del mercado y el aval de parte de una oposición que lo envidiaba por traer incluida la anuencia de Cristina.

En pocos días, Massa ocupó el inédito vacío de poder que se había producido ante la ofensiva del mercado por la devaluación y la falta de acuerdo entre los Fernández. Además, consiguió lo que a Guzmán le había resultado imposible durante el último año largo de su gestión y encarnó la solución política para la pelea autodestructiva que los Fernández habían librado casi desde el inicio del experimento de gobierno.

Como piloto de tormenta, tuvo la plasticidad para constituir en torno suyo un frente político casi monolítico, que aprobó su política de corto plazo como si no hubiera un mañana.

Pero lo hizo con una orientación muy clara y una serie de medidas que llevaba a la enésima potencia el sendero de reducción del déficit que Guzmán había propuesto con éxito relativo e intermitente. La cúpula de La Cámpora, que había sellado un sorprendente pacto de poder con Massa, hacía silencio ante un rumbo que combinaba el fuerte ajuste sobre los ingresos y las grandes concesiones a sectores de alta rentabilidad. No era eso lo que más sorprendía en las mesas del establishment, donde hacía tiempo que la agrupación de Máximo era considerada un interlocutor más y no representaba ninguna amenaza. Lo impactante era que la propia Cristina, líder y heredera de un proceso y con veinte años como protagonista ineludible de la política argentina, le diera a Massa el aval para avanzar con iniciativas que iban a contramano de su historia y podían dañar todavía más a su

electorado natural. En palabras de un economista al que Massa consultaba en forma habitual, lo que sucedía era una novedad de magnitud: la política se había ordenado finalmente detrás del ajuste.

Después de más de un año colmado de cuestionamientos a Guzmán por parte del cristinismo y La Cámpora, el enigma se había resuelto una vez más en el mismo sentido. La vicepresidenta no tenía un voluntario de su preferencia para ofrecer en un contexto de escasez ni contaba tampoco con la fuerza necesaria para imponerlo. Asesorada por Kicillof y Augusto Costa, CFK parecía asumir que la cátedra Kicillof no tenía forma de hacerse cargo de la crisis y consultaba a economistas de lo más variados. No solo había retomado el diálogo con Redrado –a quien consultaba por cuestiones específicas–, sino que en la antesala de la asunción de Massa se había predispuesto a un diálogo de tres horas con Carlos Melconian, el exfuncionario de Macri que se había formado en la escuadra de Miguel Angel Broda y se había convertido unos meses antes en el sucesor de Domingo Cavallo en la Fundación Mediterránea.

Otra vez al filo del abismo, Cristina había tomado nota de la encerrona en la que había quedado –también a causa de sus propias decisiones– y había reaccionado tal como en la oposición imaginaban economistas como Hernán Lacunza. “Cada vez que está cerca del precipicio, frena”, me había dicho el último ministro de Economía de Macri en la semana previa a la asunción de Massa.

Si en lo económico el camino elegido era la variante más ortodoxa que tenía disponible el Frente de Todos, en lo político la vicepresidenta ratificaba su alianza con un actor que le había demostrado desde la oposición la notable capacidad de daño que tenían tanto él como sus socios empresarios y judiciales. Acaso para no permitir que sus enemigos se confabularon en su contra como ya lo habían hecho, Cristina se inclinaba esta vez desde su debilidad relativa por cederles la conducción del gobierno en un contexto nada sencillo. Pero la operación Massa no iba a ser gratuita para nadie.

Pagar por oxígeno

Massa había llegado en el marco de una emergencia, y la devaluación, que tantas veces había sugerido como salida a la crisis en sintonía con los grandes grupos económicos, esta vez le estaba prohibida en casi todas sus formas. El superministro confiaba en que su mejor versión estaba asociada a la gestión y se decía convencido de que la asunción con plenos poderes era la única forma de revertir la pésima imagen que tenía a nivel social. Sin embargo, su decisión de lanzarse arriba de una granada a punto de estallar no estaba, por supuesto, exenta de riesgos.

La situación que le tocaba enfrentar era de lo más sensible: la falta de dólares se iba a sentir hasta el final del mandato del Frente de Todos, la inflación que pulverizaba los ingresos de una sociedad descreída era un desafío inconmensurable para el oficialismo camino a las presidenciales, y la paciencia social que parecía inagotable no podía darse por sentada en el contexto de una crisis prolongada que no ofrecía una salida de corto plazo.

A poco de andar, Massa entregó un bono dual para las entidades financieras, el cual les ofrendaba la cobertura ante cualquier circunstancia que se diera a su fecha de vencimiento, ya fuera el índice récord de inflación como la eventual devaluación. Además, profundizó la política de suba de tasas de interés elevándolas al 75% en poco tiempo, lo que llevó la tasa efectiva anual al 107%, a tono con lo que demandaba el entonces director del Fondo para el Hemisferio Occidental, el israelí nacionalizado brasileño Ilan Goldfajn. Con el objetivo de desalentar la demanda de dólares, se encarecía el crédito productivo, se acentuaban los efectos recesivos y se agigantaba la deuda en pesos, que la oposición comenzaba a denunciar como la peor de las herencias.

La otra medida de arranque, el dólar soja, era el cumplimiento de un viejo sueño de Massa y funcionaría como una forma de eludir el veto a la devaluación lisa y llana.

A cargo de un gobierno sediento de dólares, Massa obtuvo en tiempo récord la venia de los Fernández para entregar un dólar mucho más alto a los grandes pulpos del agronegocio. Solo faltaba un detalle: la forma de implementar la medida. A los contactos de Michel, el nuevo

titular de la Aduana, con el gerente que representaba a las empresas, Gustavo Idígoras, le sumó el acercamiento con un actor de peso, el dueño de la cerealera más grande de capitales nacionales, Roberto Urquía. El alma máter de Aceitera General Deheza y concesionario del tren de carga Nuevo Central Argentino estaba ligado al peronismo. Había sido senador por Córdoba en los primeros años del kirchnerismo y compartido la bancada con aquella Cristina que lo definía como un empresario modelo, hasta que llegó el conflicto por la Resolución 125. Después se había refugiado en el perfil bajo durante más de diez años, pero en 2019 le había dado su apoyo a Alberto Fernández con una invitación a Córdoba en la que le había mostrado sus instalaciones y lo había llevado de visita a la Fundación Mediterránea, la usina ultraliberal a la que aportaba de mil maneras. Decepcionado como tantos otros, Urquía había abandonado su habitual silencio en marzo de 2022 para quejarse de las retenciones y acusar al gobierno de no haber tenido los "cojones" para afectar los intereses de los bancos, las petroleras y la minería. Sin embargo, todavía podía ser un interlocutor amable para el peronismo si el acuerdo que se le ofrecía incluía beneficios para el sector del agrobusiness, que concentra el 48% de las exportaciones argentinas.

A días de la asunción de Massa, el incansable José Luis Manzano convocó a Urquía para trabajar en la implementación de la medida que iba a favorecer a las grandes cerealeras y también a los productores sojeros. Urquía no solo ofreció distintas alternativas, que se estudiaron durante el primer mes del exintendente como ministro, sino que llegó incluso a interrumpir su rutina y viajar a Buenos Aires un domingo, el 4 de septiembre, para el anuncio formal de la primera edición del dólar soja.

En una dinámica de crisis tomada por los eufemismos, el título marketinero que Massa había ideado para su principal iniciativa no era más que una ventana devaluatoria para atenuar la brecha. Una forma de ponerse de rodillas ante las cerealeras, según la particular confesión pública de Máximo Kirchner, el gran promotor de Massa desde el cristinismo.

En una jugada clásica del personaje, Massa ganaba tiempo y accedía a una liquidación anticipada de 8000 millones de dólares que le permitía al Banco Central aumentar sus reservas en 5000 millones. De alto impacto, el movimiento fortalecía a Massa en el tema más sensible para el gobierno, pero postergaba una debilidad de fondo que no se alteraba en lo más mínimo.

El Frente de Todos no había tenido los "cojones" para afectar a otros

grandes ganadores, pero al menos le había concedido a los sojeros una devaluación a medida para que liquidaran con un dólar preferencial.

La decisión no hacía más que reconocer el abismo que separaba el dólar oficial de las cotizaciones paralelas y compensar en parte a los agroexportadores que pagaban retenciones y se quejaban del dólar barato con el que el Banco Central del gobierno peronista subsidiaba el festival de importaciones. Pero era también un premio a las grandes fortunas sojeras, que Massa concedía apenas unos meses después de que el presidente Fernández se quejara de los 20.000 millones de dólares que los especuladores del campo tenían guardados en los silos. Un reconocimiento en toda la línea de la restricción externa y la fragilidad del gobierno ante las distintas facciones del poder económico. La propia vicepresidenta lo había admitido en junio de ese año, cuando –con una figura retórica tomada del fallecido consultor Miguel Bein– reconoció en un acto público que el deporte nacional era robarle las reservas al Central.

El problema de fondo no era que Massa fuera a contramano de lo que pregonaba la historia del kirchnerismo, sino que la medida anunciada era una maniobra que metía a su propio creador en un callejón sin salida. La devaluación de facto con fecha de vencimiento abría una serie de interrogantes mayúsculos. El gobierno tenía por delante seis larguísimos meses hasta la liquidación de la próxima cosecha y debía hacer frente en ese período a la salida de dólares por importaciones –con precios internacionales de la energía que se habían disparado después de la guerra–, al aumento del turismo emisivo después de la pandemia, a los pagos de deuda y a las intervenciones para frenar la divisa en el mercado paralelo. Conscientes de que la victoria era definitiva, Aceitera General Deheza y las multinacionales Cargill, Bunge, Dreyfus y Cofco ya no volverían a liquidar al dólar oficial y solo estarían dispuestas a auxiliar al gobierno a cambio de nuevas ediciones del dólar soja.

En el corto plazo, ahí donde nadie podía hacerle sombra, Massa se imponía una vez más y disfrutaba la repentina estabilidad que se advertía en el dólar paralelo y la recuperación de los activos argentinos. Subían las acciones de empresas como Tenaris, de Rocca; Cresud, de Eduardo Elsztain; Galicia, de Escasany-Ayerza-Braun, y el Banco Macro, de la familia Brito.

Ya Melconian había bendecido a Massa con un discurso en la Bolsa de Comercio que daba cuenta de la magnitud del viraje que encaraba el gobierno en general y el cristinismo en particular. “Sin cinismo, desde la buena leche, estoy muy contento, muy. Es lo mejor que

conceptualmente nos ha ocurrido. No Massa, este gobierno. Estoy dando recontra muestras de que me paro arriba de la grieta. Esto, con visión de futuro para la Argentina, es buenísimo, porque han perdido la virginidad. Si el gato Macri estuviera dentro de la Casa Rosada, auditando los planes sociales, subiendo las tarifas o cortando la computadora a los chicos […]. Esto es fabuloso desde lo conceptual", decía. La relación de Melconian con Massa era estrecha y había sido fogoneada por Brito padre, uno de los históricos clientes y amigos del economista de la Fundación Mediterránea. La sintonía fina era tanta que, en su ruptura de 2013, Massa había especulado incluso con llevarlo como candidato a diputado del Frente Renovador en la provincia de Buenos Aires, pero la resistencia de un grupo de intendentes, entre los que estaban Gabriel Katopodis y José Eseverri, había frustrado el operativo. A la vuelta de los años, con todas las coordenadas previas estalladas y los dos en lugares distintos, las coincidencias filosóficas entre ellos volvían a potenciarse en el marco de la nueva etapa.

Era el mercado el que expresaba su voto por anticipado. Junto con el dólar-soja y la ofrenda del bono dual para el sector financiero, Massa avanzaba con un programa de esencia cambiemita: el fuerte aumento de tarifas, la pronunciada suba de la tasa de interés que dejaba muy atrás al salario real, el recorte en todas las áreas y, sobre todo, el ajuste sobre jubilaciones y salarios estatales.

¿Era la capacidad indudable de Massa lo que desataba la euforia entre los agitadores del mercado o era el apoyo discreto pero decidido de Cristina para un proceso que combinaba grandes concesiones a sectores de alta rentabilidad con un ajuste muchísimo más agresivo que el que había pretendido Guzmán?

En diciembre, consciente de que no tenía margen para pasar el verano, Massa volvió a ceder para ganar un aire mucho menor: con más pesos en el bolsillo y menos necesidad de vender gracias a la primera edición del dólar soja, el campo liquidó 3700 millones y el BCRA obtuvo unos 1500 millones para las reservas. Massa era un perro que se mordía la cola y ya en febrero la presión para un dólar soja 3 estaba en todos lados. La falta de divisas se reeditaba y Massa no podía tapar el sol con las manos.

Los datos de las grandes cerealeras reunidas en Ciara-CEC indicaron que durante todo 2022 el agronegocio había liquidado nada menos que 40.438 millones de dólares, pero las cifras del primer mes del año electoral encendieron todas las alarmas: las empresas del sector liquidaron en enero apenas 928 millones, un 61% menos que en el

mismo mes de 2022, y un 75% menos que en diciembre. En esa baja abrupta influyó la grave sequía que afectó a la Argentina, pero todavía más el mecanismo de la devaluación en cuotas.

Mientras, a fines de diciembre, el Ministerio de Economía destacaba que el Central terminaba 2022 con 8700 millones de dólares de reservas netas y más de 44 millones de reservas brutas. Dos meses después, un informe de la consultora Ecolatina dio cuenta de la encrucijada a la que se aproximaba el superministro: “Luego de cerrar enero con ventas por 192 millones de dólares y acumular un saldo negativo por 918 millones de dólares en febrero, las ventas netas de divisas del BCRA alcanzaron los 1110 millones de dólares en lo que va de 2023, mostrando el peor arranque del año (primeras 35 ruedas) desde que se tiene registro (2003)”.

La conclusión caía de madura. Una vez más víctima de su propia publicidad, Massa no había podido cumplir con la promesa que había hecho a los periodistas durante su viaje a Washington en septiembre de 2022 y la brecha cambiaria no solo no se había reducido al 30%, sino que seguía en torno al 100%. En ese contexto, el dólar soja solo servía para recibir por anticipado y a un precio más caro las mismas divisas que poco después iban a escasear. Lo repetían las mismas consultoras del mercado que elogiaban la capacidad de Massa: el ministro compraba caros los dólares que después entregaba baratos a los sectores de la industria con los que comerciaba en una rara mediación. A los que subían los precios en exceso, los comprometía bajo el formato de Precios Justos y les entregaba a cambio en tiempo récord los dólares que querían para seguir importando. La amenaza de una devaluación no había sido disipada por completo: solo había sido postergada para la antesala de las elecciones en las que el peronismo se jugaba su sobrevida.

En lo político, la paradoja que marcaba el último tramo del Frente de Todos en el gobierno era violenta. Con su historia reversible y su facilidad para operar a cuatro bandas, Massa encarnaba la última oportunidad de la clase política después del fracaso de Macri y el inviable gobierno de coalición peronista. En paralelo a un proceso que mostraba a la extraña sociedad de los Fernández haciendo agua por donde se la mirara, Massa no solo encaraba la fase más ortodoxa de la administración Fernández. Además, se producía un raro déjà vu, porque la misma pedagogía del macrismo que se había incendiado en el gobierno muy poco antes regresaba fortalecida para explicar las razones del nuevo desengaño que había generado el populismo. Así como la aventura de Macri le había permitido a Cristina salir del aislamiento mayúsculo, el dispositivo fallido que había diseñado la

vicepresidenta había diluido el fracaso del ingeniero y era en la práctica un fenomenal generador de legitimidad para un nuevo ajuste de shock, que el peronismo decía no querer llevar a la práctica.

La coherencia

El regreso al Poder Ejecutivo con el aval de la vicepresidenta y en un contexto de fragilidad donde el Frente de Todos ya había quemado todos los libretos liberó a un político que decía haber aprendido de su experiencia de fracasos y derrotas.

En el inicio del mandato de los Fernández, Massa tenía una misión elemental: salir con vida de un experimento inédito, al que había arribado curado en derrotas. Debía preservar su identidad sin romper la disciplina partidaria ni atentar contra su lugar institucional. Sabía que su obligación era eludir la tentación de quemar etapas y no precipitarse con movimientos que pudieran costarle caros. Opciones no le sobraban: si el proyecto del peronismo todista fracasaba, salvarse no le iba a ser fácil.

Famoso por la ambición y la ansiedad que lo gobernaban desde que nació a las grandes ligas de la política, durante su estadía en Diputados Massa se empeñó en transmitir a través de sus colaboradores los esfuerzos descomunales que hacía para no cometer otra vez los mismos errores, cuidar el perfil bajo y medir sus apariciones. En cada una de las oportunidades en las que un proyecto suyo de rebajas impositivas para trabajadores de altos ingresos o para monotributistas se aprobaba, Massa aparecía en dosis homeopáticas y evitaba saturar con su mensaje publicitario. Se concentraba en entrevistas con periodistas de medios grandes y orientaciones enfrentadas: una con alguna señal del Grupo Indalo, propiedad de Cristobal López y Fabián De Sousa, y otra destinada a la audiencia del Grupo Clarín, de Héctor Magnetto y compañía. El resto eran charlas con radios provinciales. Era parte de una nueva estrategia, cuya continuidad estaba marcada por la operación detrás de escena, otro de sus rasgos distintivos. Por ese tiempo, el creador del Frente Renovador admitía en privado que en su momento de auge su propia ambición lo había traicionado. “Me equivoqué. Mordí el polvo dos veces. Me la creí”, decía. No era una súbita sabiduría, sino la conclusión obligada después de que el ascenso de Macri y la polarización lo hubieran convertido en una colectora de la política, destinada a perder y caer en forma ininterrumpida.

Desde Diputados y en alianza con Máximo Kirchner, Massa desplegó su propia política en medio de la pandemia que golpeaba los ingresos

y encontraba al gobierno implementando programas para sostener el empleo (ATP) y para auxiliar a los sectores que vivían en la informalidad (IFE). Si en su primera experiencia como líder del Frente Renovador había sufrido a más no poder la experiencia legislativa, no había pisado jamás una reunión de comisión y había estado ausente en la enorme mayoría de las sesiones en las que se votaban proyectos, en la presidencia de la Cámara decidió impulsar una agenda para defender sus banderas históricas e incidir al mismo tiempo en la política del gobierno.

Fue Santiago García Vázquez, la mano derecha de Massa en el terreno de la comunicación, el que definió un encuadre estratégico para hablarle a la clase media de trabajadores de ingresos altos. Con los proyectos para actualizar la escala de Ganancias a medida que la inflación subía, Massa buscó recuperar su vínculo con el electorado que lo hizo grande en su debut como candidato renovador en la provincia de Buenos Aires.

García Vázquez tomó los textos del lingüista y asesor político estadounidense George Lakoff para apuntalar la campaña de Massa desde el Congreso a partir de una noción que demócratas y republicanos explotaron durante mucho tiempo: la necesidad del alivio fiscal. Traducido a la política argentina, el término le permitía al exintendente disputar la agenda con una oposición acostumbrada a cuestionar al Estado que asfixia a los contribuyentes con impuestos. Pero estaba dirigido al mundo de los asalariados. El sitio político Letra P patentó un eslogan que en los medios comenzó a repetirse y sirvió para consagrar a Massa en el lugar que pretendía ocupar: el “Señor de los Alivios”.

Con el trabajo de Michel, su especialista en materia tributaria, el presidente de la Cámara de Diputados apeló al tema Ganancias desde 2020 para obtener un beneficio múltiple: llevar a la alianza oficialista hacia la avenida del medio, recuperar su interlocución con los sectores medios que mejor ganan, aprobar por unanimidad una iniciativa del oficialismo que la oposición no podía impugnar y fomentar el aumento del consumo, un ítem que el oficialismo consideraba clave de cara al 2021 electoral. Era el mejor Massa, el que generaba consensos en la política, le hablaba a una porción de los asalariados que tenía una ubicación privilegiada en medio de la debacle de los sueldos y ponía a Guzmán a pagar la cuenta de las buenas noticias que él difundía.

Satisfechos, sus colaboradores describían por entonces cómo funciona la cabeza de Massa cuando logra conectar con algo que puede resultar

ganancioso para su proyecto. “Cuando no está mirando el teléfono y te presta atención, Sergio te mira a los ojos y te absorbe el cerebro. Si ve que lo que le estás ofreciendo le va a servir, lo compra, lo hace propio y lo vende como suyo”, afirmaba un consultor de empresas que orbitaba a su lado.

El cuadro era sintomático. Mientras estuvo en Diputados, el exintendente se inspiraba cuando podía salir del encierro y lograba incidir en las políticas del Ejecutivo. Aunque había podido acomodarse mejor a su nueva escala en el Congreso, disfrutaba de un poder envidiable y hasta tenía en Diputados TV lo que consideraba su propio canal de televisión, Massa sentía muchas veces que corría el riesgo de la intrascendencia y quería dar el salto al Gabinete.

El superministerio era para él una enorme oportunidad, pero llegaba en el peor de los contextos. Aunque con muy poco podía diferenciarse de todo lo anterior, el marco internacional era inestable y la fragilidad del gobierno era alarmante. Los problemas de fondo estaban sobre la mesa y camuflarlos era una misión de resultado incierto. Sin embargo, una vez que recuperó el activo de la gestión, dejó de lado su cautela inicial y comenzó a moverse con la osadía de toda la vida. Esa característica, parte esencial de su ADN, potenció enseguida la fascinación en los dirigentes de La Cámpora, que admiraban su facilidad para operar en lo más alto, pero también les dio argumentos a los contados detractores que advertían en la audacia de Massa un combustible fundamental: la licencia para actuar al margen de las generales de la ley y no pagar, la impunidad de sentirse sin rivales de peso, la confianza de los accionistas permanentes del poder.

El ministro no dudó en detonar la marca que tanta inversión le había costado. Desde el quinto piso, Massa proyectaría una nueva temporada de sacrificios y no de alivios para los votantes rasos del Frente de Todos.

Ya en la primera conferencia de prensa estableció el orden fiscal como prioridad número uno de su gestión y avanzó con recortes que no se limitaron a los subsidios prorricos que denunciaba sin éxito Guzmán. Además, incluyeron el congelamiento de contrataciones de la planta estatal, empresas, sociedades del Estado y prestadoras de servicio, la licuación de jubilaciones y salarios estatales y el hachazo en las partidas sociales y en la obra pública. El resto de las prioridades del ministro eran parte de una declaración de buenas intenciones: superávit comercial, fortalecimiento de reservas y desarrollo con inclusión. Lo mismo podía decirse de los motores que se fijaba para la nueva etapa: inversión, producción, exportaciones y defensa del

mercado interno. Nadie podía oponerse a esas consignas ni tampoco dar por sentado que se llevarían a la práctica.

En diciembre de 2022, la publicidad del Ministerio de Economía no dejaba lugar a dudas. El balance era un escándalo de optimismo. A ciento cincuenta días de la asunción de Massa, decía, la Argentina cierra 2022 con números auspiciosos que demuestran una estabilización de las variables macroeconómicas, un descenso de la inflación y un sendero de crecimiento productivo que se expresa en el aumento de inversiones, la recuperación del ingreso y el crecimiento del nivel de empleo. Desde la llegada de Massa a Economía, el índice Merval de acciones argentinas acumulaba una suba del 60% y la nueva política monetaria y cambiaria había estabilizado las cotizaciones del dólar financiero y les daba a los inversores locales incentivos para realizar inversiones en pesos. Mientras una parte del oficialismo volvía a sentirse competitiva hacia 2023, la oposición sin cabeza exhibía todas sus disputas a cielo abierto y solo se unificaba para denunciar la "bomba" del endeudamiento en pesos que estaba a punto de estallar.

Aunque la cúpula del Frente de Todos se dedicó a mirar para otro lado ante un sendero que la alejaba cada vez más de la promesa de recuperar lo perdido que la alianza le había hecho a sus votantes, la reducción profunda del déficit fiscal que ejecutó Massa era evidente para el mercado que lo aplaudía y fue narrada desde la consultora Analytica a través del Monitor de Ajuste del Gasto. En la primera semana de febrero, el gasto primario real llegó al récord y cayó un 24,3% en relación con el mismo mes de 2022. En esa oportunidad, los ajustes más significativos se concentraron sobre la obra pública y las asignaciones familiares y por hijo. De esa manera, Massa había logrado sobrecumplir un mes antes las metas que Guzmán había acordado con el FMI y el cristinismo consideraba incumplibles.

El ministro logró que los soldados del Fondo aprobaran dos revisiones, con cumplimiento de metas de reservas y 2,5% del déficit primario, y reprogramó la deuda con el Club de París por 1972 millones de dólares. Además, en un hecho que el comunicado del Ministerio de Economía festejaba, consiguió un récord histórico de desembolsos –nueva deuda– del BID, el Banco Mundial y la CAF, por un total de 5023 millones de dólares en 2022, la cifra más alta desde 2003.

En una muestra más de la astucia y la fortuna que lo había caracterizado en sus buenas épocas, Massa había sabido refugiarse en el silencio durante los dos años en que Cristina y Máximo lideraban la denuncia contra el ajuste del gobierno de Alberto y había terminado

después con las manos libres para operar a fondo a pedir del mercado, gracias a que sus aliados aprobaban la paz cambiaria, rezaban por la baja de la inflación y le agradecían sus servicios. Con la piel de la oposición dentro del gobierno, Massa podía argumentar que mantenía la coherencia y sacaba provecho de las debilidades ajenas con el manual que mejor le calzara en el momento, sea cual fuere. Eran sus socios en la coalición los que habían girado 180 grados: o fingían demencia o creían en algo que no era explicitado.

Ministro y candidato

Con su riesgosa incursión en el Ministerio de Economía, Massa concretó un experimento con el que Néstor Kirchner fantaseó más de una vez. El expresidente era un político que entendía como pocos el rol crucial de la economía como condicionante para cualquier proyecto. Consultaba un arco heterogéneo de economistas y se involucraba en las discusiones con sus ministros, tal como sucedió en momentos bisagra, como respecto de la privatización de YPF que dio origen a los famosos fondos de Santa Cruz o la reestructuración de la deuda en la que Kirchner forzó a Lavagna a una quita mucho más agresiva de la que el exministro hubiera aceptado. Aquella reestructuración que tuvo en el Cupón PBI su talón de Aquiles sirvió para poner en evidencia la pretensión del santacruceño: era la política la que definía los márgenes de las decisiones económicas, que el presidente no podía delegar por completo en un técnico que, en teoría, se le subordinaba.

Una vez que la relación se tensó hasta lo insostenible y Lavagna se fue, después de denunciar el capitalismo de amigos en un acto en Mar del Plata ante el Coloquio de IDEA, Kirchner pensó primero en Miguel Peirano como ministro de Economía de Cristina y después tentó a Massa con la posibilidad de ocupar ese rol. La experiencia traumática de Martín Lousteau en 2008 y la seguidilla de fusibles que se alternaron en el cargo mientras Kirchner vivió lo llevaron a especular con la posibilidad de asumir él mismo como ministro de Economía de Cristina. Ese involucramiento en un tema del que Jorge Remes Lenicov suele decir que los políticos se despreocupan de manera temeraria, no impidió que sus rivales redujeran el conocimiento que Kirchner tenía de la economía al de un “almacenero”, una categoría que –dicen– le daba orgullo.

Ahora apartado para siempre de la gestión y refugiado en las clases universitarias, Remes Lenicov fue el primer ministro de Eduardo Duhalde, que se hizo cargo del estallido de la Convertibilidad y ejecutó la pesificación asimétrica antes de la llegada consagratoria de Lavagna. Repudiado por la sociedad que sufrió la devaluación después de caída la ficción del 1 a 1 y reconocido por el duhaldismo que lo considera un mártir, Remes afirma que la dirigencia política carece de análisis económico y solo reacciona ante los cracks, cuando se está al

borde del precipicio. “Es una mezcla de soberbia y también de ignorancia […]. Primero hay que ganar y después vemos. Entonces ¿qué pasa? Se va creando una conciencia milagrosa de la economía en la población”, asegura.

Junto con la expresidenta, es probable que Massa haya sido en la última década el candidato del peronismo que más noción tuvo de la necesidad de asumir el tema de la economía como una cuestión esencial. Su condición de político que funciona en tándem con un bloque de poder y se mueve como cabeza visible de un grupo de empresarios con intereses en sectores estratégicos también lo emparenta de alguna manera con aquel Kirchner que buscó recrear la marca de la burguesía nacional con resultados poco satisfactorios. Sin embargo, es más que opinable que los conocimientos y las relaciones de Massa lo habilitaran para convertirse en superministro y menos todavía que pudiera llegar al quinto piso sin tener más que la cáscara del equipo de economistas que tanto había promocionado.

Siempre pendiente de las presidenciales que vienen, siempre obsesivo de cualquier hueco que se abre en el poder, Massa fue el único que mostró voluntad y trabajó para asumir las riendas del gobierno en medio de la pelea de los Fernández y en un contexto de extrema fragilidad. Aunque se presentó como un discípulo de Lavagna, asumió el ministerio con una serie de atribuciones que solo podían compararse con las que había tenido Domingo Cavallo durante el apogeo del menemismo. Confiado en sus propias fuerzas, la suya y la de sus aliados, apostó por frenar la corrida que se llevaba puesto al peronismo, revertir la tendencia y llegar competitivo a las elecciones de 2023 como único heredero del proceso que había nacido del dedo de Cristina cuatro años antes. Un nuevo Alberto, más eficaz, más disciplinado, menos ambiguo, más brutal en su ejercicio del poder: eso pretendía ser y, quizás, todavía lo pretende.

Sin embargo, la misión de replegar al peronismo sobre las demandas del mercado e iniciar un proceso que refrendaba el programa trazado por el FMI tenía riesgos elocuentes. Massa comenzó a advertirlos con claridad en el inicio del año electoral, cuando los números de la economía empezaron a enviar nuevas alertas en materia de inflación y reservas. Entonces, decidió declararse prescindente de la pelea de fondo y dijo que no era posible ser, al mismo tiempo, ministro y candidato.

Una vez más, las expectativas desmedidas que él mismo había generado en torno a su potencia le jugaron en contra. Massa repitió en actos públicos y reuniones privadas que no tenía pensado competir

por la presidencia en el siguiente turno electoral. Lo hizo a fines de 2022 en una reunión en la casa de Eduardo Eurnekian ante un grupo de empresarios amigos entre los que se destacaban Eduardo Elsztain, Eduardo Escasany y el director histórico de Techint, Daniel Novegil. “Lo que yo tengo a favor es mi cédula”, les dijo. Con un lenguaje más propio de sus interlocutores o de sus padres, el creador del Frente Renovador aludió a la edad que figura en su DNI. Insinuó que a los 51 años puede esperar cuatro más para ver cómo el próximo gobierno se ocupa de la pesada herencia que le espera: la inflación récord en más de treinta años, una brecha que resiste altiva en el 100%, la histórica restricción externa apenas maquillada, una deuda en pesos que estimula versiones de reperfilamiento y una economía que marcha hacia el estancamiento, producto del derrumbe del salario real que él mismo profundizó en forma acelerada, y la falta de dólares que solo pudo atenuar con medidas de corto plazo.

Como tantas cosas en el exintendente de Tigre, su promesa de declararse fuera de la carrera presidencial tenía una contracara y contrastaba con la versión que la agencia de lobby del cubanoestadounidense Alfredo “Freddy” Balsera difundía desde su sede en Florida. Contratada por gente del propio gobierno que abonaba la candidatura de Massa y se animaba incluso a declararlo presidente antes de tiempo, la agencia promovía en los Estados Unidos la hipótesis opuesta a la que el ministro sostenía a la misma hora en el plano local. Massa puro, a gusto del consumidor. Con información privilegiada o comprando un globo de ensayo, en los círculos de poder demócratas en los que se mueve Balsera miraban a la Argentina y se esperanzaban con que la avenida del medio llegara finalmente al poder por la vía de los votos.

El ministro logró en su alianza con la vicepresidenta el activo de un respaldo social que había perdido, pero su política daña a la base electoral del cristinismo. Aunque el período que va desde agosto de 2022 hasta las primarias parece sintetizarse en la consigna Cristina es Massa, solo ella sabe hasta cuándo será así.

El eventual ascenso de Massa como sucesor de Cristina en el peronismo representa para los círculos de poder financiero internacional una posibilidad muy concreta, que desean con tanta o más intensidad que sus voceros locales. Así como Macri ilusionó a medio mundo con el espejismo de que podía ser el nombre que dejara atrás a la Argentina populista con un proyecto sólido y duradero, Massa regresa como uno de los más firmes candidatos para decretar desde el peronismo el fin de ciclo kirchnerista. Lo que en Macri era una promesa de arrasar con los vicios del estatismo peronista aliado al

PJ institucional que se le parecía demasiado, podría ser en este Massa reciclado una variante no traumática en la que el cristinismo cediera, manso y sin remedio, a su propia extinción. Otras opciones, como la de Daniel Scioli, perfilan otro tipo de acuerdo, con bastante menos autonomía para el candidato. Nadie puede saberlo. Sin embargo, el contexto se dibuja con nitidez.

De cara a lo que puede ser el amanecer de un nuevo ciclo de negocios que se apuntale en la transición energética a partir de los metales críticos y un período que se apalanque en el auge de nuevos commodities como el litio, la Argentina vuelve a ser rentable. Más aún cuando el enojo con la política redunda en la emergencia de actores como el líder del mesianismo de mercado Javier Milei, permite el regreso de Cavallo en su rol de catedrático y anuncia una definición entre dos proyectos que en el exterior asimilan a dos tipos de menemismo. Treinta años después, justo cuando vencen las grandes concesiones que Menem otorgó en la era de las privatizaciones para sectores fundamentales de la economía, el mercado apuesta fuerte por un escenario despejado para el shock, sobre las cenizas de un populismo que se ordena detrás del ajuste. Incluso con el escenario contemplado de una nueva recaída en el default, los fondos de inversión y los bancos vislumbran otra vez desde Wall Street a un país que está de oferta o de remate y se abre a un revival de reformas neoliberales con consenso social, en parte gracias al plafón histórico que puede aportar un peronismo reseteado por el establishment. A la oposición, por supuesto, le sobran candidatos que pretenden cumplir el mismo sendero. Todo depende de la paciencia social.

Si mantiene las variables esenciales bajo un relativo control, Massa llegará al final del gobierno de los Fernández en mejores condiciones de las que enfrentó en el inicio. Sin el peso territorial que había logrado edificar en su pubertad de candidato y sin medir bien en las encuestas, Massa logró de entrada pararse como uno de los accionistas del Frente de Todos e imponer la ficción de una alianza dividida en partes iguales entre tres grandes actores del poder. Hizo milagros con un partido que se había reducido a la quinta parte de lo que llegó a ser y veía que hasta en Tigre se rebelaba Julio Zamora, el peronista al que creía su delegado. Hizo equilibrio en un tablero inestable y consiguió el apoyo de dos socios que solo se decidieron a empoderarlo cuando se vieron ellos mismos frente a la posibilidad del abismo. Ni Cristina ni Alberto querían ser los responsables de estrellar por primera vez al peronismo en el gobierno. Pero la cuota de poder de Massa en un barco a la deriva no lo conformaba y sus largos ejercicios de elongación para entrar y hacerse cargo lo llevaron a advertir una oportunidad donde otros solo veían un desenlace traumático.

Aunque los dos Fernández desconfiaban de él y resistieron a su manera la asunción de Massa como interventor del gobierno, en la práctica no hicieron más que allanar el camino para su consagración y le dieron legitimidad a las mismas ideas económicas que, se suponía, venían a contradecir. Massa supo ubicarse a resguardo mientras el presidente y su vice se dañaban el uno al otro. Supo también convencerlos, tanto a uno como a otro, de que su lealtad sui géneris estaba garantizada. En el entorno de Massa, todavía hoy afirman que él nunca entregó a Alberto y lo acompañó hasta donde pudo. Recién cuando vio que su mandato se hundía de manera irremediable, jugó todas sus fichas a convertirse en el heredero de Cristina.

A tres décadas de su gran salto inicial, de la UCeDé al peronismo, y diez años después de su ruptura con Cristina para ser candidato a presidente del antikirchnerismo, Massa dice que se considera joven para ir por el premio mayor. Podría ser parte de un doloroso aprendizaje y de una reinvención que lo llevara a actuar en política con una concepción distinta. O podría ser también la aceptación de los límites indisimulables que enfrenta su proyecto de poder. Sería toda una novedad histórica, porque la esencia del político bonaerense que trabaja desde hace una década para ser presidente no puede alterarse y la espera es, para él, un sacrificio difícil de soportar. Impredecible y contradictorio, Massa asegura que no tiene por qué apurarse y hace gestos que insinúan un comportamiento distinto, como si pudiera aguardar sin comerse las uñas a que decante el escenario político. Como si descontara que el próximo gobierno tiene como único horizonte avanzar una vez más con el ajuste que él mismo inició y se creyera capaz de hacerse a un lado con la confianza de que en el futuro su rol de piloto de tormentas será revalorizado por una sociedad tan cambiante como su dirigencia.

Si se decidiera a competir en 2023 y cumplir con el vaticinio de Máximo Kirchner –el primero que lo incluyó en una lista de presidenciables a poco de asumir Fernández–, podría tal vez unificar a distintos sectores del peronismo detrás suyo y encender los motores de su maquinaria de poder para nacionalizar sus promesas. Pero también su caso podría parafrasear el eslogan que el cristinismo le colgó a Scioli en 2015, esta vez en una versión bastante más ingrata: el candidato es el ajuste. Tal vez por eso, el exintendente diga que no se puede ser ministro y candidato.

Tan anunciado como frustrado, el tiempo de Massa siempre fue el de la urgencia y los movimientos precipitados. La realidad rebelde que aguó más de una vez su campaña publicitaria y la sociedad escéptica que lo vio desnudo en su exhibición de socio de todos empujan para

que se decida a esperar sin garantía de éxito. Massa ya demostró que no necesita ganar elecciones para estar en la cima del poder. Si deja pasar la oportunidad de ser candidato y líder del peronismo, será porque las condiciones no estaban dadas para él. O porque la seguidilla de frustraciones en una Argentina ingobernable lo obligó a cambiar para siempre. Hasta su propia noción de tiempo.

Agradecimientos

A Ana “Caty” Galdeano, por la paciencia, la constancia, la precisión y la pasión con que trabajó en la edición de este libro.

A Carlos Díaz, por la confianza en un nuevo libro sobre la dinámica del poder y por mirar siempre desde otro lugar.

A toda la gente de Siglo XXI, que me facilita de mil maneras el trabajo.

A todos los entrevistados que aceptaron charlar conmigo y ayudarme a reconstruir las situaciones y desplazamientos que cuento.

A las y los lectores de El peronismo de Cristina.

A las personas que valoran mi trabajo, lo tienen en cuenta y le dan sentido a lo que hago.